MIGUEL TRIANA

POR EL SUR DE COLOMBIA

GARNIER HERMANOS
PARIS

POR EL SUR DE COLOMBIA

Rogelio Gómez G

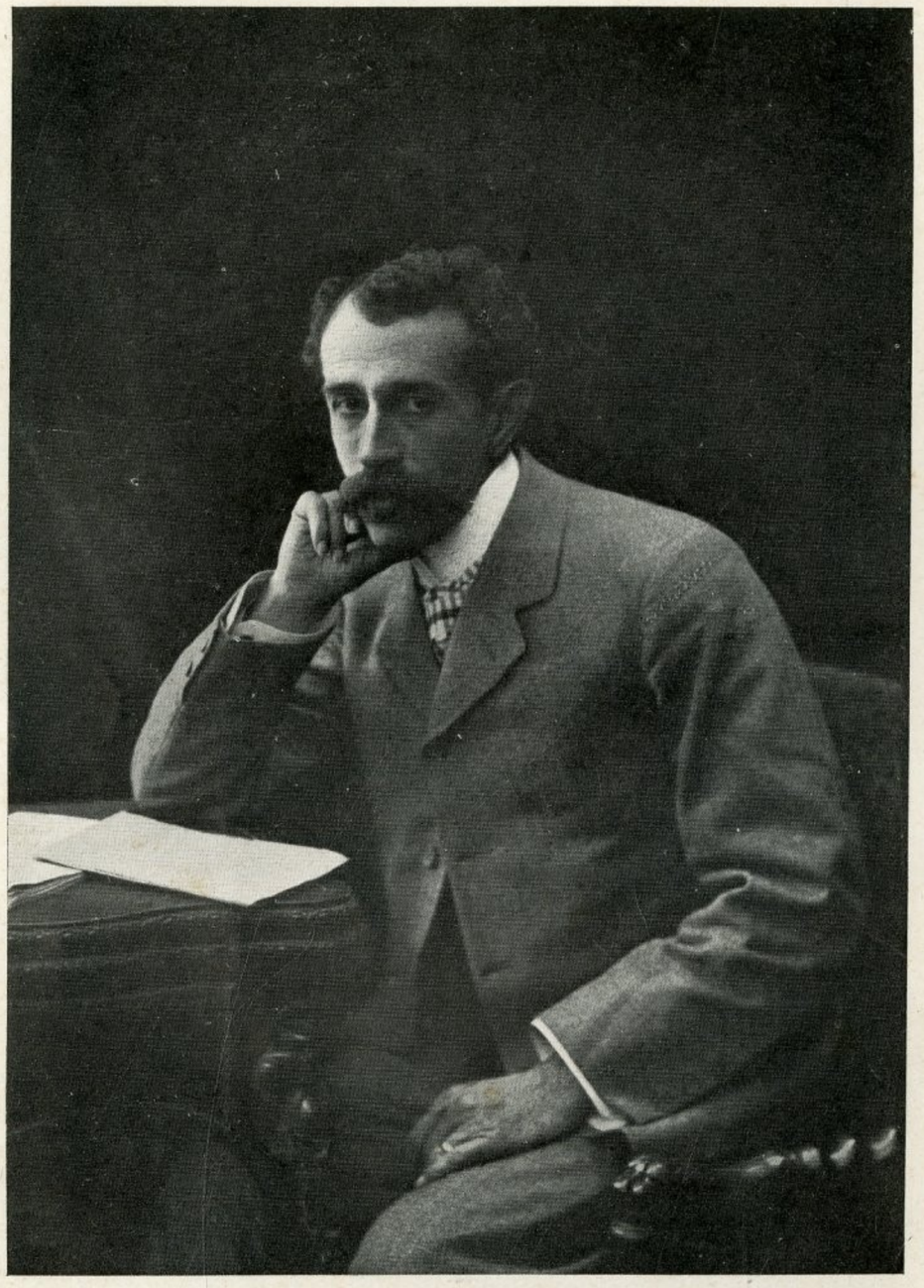
1.918

Alberto Villa Ferreira

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ALMACEN DE MUSICA Y LIBRERIA
L.R. HURTADO MEDELLIN

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



Miguel Triana

MIGUEL TRIANA

POR EL SUR DE COLOMBIA

EXCURSIÓN PINTORESCA Y CIENTIFICA AL PUTUMAYO

PRÓLOGO

DE

S. PÉREZ TRIANA

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

DEDICATORIA

Al ilustre explorador del Caquetá

EXCMO. SR. GRAL. RAFAEL REYES

Y

Á LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE BOGOTÁ

de la cual es digno Presidente.

M. T.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

PRÓLOGO

Siempre fué el viajero reconocido decidor de maravillas y prodigios. Porque lo que aquí es del dominio común y propiedad del vulgo, es más allá causa de asombro, que la novedad magnífica, dándole algo como esplendor y belleza. El viajero dejó, osado, la sombra del nativo bosque, ó la margen del patrio río, ó la aspereza hospitalaria del monte donde corriera su infancia; traspasó esa línea lejana del horizonte, límite de las migraciones mentales de los tímidos, ya que circunscribía su mundo, y hacia la cual jamás habían movido ellos la tarda planta.

Y anduvo el viajero sin lograr jamás tocar con la mano, como se toca un muro, esa línea del horizonte, siempre vaga, siempre lejana, dentro de cuyo mágico circuito veía él, al adelantar sus pasos, nuevas y distintas manifestaciones en las cosas inertes de la naturaleza, en la vida de los hombres, en la armonía infinita de lo creado.

El viajero primitivo, — el de los días de la infancia de la humanidad, cuyo modelo perdura en el espíritu á través de cambios y de vicisitudes, como si fuera el único genuino y verdadero, dejando para todo lo posterior cierto aire de modificación transitoria, eslabón de cadena que se une á otro, que á su vez vendrá á ver otros en pos de sí, — no se servía de ninguno de los métodos de que nos hablan las historias. No andaba él á lomo de cuadrúpedos, ni, uncidos éstos como bueyes, ó enganchados como caballos á vehículos provistos de ruedas, se servía de ellos para recorrer la dis-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tancia; ni mucho menos podía siquiera soñar con las modernísimas formas de transporte en que, aprisionadas ciertas fuerzas expansivas de la naturaleza en férreas cárceles, se debaten en palpitaciones rítmicas y le sirven al hombre llevándolo y trayéndolo en el haz de la tierra, ya sobre ella misma, ya sobre la onda estremecida, ya bajo la arqueada bóveda sombría de túneles y vías subterráneas.

Si queremos concebir al viajero y simbolizarlo, lo comprenderemos en marcha, hacia el más allá, sobre sus propios pies, midiendo el suelo á pasos acompasados, en contacto directo y constante con el suelo mismo, dejando sus huellas estampadas, como un recuerdo de su personalidad peregrina y fugitiva. Así, en esa comunión íntima con la naturaleza, el viajero primitivo, formando casi parte de ella, la comprendía, la amaba, la temía; para él, el buen tiempo ó la tempestad, eran cosa de importancia magna, aspectos que le llegaban al alma, como á la del amante la sonrisa de bienvenida ó el ceño del enojo de la amada; visto así el paisaje, ó mejor dicho, así sentido, quedaba de él en el alma del viajero una huella más honda y más duradera que la de las plantas de él mismo en el polvo del camino, borrada por la primera ráfaga de los vientos.

Esas peregrinaciones, aunque lentas, eran fecundas; el radio que alcanzaban nunca era muy extenso y se veía contenido por la onda caudalosa de algún río, por el abrupto flanco de alguna serranía, ó por el límpido espejo de la mar; el viajero tornaba á su hogar, portador de un mensaje de maravilla y de prodigio, tanto más hermoso y robusto, cuanto mayor fuera su capacidad de visión y de comprensión de la naturaleza. Porque este mundo exterior que nos rodea crece en proporción á nuestra propia potencia visual; no hay horizonte material tan estrecho que pueda impedirle al alma toda la amplitud de su vuelo, si el alma tiene alas y sabe volar; ni hay tampoco lejanía tan vasta, ni aun la de las estrellas más remotas, que por sí sola baste para que en sus ámbitos vuele el espíritu apocado de quien se siente vinculado al puesto que ocupa, ó al prejuicio y á la tradición

que desde la cuna lo acompañaron, como el barco por el áncora, enclavada en la arena.

Y al tornar entre los suyos ese viajero, viajero vidente y sensitivo como una placa fotográfica, traía consigo ponderoso caudal de memorias, que, engarzadas como cuentas de oro en su discurso, habrían de brillar ante los ojos de sus conterráneos estacionarios, llamémoslos así, con el misterioso fulgor de la revelación de lo bello, de lo desconocido y de lo lejano. El viajero adquiría de esta suerte algo como el prestigio de un triunfador en lucha incruenta con la distancia, cuyos trofeos eran esas historias, que, repetidas de labio en labio y adornadas por cada imaginación con las galas de ella misma, evolucionaban hacia la leyenda y se dilataban poblando las ignotas lejanías con las creaciones de la fantasía de los oyentes y repetidores de lo que el viajero había narrado.

Ese encanto de los viajes y esa condición esencial de lo que ellos son y de lo que ellos engendran para quien los hace y para quien escucha el recuento de ellos, perdura á través de las modificaciones introducidas en los métodos de viajar. Hoy tenemos ferrocarriles eléctricos y de vapor, barcos de vapor que cruzan las aguas, y ya nos sentimos próximos al día en que podamos, como las aves, atravesar los espacios del aire; empero el atractivo de los viajes es el mismo de antaño, y cuando el viajero torna á su hogar, los suyos le rodean, y al amor de la lumbre, en la hora vespertina, escuchan ansiosos y atentos el recuento de lo que él vió, que viene á ser como un cañamazo extendido en que cada cual borda sus propias fantasías con los mismísimos hilos que el viajero desenvuelve de su madeja de aventuras. Y sucede que el encanto perdura para los oyentes, en quienes revive la sensación de aquel centauro, el amigo de Melampo, que nos cuenta Maurice de Guerin, cuando allá en lo hondo de su caverna, de la que nunca había salido, aguardaba el retorno de la madre, estremecida por las caricias de los vientos y húmeda de las ondas de los ríos, cosas que para él eran como los mensajes de un mundo descono-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cido, que él adivinaba á su modo y á su manera. Otelo enamoraba á Desdémona, haciéndola olvidar que él tenía la tez bronceada de los moros, narrándole, él también, lo que sus ojos habían visto de maravilloso y de extraño en remotísimas regiones; y Marco Polo regocijó el oído de los príncipes y fijó en deleite la atención de las muchedumbres con la narrativa de aquellos viajes suyos tan prodigiosos á pueblos perdidos en lo más íntimo del corazón del Asia, logrando para su relato tal palpitación de vida que hoy, después de las centurias transcurridas, antójasenos, á nosotros, los lectores de esta edad democrática, tan exuberante en la monotonía del lugar común, que toda aquella milagrería de esplendor oriental, debe de haber perdurado y debe de existir aún, en su pompa bárbara y abigarrada, multicolora y deslumbrante, tal y como la describió aquel gárrulo peregrino cuyas narraciones nos fascinan con el mismo hechizo que tuvieron para sus contemporáneos.

Viajar pues, es trasladarse uno de un punto á otro, y trasladarse en espíritu, se entiende; porque si el espíritu no experimenta traslación, suponiendo el caso posible, no sería viajero el que le diera la vuelta al mundo. Y por otra parte, si el espíritu viaja, podrá realizarse la peregrinación y ser fecunda aun para aquel que no pueda moverse de su estancia. Ahí está aquel hermoso viaje que el inválido de Maistre realizó alrededor de su cuarto... La vida es un perenne viajar; en nuestro propio ser, en las diversas etapas de su desarrollo, viajamos todos; los horizontes de la vida misma son múltiples y cambiantes como los del viajero que recorre la distancia material; cada mañana hallamos un mundo distinto del día anterior; y en esos nuevos mundos encontramos la zozobra, la angustia y la alegría; en todos ellos el eterno sol de la esperanza, nos ilumina porque « los hombres hablan y sueñan siempre con días venideros más venturosos, » y tras del postrero de los suyos entrevé cada cual el sol de su esperanza. Y en esos viajes de la vida individual, cúmplese la ley antes apuntada : los videntes, los hombres de cora-

zón habrán de ver mucho; la visión de los otros habrá de ser estrecha y limitada. Todos viajamos : éstos recorren el mundo del sentimiento y de la imaginación, y son los poetas, que á veces tocan en la profecía y otras en la fuente del consuelo para los infortunios y las miserias humanas; esotros investigan los misterios de la naturaleza, y son los hombres de ciencia; los de más allá escudriñan los espacios estelares; aquéllos los arcanos de la vida, los fenómenos de su desenvolvimiento, y son los filósofos cuyo viajar se agita entre el porqué desconocido de nuestro punto de partida y el desconocido fin y objetivo de ella... Así todos viajamos, y la esencia de nuestro viajar será siempre la misma que la del viajero primitivo que, por primera vez, tendió los pasos hacia un punto dado del lejano horizonte, y lo vió alejarse delante de sí, y lo persiguió con toda la tenacidad de que era capaz, y no llegó á alcanzarlo jamás, y tornó al hogar, si no vencedor en su empeño, sí enriquecido por la experiencia de innúmeras maravillas y prodigios con que acrecentar el tesoro común de sus compañeros de peregrinación, en este tránsito entre dos pavorosas é incógnitas inmensidades que llamamos vida.

Este libro que tenemos delante, es un libro de viajes realizados por un hombre de corazón entero é inquebrantable buena fe, de clara y penetrante visión, emprendidos en regiones desiertas, en su mayor parte inhospitalarias y bravías, cuasi desconocidas de nuestra patria colombiana. Item más, animado de un ardor patriótico que contagia el espíritu del lector colombiano y lo consuela de tantos quebrantos, deficiencias y flaquezas como le abruman en la contemplación de nuestra historia, y ante la verificación de la esterilidad de ella en medio de tantos elementos de verdadera grandeza.

Todos los colombianos, por poco que hayamos estudiado, conocemos el mapa de nuestro país. Nos damos cuenta de su posición geográfica excepcionalmente favorable para el desarrollo de la industria y de su hermano gemelo el comercio, que son otras dos voces para indicar la explotación de la naturaleza por el hombre; por ese mapa sabemos que son

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

amplias nuestras costas tendidas sobre el Atlántico y sobre el Pacífico; que en esas costas abundan los puertos naturales; que nuestro suelo está dividido en dos regiones perfectamente definidas, la una montañosa en que la cordillera de los Andes lanza á porfía sus espolones, y sus ramificaciones, dejando al pie de las montañas, ó suspendidos á diversa altura, innúmeros valles cruzados de clamorosas corrientes de aguas vivificantes; la región de las llanuras tendida hacia el Oriente, al pie de la cordillera, en infinitas ondulaciones de selvas, de bosques y de prados, hasta perderse en él el Atlántico, llevando sobre su seno la red de ríos más caudalosos que exista sobre el haz de la tierra, distribuída en innúmeros hilos, rumorosos unos, silenciosos y graves otros, esparcidos sobre toda la extensión de las llanuras como si fueran parte de una trama deshecha, arrojada á capricho sobre una superficie plana.

Sabemos también que las riquezas naturales de nuestro suelo, en la parte no explorada del territorio nacional, son aun mayores que las de las regiones conocidas; que esas riquezas no se limitan, como pudiera creerse á primera vista, por la latitud que ocupamos, á las peculiares y propias de la zona tropical, porque la diversidad de elevaciones del suelo, debida á las sinuosidades y elevación de las montañas, suple las condiciones de otras zonas, situadas en la región templada del globo. Estos conocimientos generales, necesitan para ser eficaces agentes de la industria y del comercio, un conocimiento preciso y detallado de cada región y de cada localidad.

Lo escaso de nuestra población en comparación con lo vasto de nuestro territorio; la condición precaria y atormentada de nuestra vida histórica, consumida casi en su totalidad en criminales empeños de exterminarnos los unos á los otros, y la miseria y la pobreza que de todo esto han sido corolario ineludible, han hecho que la labor de estudiar nuestro propio hogar para poder apreciar sus ventajas naturales, apenas haya sido ensayada por algunos hombres patriotas, cuyo esfuerzo nunca ha podido realizarse en toda su amplitud.

Ni nuestros límites territoriales siquiera, han sido todavía definitivamente fijados, de suerte que se hallan en tela de juicio extensiones de terreno tan grandes y tan ricas, que bastarían ellas solas para ser el asiento de una nación grande y próspera. La red de ríos cuyas vertientes arrancan del pie de la cordillera y que se definen en las dos grandes hoyas hidrográficas del Orinoco y del Amazonas, red en la cual nos pertenecen algunas de las corrientes más poderosas que la forman, constituye para las inmensas regiones que atraviesa, un elemento incalculable de desarrollo y de aprovechamiento, ya que ella facilita la intercomunicación local en la forma más barata y expedita y el acceso al Océano, que es la gran vía del Universo entero, en donde se dan cita todos los hombres, por que ella les permite ir y venir de todas partes.

Como sucede que nuestros escasos centros de población se hallan establecidos en la región montañosa, y que entre ella y las regiones orientales de la llanura y de los ríos las comunicaciones son en lo general tan difíciles que pudiera decirse que no existen para los fines prácticos de la vida civilizada, lo que establece una disgregación de hechos entre las dos secciones características del territorio colombiano, se impone la labor de buscar el mejor modo de establecer la comunicación fácil y viable entre la región montañosa y la región oriental, ya mencionada, de las llanuras y de los ríos.

La solución de este problema es de más urgente necesidad en unos casos que en otros; en ninguno es tan apremiante como respecto de la región montañosa que se halla al extremo sur de la República, formada por el novísimo departamento de Nariño, y la sección de ríos y de llanuras inmediatamente al sudeste de ella en nuestras regiones que confinan con el Ecuador, con el Perú y con el Brasil.

Las cuestiones de demarcación territorial con esas tres naciones parecen estar en vía de solución; las respectivas cancillerías se ocupan del asunto y, si no estoy mal informado, están convenidos los gobiernos interesados en someter las dificultades vigentes á la solución arbitral. Todo eso está muy bien. Sin embargo, la simple adjudicación de un territorio

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dado, no es bastante, en los días que corren, y probablemente nunca lo ha sido, para asegurar la posesión efectiva. Los ríos, ha dicho el distinguido escritor venezolano César Zumeta, á quien cito de memoria, son del que los navega; los bosques, del que los tala y los explota; las tierras, del que las cultiva, y las minas, del que las beneficia.

El colono en las tierras desiertas, que él mismo somete al dominio del hombre, se cree con derecho propio á la posesión y señorío de ellas; y el dueño titular de una fuente natural de riqueza, que él deja abandonada, apenas puede quejarse de que la reclame para sí otro más activo y más emprendedor, que acomete la explotación de esa riqueza y convierte en elemento activo de bien para la humanidad, lo que el propietario, indiferente y ocioso, ha dejado olvidado como inútil é improductivo.

Recuérdese á este respecto lo acontecido con la región del Acre, en la República de Bolivia; era ella parte integrante del territorio boliviano, reconocida como tal por tratados internacionales, que habían fijado definitivamente su condición política. Esa región resultó ser muy rica en productos naturales, especialmente en caucho ó goma elástica. De esto no se daban cuenta los bolivianos. Algunos colonos brasileros penetraron en sus exploraciones hasta el Acre, y empezaron la explotación de los bosques con éxito satisfactorio; en pos de ellos vinieron otros, y de esta suerte se estableció una positiva colonización brasilera de aquella región, que, política y geográficamente, pertenecía á Bolivia.

Cuando el Gobierno de Bolivia paró mientes en los hechos que se estaban cumpliendo, decidió hacer acto de presencia por primera vez en esa comarca, que, aunque hasta entonces había sido considerada como parte del territorio nacional, no había visto nunca la menor señal de actividad explotadora procedente de Bolivia; y el acto de presencia naturalmente tomó la forma fácil, y á primera vista provechosa, de enviar funcionarios públicos para la Administración, acompañados de los correspondientes recaudadores de impuestos oficiales sobre la industria desarrollada por los colonos extranjeros.

A pesar de la incontestable legitimidad oficial de los títulos del gobierno boliviano, los colonos se resintieron, estableciéndose entre ellos y sus novísimos gobernantes un agudo antagonismo, intolerable á la larga para unos y para otros, el que hubo de culminar en una rebelión por parte de los colonos que fué prontamente develada por el Gobierno de Bolivia, restableciéndose así el imperio de la ley convencional.

No hubieron de resignarse los colonos brasileros; hicieron diversas tentativas para libertarse del que ellos consideraban injusto yugo boliviano. No es del caso entrar en pormenores sobre lo que ellos hicieron, apoyados en su empresa por el Gobierno del vecino estado brasilero, colindante con la región del Acre. Las cosas culminaron en una nueva rebelión de los colonos aleccionados por sus primeras experiencias, y que terminó en un triunfo completo para ellos.

Ante tales hechos, el Gobierno boliviano se decidió á acometer la reconquista en debida forma; el Presidente de la República emprendió la marcha hacia la región del Acre á la cabeza de un numeroso ejército que, es de suponerse, muy en breve hubiera dado cuenta de los rebeldes, sometiéndolos de nuevo á la suprema autoridad de Bolivia.

En ese estado las cosas intervino el Gobierno del Brasil, manifestando al de Bolivia que si éste último persistía en su proyecto de reconquista, el Brasil consideraría esa acción como un casus belli... *y entonces fué el crujir de dientes. Los acontecimientos que se cumplieron son demasiado recientes y notorios para que sea necesario recapitularlos aquí. El hecho fué que, mediante ciertas indemnizaciones y compensaciones, Bolivia perdió la provincia del Acre, lo que no hubiera sucedido si sus colonos hubieran ocupado y explotado la región del Acre en tiempo hábil, con antelación á la colonización brasilera.*

Nuestras regiones del Caquetá y del Putumayo y las otras á ellas adyacentes, cuyo título de propiedad como nuestro, ó ya esté definido, ó haya de ser definido por las gestiones de cancillería ó por los laudos arbitrales de que hoy se trata, serán nuestras únicamente en el nombre, y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

no en el hecho, en tanto que nosotros no las vinculemos á nuestro territorio con el lazo vivificante de una corriente comercial é industrial, que haga circular por esa parte de nuestro organismo la sangre de nuestra vida nacional.

La política expansionista del Brasil es tradicional y sostenida; la cancillería de esa nación es históricamente tenaz y hábil en la persecución de sus fines de desarrollo imperialista; ese temperamento se acentúa con la prosperidad creciente de aquella inmensa república, que ya alardea de gran potencia en el mundo y que, aun cuando sus títulos para tales pretensiones puedan ser considerados como insuficientes en la política llamada mundial, sí podrá sostener las dichas pretensiones con bastante eficacia en tratándose de otras repúblicas latinoamericanas; de la acometividad peruana no faltan ejemplos á diario en esas mismísimas regiones de que venimos tratando, y como la prosperidad material del Perú también parece haber entrado en una etapa de afianzamiento definitivo y de asegurado desarrollo, parece lo acertado presumir que los peruanos no les irán en zaga á los brasileros.

Las regiones de que se trata son ricas, de incalculable potencialidad para la industria y para el comercio y, por ende, codiciables en el más alto grado. Esto nos impone el deber nacional y urgentísimo de consolidar nuestro derecho y de afirmarlo, ejercitándolo, es decir, colonizando nosotros, como un dolor y como un remordimiento, — puesto que si otra hubiera sido nuestra vida nacional, muy otras hubieran sido las cosas, — la mutilación de nuestra patria, llevada á cabo con alevosía y con traición. Debemos aprender esa lección y curarnos en salud.

El Jefe del actual Gobierno colombiano, Señor General Don Rafael Reyes, recorrió en su juventud aquellas inmensas soledades, realizando en ellas, en compañía de sus hermanos Don Nestor y Don Enrique, labores de explorador, dignas de los más heroicos esfuerzos en ese fecundo campo de la actividad humana, de cuantos registra la historia americana, desde las atrevidas y cuasi temerarias empresas

de los conquistadores, hasta nuestros días. Cuando se escriba la historia, cualesquiera que sean los veredictos que ella pronuncie sobre los hechos de su vida, respecto de los de cualquier hombre, en lo general poco pueden vaticinar los contemporáneos, seguramente habrá una hermosa página en que se consignen los esfuerzos hechos para llevar la civilización á aquellas regiones de la patria colombiana, tan remotas de los centros habitados, por el General Reyes y por sus dos hermanos, esfuerzos consagrados, como si fuera por el martirio, ya que dos de los exploradores pagaron con su propia vida su atrevida incursión en la selva primitiva.

Es pertinente hacer mención de esa labor del General Reyes al tratar de aquella región; más aún, el no hacerla, sería omisión imperdonable. Y sobre todo, es oportuno rememorarla para dejar constancia de que nadie mejor que nuestro actual Presidente comprende la importancia de establecer de hecho el dominio de Colombia en aquella remota y rica parte de su heredad territorial, en esa región de selvas primitivas y de aguas corrientes, cuyo cascabeleo puebla las inmensas soledades con un rumor que se dijera, es la voz de la naturaleza que llama á los hombres.

El señor Miguel Triana, autor del presente libro en que narra su viaje en busca de un camino práctico y viable entre la región de Nariño y la del Putumayo, fué enviado por el Gobierno de Colombia; como podrá verlo el lector, cumplió su cometido brava é hidalgamente; volvió de su expedición como un triunfador con el trofeo de lo visto y de lo aprendido y lo ha ofrecido á la patria y al Gobierno como un germen generoso que la patria y el gobierno deben cuidar y desarrollar en bien de todos para asegurar la integridad de la soberanía nacional, obrando con la rapidez y la energía que las circunstancias exigen, en estos días de apetitos internacionales voraces y agresivos, que andan á caza de territorios, como en busca de su presa las fieras en la selva.

El señor Triana inició la narración de su viaje dando

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuenta de su visita á una isla encantadora, la de Tumaco, verdadera canastilla de coral llena de flores, que estalla y se yergue sobre la superficie del mar como un jardín flotante; de la isla pasa á la Costa Firme; describe la región baja, á nivel del mar, adonde llegan en busca de reposo los ríos tras de su atormentado descenso por las breñas y por entre las angostas hendiduras de los espolones de la cordillera; nos deja entrever la vida regalona de los negros en esa región ubérrima en que el plátano, la yuca y demás plantas tropicales que prodigan su cosecha casi sin cultivo, y la pesca fácil y abundante, permiten al hombre vivir con el menor grado de esfuerzo personal que sea posible concebir; como para completar las cosas, los ríos corren sobre arenas de oro, así que los moradores de esos parajes pueden, con un primitivo laboreo, procurarse el metal precioso, para la compra de los artículas extranjeros requeridos para la satisfacción de sus necesidades naturales ó de las adquiridas. Y como los hombres de otras razas no resisten la intensidad de ese clima húmedo y tropical, no hay peligro para los actuales Señores de esas comarcas de que otros más fuertes y más enérgicos que ellos, lleguen á desposeerlos de su paraíso terrenal.

El viaje continúa, en ascenso constante, hacia las tierras frías, y, capítulo tras capítulo, trae el autor ante la imaginación del lector, como si fueran los cuadros de un magnífico panorama en secciones, las descripciones de antiguas ciudades coloniales, los ecos de la grandeza que en un tiempo fué de ellas, el rumor de las ambiciones y de las esperanzas que en ellas todavía se agitan, la indicación de las orientaciones que debieran de seguirse y de los medios prácticos que permitirían el logro de los más favorables resultados posibles, dados los elementos naturales disponibles, en cada caso especial.

Y de esta suerte se llega, por fin, á la vieja ciudad de Pasto, que, siendo americana, se nos antoja á todos los que no la conocemos, por lo que de ella dicen las historias, y por el rumor de su voz á través de los cortos siglos de su

existencia, — porque las ciudades también tienen su voz que es el eco vibrante de los hechos á que están asociadas, — como envuelta en un manto medioeval, que nos hace identificarla en nuestra mente con aquellas villas amuralladas de la vieja España en que mejor y más seguro albergue hayan tenido siempre el tradicionalismo y la reacción; si entre nosotros existiera el problema carlista, con su cortejo romántico de la fe que no razona, de creencia en el derecho divino de los Reyes, de curas que capitanean partidas de denodados combatientes por su Rey y por su religión, seguramente que se nos ocurriría que Pasto hubiera de ser la ciudad santa y la fortaleza magna de aquellos empeños; hubiéramos de decir que, desde las supuestas murallas, habría de mirar Pasto hacia el pasado, vueltas las espaldas á las auroras del mañana y á los modernos tiempos, tan crueles y tan poco considerados para con esas grandezas y esas fermosuras de los siglos idos. Parece, sin embargo, por lo que el viajero nos cuenta, que el soplo de estos afanados días ya alienta en aquella vieja ciudad andina, señora de una fecunda región en la que, bajo el sol de los trópicos, merced á su elevación sobre el nivel del mar, impera un clima frío en que florecen y maduran todos los frutos de la zona templada y en la que encuentra hogar sano y adecuado á su organismo, la raza blanca.

Pasto es el verdadero punto de partida del viaje del señor Triana hacia la región oriental de las selvas inconmensurables y de los ríos caudalosos que se van kilometreando bajo sus bóvedas hasta confundirse con el poderoso Amazonas, mar peregrino del Continente, que arrastra sus ondas hasta el Océano Atlántico, á millares de kilómetros de distancia.

En este siglo XX de la locomoción por vapor, con todos los recursos de la ciencia moderna á disposición del hombre, el viaje del señor Triana ofrece la especialidad, que pudiéramos llamar excepcional, de haber sido hecho en la forma primitiva de que se ha hecho mención en los primeros apartes del presente escrito. Excusado sería hablar de fe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rrocarriles ó de otros vehículos de ruedas de menores pretensiones, puesto que lo que el explorador buscaba era, como queda dicho, el trazado de un camino viable, entre la altiplanicie andina y la región oriental. Pero si hubiera de imaginarse uno que, yendo él en nombre y representación del gobierno nacional, hubiera de haber dispuesto de toda suerte de comodidades y de facilidades para su viaje, pensaría uno, recordando las exploraciones en regiones desiertas realizadas en los últimos tiempos, que el señor Triana hubiera de haber dispuesto, mutatis mutandis, *de lo que á su alcance tuvo Stanley en su expedición al Centro de Africa, en busca del Dr. Livingston, es decir, de un séquito numeroso, de tiendas de campaña, de grande acopio de víveres, drogas, armas y de todos los aparatos, instrumentos, útiles y enseres requeridos para el mejor éxito de su empresa y el más completo aprovechamiento de ella. Nada de eso. El señor Triana emprendió el viaje á pie, con muy escaso acompañamiento, á la cabeza de una expedición minúscula y con una positiva ración de hambre en materia de víveres. Su viaje pues, desde ese punto de vista, reunía las condiciones de un empeño cuasi personal, que hubiera fracasado estérilmente sin la indomable tenacidad y el arrogante brío del atrevido explorador.*

Según consta del libro mismo, su autor lo escribió durante el viaje, consignando en la página hospitalaria las impresiones del día respectivo; no procedió el señor Triana como generalmente suelen hacerlo los viajeros, que hacen breves apuntes en que se han de apoyar después para rememorar, vueltos á la comodidad de la vida civilizada, las experiencias de su peregrinación. Y esta circunstancia contribuye á darle al libro la sinceridad y la palpitación de vida que en sus páginas encuentra el lector, siendo de maravillar el inagotable buen humor y la ecuanimidad que acompañaron al escritor durante su larga y penosa jira en regiones desiertas y hostiles, en que el hambre, en más de una ocasión, parecía á punto de ponerle fin no solamente al viaje, sino á la vida misma de los viajeros.

Después de leído el libro queda en la memoria una grata impresión de un triunfo simpático, obtenido por un modesto obrero de la civilización y del progreso nacionales. Y al decir modesto, nos referimos al temperamento del viajero, y no, en manera alguna, á la calidad del esfuerzo que llevó á cabo, que, en nuestro sentir, es de los que sólo acometen y realizan los valientes.

Quedan en nuestra memoria también múltiples y fecundos recuerdos que la imaginación engrandece. En un punto vemos el lago andino que tiende la inmensa amplitud de su linfa á miles de metros de altura sobre el nivel del mar; dijérase una copa de dimensiones incalculables cuyo pie fuera la mismísima cordillera; copia ese mar interno las veleidades y el temperamento del Océano que, á no muchas leguas al Occidente, encrespa sus ondas al soplo de los huracanes y azota con el fleco de sus espumas las playas arenosas ó las rocas salientes de los promontorios; pasado el lago, empieza el descenso por los escabrosos flancos de la cordillera, bajo el ala implacable de las lluvias incesantes, al estruendo de los innúmeros torrentes que se despeñan en su curso hacia los lejanos valles; la fragosa vía exige prodigios constantes de equilibrio en los caminantes, para quienes un paso falso puede significar la muerte; cuando la noche llega es preciso tenderse sobre el suelo empapado, y tomar, por todo alimento, la escasa ración de cebada que á cada cual le corresponde. Y á cada paso disminuye por la deserción el número de los compañeros, hasta que el viajero queda casi solo. Como indicio ominoso de los peligros que le rodean, encuentra los vestigios de otros infelices peregrinos que sucumbieron á la fatiga y al desamparo. Y nada de esto le detiene. Sigue, sigue, adelante, hasta lograr salir de la agria región en donde todo es peligro y amenaza.

En llegando á los valles templados, la naturaleza le sonríe de nuevo; con el calor del sol, con el esplendor de los bosques se robustece la esperanza, y el viajero prosigue su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

viaje hasta llegar á la orilla de los grandes ríos, objetivo y meta de su empeño.

Todo eso, y mucho más, encontrará el lector en las páginas de este libro útil y sincero. Yo lo considero como una obra de la mayor importancia para nuestro país, tanto por su mérito intrínseco, como por el ejemplo que pone de manifiesto ante los ojos de los colombianos. Durante toda nuestra vida independiente hemos malgastado nuestras energías en pavorosas luchas cruentas que nos han hecho aparecer ante el mundo como indignos de la independencia que obtuvieron nuestros mayores y como inhábiles para el aprovechamiento, en bien de nosotros mismos y de la humanidad, de la egregia herencia que nos legaron. No hay departamento de la República en que no existan regiones, ó inexploradas ó apenas conocidas. Si el libro del señor Triana llega á servir de estímulo para que otros hombres de corazón abandonen las ciudades y se den á explorar esas regiones y á revelarnos las posibilidades de nuestro país y los medios de usufructuarlas, habrá prestado un servicio de trascendental importancia. En justicia debemos decirlo, que por el señor Triana no quedará, y que si su ejemplo no es seguido, no será suya la culpa, ni menor el mérito por él adquirido.

El señor Triana es un hombre de sólidos conocimientos; á cada paso se advierte que ha sido él un estudiante incansable de la ciencia y de la literatura, y que está perfectamente informado de los más recientes adelantos y conquistas de la sabiduría humana. En cuanto al indiscutible mérito literario de su libro, yo encuentro en él páginas muy hermosas, dignas del más alto encomio. Es especialmente feliz en la descripción del paisaje, en la que en muchos casos alcanza nitidez y sobriedad cuasi perfectas. No me toca á mí, ya que á solitud del señor Triana me ha cabido la honra de escribir este prólogo, entrar aquí en una crítica de los méritos literarios de la obra; de ellos podrá darse cuenta el lector y toda tentativa á ese respecto, por parte mía, sería pedantesca é inoportuna.

Y cierro aquí este desgreñado escrito. Alguna vez me cupo

á mí también en suerte recorrer vastas y desiertas regiones de nuestro país, ver de cerca la misteriosa majestad de nuestros bosques, contemplar la interminable procesión de horizontes en cuya azul lejanía se esfumaba el río, perdiéndose allá en lo hondo de la distancia, como si fuera en el tazón ignorado de una catarata prodigiosa, cuyo rumor no llegara hasta nuestro oído; me tocó ver los vestigios de civilizaciones tan remotas que de ellas no queda otra memoria que la labor que ejecutaron hombres cuyo objetivo, al realizarla, es un enigma para nosotros; me tocó sentir el ala de los vientos que soplaban en las desiertas soledades, fragantes con el perfume de la selva inviolada; me tocó soñar en la grandeza potencial de la patria, cuando, al amparo de leyes y de instituciones sabias, floreciera en ella la libertad aunada con la justicia, para decenas de millones de hombres que reverenciaran el nombre de Colombia... Y el recuerdo de esas impresiones y de esos sueños constituye para mí un tesoro de consuelo y de gozo inagotable. Que la labor del señor Triana sea acogida y desarrollada por nuestro gobierno y por nuestro país, ó que no lo sea, á él también le quedará ese tesoro de sueños soñados y de recuerdos vividos, que será como una recompensa personal, que nadie podrá arrebatarle, de su peregrinación hacia las márgenes del Putumayo.

S. Pérez Triana.

Londres, Diciembre 1907.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

PRIMERA PARTE

EL CAMINO DE BARBACOAS

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

I

El porvenir de la costa.

La isla encantada. — Un almacén inmenso de vida difusa. — El fraile y la monja. — El *hotel de misiá Serapia*. — Consecuencias de un mal puerto. — Los japoneses en el Pacífico. — Preparativos para recibir la visita.

En la línea de un horizonte gris, hacia las lindes de la noche, vimos una mota negra sobre el mar.

— ¡Es la Gorgona!

¡La Gorgona! El nombre es horrible : las Parcas deben tener en ese peñasco sus antros fatídicos.

La noche continuaba deslizándose, como arrastrada por el viento del Sur, sobre el espejo plomizo del mar, de un mar tristísimo. La Gorgona avanzaba pintada de negro ; detrás de ese fantasma se prolongaba el abismo de un horizonte vacío.

Á través de una especie de neblina y bajo la forma indeterminada de un promontorio, pasó la Gorgona, que nos dijeron ser la isla de los encantos : abundantes torrentes bajan por la falda cubierta de bosque centenario, al pie planicies fértiles abandonadas, luego playas cubiertas de conchas marinas y fondeadero profundo al costado del Oriente. Es la isla solitaria del Océano.

Con trece compañeros hizo pie en ella Francisco Pizarro, en 1527, para reponerse y seguir á la conquista del Perú. Desde entonces, las naves que hacen la correría la ven allí tétrica solemne como un atalaya de la inmensidad. — Las ballenas señoras del mar, juegan en sus golfos y levantan en su presencia dardos verticales de agua, sin que nadie turbe la majestad de sus complacencias. — Una casa en ruina, de propiedad

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del señor Ramón Payán, es la señal de que aquella isla misteriosa ha tenido su Robinsón. La mole negra, que interrumpe bruscamente la comba del mar, debe alojar algún Genio fatídico como el delito y horripilante como la lepra : allí, triste y maldecido, parece ocultarse un hospital elefantino ó un presidio. — No continuará siendo así : la vara mágica tocará esta isla encantada en el siglo xx. La corriente que inundará el Pacífico, roto el tambre de Panamá, la revestirá de flores de natalicio; huirán el enigma y las ballenas, y agitará la vida moderna y la industria en la estancia de Francisco Pizarro, primero, y de D. Ramón Payán, después.

En la obscuridad de la noche se estrella la ola contra la quilla del barco y levanta espumas fosforescentes, de una blancura lívida; á los costados del buque se destrenza un encaje de azucenas, que surge de la entraña negra del mar, y lo cubre como un sudario estrellado de diamantes, de resplandor sulfuroso y fantástico.

Contra la barandilla del barco pasamos largas horas de la noche contemplando aquella propiedad luminosa de las aguas del mar, de que tantas veces se oye hablar y que siempre sorprende y maravilla.

Aseguran algunos autores que en el mar hay un número inmenso de infusorios eléctricos que, al excitarse, emiten luz como las luciérnagas y los cocuyos. El mar, por otra parte, puede considerarse como la fuente más abundante de electricidad que hay en la Naturaleza, á causa del cúmulo infinito de reacciones químicas que se cumplen permanentemente en cada una de sus moléculas para producir la vida de los animales infinitésimos que las habitan. Pudiera decirse que las aguas del mar tienen vida difusa, tal es el cúmulo de energías nerviosas que se agitan en su masa.

Al balanceo del buque y al pujido regular de su máquina, se duerme largamente : cuando abrimos los ojos, al día siguiente, entraban por las persianas del camarote todos los resplandores festivos de una mañana tropical.

El barco parecía estar quieto : en traje de japonés antiguo asomamos la nariz rubicunda de un dormilón sorprendido, para explicarnos la causa de la detención. Efectivamente, estábamos varados frente al Morro de Tumaco. Dos torreones de arena, verticales sus paredes y con capotes verdes de enredaderas colgantes, surgen enhiestos como « la monja y el fraile », indefectibles en todo decorativo de escollo. Veíamos perfectamente el arco natural de medio punto riguroso que, como un puente de verdad, une al barranco « fraile » con el cerro de El Morro, tapizado de grama. El sol de Oriente, ávido de besos, abrillantaba las aristas del peñasco y las copas de las palmeras y bambúes, de un verde manzana, que crecen al pie casi, entre las espumas. Detrás de esta primorosa colina, resguardada bajo su protección contra las olas, más altas que una torrecilla de aldea, está la de Tumaco, sobre una especie de balsa, al nivel del agua, de casitas de tabla, como para no consumir la islita flotante con su peso.

La aspereza y reconditez del capitán, quien nos recordó iguales apariencias presuntuosas del que nos tocó en el *Magdalena*; la estulta grosería de los oficiales rubios que se sientan á la mesa en camisa, la mezquindad de ésta, la torpeza de los criados y el alto precio del pasaje, andaban parejas con la ineptitud de aquellos empleados, que ignoran la dirección del canal y la hora de tomar el puerto, según la luna. En Buenaventura, éste ú otro capitán de ínfulas almirantescas, echó el buque á que arara en las arenas, no obstante la línea de boyas que limitan la caleta. Dos días de navegación cuestan cosa de doce libras esterlinas, y la alimentación es mejor en el *Hotel de misiá Serapia*. La culpa del servicio malo, irregular, caro y despectivo, es de los malos puertos, pues no provocan la competencia con las comodidades de muelles, faros y dragajes para ofrecer á otras empresas, y por la negligencia en procurar aquella competencia para alivio del Comercio.

La penalidad de aguardar seis ó siete horas sobre la parrilla y al abrigo de Febo, hasta cuando la marea obligara al armatoste á flotar, quedó no obstante compensada con el espectáculo de la bahía más pintoresca, de semblanza africana. Los colombianos siempre aceptamos con filosófico estoicismo esa compensación á las positividades : á trueque de un puerto de fondeadero profundo, donde lleguen vapores de todas las empresas, nos deleita una playa fangosa, ornada de palmeras y manglares; á cambio de carruajes y wagones, la mula, que nos permite disfrutar de todos los accidentes de un terreno cruzado por torrentes y cubierto de peñascos y selvas; á falta de las riquezas de la industria, mostramos la exuberancia de nuestra flora virginal y los tesoros escondidos en las entrañas cuarcíferas de nuestros Andes; ya que el terruño no produce

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hombres prácticos, nos enorgullecemos con nuestros poetas.

¡No siempre ha de ser así! Los tiempos van cambiando; del grupo de Naciones Suramericanas que comenzaron con nosotros la tumultuaria vida independiente, la mayor parte se han ajuiciado y avanzan: todo indica que el turno de formalidad nos va tocando. Para entonces la fortuna nos reserva seductoras promesas.

Al mirar la soledad de este océano y considerar las complicaciones que van á tener los yanquis con el comercio europeo en el Istmo y la rivalidad que se les está levantando en el Japón, se piensa en que el atentado de Panamá va á trasegar mucho el curso de las cosas en el mundo, acaso en provecho de las naciones del Pacífico y especialmente en favor nuestro, que por el Atlántico gozaríamos de la competencia Occidental y por esta otra costa podríamos explotar la competencia con el Oriente. El señorío del Pacífico corresponderá al Japón y, si andamos listos, con él tendremos un gran comercio y ventajosas relaciones. Ya era tiempo de buscar la amistad de aquel aliado natural, junto con las manufacturas chinescas, así como la corriente de inmigración asiática, que tan bien puede sentar en estas latitudes. La manufactura oriental hace hoy competencia á la europea por su calidad y precio; si á esto se agrega el tributo que la última pagará en el Istmo, se comprenderá cómo las naciones del Pacífico abrirán sus puertas á la manufactura aquella. El estudio de la cuestión japonesa, de los productos de esa procedencia, del consumo allí de nuestro caucho, nuestro café y nuestro oro y de la emigración amarilla, son de vital importancia para el porvenir de esta costa. Esto nos revela un ensueño del porvenir.

¿No será este futuro predominio asiático en Suramérica la continuación de la misma escena de siglos y siglos atrás, interrumpida por la decadencia amarilla, más añeja que los anales de la historia? ¿No parece, por multitud de señales, que las civilizaciones de México, Guatemala y el Perú tienen procedencia asiática? La influencia poderosa del sol, la posición de los continentes, las condiciones de los mares, las corrientes y contracorrientes del elemento salado, causas entonces de los movimientos sociales, son idénticos ahora; de modo que el largo ciclo puede haber llegado á su término, para volver á comenzar bajo la égida de los mismos fenómenos de eternal persistencia. Entre Asia y América volverá sin duda á establecerse la antigua corriente humana.

Pero si en el primoroso puerto de Tumaco se varan los más pequeños barcos de la *Pacific Steam Navigation Company* y ya no llegan los de la línea alemana, por haberse alejado con los bancos de arena el fondeadero, no debe ser éste el puerto donde se den cita en el porvenir en la costa colombiana las flotas del mundo. La agitación vivificante que la apertura del Canal de Panamá le comunicará pronto á este Océano dormido, fecundará los puertos privilegiados por sus condiciones para recibirla y pasará por encima de los fangales, por más palmeras que los embellezcan.

El río Patía, que nace á inmediaciones de Popayán y es el único que rompe la cordillera occidental como agente providencial del progreso intercordillerano, desemboca á inmediaciones (7 leguas al Norte) de Tumaco; el río Telembí, en cuyas orillas florecieron en otro tiempo las empresas mineras de los españoles, á las que debe Barbacoas su existencia, y el camino cuasi carretero que gana la fecunda mesa de Túquerres y Pasto, donde la condensación pobladora y la profusión de productos agrícolas son una bendición, todo esto hace pensar que sólo falta buscar un puerto adecuado en la costa para estar preparados á recibir la visita del progreso.

La excursión á que nos va á acompañar el lector, ha de indicarnos hasta qué punto debe halagarnos el porvenir.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

II

La isla de Tumaco.

Está comiéndosela el mar. —¡Vaya usted á ver! —¿Qué sabemos del arcano de la vida? — La genealogía insular. — El padre Sol y los fríos del Polo. — Se arremolinan las arenas. — Saturno. — Explicación del fenómeno de la vida. — La clausura.

Á medio día, el buque dió la vuelta á la islita de El Morro, que nos ocultaba á Tumaco, y se nos ofreció á la vista la primorosa perla del pequeño archipiélago, como una canastilla de musgos, de flores y de techumbres brillantes. Una bandada de canoas, precedida por el bote de la Capitanía del puerto, izada la bandera nacional, se lanzó sobre el vapor; entre ellas venía también un barquichuelo en busca nuestra: nos esperaban los amigos de prisión, los derrotados en Guapi, en la última intentona de tres años en favor del Derecho.

Al saltar á tierra merecimos, mi esposa y yo, mil halagos de la sociedad simpatiquísima de la pequeña población, y nos sorprendimos de encontrar allí un principio de cultura y amabilidad. Quince días pasamos en Tumaco, porque el vaporcito que debía llevarnos á Barbacoas estaba varado en el río. La circunstancia de tener que navegar siete leguas por mar, de Tumaco á la boca más próxima del Patía, impone á los vaporcitos del río la necesidad de un casco mixto, de gran calado, que requiere una altura de agua dulce superior á la del río Magdalena y esto hace muy difícil la navegación fluvial. Entretanto procuramos darnos cuenta del renombrado peligro en que está la isla, amenazada por el mar.

Esto del orgullo profesional no deja de imponer amarguras, como todas las tiranías de la vanidad. Se nos pidió que emi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tiéramos concepto, y, lo que es más grave, que indicáramos el remedio. Desde cuando vimos por primera vez la enunciación del *caso* en el Ministerio de Obras Públicas, estuvimos á tiro de declararnos « incompetentes para conocer del asunto », como dicen en el foro ; pero nos tapó la boca el orgullo profesional. La cosa nos pareció tan obscura, que contestamos tímidamente :

— Necesito ver... Alargaré un poco el viaje al Putumayo, entrando por Barbacoas. Yo no me atrevo á aconsejar nada sin conocer cómo es eso de que el mar está comiéndose á Tumaco. La misión que llevo no me obliga ; pero tendré mucho gusto en informar al país...

Salimos del Ministerio arrepentidos de no haber sido francos. Nosotros qué sabíamos de defensas marítimas, cuando apenas conocíamos el mar desde el punto de vista literario, si vale la metáfora; pues únicamente lo habíamos *sentido* y eso no en toda su magnitud y grandeza. Retazos minúsculos del gigantesco, inconmensurable monstruo, mirados sobre la comba dorsal, de un verde antojadizo y cambiante como el camaleón ; escamas apenas levantadas sobre la superficie por una brisa tenue ; el nacimiento de la luna sobre su cristal obscuro que, efectivamente, parece la consagración del Eterno sobre el altar del Infinito y, cuando más, por inducción sabíamos que el mar se parece á Dios : sin fondo, sin términos, inescrutable, fatal, próvido, creador, poderoso, potencial de la vida, antro donde terminan, como los ríos, todas las energías y de donde se levantan todas las fecundidades.

Pero jamás habíamos profundizado el arcano del mar una pulgada bajo su superficie ; nunca nos había llevado el reconocimiento de sus innumerables atributos á meditar en el alcance de su munificencia, en el albedrío de sus creaciones, en los antojos de su voluntad, en la fatalidad de su objeto, en el propósito de su instabilidad, en la providencia de sus movimientos ni en las leyes de su vida. Menos podíamos sospechar que, mediante el estudio de estas leyes, llegara el hombre á pretender revocar sus decretos, publicados entre relámpagos, huracanes, borrascas, truenos y conmociones aterradoras.

« Por grande é indigesta que sea esa isla, pensábamos, si el mar se la está engullendo, ¿qué podremos encontrar de ella cuando lleguemos á Tumaco ?

Lo primero que hicimos para comenzar metódicamente el estudio del *caso*, fué levantar el plano de la isla para *comprobar el cuerpo del delito*. Así conocimos la figura del perímetro. Quien quiera saber cómo es, imagínese dos peces unidos por el espinazo : nada tan simbólico de la vida de esta hija del mar.

Entre las nietas del viejo Neptuno hay sus diferencias aristocráticas : unas son de coral, otras de nácar, otras de madrépora ; quiénes alegan su nobleza por haber sido urdidas por madreperlas y otras por floras marinas ó por sirenas pudorosas, allá escondidas en antros de estalactitas. Esas princesas del Océano surgen al amor del sol con el clamoreo de los siniestros, algunas coronadas con penachos de lava y de fuego. La insignificante isla de Tumaco, que por su pequeñez no se la puede representar en los mapas generales, tiene un origen vulgar ; pero su génesis no deja de ser interesante. Ella está formada simplemente por arenas de la inmediata cordillera de los Andes.

Favorecida la zona tórrida por el calor abrasador del padre Sol, se levantan grandes vaporizaciones al empuje de los vientos polares que corren presurosos hacia aquella región, entumecidos como están en su casa, y se dan de topes en el Ecuador. Al girar de la tierra, cuando menos lo piensan, las nubes están encaramadas sobre la cordillera fría y se resuelven en lluvias ; por eso es el perpetuo invierno del flanco occidental y por eso los ríos tumultuosos y escarvadores que por éste descienden, cargados de arena, para reincorporarse al mar : así va creciendo la costa con estas arenas. Pero el mar, que también viene en corrientes á calentarse en el Ecuador desde los Polos, donde flotan los hielos eternos, arrastra aquellas arenas para formar bancos, islotes, cabos y penínsulas á lo largo de la costa.

La corriente costanera que viene del Norte cargada de aluviones, al llegar á la ensenada de Tumaco se arremolina y, al movimiento de espiral, levanta las arenas y forma bancos á la salida de su cuenco. Estos llegan á ponerse á flor de agua, aprovechándose de las pleamares y, de este modo, en las bajamares, quedan á descubierto para que el viento continúe peraltándolos, á fin de que propasen el nivel de las altas aguas. Fecundados por la lluvia, se cubren luego de vegetación, lo que contribuye á levantarlos con sus despojos, á embellecerlos con su follaje y á prestarles una solidez efímera que invita

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

al hombre á vivir en ellos. Tras de la cabaña del pescador, la choza del labriego ; tras de ésta, la barraca de la factoría y el almacén.

Así progresarían siempre las obras del mar, si el intento de éste anduviera de acuerdo con el pequeño interés de los humanos. Nacidas, embellecidas y habitadas ya las criaturitas, empieza este Saturno desapiadado á pretender comérselas. Cambia el curso de la corriente, para cogerlas desprevenidas ; levanta avalanchas inusitadas, para atacarlas por detrás ; se revuelca en su lecho de conchas y coralinas este monstruo inquieto, para quitárselas de encima, cual si le hicieran cosquillas como las moscas al caballo. Entonces los hombres incautos que edificaron sobre arena, levantan los gritos al cielo y hacen memoriales al Gobierno.

La islita forma el centro de un cinco de oros, rodeada por otras que la resguardan ; es un jardín al nivel de las olas, matizado con el verdacho de los aguacates y otros mil árboles frutales, mezclados con innumerables arbustos floridos. El tamaño de este gran jardín flotante no daría, sin embargo, capacidad para una ciudad como Bogotá con sus 465 *manzanas*. Las cabezas de los peces, cuya figura representan, están enlazadas por medio de un largo puente para comunicar el poblado, de unas 500 casas, con el Panteón, de crucecillas negras, consumidas entre alelíes. Desde este punto se oyen las cóleras del Océano, se ven sus rompientes y se distingue la llegada de las embarcaciones de Panamá, al tocar el horizonte, donde parecen gaviotas sobre las olas. Por aquel mirador entra un dardo del mar agresivo, el cual ha formado el estero del puente. La corriente del Norte, nerviosa, vibratoria, ejecutiva, se precipita por allí con los rumores sordos que recoge en todas las escolleras, donde gime ó amenaza el mar, y el alisio del Sur da sus últimos cabezazos, en juegos con su linfa. Hacia el solsticio de Aguinaldos, cuando el sol anda en su viaje periódico por el trópico de Capricornio, la dirección de las fuerzas cambia totalmente, como si Febo hubiese pasado de su diestra á su siniestra mano las riendas del mundo : entonces hay un trastorno en las corrientes y en los vientos, que significa chubascos y tormentas ; los bajeles sufren aventuras terribles en sus correrías por estas latitudes y la pobre islita paga caro las cóleras de Neptuno. Pero hay otra causa de agitación de las aguas que, á fuer de vulgar, no deja de ser

curiosa : se trata de la influencia de la luna en combinación con las atracciones del sol. Bajo aquel astro blanco levanta el mar sus linfas amantes, como en promesa de un ósculo imposible ; el bombeo de las aguas sigue el curso de la andariega nocturna, con persistencia de galán callejero ; de modo que el paso de la luna por el meridiano levanta el nivel del mar, con tanto mayor anhelo, cuanto más se aproximen en el cielo las dos lumbreras ; así es como la marea más alta se cumple hacia el novilunio de la época equinoccial. Entonces el mar se entra hasta la plaza de Tumaco, con grande excitación de los vecinos y vecinas, y forma en el caserío del Panteón una Venecia improvisada.

Todo lo cual demuestra que la isla de Tumaco es un símbolo fiel de la vida del hombre, siempre agitada por los caprichos de una fortuna tornadiza. El hombre lucha por fijar su suerte, anheloso de sosiego, aunque sea enclaustrándose en la paz de la tumba, y la islita pide que se le amurallen sus orillas, aunque con ello pierda la providencia del mar que le dió la vida y le ofrece á diario cuantas manifestaciones de ternura puede ofrecer á sus hijas este monstruo escamoso y soberbio. Cerrar, como propusimos, el canal por donde entra la fuerza viva del mar, es encerrar la encantadora isla de los alelíes en un convento.

Se queda uno pensando al ver la ola que destruye lo que edifica, en que la vida es únicamente la lucha estéril con la muerte. Dejar de luchar es morir. Dondequiera que hay conflictos surge un resplandor vivificante. Unicamente alientan los que expiran ; sólo gozan los que sufren ; sólo poseen los que anhelan. ¡ Ah de los que llegan al puerto ! ¡ Infelices los que conquistan el ensueño y lo poseen en su quimérica nada !

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III

Sociología Costeña

Lo que enseña el mar. — En busca de un puerto. — La hija de Barbacoas. — Regeneración de los negros. — El billar de la avenida. — La marimba. — Al rumor de las olas. — Ecos de la patria. — Las noches de plenilunio y las mareas mercantiles. — La luna en el mercado. — Precios de los comestibles en comparación al jornal.

El frío de los Polos, el calor ecuatorial, las evaporaciones, las corrientes, las lluvias, los ríos, los aluviones, la edificación de la costa, los bancos de arena, las mareas, la vegetación, los cultivos, el comercio, la navegación, la riqueza de los pueblos, el porvenir de las razas humanas, la suerte que se les espera á las naciones : todo este encadenamiento, desde la roca hasta el hombre y desde la inercia hasta el pensamiento, con sus filosofías y sus dogmas, es la enseñanza del mar que se mueve al balanceo de la eclíptica. Escribir á propósito del mar es historiar las edades geológicas, la génesis de los seres, la desintegración de las especies, la infancia de la humanidad, las peripecias de las agrupaciones sociales ; en una palabra : es describir la creación desde que se hizo la luz hasta que vinieron las tinieblas dentro de un pliegue imperceptible del infinito, en el espacio y en el tiempo. ¡ Cuántos volúmenes, sin embargo !

Es preciso no dejarse llevar de la pluma : no se trata de ciencias, ni de proyectos de defensa, que calladamente pasaron, con todas sus ínfulas de alta ingeniería, al Ministerio de una República paupérrima y, más que pobre, desapercibida de su porvenir.

El dinero que puede gastarse en defender la islita move-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

diza, aunque encantadora y el puentecillo incómodo y precario, aunque de un aspecto oriental y delicioso, aconsejamos que debiera invertirse en habilitar un puerto continental, inmediato á la boca del Patia. Allí está la isla del Gallo, apenas separada del Continente por un canal que desemboca en el cañón del río. Lo que le falta á Tumaco lo tiene la isla del Gallo, á saber: suelo rocalloso y firme, fondeadero profundo para grandes buques, agua potable y comunicación con extensas comarcas cultivables de tierra firme.

Tumaco ha sido adventicia, se formó por casualidad y no promete ventajas para el futuro.

Los negros libres de Barbacoas se establecieron en la costa para gozar de su libertad, lejos de sus antiguos amos, y aquí el mar les fué propicio en dones. La multiplicación de la especie ha sido la consecuencia del bienestar que encontraron en esta isla y sus contornos. La prosperidad de Tumaco con su caucho, su tagua y su cacao, atrajo á los señorés de la ciudad del oro, decadente ya por falta de esclavos, y aquí señores y manumisos han vivido la vida democrática del trabajo libre. Tumaco es hija de la vieja y caduca ciudad de Barbacoas. No de otra manera se explica el transeunte observador, cómo existe en un pueblo de negros un nucleo social que poco tiene que envidiar á las pequeñas ciudades del Cauca. La amabilidad y corrección de maneras de los blancos de Tumaco y la suavidad de carácter y cultura natural de los negros, que en la costa atlántica y en el valle del Cauca son cínicos é indómitos, proviene del régimen de libertad industrial que la localidad les ha ofrecido á éstos, sin la opresión de los otros. Aquí no existe el odio de clases que hará en el Cauca difícil la cuestión social, en perjuicio del adelanto del país y bienestar político. Los negros aquí son más civilizados, más suaves, más inteligentes y más aptos para el trabajo de concurso nacional, que en el resto de la República.

Pasamos todos los dias por frente á una oficina pública donde trabajan empleados de color con tal seriedad y fundamento, que nos creíamos trasladados á una República negra. Las familias negras mandan sus hijos á las escuelas, con gran provecho para la educación de su raza: casi todos los peones que cargan bultos para la Aduana saben leer y llevan en carteras sus apuntes. Muchos son los hombres de hogar de pelo apretado y rostro que se confunde con el color de sus zapatos;

que inspiran respeto por su moralidad, sus aptitudes y la dignificación de sus familias.

En la iglesia, en el teatro, en los paseos, las señoritas negras, á pesar del abigarrado gusto de sus trajes, hacen comprender que se ha establecido la selección verdadera de la raza africana, por el donaire señoril y el recato de las maneras y movimientos. Las familias blancas, olvidadas de su preocupación aristocrática, saben apreciar esas distinciones y les abren campo á los negros que, por su talento y aplicación, empiezan á ser notabilidades lugareñas.

La gentuza misma agrada por la blancura de sus vestidos, sus pañuelos de seda vistosos, sus sombreros encintados y por la dignificación de sus juegos y placeres. Hay un billar en las inmediaciones del puente del estero que arroja luz por puertas y ventanas por la noche, con su escaño adherido á la pared y su cantina en un rincón, separada de la sala por un pequeño mostrador. Allí juegan alegres partidos del elegante *sport*, con tal corrección, que pudiera servir de ejemplo á los billares de caballeritos nobles de otras partes. Cuando íbamos por la noche á pasear al puente, nos deteníamos largo rato en medio de la calle á considerar este pueblo, á través de uno de sus divertimientos.

En todas las casas de barbacoa, construídas con guadua, en medio de árboles frutales, donde viven las aplanchadoras, costureras y lavanderas del poblado, asoman por las ventanas las flores que cultivan unas cabezas de ébano que hacen contraste con la blancura de los crisantemos, y tan crespas como éstos. Al lado del panteón queda relegado el suburbio de los holgorios, donde suena los sábados por la noche la *marimba*. Pendiente del techo se balancea el teclado de chontas, con sus tubos de guadua de mayor á menor que hacen las funciones de caja armónica. La hacen sonar al golpe de unos palitos, como de redoblante, dos negros festivos que llevan con la cabeza, los labios y el parpadeo de los ojos el compás de sus notas de piano. Al contorno de este instrumento silvestre, que reina y preside en los bailes populares de la costa, dos tamboriles, dos chuchos, un triángulo, alguna flauta sentida y una tambora estruendosa siguen las notas enloquecedoras del bambuco africano. Los músicos bailan en sus asientos, las negritas, que asoman coquetas las cabezas orladas de flores, mueven á compás sus talles flexibles; bailan las viejas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

describiendo con sus chancletas ruidosas círculos concéntricos y los mozos, de estragado gusto que cortejan estas elegancias copretéritas, haciendo arcos con sus pañuelos impregnados de pachulí, bailan también con furor indescriptible. Por último, al *tun, tun* de la tambora, vibra, como si bailara también, la barbacoa en zancos, sobre la cual se empina la casa de guadua. La más frenética alegría sale, al son de la música y los cantares lentos y sentidos, por los balcones de la casucha orlados de enredaderas en flor, que miran al mar. El rumor de las olas se mezcla con el rumor de la fiesta en las noches apacibles, y así duermen las islas movedizas de Tumaco sobre las escamas del monstruo. Allá lejos, por sobre el banco de arena de « La Viciosa », que circunda á Tumaco por el lado de las rompientes, se ve titilar entre las espumas la luz de un candil, y el viento suele traer, los sábados por la noche, la plácida voz de la *marimba*, con que publican sus alegrías los negros de alguna aldea vecina.

¿No fué poderosa la servidumbre, en el Real de minas de Barbacoas, para hacer olvidar al hijo de las palmeras africanas los aires de una patria, perdida para siempre y borrado su recuerdo con las lágrimas de muchas generaciones? ¿Ó bien el mismo sol tropical, el mismo bambú que crece bajo sus rayos y la misma libertad han hecho renacer, con las alegrías, las músicas de un grato recuerdo patrio?

En las noches claras de plenilunio el mar levanta su flujo hasta los esteros de tierra adentro, donde crece la caña de azúcar de los colonos, y los invita á embarcarse para traer á Tumaco la panela de sus trapiches y, entonces, es de verse la bahía cruzada por velitas plateadas y es de oirse, dentro del mar, el canto lejano de los vendimiadores con que acompañan el golpe de sus remos. Para las pleamares de novilunio, la entrada de los campesinos al puerto es á la fantástica luz del alba. Vestidas de rojo y con pañolones floreados, vienen las mujeres á la orilla á ofrecer los frutos de su labranza : las viejas, con aquel aire apacible que imprime la vida campesina, vienen manejando el timoncillo de popa, y las muchachas agitan á compás los canaletes de proa, peripuestas, de ojos risueños, con sus dientes que blanquean, como el marfil engastado en coral, sobre sus rostros de ébano.

Quince días de escasez de víveres en la isla, hacen que la población se agrupe en los muelles y reciba aquellas portadoras con estruendoso alboroto. La luna rige, pues, los mercados en Tumaco á la orilla del mar.

La vida, con este motivo, es cara en Tumaco. Los víveres del interior vienen corriendo las contingencias de la navegación fluvial, los de la costa vienen á merced de la marea. No hay suficientes dehesas en las inmediaciones y la carne es mala, la leche escasísima y la manteca viene de los Estados Unidos.

Lista de precios en oro.

1 libra carne.....	$ 0.08	1 libra de panela....	0.08
1 — queso.....	0.20	1 — azúcar.....	0.15
1 litro leche.....	0.12	1 — manteca.....	0.15
10 huevos.....	0.25	1 galón petróleo.....	0.50
1 pan muy pequeño.	0.02 1/2	100 astillas leña.....	0.40
1 libra harina amer.	0.08	1 jornal de peón....	0.40
1 — papas.....	0.10	1 sueldo de empleado	40 »
1 — arroz.....	0.06	1 casa para familia.	12 »
100 plátanos.....	0.50	1 par botines	4 »
1 libra sal.....	$ 0.02	1 vestido de dril	4 »

APÉNDICE

Estadística del puerto en un año (1906).

EXPORTACIÓN		ORO	ORO
		Pesos.	Pesos.
103 1/2	Toneladas caucho. C/u á.....	1280	132480
2394	— tagua.....	60	137280
340	— cacao.....	400	136000
130	— cueros.....	309	40070
10	— sombreros.....	13000	130000
640	kilogr. oro en polvo.....	400	258400
	Suma la exportación anual.....	.....	834230
1782 1/2	Toneladas importación.....	.....	420644
	Diferencia.....	.....	413586
Impuesto sobre importación (equivalente casi á un 30 0/0).....			125000

Estos números equivalen á todo un capítulo, no seguramente por su cuantía, sino por sus proporciones. Especialmente provoca el análisis crítico, la cuantía del impuesto, comparándola con la tarifa y el valor de las introducciones.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

La navegación fluvial.

Los dos buques mixtos. — Salahonda y el puerto geográfico. — Entrada al continente. — El porvenir de Nariño. — El brazo meridional del Patía. — Hábil piloto hembra. — En el gran río (fantasías nocturnas). — La colonización africana. — El Telembí. — Llegada á Barbacoas.

En un buquecillo de vapor, airoso y bien plantado como señor de la bahía, comparable en su pequeñez á los vaporcitos del Alto Magdalena, debíamos recorrer las siete leguas á la boca de Salahonda, en el Patía, para emprender luego la navegación de río hasta Barbacoas. Cuarenta toneladas de registro, tres camarotes para pasajeros, comedorcito, camarotes de servicio y todas las dependencias, en miniatura, de un gran vapor tiene el *Nariño*. Otro vaporcito de análogas, aunque menores condiciones, el *Tumaco*, hace también la misma ruta. Uno y otro están bien servidos y ofrecen al viajero una simpática acogida. Ambos tienen el gravísimo inconveniente de calar más de siete pies, con que frecuentemente se ven en dificultades y se varan en cuanto deja de llover en la cordillera. Este inconveniente proviene de la necesidad de la navegación marítima que impone la situación del puerto. Es preciso insistir : antes de tomar la boca de Salahonda forzando en la pleamar la barra que cierra esta boca, está la isla del Gallo, con todas las condiciones apetecibles para un puerto marítimo, en comunicación con el poblado de Salahonda, que, cual otra Barranquilla, está sobre el río. La habilitación de esta privilegiada población como lugar de la Aduana y puerto de Nariño, se impone como condición de progreso para este afortunadísimo Departamento de la República.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pero, señor, ¿cómo abandonamos la encantadora isla de los alelíes?...

¡Oh! ¡Qué criterio tan poético el que todavía preside entre nosotros!

Dos horas antes de la marea salen los vaporcitos de Tumaco para llegar á tiempo de barra; pero un retardo cualquiera nos puso en esta ocasión en peligro de reventarnos contra la rompiente; la habilidad del capitán nos salvó, sin embargo: las últimas olas grandes montaban todavía sobre el banco de arena y, dejando arrastrar al buquecillo al compás de una de ellas, saltó por sobre la barra, como una cáscara de huevo, y estuvimos, después de un gran bamboleo, en el río.

Estábamos en la portada umbría de una corriente misteriosa que viene del interior bajo el boscaje. Una emoción de pavura y de raro encanto nos inundó el alma: á la derecha, entre un bosque de cocoteros, la aldea indígena que sirve de guardián empinaba sus casucas para mirar con dos ojos, uno de esmeralda y otro de topacio, á un mismo tiempo, el mar y el río; al frente, la faja de aguas amarillas semejaba una calzada que á la primera vuelta se interna y parece perderse en la selva desierta, y detrás, la inmensidad soberbia del océano. Siempre la boca de un río, que se desliza por debajo del bosque, nos ha hecho recordar alguna fantástica aventura de Simbad el Marino, de la leyenda oriental; pero en esta vez, la idea de las arenas de oro del Telembí, el carmín y el turquí de las gemas que lava el Juanambú, y la imagen mental del boquerón del *Castigo*, por entre cuyas rocas de cristal atraviesa el Patía la cordillera, nos forjó en la fantasía un verdadero delirio: ¡nos internábamos al país de las quimeras!

Con los deficientes informes que dan los libros, nos habíamos forjado una fantasía geográfica: la costa plana hasta el pie de la cordillera, cubierta de ciénagas, donde no había quedado un hombre después del exterminio indígena que hizo en 1621 don Pedro Martín Navarro, de odiosa memoria; más adelante, entre la selva, Barbacoas la poderosa, muriendo hoy de tristeza; luego el camino de las víboras y de las perpetuas lluvias, que conduce á la altiplanicie, cubierta de una densa población de indios estúpidos, insectívoros y cristalizados en su atraso. Pero ahora, al entrar en una selva ecpuda, sobre el dorso de un hermoso río, al impulso del vapor de Fulton, se nos antojaba que todo aquello era el fatal encantamiento de

un país á quien, en esta máquina y por aquel camino, el genio del progreso iba á despertar á una vida de merecidas grandezas. Adelantarnos, ver adormecido y hechizado el pueblo aquel y anunciarle lo que le iba á suceder; en eso hacíamos consistir nuestro ensueño. Soñábamos, sobre la cubierta del buque, en los efectos de la vara mágica. « Abierto el canal de Panamá, nos decíamos, caerá sobre el rincón del océano que forma esta costa hasta el istmo, un torrente de aliento vivificador: el Oriente y el Occidente en tropel de bajeles querrán pasar de un lado al otro; la agitación y la vida reemplazarán el solemne sosiego del Pacífico; la primera costa que descubrirán los pueblos desbordados, ávidos de tierras fértiles que en su casa escasean, será ésta. Los bosques baldíos de cocoteros, taguales, caucheras, maderas finas y balsámicas, se inundarán por colonos inteligentes, de todas las procedencias. Los veneros de oro del Telembí y, luego, los placeres del Gualcalá, Zanabria, etc., por no hacer mención de los del Chocó y Darién, provocarán la codicia de los adoradores del Becerro, y esto va á convertirse en otra California. Las fértiles y pobladas mesas frías tendrán necesidad de centuplicar sus cultivos y emplear métodos científicos, para dar abasto al pedido de frutos agrícolas. Los ferrocarriles se implantarán, para escalar rápidamente aquellas despensas, más ricas que si estuvieran cubiertas de arenilla de oro en vez de tierra vegetal. En una palabra: la imaginación no puede adivinar las magnificencias que la realidad de los sucesos promete á estas comarcas, tan bien dispuestas como están para recibir el fecundante soplo de la vida. Este Departamento, antes olvidado ó desconocido en el rincón más lejano de Colombia, posee, en efecto, todas las ventajas para recibir la próxima visita del Progreso. »

Íbamos subiendo el brazo meridional del río, canal de unos cincuenta metros de anchura, bordeado de árboles inclinados sobre la corriente, hasta mojar en el agua sus desvaídos gajos, como en señal de homenaje. La ola que levantaba el buque se hacía espumas entre el ramaje tupido; detrás de esta barrera de verdura, en bloque macizo, el bosque de tagua. Una canoa, manejada por una mujer con su niño de brazos, bajaba á merced de la corriente. La velocidad con que se lanzaba sobre el buque, sumada con la de éste, que parecía no moverse, era vertiginosa. Detrás del buque, el río se retorcía al revuelco de la hélice...

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— ¡ Vamos á presenciar un naufragio!

Con la imaginación, en un instante, nos forjamos la penosa escena : volcada la canoa, dispersos y nadando baúles, cestos y comestibles, y la mujer, levantando en alto á su hijo, toda enredada en sus ropas y sacudida por el oleaje, sucumbiría en el horrible suplicio del ahogado, implorando á la tripulación del vapor un auxilio imposible, y el niño flotaría inerte sobre las olas!

La mujer, indiferente á la gritería que salía de á bordo, seguía canaleteando, ora por un costado, ora por el otro, para mantener su barquichuelo en línea. El instante era solemne, y la angustia, la compasión y el desaliento nos suspendían el resuello...

De repente, un soberano golpe de remo, dado por aquella heroína, hizo virar bruscamente la barquilla de proa contra el costado del buque, como si fuera á acometerle : era el momento preciso del cruzamiento. La canoa pasó como una exhalación, y la ola, por debajo de ella, en dirección perpendicular, apenas la hizo subir y bajar suavemente por sus flancos, como lo hiciera un delfín. Á los pocos momentos, la náutica de aquel esquife infeliz se perdía de vista en las curvas del río, cantando la canción de la victoria.

Un acontecimiento análogo presenciamos en el río Magdalena : sólo que el héroe era un niño, negro también, á quien el capitán, desde cubierta, le aconsejaba á gritos que se retirara para salvarse de la ola fatídica.

— « ¡ Eh, hombre, qué sabes tú ! » — le replicó con altanería costeña el muchacho ; y también salió victorioso con su estrategia.

Á diez leguas de Salahonda se desemboca en el río principal, de unos trescientos metros de ancho, el cual se subdivide en ocho brazuelos para entrar en el Océano.

Anochecía. La hora pálida daba especial solemnidad al paisaje, siempre melancólico, de las aguas dentro de la selva.

Á la fosforescente opacidad de la noche tropical, se deslizaba el barco de una manera cautelosa sobre la linfa apacible. La sombra de los árboles de la orilla simulaba desfile de cosas quiméricas : torres de ciudades encantadas, endriagos de irónicos ademanes, misterios, ensueños, tropel de fantasmas y desfilada de airados esqueletos de animales mitológicos. Un

vago resplandor, por detrás del bosque, aparentaba que la luna iba á surgir entre la negrura del ramaje, para colmar aquel espectáculo con su luz encantadora y lúgubre. En atisba de esta aparición permanecimos largas horas, hasta que nos persuadimos de que éramos víctimas de un engaño : la luz zodiacal, que antes no habíamos notado, era la autora mágica en aquel cosmorama natural.

De vez en cuando aparecía una luminaria entre el bosque, titilante y que parecía aproximarse, ocultarse á trechos ó rozar con la linfa que la retrataba en un tembloroso rizado. Pasaba aquella luz y volvía á presentarse al frente, lejana, perseverante, á la próxima vuelta del río. Esto nos hacía recordar la conseja de *La llorona del valle*, que oimos en la infancia : una tímida niña, de la ciudad de Pamplona, cometió una grave falta contra su honor y, para conservar éste á los ojos del mundo, arrojó una noche al río el fruto de sus amores. Presa de los remordimientos, desapareció de la severa casa paterna y nadie volvió á saber de la infanticida ; pero los viajeros de Chinacota, á quienes sorprendía la noche en el camino, aseguraban haber visto una mujer, desmelenada y vestida de blanca túnica, con un hachón en la mano, que saltaba de piedra en piedra, como un fantasma trágico, y creían oir, entre el rumor del torrente, una queja lastimera que decía : « Hijo mío, ¿ dónde estás ? »

Averiguando el motivo de las luces intermitentes del Patía, no resultó que fueran almas de españoles en pena, que por allí perecieron por su ambición de oro, á manos de los indios Chapanchicas, y donde dejaron sus tesoros. Eran simplemente las fogatas de los numerosos colonos negros que hoy pueblan las vegas fertilísimas de aquel Pactolo. Pequeñas, pero profusas plantaciones de azúcar, cacao, arroz y plátano, se ocultan entre el bosque, á las orillas de todos los ríos de esta costa. Numerosas partidas de negros afluyen, estimulados por el lucro fácil, á extraer tagua de estos bosques, de propiedad pública todavía. Hacen un limpio, construyen una choza, siempre sobre barbacoa para evitar la humedad del suelo ; siembran unas matas de plátano y yuca que sirvan con sus frutos cocidos para acompañar el pescado, en que tan abundantes son estos ríos, y, á la vuelta de tres meses, para cuando tienen recolectada suficiente tagua, hacen *estancia* en firme con el producto de su venta en el mercado de Tumaco. Á la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pequeña hacienda consagran la mitad de la semana y la otra mitad, á la recolección de tagua; de esta manera se hacen ricos en poco tiempo y viven felices en su independencia, bajo un sol propicio. La insalubridad del clima, á la cual sucumbe un blanco á poco tiempo, parece que á los negros los hiciera prolíficos; pues se reproducen prodigiosamente en estas costas cenagosas é infectas. En las casas de las orillas del Patía y Telembí se ven docenas de niños, de roponcito rojo ó desnudos, en fila descendente, estupefactos ante el paso del vapor. El bienestar del negro de los ríos se traduce en un espíritu fraternal y cariñoso hacia el blanco y en una especie de simpatía grabada en el oscuro visaje y en la soltura arrogante de los movimientos: parece que la paz y la concordia se han firmado en esta costa, entre las dos odiadas razas, como prenda de propiedad y principio de civilización.

En veinticinco horas de marcha continua hicimos las veintisiete leguas culebreadas que hay, próximamente, del brazo á la boca del Telembí. Cerraba también la noche cuando tomamos este último afluente, más poblado aún que el Caudaloso y casi con la mitad de sus aguas. La unión de éstas se hace muy perceptible por la limpidez de las tributarias, dulces, además, y salutíferas; las del Patía causan indefectiblemente fiebres.

Tuvo el capitán la amabilidad de evitarnos el zancudo, continuando la marcha de noche. No pudimos ver, por tanto, lo que llaman los Secaderos; pero los adivinamos, por la agitación de las maniobras y por lo cauteloso de la marcha en algunos puntos. Á las nueve de la noche, al tomar una peligrosa vuelta que se desarrolla en espiral, pitó la máquina para anunciar á Barbacoas su aproximación. Media hora, después de tanteos, de vencer un chorro de caracol, de aproximaciones á una y otra barranca y de pujantes esfuerzos que hacían vibrar el barco, tomamos el puerto, entre la rechifla y la chacota de una muchedumbre que inundaba la barranca.

— Capitán, ¿así reciben siempre los hijos de Barbacoas la visita del vapor?

No tuvo tiempo de contestarnos ó no pudimos oir su respuesta, porque una voz amiga gritó entre la multitud:

— ¿Viene ahí la familia del doctor Triana?

— Sí, querido coronel, aquí vengo con mi esposa y mi hijo.

— Sean bienvenidos; los aguardábamos.

Echado el puente de la barranca al vapor, se inundó éste de amigos, que nos abrazaban con verdadero frenesí.

La vanidad, seguramente, nos hizo creer que la gritería se convirtió en un halagüeño murmullo de regocijo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

V

Barbacoas.

Gente alegre. — Pintura de la ciudad. — Los víveres. — Antagonismos entre el llano y la sierra. — El país del oro. — Los negros de paraguas. — Esterilidad del oro. — No hay hoteles. — El Liceo « Nariño ». — Cultura de los habitantes. — El clarinete.

En la obscuridad de la noche la barranca, colmada de barbacoanos en carácter de chusma, nada nos había dicho de Barbacoas sino que su plebe es bochinchera y burlona. Al siguiente día, con la luz de la mañana, vimos la agrupación de edificios de madera, dominados por la armazón escueta de una iglesia en proyecto, los empedrados en rampa de las calles que buscan la playa, y en ésta un sinnúmero de canoas, de las que salía la algazara de un mercado de peces y plátanos. El río Telembí, de aguas límpidas, ofrecía baño á una partida de chicuelos alegres que daban saltos mortales desde la barranca y *caimanazos* en el remanso. En una planeta ocupada por un gran cobertizo de teja metálica, había otro mercado de frutos de la sierra. Este movimiento de traficantes y bañistas imprime á la ciudad un aire de complacencia risueño, propio de los puertos fluviales. Las callejuelas del poblado parece que condujeran á la verdadera ciudad, una ciudad decrépita de piedra berroqueña, con casas señoriales de los antiguos nobles, arruinados hoy, y profanados sus pórticos por la invasión de los sirios con sus tendales de baratijas de contrabando. Pero nada de esto se encuentra; la ciudad es lo que se ve: una agrupación desordenada de casas de madera, de dos pisos, en cuyos corredores inferiores dormitan, entrapujados entre sus ruanas como si sufrieran frío, los primeros hijos de la sierra

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que traen sus legumbres desde la altiplanicie tuquerreña. Las calles están llenas de bestias de carga y de innumerables *ladrillos* de sal que ellos empacan pacientemente para llevar de retorno.

En los contornos de Barbacoas no hay una dehesa, una labranza ni un pequeño ingenio agrícola. Los manantiales de oro parece que esterilizaran la tierra vegetal, fuente de la verdadera riqueza. La impaciencia del lucro momentáneo no permite, en efecto, la existencia de los labradores lerdos del surco fecundo. El perezoso labriego de las tierras frías trae á Barbacoas la comida, sin la cual el altanero adorador del oro moriría de hambre. Los víveres que de continuo entran á Barbacoas por el callejón del camino, se expenden al precio obligado que, mediante una especie de dictadura económica, se les fija en el cobertizo aquel de la planeta que domina el río y se consumen en el acto. Si el suministro alimenticio de los serranos se suspendiera ó, como se dice ahora: si los traficantes de víveres, á consecuencia de aquella tiranía económica ó por cualquier otro motivo, se pusieran en huelga, verían los mineros cuánto necesitan y deben halagar á los humildes agricultores de la sierra.

Sin embargo, los mineros de Barbacoas y, en general, los costeños aborrecen á los *cantaranos*, como los llaman, hablan mal de ellos y los tratan con supremo desdén. No se avienen, en efecto, la cicatería y encogimiento de los unos con el desparpajo y generosidad de los otros: más que dos razas, disputan en aquel mercado dos tendencias contradictorias, dos corrientes opuestas, dos índoles antagónicas. Tal nos parecía ver allí la representación de dos fuerzas sociales que han luchado, hasta agotarse transitoriamente en el seno de la patria, produciendo decadencia temporal, que á la postre ha sobrevenido, más como una imposición del cansancio que como una consecuencia del cambio virtuoso de la natural inclinación. En Barbacoas el viajero contempla en parangón y cotejo dos pueblos que, aunque antagónicos, se complementan, se apoyan y se prestan mutuo servicio.

— Yo tengo oro — dice el uno — y con él compro la sal y pago el comercio de que tú disfrutas: sin mí, sucumbirías.

— Yo trabajo la tierra y produzco el pan que tú comes: sin mí no podrías vivir.

Y con la sal y el pan se forma entre los dos adversarios

eternos el pacto de la vida. Esta es una sátira á la política intransigente de los Colombianos.

No quieren los costeños depender de Pasto en lo político; ellos se han declarado caucanos hasta ahora y, hoy, cuando se ha subdividido la antigua federación, anhelan por constituir el Departamento del Pacífico. Si en la diferenciación de entidades municipales debe atenderse la diferenciación de índoles, razas, temperamentos, localización, industrias y tendencias, á fe que nada hay tan heterogéneo como la altiplanicie y la costa. Pero no es el caso de entrar aquí á tratar la teoría de la federación municipal, la cual apenas principia á germinar en el campo de la administración pública, y basta á nuestro intento de viajeros hacer notar simplemente aquella aspiración de los pueblos, armónica con sus diversos modos de ser. Los estudios sociológicos en el país conducirían á una constitución política de carácter científico.

Desde que se pisa el suelo de Barbacoas empieza á imponerse el pensamiento del oro. Hasta aquí la idea comercial había predominado; pero en esta barranca de tierra rojiza, todos son mineros y no puede hablarse de otra cosa. Cada ciudadano que pasa por esas calles, de zapatones y paraguas, aunque el día esté sereno, puede considerarse que es dueño de minas, arrendatario, comanditario, socio en alguna forma de una empresa minera ó, por lo menos, peón de mina, lo cual prueba, además, que en Barbacoas hasta los peones negros andan con zapatones y paraguas. No hay raza tan peripuesta y aparentadora como la negra y sus mezclas recientes y, como en esta tierra del jornal libre los más ricos son los jornaleros, causa cierta sorpresa la nota local de negros con paraguas, en pleno sol.

Aquí no hay pobreza; pero tampoco hay ricos. En Tumaco no se encuentra un mendigo y en Barbacoas solamente hay cuatro, inválidos indigentes, que están registrados en el padrón. Todos los demás vecinos tienen oro en polvo en pequeñas cantidades que realizan en el comercio para su exportación.

Á varias leguas á la redonda están las minas. « Voy á la mina »; « vengo de la mina »; « esto sucedió en la mina »; « aquello es de la mina ». La mina por aquí, la *mina* por allí; no alcanzarían los segundos para llevar la cuenta de las veces que se oye pronunciar en Barbacoas la palabra *mina*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala del Patrimonio Documental

— Yo tengo siete minas — nos decía un amigo.

— ¡Oh! ¡Entonces usted es un Creso!

— No, señor; únicamente consigo, moviéndome mucho, con qué satisfacer modestísimamente las necesidades más imperiosas de la vida. Los procedimientos de explotación no producen sino apenas lo suficiente para el sostenimiento de cada mina. Si dispusiera de capital para montar una de ellas en verdadero y científico pie industrial, entonces yo sería muy rico con una sola, en vez de siete.

¡Que nuestro amigo espere el porvenir con sus siete minas! Y en este voto comprendemos á todos los propietarios de la simpática ciudad del oro. Dentro de breve plazo el empuje humano forzará el Istmo de Panamá y se desparramará por esta rica costa: entonces habrá capital para montar todas las minas del Telembí.

Á la presente, no más, el movimiento progresivo del comercio es muy notable; no hace veinte años que sólo se usaban por aquí el indio carguero y el bongo como únicos vehículos de trasporte; hoy la navegación á vapor y el camino de herradura de la montaña han comunicado una viva aceleración al progreso de estas ricas comarcas.

El oro fué el origen de Barbacoas y será el promotor de su grandeza. Los aventureros españoles, husmeadores del precioso metal, desde sus primeras exploraciones del territorio, hechas por Belalcázar en persona, en su expedición maravillosa hacia Cundinamarca, en 1535, parece que se anduvo por las vertientes occidentales de la gran mesa de Túquerres, atraído por la fama de ricas que tenían las tribus ribereñas del Patía y Telembí (1). Por entonces presumen los cronistas que aquel

---

(1) Pasto, Febrero 16 de 1907

Señor Doctor Don Miguel Triana.

Tumaco.

Mi estimado doctor y amigo:

. . . . . .

...Paso á referirle el modo cómo encontré las ruinas de lo que en siglos pretéritos se llamó ciudad de Madrigal.

Era el mes de Junio de 1876 cuando emprendí en la exploración de la banda derecha del Patía, unas cuatro leguas más abajo del pueblo nominado El Castigo, con el fin de ver si en esos dilatados bosques se encontraban quinas aprovechables. En efecto, hice mi entrada por el punto

ilustre conquistador fundó en tierras de los Chapanchicas la Villa de Madrigal y que luego, de regreso de su viaje de intrigas á España, apoyó con otra fundación cercana, la que encomendó á Jerónimo de Aguado, en 1541, la cual se llamó Agreda ó Málaga Nueva, sobre los Cuchilimbies y Cuiles, al Norte de aquélla.

Pero las tribus ribereñas, constituídas ya en un principio de República federal, que tenía su Senado de ancianos, disputó su territorio á la invasión castellana y destruyó á los blancos

---

llamado Playa-Grande, conocido así por la gran playa formada por el río, junto al «Egido de Nachao», y á poco de haber andado unos kilómetros en ascenso para la cordillera, di con las ruinas ó vestigios de una población bastante espaciosa, con calles rectas, tiradas á cordel, plaza bien formada y muchas piedras de moler á mano en cada uno de los lugares donde habían sido casas, siendo varias de éstas bastante grandes. Tales ruinas en medio de árboles seculares y frondosos llamó mi atención hasta el punto de haber interrumpido mi marcha por dos horas para recorrer ese sitio cuanto me fué posible, para formarme una idea de la construcción de casas, etc., etc., y por los montones de tierra de esas ruinas, creí y creo que la mayor parte de las casas fueron de tapia y regularmente construídas. Pregunté luego á un moreno oriundo de esas comarcas, que qué sabía él de esas ruinas, sus moradores y el nombre que ese pueblo tuviera. Díjome que esa colina y ruinas se llamaba la ciudad de «Madrigal», que fué fundada por españoles, ignorando la causa del abandono; que esa era la tradición que por allí tenían. Yo creo que esto es lo cierto, toda vez que cuando Belalcázar salió de Quito á la conquista de estos lugares, habiendo llegado á la sabana de Túquerres, parte de los conquistadores, tomaron la cordillera occidental hasta caer al Patía; atravesado éste dieron en Playa-Grande, donde se quedaron, atraídos, sin duda, por el mucho oro que contenía la playa, y que aún lo tiene todavía. Entonces fundaron el pueblo bastante retirado del río para evitar las fiebres palúdicas que allí reinan. El señor José Rafael Sañudo, en la obra que publicó «Apuntes sobre la historia de Pasto», dice que los españoles fundaron en Yacuanquer la ciudad de «El Madrigal», y que después la trasladaron á Pasto.

No estoy de acuerdo con el señor Sañudo por la siguiente razón: Si «El Madrigal» fué en Yacuanquer, debiera conservarse allí la tradición por sus actuales moradores, y dicho pueblo, Yacuanquer, sería en su trazado un poco más regular de lo que es. El Madrigal que dejo descrito sí tiene realmente todas las apariencias de una ciudadela y población bien formada.

Dejo así satisfecho su deseo y, rogando á usted se digne presentar mis respetos á su señora y niño, acepte usted un abrazo de su afectísimo amigo seguro servidor,

J. Pablo Guerrero.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en sus reales. Dispersos éstos, no dejaban, sin embargo, de valerse de la mansedumbre y hospitalidad relativa de los señores de la tierra, para establecer trabajos mineros dentro de sus predios, con aquel tesón indomable de la codicia que hace héroes á los aventureros. Los indios confederados no los dejaban en paz y el incipiente Gobierno de Pasto, en expediciones bélicas, intermitentes y mal organizadas, los auxiliaba de vez en cuando, sembrando el odio, la desolación y la muerte entre los bárbaros que se dejaban sorprender. En 1587, un capitán, Diego Galíndez, establecido en su real de minas, en las confluencias del Telembí y el Patía, avisa al gobernador que ha sido atacado por los indios y pide auxilios, los que al cabo de un año largo, se le suministran con 20 caballos y 200 indios. La audiencia de Quito manda á Fernando Copin con algunos auxilios, en 1595, para sostener la guerra contra los indios. Juan Crespo y Juan Sánchez invaden la tierra de los barbacoas con 80 hombres de guerra y sólo salen con 4 soldados. Por fin, Francisco Paredes con grandes auxilios de Popayán, Pasto y Quito, vence á los rebeldes con horrible carnicería y funda, en 1607, á orillas del Telembí, la ciudad de Nuestra Señora del Puerto de Nuevo Toledo de Barbacoas, en tierra de los sacrificados. Diez años más tarde, en 1617, tornan los naturales á sacudir el yugo castellano, por lo que Jerónimo de Lorenzana y Gaspar Cisneros celebran un contrato de exterminio contra los barbacoas, incluyendo los chapanchicas, valerosos, aguerridos y educados para la defensa de su patria. Parece que los contratistas no pudieron ó, seguramente, no se preocuparon por cumplir su contrato, pues, cuatro años más tarde, insistieron los indígenas en sorprender á los buenos chapetones de la ciudad del oro, y entonces fué nombrado para ejecutar la exterminación el desalmado y facineroso Pedro Martín Navarro, famoso ya por sus crímenes cometidos en la piadosa ciudad de Pasto. Navarro cumplió tan bien su cometido, que pretendió, según parece, hacerlo extensivo á los blancos de Barbacoas, por lo que hubo de sometérsele como á un malhechor, lo que ejecutó con gente armada Agustín Argüello. La obra de destrucción de las tribus ribereñas quedó consumada á mediados del siglo XVII; pero Barbacoas siguió valiéndose de los negros para la explotación gratuita de sus minas hasta dos siglos más tarde. Durante ese período hubo en aquella ciudad la prosperidad estéril del oro, el lujo enervante, el orgullo fatuo, la imprevisión de la opulencia ciega. El viajero busca siquiera los vestigios de una industria muerta, los cimientos de algún secular instituto, el recuerdo de cualquier pasada grandeza y no los encuentra.

Indudablemente, el oro es un mágico de caprichosas virtudes, que colma de efímera ventura primero y luego deja tras sí la tristeza y la ruina, cuando no el oprobio. El oro es la quimera : halagüeño y seductor en promesas, brillante, festivo y deslumbrador á lo lejos, remeda palacios de luz esplendente que se retiran como la ilusión y desaparecen al pretender tocarlos. Los niños desean conocer la roca donde tiene su arranque el arco iris y los hombres buscan el rosicler de la fortuna para cubrir de brillanteces ilusorias las miserias de la vida. Aladino, cuando disponía de su lámpara maravillosa, construyó un palacio de diamantes, que la irónica realidad hizo desaparecer con un soplo. En Barbacoas Aladino construyó, en dos siglos, un alcázar de aire y sus nietos, al tercer día, aparecen en cabañas de guaduas, cubiertas de paja, que los incendios devoran con el soplo de una realidad burlona. — Y después del incendio, ¿qué ha quedado?

— ¡ Nada !

— ¡ Imposible ! Detrás de ese bosque, que levanta sus troncos corpulentos desde los suburbios de la población, deben extenderse las dehesas, los cultivos, las calzadas...

— No, señor; sigue el bosque y por allí quedan las minas.

— Pero bajo el bosque vendrán las acequias, los canales de explotación ; eso debe estar cruzado por tuberías de hierro y los monitores hidráulicos, los hornos de copelación, en una palabra, la industria misma del oro, gustará de esconder sus magnificencias bajo los naranjeros y los cámbulos...

— No, señor ; la industria minera se esconde de vergüenza ; porque se ve rutinera, atrasada y paupérrima ! La barranca se tumba con barretón y sus escombros se lavan en canalones rústicos, como se hacía hace doscientos años, con una mezquindad de agua recogida en estanques de madera.

— Pero entonces ¿qué se hicieron las fortunas fabulosas que ha regalado este venero?

— Esas se han malbaratado en opulencias en Lima, en Quito, en Popoyán.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Siempre es tiempo para enmendar la plana : es preciso que el oro deje á este pueblo, por lo menos, recursos y energías suficientes para sostener en el palenque de la competencia modo de sostener ventajosamente la lucha y es preciso triunfar.

Deseosos de contribuir, á trueque de simpatía, á la recomendación de este suelo, rico en el fementido y, por lo tanto, codiciado metal, pretendimos coleccionar en estos apuntes el mayor número de datos seductores de capital (aun los anteriores, relativos á la pobreza de los empresarios), tales como la relación, precio, cuantía, propietarios, situación, etc., de las minas y los predios, sin éxito alguno. «Tendríamos que darle á usted una copia del catastro de las fincas raíces del distrito», nos contestaban los informantes.

— Aquí no hay sino minas de oro ; todos los propietarios rurales son mineros, y todos los habitantes, en alguna forma, son copartícipes de las empresas.

Dejamos constancia de estas noticias, persuadidos como estamos de que su publicidad atraerá capitales que fecunden la decadente industria minera de Barbacoas. ¡Ojalá algún día tuviéramos la satisfacción de saber que nuestro libro fué útil, siquiera para importar al país un hombre emprendedor !

Por lo demás, en esta vieja ciudad decadente, cuyos hijos emigran por familias á dar vida á otros centros, se nota una cultura social que sorprende en medio del bosque. No habiendo hoteles, porque no sería negocio, dado el poco tráfico, los amigos nos habían conseguido para alojarnos, con mil intrigas cerca del prefecto, el salón del *Liceo Nariño*, en asuetos. Allí tuvimos el placer de conocer el selecto personal de ese pueblo: gente inteligente, de corteses maneras, muy al tanto de las cosas del mundo, muchos educados en Europa y de ideas avanzadas en materia de progreso ; pero todos en imposibilidad económica para arrancar al tesoro en que pisan el milagro de la civilización material.

El Liceo, en cuyos bancos nos sentábamos á comentar la situación, es un simple colegio de instrucción secundaria, que bien pudiera más bien constituirse en Escuela de Minas, para colaborar eficazmente en el fomento industrial. Desde el cuarto de aulas, convertido provisionalmente en alcoba, oíamos el constante tañer de los clarinetes, instrumento musical preferido de

los barbacoanos para ejercitar su sorprendente disposición artística : los barbacoanos son infatigables como músicos ; desgraciadamente han escogido un instrumento ingrato que requiere acompañamiento de banda y que por sí solo entristece y desvela á los que necesitan dormir para madrugar al viaje.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

Los automóviles.

Los automóviles. — Comienza el camino de herradura. — La perspectiva y los arreos. — Pendiente suavísima. — Descripción del trazo. — La variante del Rosario. — No se hará esta variante. — Descripción del antiguo sendero. — Historia del camino actual. — Reformas que demanda para recorrerlo en ruedas. — Ruina próxima de Nariño. — Modo de conjurarla con los automóviles. — Utilidad del 120 por 100 anual para quien los ponga.

En fila estaban sobre la acequia de frente al Liceo unos diez indios serranos, metidos hasta la rodilla en el agua, acondicionando perezosamente un muro de contención del camino. En rambla suave blanqueaba el *macadams* de éste, hasta perderse de vista á la primera revuelta, donde ya las casas del poblado se alternan con el bosque.

Paso á paso seguían nuestros equipajes el sendero sobre lerdas y flacas mulas, que un arriero, más lerdo que ellas, azotaba de chanza por las patas. De á caballo esperábamos la llegada de los amigos, quienes habían prometido acompañarnos hasta la loma próxima, que debe llamarse el *despedidero*. La mañana estaba despejada, aunque el cielo siempre anuncie lluvias en esa región.

Penosa fué la despedida; porque, en muy corto tiempo, el cariño de los amigos de Barbacoas nos hizo amable su tierra, cuya gratitud nos obliga, á fuer de buenos pagadores, á consagrar á los intereses de la ciudad el presente capítulo : cada cual corresponde con lo que posee. El escritor justo no se queda con lo que le ofrecen, y paga con creces su deuda en la misma moneda.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Como si hubiéramos olvidado el hábito de viajar á caballo, sentíamos una invencible displicencia al emprender las vueltas del camino de herradura. Afortunadamente, el empleado encargado de su conservación tuvo la amabilidad de ofrecernos compañía amena y útil, por su experiencia en las jornadas y su práctica en el asunto de bastimentos, los cuales es preciso cargar por falta de ventas en la vía. Hay casuchas donde prestan al viajero el fogón para preparar la comida y el suelo para tender las camas; pero están espaciadas á distancias irregulares, que es preciso conocer para que la noche no lo sorprenda en esa vertiente de la cordillera, en continuo invierno y cruzada por torrentes y víboras.

El traje especial, de sombrero alón, ruana impermeable y demás arreos que el caso de viajar en la montaña requiere, es un verdadero disfraz, propio como para una mojiganga lúgubre. El desfile de nuestra pequeña caravana, compuesta de los equipajes en mulas tísicas, las petacas del fiambre con adherentes de ollas y tasajo, el arriero de hombros escondidos bajo el enorme sombrero, la señora con su *corrosca* atada sobre las orejas y su gran faldón negro, el niño de polainas y silla chocontana y, por último, el inspector del camino, provisto de zamarros, retrancos, alforjones y otros estorbosos arreos de gusto antioqueño, todos en hilera silenciosa, bajo la verde alameda de la trocha, adquiríamos un aspecto tristísimo.

En ascenso suave, por trazo que bien pudo ser de carretera, tornea lenta, lentísimamente, el camino los accidentes de la estribación montañosa. El barómetro, que hacía meses estaba indicando pequeñas alteraciones atmosféricas al nivel del mar, comenzaba á desperezarse y su manecilla subía regularmente, á razón de 100 metros por legua, á cada una de las cuales, el inspector nos mostraba un poste de madera clavado contra el cerro.

A partir de Barbacoas, se toma un cuchillón continuo hasta « Las Cruces », á la quinta legua, desde donde se ve por última vez el Océano. Después el espinazo del contrafuerte que sigue el camino empieza á culebrear entre el bosque, hasta montarse sobre su lomo, en « El Páramo », para caer luego á la hoya del río Güisa, afluente del Mira; por cuya hondonada sigue subiendo el camino, por toda la orilla del río, hasta sus orígenes, al borde de la mesa tuquerreña, sobre la propia cúspide de la cordillera de los Andes.

Si en vez de abandonar el Güisa, para trasmontar esta estribación que vamos subiendo, á fin de buscar á Barbacoas, hubiera seguido el trazo, el curso del río hasta la planicie oceánica; de allí se saldría por una recta á Tumaco, tomando el río Rosario en un puerto próximo, el cual desemboca en la Bahía, frente á la isla. Así se recorrería rápidamente uno solo de los lados del triángulo que forman Altaquer, Salahonda (pasando por Barbacoas) y Tumaco.

Si se mira el asunto desde el punto de vista geométrico únicamente, el camino directo de Nariño es el del Rosario, aislando á Barbacoas. Para construir este camino se ha organizado una Compañía que goza de varias gratificaciones, á saber : adjudicación de baldíos, subvención de cien *dollars* por cada viaje en vapor por el río Rosario, impuesto de peajes, etc., y además la perspectiva de la explotación de los veneros de Mayasquer, en la zona que atravesará el camino.

Con todo esto, creemos que el camino del Rosario no se hará, por la misma razón que no se hizo desde el principio, es decir, desde la época prehistórica del sendero indígena, y después, en la época de los trazos ingenieriles : porque Barbacoas lo impedirá, por su mera presencia en el conjunto de circunstancias que determinan el trazo económico de una vía. En el conflicto de intereses que el nuevo camino provocaría entre Barbacoas y el Rosario, triunfaría el común histórico; porque sus veneros, su fuerza de atracción, como núcleo social, y sus concomitancias comerciales, como enlace entre el mar y la sierra, constituyen una gran causa perturbadora de cualquier recta que quisiese separársele. Barbacoas fué quien determinó por esta fuerza de atracción, digamos sociológica, primero el éxodo indígena, luego la colonización blanca á sangre y fuego que anteriormente memoramos, después el camino de herradura, gestionado á través de siglos, y, por último, quien atraerá sobre Nariño la emigración extranjera. Barbacoas es, pues, una etapa, un escalón indispensable á la perezosa planta del Progreso en su marcha hacia el interior. Pero para esto es preciso que Barbacoas se haga cargo de su propio porvenir y que no se declare muerta.

No hace veinte años, el sendero se recorría á pie. Aquello era infernal : la imaginación apenas puede concebir lo ímprobo de semejante viaje. Formado el suelo por una capa de humus, reblandecido y en fermentación por la lluvia perpetua, tiene

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la inconsistencia de la ciénaga, en que se consume el pie indefinidamente, hasta tocar con el subsuelo impermeable. La senda trajinada durante siglos, en subidas y bajadas de gusto indígena, se convirtió en un profundísimo zanjón, por el que corrían las aguas de la ladera, labrando excavaciones obscuras, á cuyo fondo se caía por un resbaladero casi vertical. Este zanjón, de veinte metros y más de profundidad, era, en sitios, tan estrecho, que no cabían en él los codos del viandante. Si en alguna de estas frecuentes estrechuras se cruzaban dos viajeros, solía el más ágil encaramarse barranca arriba, como una araña, poniendo pies y manos sobre las dos paredes al propio tiempo, para que el otro pasase por entre el arco agudo formado por las piernas. La vegetación en la superficie de la tierra continuaba sus enlaces, como si el suelo no tuviera tal hendidura, formando así un verdadero túnel, obscuro y asfixiante. Las innumerables víboras, famosas por la variedad en el efecto de sus ponzoñas, que andaban por aquel suelo superior, sin sospechar la existencia del camino subterráneo, ó acaso á sabiendas, caían inocente ó maliciosamente en el escotillón, para espanto, peligro y, en veces, terrible muerte de quien tropezaba con ellas. Los más horripilantes dramas resultaban á diario de la lucha contra los funestos ofidios; proezas de audacia é impavidez ejecutaban los traficantes para defender la vida; gentes hubo que, para evitar la circulación del mortal veneno, se cortaban de un machetazo el miembro vulnerado; lo general era sacar una tajada de carne alrededor de la mordedura y echar en el hueco resultante lacre fundido á la temperatura de los crisoles del infierno. Cada transeunte contaba por centenares el número de culebras que había matado en el viaje. Los huesecillos de los reptiles, casi tan enconosos como sus colmillos, formaban en el fondo de los zanjones un erizo de espinas ponzoñosas, para evitar las cuales, los peones andaban con los pies forrados con una especie de borceguíes de cuero crudo.

Tal era, á grandes rasgos, el camino por donde debía entrar el Progreso á la altiplanicie. No se comprende para qué pudieron servir los caballos que les enviaban como auxilio á los españoles de Barbacoas, los gobernadores de Pasto, en tiempo de la guerra con los chapanchicas, y tampoco se comprende el pánico que corrió en Pasto en 1684, cuando tocó en la isla del Gallo el corsario flamenco Eduardo David en su rápida co-

rrería por las costas del Pacífico. Seguramente el camino en aquel tiempo no era tan malo como doscientos años más tarde.

Para tranquilizar un tanto el ánimo del lector, debe saber, sin embargo, que no todo el camino era como el descrito; dos terceras partes, de Barbacoas á Pususquer, se hacían á pie, en seis días de viaje, y las diez leguas restantes hasta Túquerres, siguiendo con algunas variaciones el actual camino, se recorrían á caballo.

El trazo y gran parte del camino nacional fueron obra de los ingenieros ingleses Stael y Findley, quienes hacia 1882 lo dejaron en estado de transitarlo á caballo; pero la conservación de esta vía, construída sobre una capa de lodo movediza, requiere una atención permanente, que entonces no se tuvo, y el camino volvió á cerrarse. Fué, en definitiva, hacia 1894, cuando el ingeniero Julián Uribe Uribe retrazó y consolidó el banqueo de los ingleses, valiéndose de cascajo extraído de lejanos yacimientos, para los que era necesario construir calzadas auxiliares y escalinatas de empalizada, con el fin de que los acarreadores no se quedaran clavados en el fango. La obra fué egregia por estas dificultades; las que, al presente, hay que continuar combatiendo para la conservación. Si el constante batallar contra el fango y la maleza se suspende algún tiempo, como sucedió durante la última guerra, el camino desaparece. Esta última resurrección del esquivo sendero se debe á la consagración del ingeniero Víctor Triana, y su cuidado actual, que es admirable, está á cargo del señor don Pedro Grajales, cuya compañía y valiosos informes nos fueron utilísimos. Á este inteligente inspector del camino vinimos haciéndole muchas indicaciones sobre rectificación de curvas estrechas y contrapendientes inútiles, con el fin de convertir fácilmente en carretero este trazo, para que algún día no lejano circulen por él los automóviles, el más expedito sistema de transportes rápidos que conviene, por ahora, á esta región.

Muy ufanos veníamos con nuestras indicaciones de variantes, porque ellas iban teniendo su justificación inmediata, á la vuelta de cada contrafuerte, y el inspector se solazaba ante la idea de llevarlas á efecto con acortamiento de distancia y mejora en la calidad de la vía; pero al llegar á los orígenes del río Güisa, que allí toma el nombre de río Guabo, se presenta el ascenso brusco para coronación del Páramo de Chimangual.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Este escalón de 1.000 metros lo vence el camino en sólo una legua, por medio del ingenioso caracol de La Calera y Chambú, de un efecto suizo seductor; pero que imposibilita en esta parte todo proyecto de carretera y aplicación de automóviles, sin un abandono total de ella. Para esto se requiere buscar una variante, por las cañadas y estribaciones del famoso Gualcalá, que permita un desarrollo cuatro veces más largo.

La diferencia en favor del país entre las importaciones y las exportaciones, que hicimos notar en nuestro capítulo sobre el puerto, determina una baja del oro y de los giros sobre el exterior, con beneficio indirecto para el pueblo, á costa de los tenedores de letras, especie de castigo á la cicatería de devolver á la tierra lo que le es debido, pues que ella, en el exceso de sus frutos, no hace más que un préstamo que es justo pagarle inmediatamente en abonos, máquinas y vehículos, so pena de ruina. Si los hombres de negocios no aplican en empresas beneficiosas para la riqueza pública los fondos que les quedan sobrantes en el exterior, el público los aprovecha y ellos sufren su eliminación imperceptible mediante la baja extraordinaria de las letras de cambio. La maquinaria para el beneficio, económico en brazos, así como la reducción del precio en los transportes, son obligaciones á plazo corto, cuyo cumplimiento ya está demandando la tierra con apremio de crisis monetaria.

Á los mineros de Gualcalá, que recogen más de una libra de oro por día, á los exportadores de sombreros de La Unión y á los cosecheros de cacao, caucho y tagua, quienes, en definitiva, están perdiendo dos pesos cincuenta centavos plata feble, en cada libra esterlina que con depreciación de su valor entra al país, nos permitimos aconsejarles que acometan, entre las mil empresas que reclama la industria, la de un servicio de automóviles para el camino de Barbacoas, con el objeto de prevenir la ruina que se les espera, por causa del ferrocarril ecuatoriano, prolongado hasta Tulcán.

Con efecto, el comercio de importación en Nariño va á reducirse, por lo menos, en un 50 por 100, por aquel motivo, en favor de los importadores de la vecina República, lo que determinará una baja del tipo de cambio más ruinosa todavía que la que hoy sufren los tenedores de oro.

¡En la lucha económica no hay que descuidarse!

Los interesados en defender y mejorar el camino de Barbacoas pudieran apropiarse esta labor, teniendo en cuenta que los peajes que hoy se cobran en aquel camino son suficientes para conservarlo, mejorarlo y prolongarlo, sobre trazo de carretero.

En efecto, aquellos peajes pasan mensualmente, en plata, de..... $ 5.000

Los gastos de conservación y ensanche son próximamente :

150 peones á 0,70 centavos diarios, en el mes.....	$ 2.625	
6 sobrestantes á $ 80 mensuales.....	480	
1 inspector.....	150	
Composición de herramientas	45	3.300
Sobrante mensual para prolongación...		$ 1.700

Invirtiendo este sobrante mensual en la variante propuesta de Chambú, los 20 kilómetros al 5 por 100 de pendiente que se necesitan para ascender al páramo, podrían hacerse en dos años, á razón de $ 2.000 el kilómetro.

Reparado convenientemente el trazo, cualquier capitalista, por modesto que fuese, podría pedir un automóvil para competir con el ferrocarril ecuatoriano, reduciendo los fletes á un ínfimo valor y amortizando el capital en un año, como ha sucedido á las empresas de vapores en el río. Quince mil pesos, mínimo, que hoy cuestan los fletes terrestres de las tres mil cargas de importación y exportación, permitirán emplear en automóviles un capital de ciento cincuenta mil pesos, con intereses garantizados hasta del 120 por 100 anual.

No esperen, señores capitalistas del Sur, á que cualquier codicioso sin patriotismo, venga á esclavizar el comercio del departamento, mediante un privilegio gratuito y opulento.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VII

Cuadros del Camino.

Cambia el clima. — Los indios *cantarranos*. — Última mirada al Océano. — Relación inversa de la altura de las casas. — El barómetro social. — Las posadas. — Entre dos boquerones. — Los aborígenes refugiados en la selva. — Conservación del camino y organización de los trabajos. — Comienza la agricultura. — El comercio. — Teatro de Cóndores. — Gualcalá. — El caracol de Chambú.

Nos dejó el lector en traje de montaña y en desfile triste bajo la alameda del camino por hacer previamente en el capítulo anterior la recorrida en síntesis, especie de mapa ideal que le servirá para invadir el soñado macizo de los Andes, donde se extiende entre los trópicos el clima de la raza europea.

A cada paso de la mula en el camellón sombreado, el barómetro anunciaba que conquistábamos un peldaño más. La temperatura se hacía por momentos soportable y el pulmón batíase en un ambiente cada vez más atemperado. — La raza negra del clima africano iba quedándose bulliciosa y plácida en sus fecundos dominios, reemplazada por el indio palidecido que desciende de sus agrícolas acantonamientos por conquistar la sal del mar y el oro de los ríos. Además de las recuas cargadas con quesos, papas y carne seca, vienen grandes partidas de cargueros indígenas, agobiados bajo el peso de su bulto de comestibles de la *Provincia*. La Provincia, como veremos más tarde, es el criadero indígena y el emporio agrícola. Sombrero de fieltro impermeable y pesado, como si fuera construído en forma de filtro con cimento romano, calzoncillos blancos de lienzo ecuatoriano y borceguíes de cuero cru-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

do, como en la época de las culebras, constituyen la vestimenta de estos hombres corpulentos y apacibles que bajan en desfilada casi continua por la tendida espiral del camino. De retorno suben sal peruana y mercancía extranjera que luego realizan en Túquerres á más bajos precios que en Tumaco: ellos no computan fletes en su comercio, y como son propietarios de la tierra, tampoco computan interés de capital ni terrajes en sus cosechas. Tales son los *cantarranos*, temibles para el comercio sedentario de Pasto, por la insostenible competencia que le hacen. Serios, con el largo bastón de macana entre las manos, se sientan estos viajeros á tomar resuello sobre el talud del sendero y guardan silencio cuando pasa por delante de ellos el transeunte de á caballo: parecen las estatuas de cera que algún artista fabrica en Bogotá, abrillantadas por el sudor. Sin expresión, impenetrables, circunspectos y callados, los *cantarranos* van y vienen hoy por el camino transitable, como lo hicieron los quillasingas, sus antepasados, por el cangilón de las culebras, en su comercio con los ricos chapanchicas que les ofrecian sal y oro á trueque de víveres y lienzos tejidos por sus mujeres. El comercio se ha alterado un poco en las especies; pero el comerciante indígena permanece estacionario como si sobre él no se hubieran cumplido las revoluciones de la conquista y de la independencia: son los hijos perennes del macizo frío de la cordillera, inalterables, inmutables, eternos, productos natos de la tierra, uniforme en sus alumbramientos.

El camino encuentra un descanso en el sitio de « Las Cruces » á cinco leguas de Barbacoas y á 540 metros sobre el nivel del mar, especie de hombro de unión de la cuchilla que había venido faldeando entre el bosque. Desde aquel púlpitò se divisa el panorama de las tierras bajas. La selva plana, moteada al principio por pequeñas eminencias que apenas la accidentan, y cuyo verdor oscuro va suavizando su tono hasta confundirse en la vaguedad azul del Pacífico.

En « Las Cruces » hay un pequeño caserío de diez ó doce casas aéreas de guadua, al estilo de las de Barbacoas y Tumaco, sostenidas por cuatro pilastras de guayacán, para evitar la humedad del terreno. Sobre el piso artificial de guadua, aplanada á modo de estera que se zarandea con las pisadas, se distribuyen por medio de tabiques de lo mismo, el salón de la *marimba*, con su corredor sobre el camino, el aposento y la

cocina. En el piso bajo se guarecen los marranos y escarban durante el día las gallinas. La escalera para subir á los aposentos es un madero con cortes en dentelladura, en cuyos peldaños cabe la punta de un pie. Así son todas las casas hasta donde el piso es granítico en los orígenes del río Güisa; pero se nota que, á medida que se sube, los postes ó zancos de ellas van disminuyendo, las marimbas van escaseando y los colores de los habitantes van aclarándose, la mugre va siendo perceptible, los cuyes (pequeños conejos) van apareciendo y aumentando dentro de ellas y, con el frío, la hospitalidad que ofrecen es menos franca. En el camino de Barbacoas se podría relacionar el barómetro con los tipos, caracteres y costumbres de la escala humana, del mar á los páramos.

Á las cuatro de la tarde hace alto la caravana al pie de cualquiera de estas casas de la orilla del camino. Bajo el cobertizo de los cerdos se ampara el viajero de la eterna lluvia para desembarazarse de zamarros, encauchados y fundas, desensillar la bestia, descargar las petacas del bastimento, organizar la pesebrera con pasto cortado en el cenagoso terreno del contorno de la casa, donde las caballerías quedan atascadas. Después, á gatas, gana la escalera del primer piso, pide licencia de ocupar la cocina, y queda instalado. Los arrieros de Yacuanquer son buenos aposentadores: ellos cortan el pasto, arman y tienden los catres, traen agua de la quebrada y hacen la comida. Recordaremos como tipo general de las pernoctadas la de *Cuchirrabo*. La casa estaba ya por nuestra cuenta cuando fueron llegando los peones camineros de la inmediata cuadrilla en número de 25. No obstante una hoja gigantesca que cada cual traía en la cabeza, á modo de paraguas, sus vestidos venían empapados de agua y sudor, de modo que emitian vaho mal oliente, como de gualdrapas de caballo. Los espacios que habían quedado entre nuestros catres, fueron ocupados por la peonada. No bien alojada la cuadrilla, llegaron cuatro caballeros, entre los cuales venía uno tuerto, calvo y hablador, á quien fuimos presentados en Barbacoas. Oprimidos por la peonada en la sala, fueron desalojados del fogón nuestros cocineros por el caballero tuerto, quien salpresaba la comida con más ajos y cebollas de lo que convenía en presencia de señoras en la casa. Con sardinas, pan y *aco*, amén de las verduras del tuerto, hicimos nuestra comida y dormimos ó, mejor dicho, no dormimos;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

arrullados por el roncar de los vecinos, por el chillar de los cuyes y por los estornudos de las gallinas apestadas que tenían su dormitorio en el cielo raso.

Al matinal canto del gallo, asestado en las orejas de esa multitud de durmientes, empiezan á sentirse movimientos en el tendal de cuerpos, y la luz del amanecer pone en bullicio poco á poco el campamento. Conversan los peones, gritan los arrieros en averiguación de las mulas que andan enterradas en el prado engañoso, se disputa en las piedras del fogón sobre el derecho del primer ocupante y hasta que el tuerto se pone en marcha con sus compañeros, y no salen los peones con sus paraguas vegetales y herramientas al hombro, no es posible hacer nuestro almuerzo para coger nuevamente camino. Á las nueve nos despedimos de *Cuchirrabo* y sus amables patrones.

Á cada dos ó tres leguas aparecen casucas por el mismo estilo ; de manera que cualquiera que sea la velocidad de la marcha, siempre se encuentra una posada incómoda, atestada de indios cargueros, donde pasar muy mala noche. He aquí un itinerario que puede ser útil al viajero novel para arreglar sus jornadas :

Barbacoas...	0	legs.	0	legs.	El Barro.. .	2	leguas	15	leguas
La Alcabala.	3	—	3	—	Altaquer	1	—	16	—
Las Cruces .	2	—	5	—	Palpis.....	2	—	18	—
Buenavista..	2 1/2	—	7 1/2	—	Cuaiquer.....	1	—	19	—
El Peje	1 1/2	—	9	—	Ricaurte.....	2	—	21	—
Pilcuan.....	1/2	—	9 1/2	—	Piedrancha..	3	—	24	—
Cuchirrabo..	2 1/2	—	12	—	El Guabo....	2	—	26	—
El Páramo..	1	—	13	—	Chambú	1	—	27	—
					Túquerres...	5	—	32	—

« El Páramo » á 1.300 metros sobre el nivel del mar, es la separación de aguas entre el Güisa, afluente del Mira, por cuya cuenca se sigue, y el río Yacula, afluente del Telembí, cuya cuenca se abandona. Allí la niebla ofusca y entristece el paisaje, y la llovizna y el nombre del sitio, hacen pensar al viajero que ha llegado á la cumbre. Se siente el viento de dos boquerones y se pisa por el espinazo angosto que los separa : á uno y otro lado se adivina entre la neblina un abismo profundo, deshabitado y misterioso.

La presencia en la casuca más próxima de una india enteramente salvaje, nos hizo pensar, sin embargo, que las hondonadas del Yacula arriba y de los afluentes del Güisa, debieron ser el refugio de los aborígenes, en su descenso al Pacífico, cuando fueron desalojados del macizo por los conquistadores quichuas, que aún lo ocupan.

La india habla el idioma que ella denomina *coiquer*, y proviene de caseríos bárbaros, escondidos en la selva. Pocos fueron los elementos de su lengua que pudimos sorprenderle ; pero ellos indican un estado psicológico muy elemental ; por ejemplo : no cuenta sino hasta cuatro, así :

Uno, *tumuní ;* dos, *pastumí ;* tres, *coquiatumí ;* cuatro, *Chicta* (*Chusco* en inga). Los otros números, hasta diez, son tomados del español.

La palabra *coiquer* significa *pueblo*, lo cual hace sospechar que Yacuanquer, en la mesa pastusa, Tapialquer, en la misma región oriental del Guáitara, Pususquer, al pie ya de la mesa tuquerreña, Altaquer, más abajo, y Mayasquer, cerca ya del Mira, indican un éxodo de esta raza desde la cordillera oriental, con rumbo al Pacífico.

Para nombrar á Dios dicen *taitico*, lo que prueba un principio de evangelización ; pues bien sabido es que los misioneros enseñaban á los gentiles á designar la paternidad divina con la palabra *taita*.

Las demás palabras que tomamos por medio de intérprete, no ofrecen deducción alguna ; pero las consignamos aquí, aunque muy pocas, como un vestigio próximo á extinguirse, para alguna remota aplicación de lingüística americana :

Agua,	*Cuase.*	Carne,	*Namaynoro.*
Río,	*Aguay.*	Toro,	*Guaguarañé.*
Hombre,	*Cuyo.*	Cerdo,	*Chuchoné.*
Mujer,	*Asamba.*	Gallina,	*Aralné.*
Niño,	*Paispané.*	Buenos días,	*Meya me yambú.*
Viejo,	*Lamba.*	Adiós,	*Trú.*
Candela,	*Ji* (üi).		

La india en cuestión dice ser hija de *Nastacuás* y *Tanticús*.

En la región del camino recorrido hasta aquí, es decir, de Barbacoas al espinazo del contrafuerte que separa las hoyas fluviales, es donde se requiere mayor cuidado en su conservación, á causa de que aquello queda comprendido dentro de la zona de las calmas ecuatoriales, de perpetua lluvia sobre la vertiente oceánica. Tomado el cañón del Güisa arriba, las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

condiciones topográficas modifican en gran manera la meteorología local. Consecuente con esa circunstancia, el señor Inspector ha colocado allí el mayor número de cuadrillas de peones y ha logrado contrarrestar, por medio del trabajo, los efectos del invierno; pues apenas es dable un camino más limpio de baches y de mejores desagües. Al ver esto, nos acordábamos por contraposición del camino del Quindío.

Con la superficialidad de un observador de á caballo, que á duras penas puede sacar las narices del cuello de su encauchado, contamos el número de peones y nos dimos razón del angustioso régimen. Todos los operarios usan en equilibrio sobre la cabeza una hoja enorme, en la forma de una batea plana, con el desparpajo con que cargan estos utensilios las mulatas del Cauca, y sin que les estorbe en sus movimientos. De buena gana hubiéramos tomado la fotografía de una partida de peones de hoja, los cuales unos cortaban cunetas al pie del talud con la barra, otros manejaban la garlancha con agilidad, y otros apisonaban en la calzada el cascajo que les aportaba una fila de acarreadores, de zurrón á la espalda. Por una escalera de traviesas, tendidas en la falda inclinada de la montaña, bajaban y subían con paso breve los de los zurrones portadores del cascajo, extraído de alguna mina recóndita.

Como por carretera alpina, desciende el camino del espinazo de « El Páramo » á la vega del río Güisa, donde está el pueblecillo de Altaquer. Una fila de casas, ya á medios zancos, de cubierta pajiza sin recortar, lo que les da aspecto miserable, con su baranda, donde salen al sol los cobertores de las camas, habitadas por gentes pálidas que no definen su raza ni entre el indio cobrizo de pelo recio ni entre el negro africano de la costa, porque son, justamente, un promedio de ellos.

En Altaquer, á 1.000 metros sobre el nivel del mar, se encuentran las primeras manifestaciones de la agricultura: se aspira el perfume de las flores del café y reverdecen algunas dehesas. De aquí á Pasto siempre hubo comunicación por camino de herradura, el que mereció importantes mejoras con el trazo moderno por el curso del río.

Después de Altaquer, entre flores de café, árboles de pomarroso y tal cual cultivo de caña de azúcar, están Ricaurte, con oficina telegráfica, y Piedrancha, caseríos insignificantes, pero que por favor del relativo desierto que los rodea, hacen

el papel de cabecera de Distrito. En Ricaurte tuvimos el gusto de volver á encontrarnos con el tuerto de Cuchirrabo: ahora disparaba tiros de rémington en el estanco, bajos de la casa en que nos alojábamos.

Era día de Las Mercedes. La iglesita de la aldea repicaba con la única campana de voz de primo. Sobre el césped de la plaza inclinada, donde comían nuestras caballerías el primer pasto natural, pasó una procesión de unos veinte hombres, de camisa limpia, cada uno de los cuales llevaba entre las manos un plato, canastilla ó jarro, con una piña, un puñado de ajíes, un cuy asado, una libra de café, cuatro huevos, algunas papas, una botella de vino con un clavel en el cuello, un cuartillo de leche, un pan y variedad de otros efectos de boca. Encabezaba la procesión un estandarte de papel de colores, y la cerraba un tamboril ruidoso. Eso se llama *un camarico*: obsequio que le hace el alférez de la fiesta al señor cura. En Ricaurte, á 1.200 metros sobre el nivel del mar, encontramos la primera manifestación piadosa del pueblo serrano. Pocos momentos después salió á dar « vuelta de plaza » la procesión de la Virgen, acompañada de mujeres de mantilla con velas encendidas; el señor cura iba con capa pluvial, entonando cánticos alusivos á la advocación, y junto á él, con un libro en la mano, cantaba también en latín nuestro ya muy querido tuerto con su calva brillante.

Á medida que las aguas del río escasean y sus voces dejan su ronquera, para aclararse las linfas en transparencia y murmurios, el cañón que sigue el camino se estrecha, desaparecen las vegas y se arrugan las faldas. La cordillera aquí se ve, sin la interposición del bosque, en su conformación genuína de peñascos y laderas abruptas, de una majestad imponente. Estrechado el río entre dos contrafuertes de alma granítica, cuyas estratas se levantan como escamas monstruosas festonadas de musgos y cactus, se le oye á veces tumultuoso y embravecido debatirse entre las rocas que forman su lecho de suplicios.

El camino corre por el fondo del valle, ofreciendo de cerca al transeunte todas las caprichosas asperezas de un paisaje suizo. Si levanta la vista, columbra en las alturas el cornisamento inmenso de templos fantásticos, coronados de cactus rectilíneos, para divinidades esquivas y adustas; ó bien descubre las escalinatas de peldaños irregulares, hechas con de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rruídos monolitos, de un tamaño inconmensurable, las cuales se encajonan en cañadas lóbregas de atrayente misterio; ó bien contempla las facetas brillantes como espejos, festonados con largos y desgarbados helechos, cual si un genio de estravagante estética hubiera querido dejar en las escarpas el sello de su originalidad, desabrida y seductora á la vez; ó bien se imagina las agrupaciones caprichosas de columnas, incrustadas en la basáltica pared, como la génesis indecisa de un palacio de cíclopes. De lo alto de esta Geología, atormentada y soberbia, faltos de lecho, de repente los riachuelos que concurren al aporte del caudal que por esta parte manda al mar la orgullosa cordillera, se destrenzan en cascadas, albas, vaporosas, inquietas y tenues como las plateadas barbas del Señor de los peñascos.

En algún escalón de la escarpa que domina el camino, yacía sobre la grama el cadáver de un ciervo al que, en su inquieta vagancia por la pampa superior le faltó la firmeza del casco y se precipitó en el abismo. Los cóndores de amplias alas, á cuyo batir se inclina el ramaje de los árboles, y de blanco collar, que ennoblecen la heráldica de las armas andinas, describían perezosas espirales alrededor de la presa. Algunos estaban ya sobre el banquete y levantaban el pico agresivo y el ojo vivaz, y abrían sus alas en actitud amenazante para sus congéneres de las alturas, que también se consideraban convidados. Como nos pareció soberbio el juego de las ballenas en el océano, encontramos colmada de majestad la disputa de los cóndores, en la magnífica corona de la montaña.

Después de seis días de marcha lenta, hemos llegado á la posada de «El Guabo», donde el río, en su raudal, toma este nombre. Á poco andar se deja el río Guabo á la izquierda, para tomar el riachuelo del Salto. Entre estos dos se empina el notable cerro Mallama ó Gualcalá, padre de las minas de oro, cuyo pico, semejante á un dedo índice, de uña mal recortada, se alcanza á ver desde Tumaco á los 128° de rumbo.

Aquí comienza el caracol de Chambú, de fuerte pendiente: la espiral se desarrolla con elegancia y termina á 1.000 metros sobre la cabeza del viajero, con poco desvío. Tal vez no se vuelve á presentar en el país un caso más curioso de camino de caracol. Abajo, clima suave; una hora después, el páramo de Chimangual, á 3.300 metros sobre el nivel del mar, ventoso, desapacible y poblado de frailejón. Las acémilas,

cargadas de frutos de la mesa tuquerreña, se ven descender como por una *montaña rusa*: se oye el grito de los arrieros al través de la atmósfera fría, como el eco de un foco acústico, y se experimenta la rara emoción de paisaje fantástico, en el que la perspectiva se arremolina, perturbando sus propias reglas. Para tomar una vista panorámica de este paisaje completo, sería necesario hacerlo en globo, con la cámara boca abajo.

A medida que se desarrollan las ascendentes espirales, el frío se cala al través de todas las ruanas que la previsión ha ido colocando, una á una, sobre los hombros; provoca taparse los oídos con algodón, para que no se congele el pensamiento, y se comprende el uso de la montera entre los campesinos de las tierras frías.

Terminó la subida. Suelo plano: estamos en la mesa de la Provincia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VIII

El Criadero indígena.

Una Mesa en compañía. — Discusión sobre tierras altas y tierras bajas — La civilización corresponde á las primeras. — Episodio de los negros engreídos. — Sepulcros egipcios. — Las *terracotas* prehistóricas. — El cacique Gualcalá. — La planicie y el señorío de la tierra. — Aspecto de la mesa y sus cultivos. — El peligro del porvenir. — La noción de Patria y los directores extranjeros. — La religiosidad indígena. — La capital de los tucarres. — Inscripción al pie de una pintura. — La cortadura del Guáitara. — Dificultades morales más serias que éstas.

Esta mesa es una región geográfica casi informe, desde el Chota hasta el Juananbú, y desde el Bordoncillo hasta el pico Mallama dividida al través por el lindero ecuatoriano y en una corta extensión de su longitud, por una raya, la cortadura del Guáitara. Pero ni el lindero artificial, ni el zanjón de 1.000 metros de profundidad, tallado en el banco delez nable por la erosión del río, han podido alterar los caracteres del suelo, la naturaleza de las industrias que en él germinan, la índole de la raza que la habita, ni la uniformidad monográfica que la distingue en la geografía natural y en la historia. La altura media de esta explanada es de 2.800 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 13° centígrados.

La desapasibilidad de las cumbres, donde sopla un cierzo constante que hace mezquina la vegetación y desabrido el panorama, choca de repente al viajero de las tierras tropicales de la costa, que trae saturada el alma de caricias de una naturaleza voluptuosa, caritativa y coqueta. Se regresa con el pensamiento al encanto del mar, al bosque umbrío, al aire

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

perfumado, al tibio y florido regazo de la tierra, amante apasionada que ofrece un deleite en cada una de sus caricias ; se mira atrás para evocar recuerdos felices y en un suspiro involuntario al borde de la mesa tuquerreña, se dice adiós á la tierra caliente. Pero una consoladora reflexión reconcilia al viandante con la simplona tierra que actualmente pisa : allí la vida es concentrada en sus emociones y breve en su duración; allí la exuberancia de las especies inferiores, vegetales y animales ahoga los productos selectos del gran laboratorio; allí palpita presuroso el corazón y gozan los sentidos á costa del vigor de la inteligencia; allí hay la expresión de la forma pomposa y efímera : como todo producto breve, el fruto de la tierra ardiente tiene menos sustancia que el tardío fruto del terreno yerto. Si en la tierra fría la vida es más lenta, más selectos los productos y el pensamiento es más profundo, aunque más laborioso y tardío, también el proceso de la civilización es perezoso, pero firme. Es verdad que en nuestros climas, á la orilla del mar, la vida es fácil y alegre, la locomoción está confiada en el barquichuelo al soplo gracioso del viento y la fortuna es dadivosa y dócil ; pero no se edifica el palacio de la Industria sobre arenas de oro, sino sobre el pedernal que mella la pica de acero. Por esta antítesis irónica, no hay pueblos poderosos que pisen sobre tesoros gratuitos. La expresión austera, el paso lerdo, el pensamiento frío de los hijos de la sierra, corresponden con el trabajo fisiológico gastado á cada instante en producir un aliento de vida; porque en las grandes alturas el simple fenómeno de llevar la sangre al cerebro representa un esfuerzo del corazón, tributo á la mera existencia, que al nivel del mar no se apaga. La locomoción en las tierras accidentadas de la montaña paga otro tributo á la gravedad no menos oneroso : cada metro de subida, para un hombre que pese cinco arrobas, representa un trabajo equivalente á un caballo de vapor. El auxilio de la civilización del mundo exterior le llega al montañés al cabo de siglos y á lomo de buey. Y, sin embargo, ellos son los poderosos, son ellos los conquistadores, ellos son los sabios ; porque la lucha fisiológica les dió corazón fuerte, músculo recio y voluntad de acero. Bajo la apariencia sufrida y humilde del indio de la altiplanicie, se oculta la energía paciente, señora del mundo, la que esclaviza la tierra y funda la industria, para mediante ella convertir en sus tributarios á los amantes del oro engañoso.

Divagando con el pensamiento en las anteriores consideraciones, aplicadas á los indios de esta mesa, avanzábamos en la llanura del páramo de Chimangual y sacábamos la siguiente conclusión :

Los hombres que, como los blancos y los indios, buscan las tierras altas para vivir, porque en ellos se sienten en el medio á que están atemperados, son más capaces para el trabajo y la civilización que aquellos que buscan la vida fácil por falta de adaptación al régimen industrial. Es consolador para el porvenir de estas tierras, saber que la raza indígena de las altiplanicies es perfectamente apta para la civilización.

Como una feliz moraleja, se cruzó con nosotros una caravana de negros, romeros del Santuario de « Las Lajas, » que volvían á su tierra á cuestas de sendos indios corpulentos, quienes hacían pagar á los primeros su tonta vanidad ó su ineptitud para moverse en estas latitudes.

— Pobrecillos, exclamamos, ¿van enfermos?

— No... ¡Es que quieren pagar su plata!

No muy distante del borde de la mesa se ve un considerable número de pirámides de tierra que nos dijeron llamarse las *tolas negras*. Bien sabido es que esos son sepulcros acostumbrados, como reminiscencia egipcia, por alguna nación indígena del Ecuador. Por la figura de éstas y por los utensilios domésticos encontrados en ellas, se comprende que se formaron cubriendo las casas completamente de tierra hasta formar las pirámides que hoy subsisten. De modo que la agrupación que observamos es la de todo un vecindario.

El señor Dr. Camilo A. Alvarez, distinguido médico, residente en Túquerres, tuvo la amabilidad de obsequiarnos con dos figurillas de barro cocido, especie de *terracotas*, extraídas de una sepultura ó guaca de El Ángel, población ecuatoriana aquende el Chota; y habiéndoselas mostrado después al propietario de las *tolas negras* como una curiosidad digna de estudio, nos aseguró que en su hacienda tenía varias, y hasta nos prometió regalarnos un par idénticas á las donadas por el Dr. Alvarez. Hubiera sido interesante la comparación de las dos obras de arte indígena, para poder comprobar una sospecha que abrigamos, á saber : que los tulcanes eran los mismos tucarres ó quillasingas.

Un descendiente de éstos, nuestro arriero, quería enorgullecerse mostrándonos á la derecha el nevado de Cumbal y á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuestra espalda el agudo pico Mallama, que domina la planada.

— Gualcalá se nombra ese cerro; porque así se llamaba un cacique muy poderoso dueño de todo esto, nos dijo el indígena.

Los señores de estas mesas en época remota le tenían su leyenda á cada cerro, de las que se conservan algunas en otras partes; pero aquí parece que las han olvidado con los infortunios de la conquista; pero los contemporáneos guardan atávico respeto por lo que constituía la mitología poética de sus antepasados.

La neblina que rodaba sobre la pradera se disipó con el sol ecuatorial, que concede á Túquerres, á 3.100 metros sobre el mar, una temperatura de 13°. En otra latitud, en vez de los verdes pastos que dieron el nombre á la comarca, á estas alturas crecerían la paja y el frailejón de los páramos. La sabana, con su fresca grama estrellada con flores de achicoria, el mugir de sus vacadas y los lejanos cultivos de los agricultores y su hermoso nevado en el horizonte, convida al señorío de la tierra. El señor de la tierra no es el rico barón, dueño de vasallos rústicos, con voto decisivo en un cabildo más ó menos grande; es aquél á quien le fué ofrecida la posesión de la tierra, como recompensa de su mansedumbre, en el sermón de la Montaña. El buen labriego que detiene un momento su arado para hilvanar vagamente una acción de gracias por sentirse amo del sumiso, risueño y pródigo terruño que le legaron sus mayores, se nos ofrece como el elemento esencial de aquel Señorío y como la integrante de toda civilización y de todo derecho, por ser el guardián del infinitésimo derecho de la tierra. La propiedad, origen de la dignidad humana, base de todo un sistema social, eje donde engranan todas las conquistas de la civilización y fundamento de Provincias y Naciones, tiene su génesis en el humilde Señorío del terruño. Un infeliz indio de la sabana de Túquerres, descendiente de cualquier propietario prehistórico, labrando el palmo de tierra que, en fuerza de aquel engranaje impenetrable, le respetaron los usurpadores, nos representa mejor la inviolable égida del Derecho que todo un Código Civil con sus millares de artículos. Á la persistencia agrícola de los quillasingas, á través de las desventuras de la conquista y la colonización que para ellos no amaina, á pesar de la República, debe Nariño su autonomía departamental.

Las grandes dehesas de pasto natural van quedándose atrás en la sabana ó recluyéndose hacia las hondonadas. Los pliegues del terreno, en redondeces que el camellón tornea suavemente, y las faldas de los montecillos que accidentan la mesa, empiezan á dividirse y subdividirse en mil formas geométricas y á matizarse con diversos colores, desde el negro de la tierra recién arada, hasta el amarillo de la mies madura. La avenida se ensancha, como sucede á la aproximación de las ciudades, bordada de vallados de madreselva y en ella menudean las ventas escuetas, donde no se vende más que agua endulzada con panela. En el patio de una de estas ventas, una mujer que aseaba la cabecita de su hijo, nos proporcionó el increíble espectáculo de la comida de piojos. Los *borrracheros*, perfumados con sus venenosas y blancas cornetas, rodeaban el patiecillo, separado del camino por una puerta de talanqueras. Detrás de la casa, hacia la loma, se extendían los surcos de papas, de una lozanía incomparable. Salvo lo de los piojos, creímos en este momento excursionar por algún rincón apartado de la sabana de Bogotá, como la Cuesta de Tenjo, por ejemplo.

Después, como para desmentir la comparación, pasaron á nuestra vista centenares de miles de pequeños cultivos de variadísimas especies de papas, ocas (hibias en Cundinamarca), coles, habas, cebollas, trigo, cebada en extensiones inmensas y cuanto la tierra fría es capaz de producir.

Nuestro asombro subía de punto, á medida que las revueltas del camino nos ofrecían nuevos cuencos, subdivididos hasta el infinito y cultivados pulgada por pulgada. Aquello es incomparable : jamás habíamos visto semejante intensidad de cultivos en una extensión de terreno al parecer indefinida. Á cada transposición de una loma, nuevos horizontes, colmados de diminutas sementeras. No podemos suponer que haya otro país en el mundo donde supere el furor agrícola que nos causaba tanta maravilla; porque aquí no se pierde siquiera el espacio de los vallados, á causa de que no los hay : esto es una colcha de retazos, sin costuras.

Si se dirige la vista hacia la derecha, por encima de la hondonada del río Sapuyes, se distingue en la cuesta que accidenta la mesa por esta parte, la misma profusión de sementeras; y, cuando en viaje para Ipiales, desde alguna eminencia de esta cuesta, se esparcía la mirada por la Provincia de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Obando, la imaginación pierde la cuenta del número de indios agricultores que, á razón de 2.000 por legua cuadrada, se nos antojaba computar en aquel emporio.

En los núcleos de condensación, formados por los Resguardos indígenas, puede decirse que hay *ciudades rurales*, si es permitida esta expresión contradictoria, donde el poblado tiene tan sólo una iglesia y cuatro edificios urbanos que le sirven de centro y extiende al contorno, en pintoresco desorden, millares de huertecillas en que la casucha correspondiente á cada una es imperceptible entre la frondosidad del cultivo.

Las cifras que arrojaría un censo bien levantado en las tres Provincias de la mesa — Pasto, Túquerres y Obando, — comparadas con la capacidad respectiva de cada Resguardo, ofrecerían, sin duda, serias reflexiones al estadista inteligente á quien corresponde el gobierno de este Departamento. Considérese, en efecto, que la verdadera importancia de esta Sección, vecina del Ecuador, consiste en el número y laboriosidad de sus indios, que bajo el sistema de comunidades en que viven han prosperado hasta colmar los emplazamientos que se les destinaron; que la extraordinaria fuerza de este hormiguero humano sería incalculable en sus efectos el día en que dejaran su apacible estado latente, bien por estrechez de la caldera generadora, bien por la crisis imprevista que puede determinar el ferrocarril de Guayaquil á Tulcán, ó bien por la inesperada falta de expendio que pudieran tener los frutos agrícolas por carencia de vías expeditas de transporte, y se comprenderá en tiempo oportuno que el problema del gobierno del Sur requiere abandonar los métodos estrechos, por no decir antipatrióticos, que nos hicieron perder á Panamá. Nos consideramos incompetentes para determinar con precisión el momento, el carácter y las circunstancias de la dolencia que entraña el porvenir; pero hijos también de una patria por cuya dignificación hemos trabajado gratuita y estérilmente, nos creemos obligados á dar el grito de alarma, como lo dimos ante el señor Presidente de la República, respecto de Panamá, en el discurso inaugural de la Sociedad Geográfica de Bogotá, algún tiempo antes del movimiento separatista que tan de sorpresa le cogió á nuestro desgraciado mandatario de entonces.

La masa indígena del Sur carece de la noción de Patria;

porque también carece de los afectos maternales que ésta le debe. Las escuelas rurales que infunden, con la idea de derechos, la noción patriótica á los campesinos, no se conocen en estas parcialidades indígenas y la mayor parte de las Escuelas urbanas, á que sólo concurren los blancos, están dirigidas por Comunidades ó Preceptores extranjeros, muy virtuosos, seguramente, pero sin la unción patriótica.

En las naciones bien definidas, como Inglaterra, Francia y España, el amor patrio es una virtud popular que, exaltada hasta el delirio en los días difíciles para el país, ha salvado y glorificado esos pueblos. Pero los españoles, por ejemplo, no obstante haber asombrado el mundo, cuando ese amor les hizo vencer á Napoleón, son incapaces, justamente por ese mismo fanatismo patriótico, de enseñarles á los indios y mestizos de América el amor hacia Colombia y el entusiasmo por sus héroes legendarios, á quienes ellos llamaron y creen todavía insurgentes, malhechores é ingratos. La Historia Patria, para que conmueva y edifique el corazón de los niños, debe contarse con los ojos húmedos de ternura, con la voz conmovida por la admiración : emociones de que son incapaces los que gozarían en ver que nos despedazábamos con el odio banderizo, como perros rabiosos. La importación de religiosos extranjeros, cuando no ecuatorianos, para entregarles como á misioneros y curas de almas el cariño popular, así como el consentimiento de prelados españoles, en cuyo corazón alienta el odio contra la República y no abriga el amor del país, será una desacertada preparación para una provincia limítrofe, para consolidar por el fuego sagrado del amor á la patria, los vínculos de la familia colombiana, relajados por un régimen empírico y desmoralizador. Afortunadamente para la reconstitución del extragado país, el oprobio y desprestigio de aquel régimen ha hecho germinar la reacción entre sus antiguos sostenedores y se inicia una administración de índole reparadora sobre el trazo perdido, de la cual se espera la reincorporación de las energías nacionales en el gobierno del país, so pena de claudicación.

Todos nuestros indios, ora sean los que gimen bajo el feudalismo boyacense, ora los que despojados por la codicia andan dispersos por Cundinamarca ó bien éstos, á quienes una ley paternal ha protegido en sus Resguardos, carecen de la noción de derechos y, por consiguiente, de la de patria, que le

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

es correlativa; pero en ninguna parte es tan peligrosa su extranjería como á inmediaciones de la frontera. La ley de los parias es antagónica del patriotismo : sólo la República democrática será la amada por quien se sacrifiquen sus hijos.

Fuertes, sin iniciativa, estoicos, apacibles, como que por sus venas parece circular el ideal de los pueblos orientales, los indios civilizados de América que trajo á la altiplanicie la emigración maya, sólo alientan como sus parientes asiáticos en la esfera trascendental del pensamiento por el fanatismo religioso. Tarea ímproba sería analizar á través de sus cráneos opacos las ideas embolismáticas de una teosofía disfrazada con la nomenclatura cristiana; pero, en cambio, es muy fácil comprobar que los indios no reconocen más festividades que las del calendario católico y que profesan báquica pasión por el culto de las imágenes, al que se consagran con placentero paganismo. La alegría de los indios no obedece sino á dos estímulos : el licor y las procesiones.

Por los caminos y senderos vecinales que atraviesan la mesa, se dirigen en grupos de familias los romeros hacia el santuario de Nuestra Señora de las Lajas, situado á orillas del Guáitara en una estrechura profunda del río, á una legua al oriente de Ipiales. Los trajes rojos de las indias producen el efecto de flores movibles sobre el verdor de los campos. Alegres van los rústicos á pagar sus promesas anuales al milagroso santuario, donde parece que se dieran cita con sus hermanos del vecino Carchi. Este santuario es acaso el que sigue en importancia al de Chiquinquirá : á él concurren los promeseros de centenares de leguas, á ofrendar á la Virgen misas y salves, que no alcanzan á rezarse en los trescientos sesenta y cinco días del año. Allí se venera una imagen de la advocación del Rosario, con dos religiosos adjuntos pintada al óleo en una pizarra del barranco. Las ofrendas han permitido construir un edificio verdaderamente admirable, adherido al peñasco, para consagrar su culto.

Tienen, pues, los quillasingas modernos el amor de su terruño en la fertilidad y en el sagrado de su santuario : lo demás nada les importa por ahora, abstraídos como viven del régimen social que los rodea. Acurrucados en los cultivos que á perfección les enseñó el Inca, ha pasado sobre ellos el fecundante soplo que viene por el camino de Barbacoas.

Como un atalaya se empina sobre una cuchilla dominante la

capital de los tucarres, con su convento de capuchinos, encaramado á su vez en un altozano pintoresco. Atravesamos el poblado bajo la impresión de tristeza que siempre nos han producido los vecindarios de agricultores y la simplicidad de sus edificios. Las miradas de aves de rapiña, raspando el ala del sombrero de los pocos transeuntes, sus narices rubicundas y los largos ponchos, por debajo de los cuales asoma el recatón de un garrote, hubieran añadido á la tristeza nuestra, el miedo, si no hubiera salido á nuestro encuentro el señor prefecto, joven culto, ilustrado y respetadísimo en el lugar por sus relevantes prendas. Este joven ha tenido que sofocar dos motines populares que, primero contra el *programa concordista*, y, después, contra algún vecino tildado de masón, se han declarado recientemente en ese pueblo.

Antes de abandonar la Provincia y atravesar la cortadura del Guáitara para ir á Pasto, permítasenos una consideración más sobre el camino de Barbacoas. Recordamos haber visto en una revista ilustrada, cuando todavía era una novedad el gran ferrocarril de Nueva York á San Francisco, el fotograbado de un asno, pensativo y triste, cargado de picas, palas y taladros, con esta inscripción al pie : « Éste fué el único obrero que no abandonó un solo día los trabajos del ferrocarril interoceánico, desde el principio hasta al fin. » Plagiando la profunda intención de aquel gracejo de la prensa yanqui, podríamos poner al pie del retrato que acabamos de hacer del indio de la altiplanicie suriana, la siguiente sentencia :

Este indio descubrió, trazó, construyó y sostiene, con los peajes que hoy paga, el camino de Barbacoas.

Este indio fué, es y será la materia, el vehículo y el objeto de la civilización de los países ecuatoriales.

* * *

De Túquerres para adelante, el macizo se accidenta grandemente : los ríos que lo cruzan se han tallado en él profundos lechos que dejan á descubierto la yuxtaposición geológica, y las eminencias donde se amparan los cultivos adquieren el aspecto de campamentos de damnificados después de un cataclismo. Allí se ven en escalones tapizados de verdura las vegas de los ríos antes del hundimiento, y fragmentada en ta-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

jos verticales la que en remotas épocas fué mesa uniforme y continua. Aquello semeja un gran bizcochuelo desquebrajado, en donde los bordes de fractura, al parecer de ayer, se enfrentan á miles de metros de separación con sus cases provocativos, como para querer volverse á juntar. Las grandes piedras que se desprenden de las paredes verticales, caen con estrépito al fondo de la rajadura, por la que corren las aguas soterradas.

— Por aquí sí que no puede pasar la locomotora. Solamente en oleografía...

Esto decía la señora, estupefacta ante la cortadura hecha por el Guáitara en el banco de la mesa. Perplejos estábamos en la elección de la vía que debíamos seguir : si tomar la línea recta que nos aconsejaba el arriero, arrojándonos de cabeza á las profundidades donde muge el río, para lo que basta seguir el camino de Yacuanquer, que baja y sube sin miramientos de ninguna especie por las comodidades del viajero y por la integridad de sus huesos ; ó si tomábamos un banqueo tallado como cornisa en la pared de la cortadura, donde hay necesidad de cerrar el ojo del lado del abismo para tranquilizar el agitado sistema nervioso. Salvo algún escalón corregible, al descender del llano de Santa Rosa, esta vía se dirige lentamente hacia el río, el cual cruza en una estrechura tajada en la roca viva, á fuerza de lamerla durante siglos. En esta estrechura ruge el río con furia propia de la ingrata tarea de dividir el país que debía regar y fecundar : así los mandatarios banderizos, son tanto más bravíos cuanto menos benéficos.

En este sitio, admirablemente elegido por el ingeniero, hay un puentecillo de alambre, especie de miniatura irónica, con el que la ciencia venció el abismo : es una muestra de puentes colgantes, un afortunado ensayo que servirá de dechado por su sencillez, economía y duración, para todas las obras análogas que deben construirse en el país. El ingeniero le puso por expresivo nombre *La Victoria ;* pero el autor de estos apuntes se permite, en méritos de justicia, aconsejar que se le llame el *Puente de Triana*, en honor de quien lo construyó, que, por cierto, no fué un su primo ; cosa que conviene advertir, para que no se atribuyan estos aplausos á interés de parentela.

Al otro lado vuelve el camino de la cornisa á ascender por la pared y se mete luego por el río Babo, en busca de una entrada posible, por Tangua y el páramo de Los Guerreros, al

valle de Pasto ; pero en esta tentativa sucumbe y se queda enclavado en el puente de Guapuscal. Solamente con un gran desarrollo, siguiendo este afluente oriental del Guáitara hasta sus orígenes, podrá llegar esta vía en condiciones de carretera á situarse sobre el ganglio del volcán Galeras, que circunda el valle de Atris, donde se esconde la ciudad teológica.

Este es el último atrincheramiento de las dificultades que el ingeniero pretendió acometer inútilmente y á riesgo de perder su reputación, por medio de artificios y zigzags contemporizadores con intereses egoístas, codiciosos ó refractarios, más estorbosos al acceso de la civilización que los cantiles y las escarpas. Contra estas dificultades morales que en su ceguedad pretenden torcer la visual de la ciencia con los mismos recursos que debían servir para allanar el paso, el ingeniero no está obligado á triunfar ; ellas requieren un adversario más poderoso que el taladro y la pica : ¡el libro!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IX

Pasto.

Influencia de un camino al mar. — La amabilidad con el forastero. — El filtro de los conocimientos nocivos. — El grupo social maduro. — El suelo y sus productos. — Subdivisión de la tierra. — Los pueblecillos indígenas. — La raza. — Los quillasingas y los pastos. — Fundación de la ciudad. — El volcán y las juras. — Descripción de la ciudad. — Aspecto y psicología de las personas. — La industria. — Espíritu socialista.

Dicen que Pasto ha sufrido una transformación de diez años á esta parte.

El responsable de este cambio es el camino de Barbacoas : por allí corre el viento del mar, el aire del mundo. Los pueblos escondidos en los cuencos recónditos de la montaña adolecen de un retraimiento que puede traducirse en hostilidad contra lo que venga de afuera. Son huraños como el hombre que se encierra sistemáticamente en su casa. El misántropo mira con desconfianza y con horror al hombre de mundo que toca á sus puertas por cualquier motivo : teme cambiar el estado de su alma, que cree bueno, por el contacto social. La innovación en las ideas, usos y costumbres, para quien se siente bien en su grato aislamiento, es una amenaza á su equilibrio. Es ésta la razón del conservatismo de los pueblos serranos.

Al presente se gasta en Pasto para el forastero cierta dosis de afabilidad : se le sale al encuentro, si es hombre de alguna importancia, en numerosas cabalgatas, formadas por la juventud granada de la ciudad, insinuante y afable. El chispear de las herraduras contra los guijarros del empedrado altera el apacible silencio de las calles; se asoman á las puertas de las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tiendas las bolsiconas, con sus trajes de bayeta colorada puestos al revés, y tras de las cortinillas de los balcones fisgan las honestas damas al recién llegado. Desde la cátedra del Espíritu Santo hasta la charla íntima del hogar, sirven de comentario las ideas políticas del personaje á fin de prepararle convenientemente el campo. El próximo domingo, á las once en punto, van á presentarle la bienvenida, al único hotel en que se le tenía preparado alojamiento, las personas serias, muy campantes y enguantadas.

— ¿Es la primera vez que usted viene á Pasto?

— No, señor, en otra ocasión visité la ciudad, muy de paso.

— Esto ha mejorado mucho en poco tiempo, como usted podrá observarlo. Cuando usted vino no teníamos luz eléctrica, ni estaba concluído el templo de Jesús del Río; ¡este edificio resiste la crítica del arquitecto de mayor gusto!

— Lo conozco : ¡es un templo suntuoso!

— ¿También conoce usted el arranque de la iglesia de San Francisco, que tanto empeño le debe al ilustrísimo señor obispo? Ha de notar usted que este prelado cuida tanto de las virtudes como del progreso de su grey.

— Sí, señor, el señor obispo tiene fama de virtuoso y de progresista...,

— Progresista en el sentido sano del vocablo, señor; pues es preciso saber distinguir entre progresista del bien y progresista indiscreto. En el tropel de las innovaciones entran gérmenes de muerte para los pueblos.

— Tiene usted razón : en el agua potable se ingieren también substancias nocivas.

— ¡Bien dicho! Preciso es, pues, emplear el filtro, tanto para el agua como para los conocimientos.

. . . . . .

Los conocimientos, de tropel, se están entrando á la altiplanicie por el camino de Barbacoas. Sería interesante comprobar esto por medio de un cuadro estadístico de la Aduana de Tumaco, por años y por artículos importados, antes y á medida que el camino ha ido fecundando el suelo del interior. En ese cuadro, que la ausencia de estadística anterior nos impidió formar en el Puerto, se podría estudiar mejor que en las iglesias de Pasto el incremento moral y el adelanto de la ciudad.

Sin el intento de mortificar en lo más mínimo el sentimiento regionalista de Pasto, por quien nos anima una viva simpatía, y únicamente para dejar constancia de su estado actual á fin de comprobar después su próxima transformación, haremos notar lo más inofensivamente que podamos los defectos de que su aislamiento la hizo víctima, no obstante las buenas condiciones de su gente. Se trata de un asunto de estudio y en ningún caso de una murmuración aviesa. Pedimos perdón al recomendable pueblo de Pasto, si lo tomamos como sujeto de clínica, en algunos rasgos de su fisonomía montañesa, próximos á desaparecer gracias á su noble índole y á que el régimen á que los debe es tiempo que vaya transformándose rápidamente. Su agrupación social, formada y robustecida en un fecundo valle cubierto de pueblecillos indígenas, maduró entre las breñas y se preparó lentamente para un progreso sólido. Numerosos puntos de estudio se ofrecen en Pasto al viajero observador. La crítica frívola y burlona pudiera encontrar en ellos motivos de sonrisa; pero el análisis serio y profundo, al cual tenemos la presunción de aspirar, halla siempre, á través de formas simples, la juventud de un pueblo vigoroso é inteligente criado en la ignorancia. Se nos asemeja Pasto, bajo este concepto, á las muchachas holandesas que describe Amicis : muy crecidas, físicamente desarrolladas, casaderas, si anduvieran por la Europa meridional; pero, allí, al frío boreal, unas chicuelas impúberes, de piernas gordas, traje corto y mirada candorosa, á quienes estará muy mal visto decirles un requiebro amoroso, cuando pasan saltando alegres para la escuela.

Á este sazonado desarrollo del pueblo pastuso contribuye la fertilidad del suelo, abrigado por el volcán, que determina variantes curiosas en la agricultura local. La variedad, el tamaño y el sabor de los productos de la tierra causan admiración. Las papas son deliciosas y hay de ellas una multitud de especies desconocidas en el resto del país. Las legumbres se producen con exuberancia : hay allí repollos de media arroba de peso y lechugas de un tamaño fabuloso. Conocimos una clase de habas que, por su extraordinario desarrollo, podrían exhibirse en cualquiera exposición agrícola. Los granos, en general, llaman la atención por su gran tamaño : el maíz *capia*, blanco como el alabastro, tierno y harinoso, es de tal tamaño, que veinte granos llenan un puñado, de modo que sería muy

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

breve la contada de los que forman una libra. La cebada, alimento popular, es tan buena, abundante y barata, que allí la gente más pobre se nutre bien y vive rolliza. Carne suculenta, variedad infinita de frutas, pastos tiernos y jugosos, leche rica y abundantísima y un clima frío y seco, hacen del cuenco pastuso un famoso criadero de la especie humana.

Desde las cumbres que encierran este fecundo cuenco, se columbra una especie de damero, á cuadros de variado matiz, en los que juegan todos los verdes imaginables, separados por abollonaduras de un verde casi negro, formadas por arbustos floridos que sirven de valladar á los pequeños predios. En cada lote hay una choza y dentro de ella una numerosa familia de indios que viven á expensas de su diminuta heredad. La india teje en el telar, el indio labra la tierra, los indiecillos pastorean las ovejas. Las casas indígenas se parecen á sus dueños : agachadas, humildes y silenciosas; el color gris de la techumbre y el terroso de las paredes dan al conjunto de los caseríos un aspecto de mansedumbre, de quietud y de paz, muy en armonía con el genio de los naturales. Como núcleos de concentración, aparecen dispersas en el valle de Atris una veintena de capillas, de torres cuadradas cubiertas de teja, donde penden dos campanillas de voz chillona, que sirven de lengua á la parcialidad agrupada á su contorno : el toque de *alba*, para saludar el día; el de *avemaría*, para suspender las labores campestres y alabar á Dios, y el toque de *ánimas*, para recordar á los antepasados, son los únicos signos del lenguaje metálico de la parcialidad, pronunciados desde lo alto del campanario entejado de la capilla rústica. Frente á ésta suele haber, en cada parcialidad, un cuadro mal cerrado por el cabildo y la cárcel, en cuyo suelo escarban las gallinas y se revuelcan, amodorrados, los cerdos de gran barriga y patas cortas. En las callejuelas que salen de esta plaza, formadas por sauces, madreselvas y curubos, balan y giran de cabestro, alrededor de la estaca, las ovejas asustadizas, paciendo á la orilla de la labranza, donde crecen robustos el carretón y la plegadera.

Como tributarias de la ciudad, la rodean, la sirven y la embellecen estas aldeas indígenas que, según refieren, fundó con este objeto Alonso Carrillo, en 1586. Buesaquillo y La Laguna le aportan maderas y carbón, Pandiaco le trae cal, Aranda y Tescual le ofrecen tierra blanca y ocres, Jamondino, Mocondino y Pejendino le prestan sus constructores de casas rústicas, Anganoy le trae nieve de las cumbres del Galeras, Chapal le ofrece baños termales, y todas le suministran víveres abundantes y peones baratos.

Por el camino encajonado entre altos barrancos, de corte amarillo, baja el indígena á la ciudad los viernes y los martes, días de feria. Van en fila, con sus pantalones anchos y sus ponchos largos, conduciendo á la plaza sus productos excelentes y baratos. Humildes, cabizbajos y silenciosos entran á la ciudad, y salen de ella, por la tarde, con el poncho al hombro y la gorra arriscada, produciéndose en alta voz sobre temas de una filosofía incomprensible. Buena estatura, musculados, de color casi blanco y fisonomía dulce y socarrona, los indios de las cercanías de Pasto, recomiendan, tanto como los productos agrícolas, la fertilidad y el cariño de la tierra. Herederos del Inca, estos indios hablaban el quichua hasta hace poco tiempo y han dejado en el idioma provincial una multitud de máculas bárbaras, de que no se cuidan los blancos de Pasto.

Las tribus que los españoles encontraron dentro de las actuales provincias de Pasto y Juanambú, se llamaban *quillasingas* y como su gentilicio lo deja comprender, fueron conquistadores peruanos establecidos de tiempo atrás como señores en la banda izquierda del Guáitara, entre el Angasmayo y el río Mayo, que antes probablemente ocuparan los del éxodo putumayesco, los cuales pasaron luego á ocupar las llanuras superandinas de Túquerres y Obando, dejando su traza de pueblos y etapas pobladoras en los sitios que hasta hoy conservan terminaciones en *quer* (pueblo) desde Tapialquer hasta Mayasquer. Muy probable es que, tanto los ipiales y pupiales, como los tucarres y mallamas, ocupantes en el siglo XVI de la parte de mesa que los cronistas denominaron *Los Pastos*, acaso por la abundancia y frescura de los que emprandizan la sabana, fuesen de procedencia peruana y los mismos quillasingas más ó menos diferenciados étnicamente ; pues no se comprende cómo podían coexistir en un macizo, que apenas tiene accidentes topográficos, dos naciones diversas y, naturalmente, rivales, en tan enorme condensación como los que algún cronista acusa diciendo que los de la banda izquierda del Guáitara podían poner 60.000 hombres en armas. Pero los cronistas en su ignara observación encontraban naciones en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cada provincia ó cacicazgo y, así, establecieron diferencia entre los que vivían en la mesa al Occidente del Guáitara y los que demoraban en la misma mesa y sus vallecillos al Oriente del mismo río ; diferencia insustancial que ha servido después de tema de discusión improcedente, por carecer de argumentos científicos que los contrincantes no han querido recoger en el idioma, idiosincracia, aspecto y costumbres, que aún cubren en *espécimen* puro el teatro de la reyerta.

Consecuencia de aquella reyerta de *pastos* y *quillasingas* es la confusión en que andan los sabios del lugar en cuanto al fundador de la ciudad. El criterio para comprender fácilmente la historia de las fundaciones españolas, se aclara mucho teniendo en cuenta que los conquistadores en la mayor parte, por no decir en la totalidad de los casos, no fundaban tales ciudades sino que les daban nombres, constituían autoridades y se apropiaban las construcciones indígenas, por medio de actas levantadas ante escribanos. Escribanos y no albañiles era lo necesario para fundar ciudades. Estas operaciones sobre el papel las ejecutaban tan rápidamente, que en breve parada en una nación indígena fundaban ciudades para todos los santos del calendario, antes que cualquier prójimo tuviera tiempo de construir una barraca. Así el honor de haber fundado ciudades en el Nuevo Mundo se lo disputaban los caudillejos de segundo y tercer orden que tuvieran á la mano un Notario y una vislumbre de autoridad, propia ó emanada del rey. De la discusión parece resultar que don Gonzalo Díaz Pineda, á quien Lorenzo Aldana dejó en Quito, teniéndole el puesto de que lo encargó Pizarro, mientras iba rastreando á Belalcázar, fundó en Yacuanquer, ó cosa por el estilo, una ciudad que llamó de *Los Pastos* ó Villaviciosa, á la que Aldana, celoso de este honor de su teniente, trasladó al valle de Atris, á su regreso en 1539, bajo el nombre de San Juan de Pasto. De igual modo había fundado Belalcázar la villa de Madrigal, á orillas del Telembí, en tribu de los chapanchicas, la cual sirvió de confusión con aquélla, porque alguien dijo que ésta era en los pastos. Y así mismo Jerónimo de Aguado fundó la villa de Agreda ó Málaga Nueva, por orden del mismo Belalcázar en tribu de los pichilimbies. Es cosa bien curiosa que Pasto y los Pastos, de etimología castellana, indicativa de fertilidad, se hayan vuelto una madeja enmarañada en la pluma de los cronistas é historiadores por falta de conocimientos geográficos. Las villas de

Madrigal y Agreda sucumbieron con las tribus del Pacífico. Yacuanquer subsiste y Pasto florece, merced mil veces á la fertilidad de sus tierras.

El inmediato volcán del Galeras ha atentado contra la existencia de la ciudad en varias ocasiones, según nos cuenta el señor Rafael Zañudo en un libro de historia que nos vimos precisados á consultar, para saber á qué atenernos en cuanto á la fundación de Pasto. La primera sucedió el 7 de Diciembre de 1580 : « Hizo esto novedad, dice aquel joven autor, poniendo espanto en el corazón de los vecinos y gran terror en los naturales y todos á su talle elevaron sus oraciones al cielo, que á su parecer, los quería castigar por sus gravísimos pecados ; y al otro día el Cabildo ordenó poner por intercesor al bienaventurado San Andrés, añadiendo que se le haga en la plaza, que solía ser del convento de San Francisco, una ermita y comprometiéndose por sí y los por venir el hacerle cada un año misa y procesión solemnes, y procurar el aumento de su devoción. » En 1616 estalló por segunda vez y, entonces, se estableció la devoción de San Juan de Sahagún, y en 1834, con el último terremoto, se hizo la jura de Nuestra Señora de Guadalupe en Catambuco. De esta devoción no se han olvidado todavía los habitantes ; pues anualmente se celebra en el inmediato pueblecillo una fiesta pastoril llena de los candores de antaño.

Debido al aislamiento de Pasto, á su clima y al consiguiente espíritu conservador, allí poco ha removido el viento de la Revolución que transformó al mundo hace más de un siglo. En efecto, subsisten todavía en aquel cuenco cordillerano, convertidos en fósiles, los elementos del caduco régimen social.

Como subsiste la luz crepuscular después de consumido el sol ; como queda la forma de las cosas cuya esencia se ha evaporado ; como persiste la imagen y el recuerdo de los seres que fueron, el efecto de las fuerzas que obraron y el eco vivo de voces extinguidas, y, sobre todo, como subsiste en la conciencia, para el presente, el criterio conquistado en una época anterior, ora sea esta conciencia la de un hombre, la de un partido ó la de un pueblo, así ha podido subsistir en las sociedades enclaustradas la preocupación de un régimen copretérito, la actitud de un hecho pasado, la mueca de una emoción muerta.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La fisonomía anticuada de los pueblos aislados es efecto de esta ilusión de óptica social. Á ese retraso del criterio corresponden el régimen cuasi feudal, el ensueño aristocrático, la veneración al estandarte real que pudiera decirse nostalgia colonial, el predominio teocrático en la disciplina íntima y el consiguiente desafecto hacia los hombres, las glorias, las ideas y los métodos de la Democracia moderna. Así se explica cómo, en los plenos días de la vida nueva, se oyen protestas contra el 89, contra el anhelo de concordia republicana y contra la igualdad civil, culpando todos esos cánones modernos de inspiración diabólica.

En Pasto existe aún la nobleza, el clero director, el estado llano malcontento y la plebe servil, como en remedo de remota época. Cuando en el resto del país se embarcaron en la nave de vapor las familias selectas para seguir rumbo hacia adelante, allí, después de bogar contra el viento, se encastillaron en su teoría reaccionaria y parece todavía que aguardaran, como los judíos, llorando al pie de las murallas de la Jerusalén perdida.

No puede haber ciudad en el mundo donde haya más sacerdotes en relación con el censo : en cada cuadra se ve obligado el transeunte á hacer la venia á un tonsurado de apariencia bondadosa y humilde. La piedad antigua, más amiga de la forma ostentosa que de la inefable dulzura del alma, florece en Pasto al soplo fecundo de un tren de misas, novenas y sermones, por cuyo conjuro se defiende de la intrusión de las prácticas masónicas. No faltan los que por espíritu acomodaticio falsean sus íntimos sentimientos, para exhibir allí una piedad hipócrita. Acaso los justifique la presión de un medio superior á sus energías morales ; pero en todo caso contribuyen á confirmar á la ciudad en el calificativo de teocrática ó teológica que sus hijos le dan ufanos.

El estado llano, que llamaran en el siglo XVIII, ocupa en la vida social de Pasto, con sus individuos selectos, el vacío dejado por los retraídos nobles.

El pastuso de las ínfimas clases es soberbio con sus antiguos amos: no hay en el país pueblo alguno donde la distinción de clases haya producido mayor enemistad de unas contra otras ; puede asegurarse que únicamente en Pasto germina el odio maléfico contra los ricos. Allí la clase inferior vive envenenada contra las clases elevadas ; los artesanos son displicentes y mal encarados, y las mujerzuelas y bolsiconas son agresivas con las señoras y las insultan cuando salen á la calle vestidas de etiqueta. Un niño vestido á la europea despierta en los rapazuelos inextinguible inquina. El follado de colorines que usan las mujeres del pueblo á la altura del tobillo y el mantón floreado que las cubre de la cabeza á los pies, recuerdan vagamente á la maja andaluza ; pero las ruanas largas y las mantillas negras en que se embozan hombres y mujeres hasta los ojos, son de un gusto que no merece la pena de que lo defiendan con tanto ardor contra la invasión de exóticas vestimentas. Con motivo de esto deben saber los serranos que la cantidad de civilización está en razón indirecta de la longitud de las mantas, según la observación de un ocurrente observador de costumbres.

Un anhelo de superposición, muy digno de alabanza en quien sólo cuenta con sus prendas personales para hacerse meritorio, anima á los pastusos : ellos quieren corresponder á su fama de pueblo industrioso, tratan asimismo de hacer olvidar su reputación de reaccionarios y se empinan sobre sus talones para sobresalir en ésta cada día más aplanada agrupación colombiana. Lo han conseguido. Lucharon con empeño por su autonomía departamental, y aunque la lograron el día en que los vínculos federales se aflojaron con lenidad de cansancio hasta la disgregación, han sabido aprovechar sus vigorosas condiciones para emprender con prontitud y habilidad sus tareas domésticas. Nariño es hoy objeto de la atención nacional.

En el panorama de la República ve el patriota descollar hacia el Sur, bajo el nombre del vencedor en Tasines, varias cosas que halagan el orgullo nacional, á saber : la floreciente industria de los sombreros en el distrito de La Unión, la vieja manufactura pastusa, sobre la que se ha hablado siempre bien, los cultivos de anís de Fúnes, la agricultura incásica de Túquerres é Ipiales, las minas de oro de filón en Gualcalá, que principian á pagar con creces los molinos automáticos, las minas de oro corrido del Telembí, á cuya fecundación espontánea debe Barbacoas su pasado y deberá su porvenir, el comercio de exportación en Tumaco y, sobre todo, el bienestar de un pueblo trabajador que tuvo la energía de rechazar en tiempo el venenoso papel-moneda, tóxico de la economía industrial del resto del país.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Una cosa más que Colombia no había columbrado antes hacia el Sur con la misma limpidez : una juventud ilustrada que se levanta sobre el horizonte, como una promesa de la Patria.

SEGUNDA PARTE

Á TRAVÉS DE LA GRAN CORDILLERA

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

I

El Renacimiento.

Un distinguido tren de empleados. — Tareas prístinas de un pueblo. — Cómo era y quién creó el Cauca. — Por qué se fracturó. — La Concordia. — El Gobernador de Nariño. — Razón del viaje. — Peligro de la expedición. — Primera nota de viaje. — Una belleza natural. — Navegación sobre los Andes.

Al pasar por Tumaco nos entendimos con un Prefecto, quien en cualquiera otra parte ocuparía con lucimiento una Gobernación; al llegar á Túquerres fuimos recibidos por un joven Prefecto, avanzadísimo en ideas, netamente republicanas, quien nos habló de la concordia con tal amor y amplitud, que nos hizo sospechar la existencia de una verdadera transformación política en el país.

Al llegar á Pasto tropezamos con un tren del Gobierno departamental, constituído por tres personajes de alto espíritu, á quienes no habíamos podido clasificar en los antiguos bandos; sin hiel, sin prejuicios, entusiastas, cariñosos fraternalmente con el adversario de ayer, y de alta competencia para el manejo de la cosa pública.

¿Cómo se comprende, pensábamos, que este Departamento haya nacido maduro á la vida autónoma? ¿Dónde está, por otra parte, aquel espíritu reaccionario, tan famoso, de que se acusa al Sur?

Se agitaba por el momento el tren oficial, con beneplácito público, en la fundación en Pasto de la Universidad, sobre el pie de un instituto moderno; se esperaba la apertura de la Escuela Normal de señoritas, con directoras idóneas; debía abrirse en esos días una Escuela de Artes con maestros traí-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dos desde Bogotá; se había pedido una imprenta, provista de todos los adelantos modernos, para la edición de un periódico oficial de propaganda científica; se proyectaba la ejecución de dos grandes vías: la carretera central y el camino de herradura á través de la cordillera, para colonizar el Putumayo. Los ingenieros estábamos de moda en Pasto y un ensueño de progreso animaba al pueblo suriano.

Era que se habían cumplido los destinos de este pueblo. El viejo molde federalista se quebró: el coloso del Cauca, forjado por la espada poderosa del general Mosquera, con medio lado humedecido por todas las aguas de un océano y un brazo en el otro; con su espinazo de cordillera, amenazando al Tolima, desde la cumbre de sus páramos, y clavando sus garras en el cuerpo de Antioquía; con su inmenso Caquetá envolviendo á Cundinamarca y codeándose con las fronterizas Repúblicas; el poderoso Cauca, que en el mapa ocupaba las dos terceras partes del país y cuya influencia decidió siempre de sus destinos, cayó vencido por la negligencia de sus hijos en la pasada lucha y Nariño, concebido por el pensamiento del Sur, forjado en el corazón de los ibero-quillasingas, como en un yunque, y trabajado con civismo, con tenacidad y con valor, surgió á la vida.

El espíritu que se cierne sobre las provincias engendradas al amor de sus campeones, después de larga gestación, como al natalicio de la pequeña amada patria, inundó el corazón de los nariñenses, con la actividad amable, certera y sencilla de los primeros patriotas.

Quiso el enlace misterioso de los sucesos que la época del nacimiento de Nariño coincidiese con la benéfica reacción de concordia nacional que, como limo fecundante, dejó sobre el suelo de la República la pasada inundación de crímenes, ante cuyos estragos se amedrentaron los Caínes; lo que permitió al Departamento naciente engalanarse con el resplandor festivo de la paz y aprovecharse del concurso de los hombres superiores en la administración de sus negocios.

La primera designación de Gobernador, consecuente con el espíritu de la época, recayó en un joven pastuso, lleno de virtudes cívicas, talentoso, activo, de voluntad, amplio de ideas, progresista entusiasta, de ricas intenciones, sin pasiones banderizas y modernista avanzado, no obstante representar por sus abolengos la preocupación aristocrática. Por todas estas

virtudes, que nos pareció encontrar en el joven Gobernador y en sus colaboradores á través de la lente crítica con que miramos á los magistrados cuyo favor desdeñamos, creímos descubrir en Nariño una especie de Renacimiento de los hombres superiores á la vida de la República, que ojalá comprenda á todo el país y profundice hasta los cimientos burocráticos, donde cumplen sus alcaldadas los alcaldes, por allá en los pueblecillos apartados. Lo natural es que así suceda y que el proceso seleccionario progrese; porque en las agrupaciones orgánicas y superorgánicas, los elementos similares se atraen, por más que se les opongan medios resistentes.

Como consecuencia del impulso que ha recibido el progreso material en todo el país por la actual Administración, nos ha tocado contribuir con nuestros servicios profesionales en la exploración de un camino al río Putumayo, á través de la gran cordillera. Hemos hecho un largo viaje de sacrificios para la familia, con el objeto de colaborar por la primera vez oficialmente en el fomento del suelo patrio, aunque hace veinte años que hubiéramos podido comenzar á hacerlo sin la sistemática exclusión de que durante ellos fuimos víctimas los miembros de nuestra infortunada generación ilustrada, patriota y apta, so pretexto de nuestras *inmorales* ideas políticas. Así queda explicada nuestra presencia en estas breñas de Pasto.

El paso de la cordillera y la exploración de la selva putumáyica, implicaba la constitución y equipo de una expedición adecuada, á cargo del señor Gobernador, quien solicitó nuestras opiniones al efecto; pero como no hay nada perfecto en esta vida, la muy sabia y benévola intervención de aquel alto empleado cayó en manos de una persona inexperta, por medio de un contrato celebrado sin la suficiente meditación, para que se hiciera cargo de tan delicada y ardua labor. Al ver los preparativos de la marcha, consistentes en darles en dinero sus raciones á los insuficientes individuos, nombrados sin intervención nuestra, que debían formar la comitiva, comprendimos que peligraría el éxito de la empresa y hubimos de reclamar, aunque tarde, porque sólo conocimos el texto del contrato la víspera de la partida.

En veinticuatro horas logramos conseguir algunos elementos de campaña, para no salir como el *Paje de San Juan;* hicimos las protestas necesarias para el caso seguro de desastre, suplicamos y nos prometimos para el curso del viaje la enmienda

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de los desaciertos iniciales á que dió origen la malhadada inexperiencia del contratista; prometimos en tono jactancioso que, á pesar de todo, saldría avante el Ingeniero en Jefe por virtud de su energía, y partimos el día fijado perentoriamente para nuestra marcha.

Se nos esperaba una serie de aventuras dignas de un libro, y por esto concebimos el propósito de escribir el que tiene entre sus manos el amable lector: si le parece peregrino, déle las gracias al contratista encargado de la organización, equipo y disciplina de la Expedición ¡porque así son los contrastes de la vida!

Como frontispicio de esta serie de aventuras, al terminar el camino transitable, sacamos muy orondos la cartera, nos sentamos en un barranco y apuntamos lo siguiente:

« Estamos sobre la cumbre que separa aguas entre el Pacífico y el Atlántico; dejamos atrás la tierra cultivada en pequeños cuadros por los indígenas del valle de Atrís, así como los intereses mezquinos de los hombres civilizados; al frente se desarrolla el anfiteatro de cerros ásperos y lúgubres que ocultan á la vista la inmensidad de la planicie amazónica, donde moran los indios, hijos de la libertad. 3.260 metros sobre el nivel del mar, frío intenso, día nublado, por entre cuyas rachas inquietas se descubre á ratos el mar interandino de *La Cocha*, de aguas verdes y tranquilas.

» Un misionero con su capucha calada, su rosario de grandes pepas negras y sus alpargatas de fique, ha venido á mostrarnos el excusado sendero de « El Diviso ». Sobre la encumbrada cima de los Andes, el fraile y el ingeniero: el fraile que está construyendo un camino y el ingeniero que piensa escribir un libro evangelizador, forman un raro contraste ».

La Laguna se llama, no *La Cocha*, sino una comunidad de indígenas, radicada en el extremo oriental del valle de Pasto.

— San Pedro de La Laguna, nos corrigió el misionero.

Algunos pueblecillos indígenas de este valle, entre los cuales está San Pedro de La Laguna, se han asimilado á salvajes para que corran á cargo de la Misión evangélica de los Capuchinos, avecindados en el Caquetá, según informan, desde la revolución alfarista del Ecuador.

De Pasto al pueblo de La Laguna hay 6 1/2 kilómetros de regular camino, el cual podrá hacerse carretero siguiendo el

riachuelo que desagua el vallecillo de esta rinconada, llamado Ríonegro.

De San Pedro de La Laguna á la depresión de la cordillera, con el trabajo de los indígenas, han construído los Capuchinos otros 6 1/2 kilómetros de buen camino, para ponerse en comunicación con el rico cuenco de La Cocha, precioso mar Mediterráneo que estanca las aguas del Páramo de Bordoncillo y las encamina al río Putumayo por el enfilado cauce del río Guamués. Este último río servirá de guía en la selva desierta á los exploradores cuyas aventuras serán consignadas en este libro.

Estamos, pues, en « El Diviso », con un misionero de hábito Carmelita y cordón de siete nudos. El Reverendo, á través de sus anteojos, miraba con recelo y circunspección nuestro talante militar. ¡Quién sabe cuántas leyendas le hayan llegado de nuestro liberalismo!

La trocha de bueyes para descender á la planada de La Cocha es infernal; algunos la transitan de á caballo, expuestos á quebrarle la canilla al bruto y estampar su figura en cerámica natural; otros se apean para andar atascándose hasta la rodilla. Nos informó el misionero que en las épocas de verano podrían venir las familias á contemplar este diamante engastado en la cima de los Andes. Desde las alturas, y velada la sierra de Patascoy, que lo represa por el Oriente, se nos figuró una bahía tranquila y silenciosa, hasta donde no llegan las cóleras de Neptuno. No cruza el aire una garza, no corta la linfa una vela, ningún rumor interrumpe el solemne silencio de este mar dormido. La ilusión que trae el viajero de contemplar desde aquí la inmensa llanura oriental, se desvanece y se estrella contra los copos de nubes del confín; pero se levanta en el alma, como en las costas oceánicas, la emoción del infinito y cruza por el pensamiento, con vuelo de gaviota, el ensueño de las aventuras lejanas.

Del « Diviso » al plan del lago, en el paso del río Encano, uno de los raudales del Bordoncillo, hay próximamente 5 kilómetros de distancia y una diferencia de nivel de 420 metros; de modo que podrían unirse con un camino del 10 0/0. En este paso del río Encano construyó la expedición su primer puente rústico para el cómodo acarreo de los víveres que han de seguirnos en el ignoto viaje. Del Encano al embarcadero, orillando el juncal, hay 3 kilómetros más y 30 metros de desni-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vel. Poco más de 4 leguas dista, por consiguiente, La Cocha de Pasto, y está sobre esta ciudad á 280 metros, ó sea á 2.820 sobre el nivel del mar.

En la más inmediata extremidad del lago, frente al embarcadero, hay un islote solitario, cubierto de bosque, al que llaman la Corota, donde han levantado los Capuchinos una capilla pajiza. Para ir á su capilla insular han construído dos ó tres barquichuelos, el mayor de los cuales, capaz para cincuenta pasajeros, se llama *La Santamaría*, en memoria de cierta histórica carabela. Esta barca fué construída en el convento de Pasto y, empavesada con cintas y gallardetes, corrió por esas calles con pasmo de los vecinos como por un río de cabezas. El transporte luego por sobre el Diviso y por las trochas nos lo describía en Mocoa el padre promotor de la idea con una gracia encantadora. El capitán Botina, indio malicioso y engreído con su encumbrado cargo, la comanda por delegación de sus compatriotas de la comunidad de La Laguna, propietarios de esta fértil y salvaje comarca.

El nombre de la barca, la influencia del misionero que nos facilita el embarque y la circunstancia de que la conquista está á medio camino todavía, después de cuatro siglos, del salvaje Marañón, nos hace caer en la cuenta, acaso ofuscados por una presunción vanidosa, que la expedición del Caquetá es una empresa de los tiempos heroicos, aunque del género de aquellas mil tentativas que por sus pequeñas proporciones se pierden de vista á través de los siglos, pero á cuyo esfuerzo de conjunto debió el castellano el dominio de un Continente.

El señor general Reyes no ha querido echar en olvido la región donde comenzó á hacerse célebre por sus empresas y decretó, como Presidente de la República, la exploración científica de este territorio, la cual comienza su marcha, por navegación superandina, en un esquife de ilustre y afortunado nombre.

II

El mar superandino.

Una ilusión desvanecida. — El embarque vespertino. — La capilla rústica. — Los galileos. — Descripción del lago. — La sugestión del páramo. — Principian las dificultades.

Del rancho del Encano, á treinta metros sobre el nivel del lago, la vista domina un panorama bellísimo : el pastuso raizal, que tema dejar este pícaro mundo sin haber visto el mar, puede, á poco esfuerzo, adquirir una idea de esta maravilla de las aguas, trasladándose á este sitio. Entre juncos mecidos al balanceo de las olas que el viento trae á las orillas, duerme la linfa misteriosa, remeda la comba del nivel marino, hace sus cambios de colores al capricho de los celajes y se retira en lejanías que la imaginación consume entre los cerros azulosos del horizonte. Del plano brillante se levanta brusco, negro é hirsuto, el peñón de la Corota, simulando la Gorgona en el océano Pacífico.

Siguiendo la orilla del río Encano, entre juncos más altos que un hombre, á media legua de camino, se llega al embarcadero. Una línea recta al nivel del suelo y los cerros ásperos del cuenco lacustre, convierten en desabrimiento el encanto prometido desde la cumbre.

Con este motivo, revestidos de la franqueza de quien no tiene escrúpulos convencionales, á cuyo favor crecen las reputaciones inmerecidas, nos permitimos aconsejar á los turistas del porvenir que contemplen la *Cocha* desde el rancho del Encano : ni un paso más. De allí para adelante no se experimentan sino desagrados y peligros. La onda negra, la tripulación inexperta, las barcas inseguras y un paisaje de cerros

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

abruptos y tristes, es lo que encuentra el visitante, que, para estar de acuerdo con los demás y por no parecer de mal gusto, exclama, sin embargo : *¡ Qué belleza !*

La maniobra de nuestro embarque comenzó á las seis de la tarde, para ir á dormir á la Corota. Todo el día se invirtió en trasladar á hombros de los macheteros contratados para abrir trocha, los equipajes y comestibles situados en el Encano á lomo de buey. De nuestra gestión epistolar con el contratista para que suministrara peones de carga, resultó la promesa de que nos saldrían al encuentro en Santa Lucía, al extremo sur del lago. Ellos trasmontarían la cordillera por la trocha de Los Potreros, y era preciso anticipárnosles, no fuera á suceder que se dispersaran, regresaran ó nos dejaran atrás en la ciénaga desamparada de Santa Lucía.

Comenzaba la noche y estábamos promediados entre el rancho abandonado y la Corota en el centro del lago, donde debíamos dormir. La negrura de las aguas nos amenazaba : aquí han perecido muchos inexpertos peregrinos que se lanzan en un esquife celoso, sin saber bogar, á merced de las ondas. Disponíamos de embarcaciones suficientes, y ordenamos el embarque de nuestra gente asustadiza y torpe, procurando evitar todo peligro. Nos angustiaba, sin embargo, una retaguardia muy retrasada que venía con los últimos trebejos del Encano; ya cerraba la noche y no aparecía... Determinamos aguardarla, por fin, en la Corota. De pie en el peñasco, escudriñábamos entre las vaguedades de la penumbra, la salida de nuestros compañeros de la lejana orilla.

Era el momento de las tristezas del día; un viento frío de 7° se deslizaba entumecido y perezoso sobre el cristal obscuro ; las cordilleras parecían pintadas con tinta china; el silencio de la noche, en consorcio con las agonías de la luz, aparentaba el desfallecimiento de una naturaleza moribunda; la estela de la barca lejana, con fosforescencia al parecer improcedente, como estertor de vida, rizaba la onda del lago con trémulos rayos brillantes que se extendían hasta las más recónditas lontananzas ; la silueta de los tripulantes, fantástica y negra, se nos antojaba la sombra de los viajeros eternos de la laguna Estigia.

Un grito de alborozo, al ver que los aguardábamos, interrumpió por un momento la sinfonía de la hora pálida, y emprendimos el ascenso del peñón hacia la capillita de la cumbre. El

bosque, durante la noche, ofrece extrañas perspectivas : los árboles dormidos, los troncos negros, las encrucijadas obscuras, parecen tocados por los endriagos. La luna naciente mandaba sus rayos verdes á través del ramaje luctuoso, como mensajes de la viuda solitaria del firmamento.

Cuando coronamos la cima, ya los piadosos hijos de la montaña, que nos precedieron, habían iluminado la capilla, y su altarcillo rústico vestido de musgos, trajo un resplandor de cielo á nuestra alma : sobre la tosca mesa del altar encontramos un papel que así decía :

« Con humildad y confianza te pido, oh santa Virgen, un viaje feliz. »

Firmaba esta expresiva plegaria el Benjamín de la partida. En el recinto de la misma capilla dormimos los miembros de la expedición, y estamos seguros de que antes de cerrar los párpados el sueño, cada cual discurría con el pensamiento alrededor de la sencilla oración del cabo.

. . . . . .

Á la media luz de la aurora volvimos á mirar las toscas estacas que sostienen la piadosa techumbre, en señal de agradecimiento por su hospitalidad, y recorrimos nuevamente, bajo otras impresiones, el descenso al puerto, por la misma alameda natural, formada con troncos musgosos, que hallamos la víspera en idilios con la luna. La aurora es más coqueta : sus caricias son alegres y pródigas, y sus favores llevan consigo el talismán de la belleza. Á la luz azulina se nos antojó el bosquecillo de la Corota, no la encrucijada de las brujas, sino el lugar de cita de las sirenas del lago. La vegetación reverdecida, perfumada y brillante, ofrecía grata mansión á las Hadas y á las Gracias, desterradas ya del mundo. El anacoreta que busque este baluarte contra las miserias sociales, puede encontrar allí la paz de Dios.

Sin embargo, esta aurora estaba anémica y no venía adornada, como suele, con lampos de rosa. La mañana estaba fría y opaca, los ánimos desapacibles ante el peligro de una navegación aventurada; el cristal del lago quieto, como fisonomía de gente egoísta, no prometía nada. Cuando caímos al puerto todo estaba listo para recibir nuestra persona en el puesto de honor, por cierto muy incómodo, en la proa de la *Santamaría;* las otras dos barquetas menores parecían consumirse entre los juncos, al peso de la carga y de la peonada. La agrupación

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de hombres rudos y pobremente vestidos hace siempre recordar á los pescadores de Galilea. Nuestros hombres, como aquéllos, melenudos, de rostros expresivos, rústicos y asustadizos, miraban con emoción de miedo hacia la proa de la *Santamaría*, como en demanda de fortaleza de ánimo. Mucho hacía el jefe de la expedición con no manifestar los temores de que estaba poseído, al imaginarse un naufragio probable. « Á manos de estos marineros improvisados, en estas cascarillas de nuez sobrecargadas y á merced de los huracanes de la temporada, todos estos hombres, honradotes y sin malicia, pueden sucumbir hoy con jefe y tenientes, si el que se impuso ahora siglos sobre los vientos y las olas, no nos protege. » Esto pensaba el atribulado jefe de la expedición, quien, para infundir valor á los labriegos que por primera vez se embarcaban, miraba con semblante tranquilo la linfa traidora.

El cuerno sonó, á falta de corneta, y las barquillas salieron del puerto. La laguna fué presentándose, poco á poco, en toda su magnitud. La suerte estaba echada y, como sucede siempre, el miedo iba desapareciendo á medida que el peligro nos envolvía; cuando estuvimos lejos de las orillas salvadoras, todos los semblantes estaban serenos.

Una especie de abrazo entre dos cordilleras que vienen á juntarse en las cumbres, después de atravesar grandes comarcas, es lo que forma este mar interandino. El « Tábano », el « Motilón » y el « Remolino » al occidente, y el « Bordoncillo » y el « Campanero » por el oriente, empinan sus cúspides para mirarse en el cristal, y estiran sus faldas arrugadas hasta convertirlas en cabos y penínsulas del lago. La figura de éste semeja imperfectamente la América del Sur : la ensenada del Noroeste donde entra la Quebrada que desciende del Tábano, es Colombia y su perdido itsmo; hacia el lado correspondiente á Venezuela, le entra el río Encano, que viene del Bordoncillo; la ensenada oriental representa el Brasil, por donde le entra, al Noreste, el río Quilinsayaco, que viene del Campanero; al Sur se forma un cuerno semejante á la Patagonia, por cuya extremidad meridional se desliza oculto entre los juncos y sin ruido el hilo de agua que, engrosado en su viaje, hace caudaloso al Putumayo, su compañero de aventuras en el Territorio oriental. Las quebradas del « Mortiño » y « Santa Lucía », provenientes del páramo de este nombre, reunidas, entran al lago en el sitio que en el anterior símil le

corresponde á Chile. Por el lado del Paraguay rompe la armonía de esta semejanza una isla larga, de cerca de un kilómetro de longitud, que á modo de punta entrante se atraviesa en el lago. Esta isla es más importante que la Corota y nadie ha hecho mención de ella.

Navegábamos con viento contrario y con remeros bisoños, lo que no podía dar por resultado una grande y uniforme velocidad en la marcha. Las horas transcurrían de un accidente al accidente inmediato, que tomábamos como punto de referencia para formar idea de las dimensiones. Ya el almuerzo se imponía como una necesidad imperiosa, y todavía parecía que estábamos á medio camino; la costa septentrional se perdía de vista, más por la opacidad de la atmósfera que por efecto de la distancia, y la bocana meridional no parecía aproximarse. El viaje empezaba á afectar la uniformidad desesperante del mar. Un fugitivo rayo de sol abrigó por un momento nuestros ateridos cuerpos y alegró nuestra vista con un paisaje azul : el gris del agua, el verde mustio de la montaña y el blanco mate del cielo, al contacto mágico del padre de la luz, tomaron tintes opalinos. Sólo en este instante nos pareció el lago hermoso, pero con hermosura, como la del mar, indescriptible. Después volvió á cubrirlo la tela gris.

Á medio día atracamos por fin en la boca de Santa Lucía, donde pocos momentos después blanqueaban nuestras toldas y ardía el hogar entre los juncos. Desde la punta de arena aportada al lago por la quebrada, se descubre entre el juncal el caballete blanco de la tolda, que parece un cazador de patos en acecho. Al contorno de la pequeña península de arena húmeda, ocupada por las toldas, se levantan perezosas en el aire varias espirales de humo de los peones hambreados por la navegación en ayunas, quienes levantaron cocinas dondequiera que la casualidad les procuró un tronco seco en la extensa ciénaga. El paisaje paramoso y de juncales, á la orilla de la laguna, tras del que surgían aquí y allí dispersas humaredas azules, nos provocaba inútilmente á dejar de él una descripción gráfica. Es difícil sugerir en el ánimo del lector una emoción precisa sobre los aspectos simplones que tantas cosas, sin embargo, dicen al espíritu de quien las contempla : el agua quieta, el cielo pálido, el frío intenso, el silencio de las grandes alturas, la horizontalidad del panorama y, por toda vegetación, el junco rectilíneo, sin expresión, forman un con-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

junto donde un paisajista de genio imprimiría aquella como *psicología de natura triste* que flota en las parameras.

En esta campaña cada cual trae sus provisiones y se procura como puede el modo de vivir. Por esta razón, á la hora de necesitarse el auxilio de un peón, no se le encuentra, porque anda buscando leña para su fogata ó frutas silvestres. Cuando la voracidad imprevisora de los más los deja desprovistos, sería preciso obligarlos á trabajar con hambre; y, al contrario, si la previsión de un largo viaje sin refuerzos aconseja á los menos llevar un buen acopio de víveres, apenas disponen éstos de tiempo para su carguío y confección: no hay, por consiguiente, peones disponibles en ningún caso. Sin un servicio organizado de provisión, transporte y cocina, que fué el objeto de nuestras disputas con el contratista, no auguramos en esta excursión de aventuras sino el desastre.

III

Media legua de marcha.

Modo desusado de andar. — La viruela figura en estas aventuras. — Dificultades del principio. — Exploración de un paso de la cordillera — El palito. — Un cercado de legumbres. — El colono.

Como puede deducirlo el lector, estábamos en un pantano. Las embarcaciones desplegaron velas y se alejaron rápidamente hacia la *Corota*: era como si hubiéramos quemado las nuestras, sin pretender imitar á Hernán Cortés. Nos quedamos aislados en un palmo de tierra sólida, donde apenas cabía la tolda, rodeados de ciénaga y sin elementos para salir de allí, mientras no nos llegaran los cargueros prometidos de Pasto.

Un paso fuera de la tolda equivalía á un baño de pies en agua helada. Era domingo, pero los compañeros, no pudiendo excursionar en busca de cacería, por la amenaza de la ciénaga profunda, se amparaban á la tienda y charlaban sin empacho. Cada cual se hacía su biografía: los peones eran agricultores del pueblo indígena de Pejendino; habían dejado por veinte días sus barbechos, listos para recibir la semilla, y contaban los días transcurridos ya en ausencia de sus mujeres, lejos de sus ranchos y en abandono de sus labores. El gobierno los había reclutado en la última guerra y contaban sus campañas contra los *rojos*, sus proezas en Puerres y los abusos que cometían sus jefes superiores con las raciones en billetes depreciados, comprados en los estancos de aguardiente. Estos indios son despejados y altivos, como no estábamos acostumbrados á encontrarlos entre los de la altiplanicie de Cundinamarca y Boyacá. Nuestros conciudadanos de raza chibcha, en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuanto tuvieron permiso de enajenar los resguardos, malversaron su patrimonio y cayeron en la miseria, que degenera y envilece. Nuestros pejendinos son alegres y decidores; casi todos tenían flautas campestres con las que formaban una banda de música y entonaban aires populares. El buen humor reinaba por este motivo en el campamento de la Ciénaga, de donde, no obstante, era preciso salir antes de que nos picara el reumatismo. Hasta allí el material de la Expedición, excepto en el embarcadero de la Cocha, había sido transportado en bueyes y en barcas; pero de aquí para adelante era necesario transportarlo á espalda y no había peones para ello. Los pejendinos no eran aptos para ese servicio, no habían sido contratados para eso y se creían defraudados en sus intereses al proponérselo. Sin embargo, las promesas de regalarles tierras baldías que les hicimos con el intento de ganar su voluntad y, especialmente, la consideración de que era preciso salir de aquel atasco, los determinó á prestarnos el auxilio de sus espaldas para alcanzar las casuchas de Santa Lucía que, como una promesa de ventura, columbrábamos á dos ó tres kilómetros, á un lado de la ciénaga, al pie del bosque paramuno. Allí probablemente nos saldrían al encuentro los cargueros prometidos de Pasto á día fijo.

Después de almorzar, á las 9 de la mañana del lunes siguiente, levantamos campo en busca de aquel asilo que parecía mejor. Ocho viajes y otras tantas horas se emplearon en transportar víveres, equipajes y material de campaña, de la tolda á los ranchos. Desmontada y doblada, por último, la tolda, echamos á andar con el agua de la ciénaga al tobillo y con un palito en la mano. Los de vanguardia habían tendido sobre la corriente que desagua la ciénaga un arbusto torcido, á modo de puente : cinco pasos de un equilibrio dificilísimo ó baño entero, tal era el dilema. Alguno de los peones, de mala cabeza, optó involuntariamente por lo último y salió tiritando de frío. El autor, en la mitad del movedizo puente, se desvió de la vertical hacia la derecha y, al buscar apoyo en su palito en el fondo del cauce, encontró que éste era más profundo que la longitud del bastón . . . . . .

La cosa no fué grave : apenas se mojó hasta el codo; pues logró, con el auxilio de una rama, ponerse á horcajadas sobre el viaducto y avanzar así hasta ganar la opuesta orilla. Para no mojar el pantalón en la ciénaga, hubo de remangarse más

arriba de la rodilla, hasta donde se clavaba á cada paso. La cortadera, paja que crece en los pantanos, hería implacablemente el cutis, mal acostumbrado á estas desnudeces. Un pie arrancado de aquí, representaba el sacrificio de su compañero, que se consumía allá.

Las alpargatas, solicitadas por la chupa del lodazal, luchaban por no quedarse perdidas en el fondo.

En más de una ocasión las nobles manos intervinieron en auxilio de los pies, y entonces era cosa digna de verse á un pobre expedicionario trabajando como mosca en almíbar. Para economizar esta brega, era necesario saltar con ayuda del palito á los almohadillones que á modo de alfileteros bordan y tapizan los anegadizos. Aquellos puntos sólidos, unas veces flaqueaban, otras ofrecían un pérfido servicio y otras veces estaban á distancias mal calculadas por el gimnasta fatigado, y el choque aumentaba en estos casos la profundidad del atasco. Á pesar del frío y del permanente baño, un ejercicio tan obligado inundaba de sudor nuestro cuerpo.

Todo tiene su término y la que en lo sucesivo será célebre ciénaga de Santa Lucía, tuvo el suyo. Enlodados hasta las narices, salimos á la casucha salvadora, á recibir la desastrada noticia de que estaba infestada de viruela. Eran las cinco de la tarde y no había tiempo de construir rancho para la peonada, desprovista como está de una tolda. Esta, por otra parte, es la única habitación del contorno, á varias leguas á la redonda.

Una dificultad grave amenaza en tales circunstancias el éxito de la expedición : hace días que vamos de marcha y los cargueros necesarios para el transporte del material y de los víveres para el dilatado viaje, no han podido contratarse. Se nos habían prometido peones para el 31 del pasado en el sitio de Santa Lucía, donde concurrimos puntuales, y hoy estamos á dos de Abril y por algún inconveniente insuperable para los señores contratistas, no aparecen aún.

Esperamos el regreso del sobrestante, despachado ayer con el objeto de encarecer por última vez la necesidad de los cargueros, para tomar una determinación desesperada.

Las primeras manifestaciones del invierno de Oriente, precursoras del crecimiento de los ríos hasta hacerlos invadeables durante meses y meses, no permiten esperar más largo tiempo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los días pasan y no regresa el sobrestante : un silencio tenaz responde á nuestras quejas. Parece que estuviéramos á cien leguas de Pasto. Nos botaron al otro lado de la cordillera y salieron así del paso. Calculamos á los que tienen obligación de velar por nosotros, muy tranquilos, pensando que no sufrimos, puesto que nadie oye nuestros gritos. Así también el avestruz se cree en seguridad cuando ha ocultado la cabeza.

¡Nos aconsejan que regresemos! No, señor : sigamos adelante, aunque sea á morirnos de frío, hambre y desamparo. Para eso hay quien responda de nosotros mediante un contrato.

¡Adelante, comandante!

. . . . . .

Mientras llegan los cargueros, estudiamos otro paso de la cordillera.

Una mañana lluviosa, como todas las que hemos visto en estas alturas, tomamos nuestro bordón y emprendimos el ascenso de la montaña. Subir y más subir, cuesta arriba, anhelosa la respiración por el enrarecimiento del aire y ya trémula la pantorrilla; resbala aquí, á lo largo de un árbol caído, consumida allá, entre las raíces huecas de algún otro cadáver vegetal, al favor de las uñas, agarrándonos de las lianas, caminamos cuatro horas : alcanzamos la cumbre, á 3.480 metros sobre el nivel del mar, y descendimos en busca de « Los Potreros », últimas roturaciones hacia el oriente que los montañeses del Opongoy han convertido en dehesas. Estas distan más de dos leguas de los ranchos de Santa Lucía y era preciso regresar por falta de habitaciones que nos alojasen, pues salimos sin equipo.

El regreso á los ranchos, con el cansancio de la tarde y el hambre del día, fué una rodada, más que una caminada : la gravedad, como un toro enfurecido, nos traía á golpes seguidos; aquello era la crueldad de una potencia invencible, cebándose en una víctima indefensa. Llegamos molidos, desfallecidos é incapaces de dar un paso más á través de la ciénaga, en cuya opuesta orilla habíamos mandado hacer campamento, para evitar el rancho infestado, y hubimos de pasar allí la noche, confiados en *El Caribe*, específico de nuestro uso contra la viruela.

Tanto por interés personal, como siempre ejercen el bien los altruístas, cuanto por repetir la prueba del específico eficaz, le propusimos á la infeliz enfermera del desierto la curación inmediata de su hijo.

— Soy mujer casada, respondió, y sin consentimiento de mi marido, no puedo, señor, aceptarle sus ofrecimientos.

Esta debe ser publicana, pensamos; en ausencia de su marido, dejaría incendiar su casa, por no aceptar auxilios sin el consentimiento conyugal. Teníamos, consiguientemente, por ausencia de un marido afortunado, que correr la contingencia del contagio de nuestra tropa, cuyos relevos harían noche en lo sucesivo en el rancho de Santa Lucía, donde no era preciso el consentimiento aquél para dar posada.

El campamento mandado construir no distaba del rancho de las viruelas más de 2 kilómetros; pero se interponía la temida ciénaga. Desde el amanecer vimos entre la neblina de una mañana de invierno flotar la banderola blanca de la tolda, de género listado muy vistoso, que se recostaba con donosura sobre el boscaje, en el limpio de un colono ignorado. El palito auxiliar de las marchas heroicas, tendido en el suelo, parecía unir sus instancias á los llamamientos que la tolda nos hacía. Infortunado palo al que, no obstante sus virtudes, le tocó en suerte vivir desconocido del mundo. Nacido lejos de los centros industriales, no pudo lucir la contextura férrea de sus fibras, ni la rectitud de su talla, ni la densidad de peso, que constituyen los caracteres de un buen palo. La fortuna suele sacar á la sociedad del gran mundo estos palos fuertes, y entonces, ó son los báculos del anciano que sirven de juguete á los nietecillos, ó son el zurriago del arriero, ó el garrote cruel del perdonavidas. Quiso la caprichosa suerte que naciera este palo nuestro en la montaña lejana, donde hay millones mejores que él, perfumados, brillantes y coloreados, propios como para bastón de magistrado cursi, que no sirven para nada. Que agradezca el haber caído en nuestras manos, pues aunque lo tiramos despreciativamente, mientras no lo necesitamos, volvemos á recogerlo, cariñosos, al día siguiente y no permitimos que se le envilezca como asador en la cocina. Tendido en el suelo sin procedencia de familia botánica, como un simple expósito, lo encontramos á la orilla de un arroyo pérfido y, como nos salvara de un baño al pasar, le cobramos aprecio ápesar de su salvajez. Grato, como todos los virtuosos y humildes, nos salva á cada paso de un traspiés, nos sirve de balancín en los equilibrios, de tanteo en los casos dudosos, de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

palanca arquimédica en los saltos supremos y de permanente apoyo en la viacrucis del pantano y en el derrumbadero de la trocha. Este ó esotro día lo dejaremos olvidado ó lo remplazaremos por otro mejor, y morirá como un cualquiera, comido por la podredumbre, á despecho de sus méritos y servicios : ¡que corra la suerte de los humildes y pobres de espíritu!

Con nuestro palito en la mano y el pantalón de bufanda, cruzamos la ciénaga en busca del campamento. Los peones atascados hasta la cintura al peso de sus maletas, los equipajes enlodados, los comestibles mezclados con barro hediondo, las panelas destilando almíbar y una sarta de calzones, alpargatas y sombreros secándose al humo, fueron el tributo que supo cobrar el pantano en su corta travesía.

En el pequeño desmonte del colono ausente se erguía la tolda listada, cabe el rancho agazapado y la labranza infinitésima. Ocho repollos mal contados, cuatro matas de oca (hibia) y algunas cebollas dispersas, todo encerrado en una cerca de árboles caídos, para formar el espacio de un pañolón, constituían la hacienda que nos ofrecía hospitalidad forzosa, por su estratégica posición : desde allí seríamos columbrados por los peones de carga que vendrían en nuestro auxilio.

Pero, ¿qué especie de hombre sería el propietario de gustos excéntricos que, como centinela avanzado de la civilización, colindaba en el silencio y soledad del páramo con las ilimitadas tierras de Oriente? Nadie pudo decirnos el nombre de este vecino del desierto; pero nos preciamos de comprender sus aficiones solitarias. Se nos antoja que huyó al bosque por una vereda estrechísima, que arranca de la puerta del ranchito, acaso porque sintió gente en los contornos. Es, seguramente, un hombre arisco, cuyas energías en lucha con la organización social y los tributos de trabajo personal, conscripción, fiscalías rurales y demás cargas que la falaz vida social mestiza hace pagar únicamente á los infelices, lo han conducido á buscar la verdadera y única libertad que ofrece el desierto. Aquí no llega el cobrador de impuestos inreproductivos ni el polizonte altanero, primo hermano del malhechor, que se disfraza con la librea de la autoridad para perseguir al ciudadano, ni el parásito que con el título de pordiosero llama tenazmente al corazón con la patente de la Caridad; aquí no alcanza la fastidiosa opinión de los vecinos, con la categoría de sanción social, ni el reglamento antojadizo, hecho ley por ministerio de la fuerza, ni las ritualidades de un culto aparente con el prestigio imponente de una religión de amor. Aquí la conciencia se vuelve solamente á Dios, oye su ley en la sublime armonía de la Creación y vive tranquila. La inefable paz del alma, por la cual anhelan en su lucha constante todos los humanos, sólo bate sus alas blancas en la soledad, tras de la cordillera y el pantano.

Nos imaginábamos al señor de esta cabaña, hosco, melenudo, casi viejo, ennegrecido por el sol; pero arrogante, con su escopeta al hombro; altanero con su independencia, y dichoso al sentirse dueño absoluto de la fuente que baja cristalina de la montaña, de los pastos que reverdecen en la pradera, del bosque, rico en maderas y montería, del aire, cargado de brisas y perfumes, y del sol que manda hilos de oro á fecundar las cuatro legumbres de su heredad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

La Hermana Agua.

La sospecha. — Organización de marcha. — El invierno ecuatorial de Equinoccio de Primavera. — El paso de la ciénaga. — Noche lluviosa. — Cuento alusivo. — La Rocallosa. — La momia del Aguarico. — Nos quedamos solos !...

Parecíamos la imagen del frío.

Embozados en nuestro grueso abrigo, bajo una atmósfera brumosa y en el silencio del páramo, lejos ya de todo recurso, sin poder avanzar por falta de cargueros, temerosos de que el invierno y la terminación de los víveres nos obligaran á retroceder, divagaba nuestra mente en bagatelas, como si la anestesia del frío nos hiciera insensibles al peligro que corría la expedición al Putumayo y nuestra reputación comprometida en esta aventura. Bonachonamente y sin malicia, esperábamos el resultado de nuestras cartas apremiantes al contratista y de nuestras notas suplicatorias al Gobernador. Con la promesa del alivio, dejamos correr los días, esperando inútilmente el regreso de los postas.

Los correos iban y venían con respuestas evasivas y con argumentos y embolismos que probarían mucho la razón del contratista, pero que no servían para conducirnos al objeto de la Expedición. Por fin concebimos la sospecha de que se trataba de hacer aparecer como inepta la elección hecha en nuestra persona para explorar el Putumayo y, sitiándonos por hambre, obligarnos á volver á Pasto con las alas caídas. Nos conformamos con esta benévola sospecha, y sin más profundizar el verdadero motivo del retardo, recordamos la jactanciosa promesa hecha por nosotros en son de protesta, de que á pesar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de todo, el objeto de la Expedición saldría avante, á virtud de nuestra energía, y con este recuerdo, que la anestesia del frío empezaba á borrar de nuestra memoria, reaccionamos para seguir la marcha como pudiéramos.

Al efecto, distribuímos un servicio de retaguardia con casi todo el material, equipo y bastimento de la Expedición, encargada de encaminar los recursos con que estaban estimulando nuestro retardo, y tomamos la descubierta con un ayudante y lo esencial para nuestras notas técnicas y para no morir de hambre.

Era nuestro ayudante elegido el señor Leonidas Dorado, hombre conocedor de leyes y papeles, malicioso y prudente, conocedor de los personajes y de las cosas del Sur, previsor, recursivo, consagrado á la obligación, de genio mecánico, capaz de arbitrarlo todo, y muy adicto á nuestra humilde persona (*rara avis* en la Expedición) por hermandad política. Como ha viajado, ha pasado aventuras y es observador, posee el don de adaptarse á las circunstancias y aprovecharse de lo que sabe y de lo que encuentra. Si no era el práctico en los asuntos de Oriente, como presumía otro de los ayudantes que quedó hecho cargo por esto del *grueso del ejército*, si sabía de oídas lo que era menester y por su entusiasmo y buena voluntad, adivinamos que sería el primer auxiliar de la empresa. Pronto se encargaron los sucesos de aprobar nuestra elección.

Para fijar la época de la exploración del Putumayo al través del páramo inclemente, no se miró el almanaque. El día de la marcha se fijó para una fecha dada, como hubiera podido fijarse para otro día cualquiera, destemplado ó tibio. Como era el equinoccio de primavera, llovía y llovería « aguas mil » y « hasta romper el sayo » como reza el adagio, para el paso de la cordillera; gozaríamos de las inundaciones de la llanura hacia Junio, que allí llaman las « Conejeras », y tendríamos para el repaso del páramo, la destemplada estación de las lloviznas y vientos de Julio. Total : oscuridad en el panorama, dificultades primero en los transportes, imposibilidades después en el paso de los ríos, indeterminación del curso de éstos en la llanura inundada y seguro fiasco en los estudios, si el capricho de la suerte no disponía lo contrario.

Con todos los pronósticos del Almanaque de Brístol en contra, nos pusimos en marcha los de vanguardia. La Hermana Agua nos amenaza; pero no ha querido todavía envolvernos

con neblinas impenetrables, ni interrumpir nuestra marcha con el furor de sus torrentes, ni aterir nuestros miembros con la rigidez de los emparamados. Ella nos moja apenas y al oído nos dice con tétrico rumor: « anda breve, antes de que el viejo Neptuno despierte airado: búrlate con tu celeridad y con astucia, de la imprevisión ó la malicia de los hombres. »

Al amor de este buen consejo, vamos atravesando presurosos la ancha mesa paramosa de Santa Lucía, de siete leguas de longitud, por sobre la ciénaga, al nivel de la laguna. Ora nos consumimos en ella hasta las axilas, ora tenemos que alzar en alto el sombrero para que no se nos pierda. Es deplorable ver el desfile de los pobres pejendinos, seducidos por los halagos para que nos sirvan de cargueros, consumido medio cuerpo entre el lodazal, haciendo esfuerzos supremos para no dejar el pesado fardo encomendado á sus espaldas. El agua del pantano es helada y la llovizna que nos cae sin cesar del cielo es muy fría también; de modo que, entumecidas, rígidas las articulaciones y dando diente con diente por la convulsión de las mandíbulas, aprovechamos el chapaleo para coger calor, pues la Hermana Agua nos dice: « en estas alturas quien detiene el paso, puede sucumbir de frío; esa convulsión de las mandíbulas se convierte en risa nerviosa, la anestesia se generaliza por todos los miembros, la circulación se suspende y sobreviene instantáneamente la muerte con un sueño soporífero deleitoso. »

Salidos del pantano, una racha de aire rasgó el tul gris que velaba el paisaje y pudimos en un instante afortunado, como habíamos venido haciéndolo de una manera precaria, tomar algunos rumbos para fijar las ideas acerca de la topografía de la comarca.

El cañón del Guamués, siempre al sur, estrechado por las vertientes abruptas de la sierra dentellada y negra del Patascoy, daba paso lento á una bocanada de neblinas, venidas de la llanura : era una bandada de nubecillas sueltas de vanguardia, que parecían explorar el terreno para la invasión del grande ejército; después venían rodeando, como copos inmensos de algodón, los blancos *cirrus;* luego era la legión confusa de todos los vapores del Caquetá, hechos un infinito compacto de nubes grises enlutadas, preñadas de rayos, que se habían dado la cita del invierno con los vapores del Pacífico. La tempestad y la noche nos amenazaban y, en cuanto pudimos ga-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nar el bosque, levantamos tolda para conjurar sus tremendas consecuencias.

Una red de raíces, en malla vibratoria, formaba el piso, por debajo del cual corría el agua á torrentes en busca del Guamués. La fogata para hacer la comida, calentar el cuerpo y secar las ropas mojadas, no quería entrar en arreglos con la Hermana Agua. No había sitio seco, no había leña seca, los fósforos húmedos se resistían á prender y antes se dejaban decapitar que hacer fuego. Con los papeles y cartas queridas y el soplo de todas las bocas de los expedicionarios, que se pusieron al servicio del cocinero, se logró levantar una llama remisa. La lluvia caía como sobre el Arca de Noé y los chorros, que se formaban de hoja en hoja y de árbol en árbol, parecía que iban á perforar la tela de la tienda. Un frío intenso, inspirador de este capítulo del viaje, corría por debajo de los cobertores que nos envolvían.

— « Esta noche, comenzó á decir nuestro compañero de campaña, me recuerda otra que pasé en La Horqueta, de viaje para Funes. »

— Justamente contestamos, al presente, estamos frente á la tierra del anís, cordillera de por medio. Pero continúe usted su cuento, valeroso ayudante.

— « Ya eran las seis de la tarde y había llovido; la quebrada de Yaruquí bajaba por los montes, y yo había determinado hacer noche en una casa pajiza que tenía por allí el finado Sixto Guerrero; pero me alcanzaron unos amigos que venían alegres, resueltos á llegar á Funes, por el antiguo camino que sube del puente de Guapuscal, por una cuesta empinada y zanjonuda, hasta el plan de La Horqueta. Por seguir en tan buena compañía revoqué mi resolución de pernoctar en casa de don Sixto, y seguí con ellos. Yo iba montado en una mula briosísima y picarona; á la orilla de Yaruquí, cuando estaba acomodando las piernas en la montura para no mojarme, uno de los de la partida que venía á pie saltó á la grupa : el animal se asustó y dió un vuelo á la mitad de la quebrada; el de ancas cayó al agua cuan largo era; yo escape me lavo también, falto de equilibrio; la mula pasó en un santiamén el raudal, y aquel amigo se hubiera ahogado si no cayera en la orilla no más. Nos tomamos un trago y seguimos en parranda, sin acordarnos más del de á pie. La suerte estaba echada; entonces no existía la casa de « El Placer », que después levantó

don José Guerrero, y teníamos que seguir. Pasamos el puente de Guapuscal sobre el río Bobo, que bajaba bramando como un endemoniado por entre los estribos de roca nativa, y se cerró la noche.

» A poco andar cuesta arriba por esos zanjones, oscurísima la noche, sentí que el caballo del compañero de adelante se echó á rodar, dejándole en el zanjón del camino. Condolido, me apeé, eché el encauchado sobre mi montura y acudí á tener el caballo y auxiliar al caído. Cuando lo tuve caballero ya otra vez en su corcel, volví en busca de mi acémila, y cuál no sería mi congoja cuando sentí los estribos de cobre que chocaban contra los peñascos de la ladera, al galope del maldito animal, que había regresado, dejando á pie á su amo !...

» El compañero apuró, para alcanzar á los de adelante, y no supo mi desventura : todos pensaban que yo iba detrás, callada la boca por el frío.

» Después de mil caídas y levantadas, cuando á la mula le plugo pararse, enredada en la brida, guiándome al oído por el tascar del freno que no á la vista por la oscuridad de la noche, logré recuperarla no sé en qué sitio de la cuesta. Ya no encontré el encauchado, é inoficioso me pareció buscarlo : estaba, pues, como quien dice, á la intemperie.

» Como yo no veía y la bestia no conocía ó fingía no conocer el camino, á duras penas, rueda aquí, tropieza allí, temeroso siempre de caer á algún abismo, logré salir, no sé por qué lado, á una planeta ó descanso que atraviesa el sendero antes de llegar á « La Horqueta », dondo yo suponía que me estaban esperando los compañeros de viaje.

» Allí fué lo peor del cuento : volvió á llover como está lloviendo ahora, y yo *en cuerpo!* Vueltas y revueltas en la planeta rodeada de abismos, y el camino para seguir no parecía. Calado hasta los huesos, resolví hacer alto allí hasta que amaneciera, y, montado en mi mula, para defender un tanto la única parte seca que me unía á ella, pasé la noche, contando los rebuznos del pollino de « Inantás », que me servía de reloj : los relámpagos no me daban tiempo de consultar el que llevaba en el bolsillo, y los fósforos, como tienen de costumbre, se habían descabezado con la mojada. A la luz de los rayos miraba las orejas de la mula echadas hacia atrás para que la lluvia no se le entrara...

» Al fin vino el alba, y yo, en vez de seguir en busca de los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

compañeros y al objeto de mi viaje, me sentí en ridículo y, encolerizado, volví grupas, como puede volverlas esta expedición si nos extraviamos en este páramo aguardando peones de carga y demás auxilios. »

La alusión del cuento nada tenía de consoladora, y como para amortiguar su agudo efecto, el Ayudante terminó así:

— « Cuando repasé la quebrada de Yaruquí, encontré al amigo que se me iba á montar en ancas, dormido al pie de un *caspi*, más mojado que yo, con la cara hecha un ají rocote por la venenosa influencia del fatídico arbusto á que tuvo la locura de ampararse. »

Al día siguiente, siempre acariciados por las gracias, que no castigados todavía por las cóleras de la Hermana Agua, seguimos marcha presurosa, si así puede llamarse una velocidad de un kilómetro por hora, en busca del descenso del páramo, donde el río Guamués parece que da vuelta al último pico de la sierra del Patascoy, para precipitarse á las tierras bajas.

El contrafuerte de la cordillera madre que encierra el cuenco del lago por la derecha, es granítico, como era de presumirse. Los árboles se agarran á la roca viva por medio de largas y robustas raíces, dejando entre el suelo aparente que ellas forman y el piso ingrato que las sustenta, un espacio más ó menos profundo. El sendero aéreo practicado sobre esa malla de raíces mucilagosas y cubiertas de lama, está lleno de peligros y es dificilísimo recorrerlo á pasos desiguales é inseguros, sin andar casi á gatas. « El Raizal » ó « La Rocallosa » llamamos la última cuchilla de Santa Lucía, desde donde, despejado el cielo, se vería hasta la llanura. Los caucheros llaman esto el « Alto del Tábano », y al río que corre al pie, encajonado entre dos cuchillas verticales, por entre peñascos que lo hacen bramar en la montaña como toro herido, lo llaman río *Saraconcho*, palabra quichua que significa *rumbón de pedruscos*.

El descenso á la orilla de este río tiene una inclinación del 100 por 100, y en veces más. Para bajar los 640 metros de diferencia de alturas, hay que hacerlo por una gigantesca escalinata de granito, poniendo los talones en las hendiduras de la roca y dejando deslizar el cuerpo por la resbalosa, enlodada y cortante superficie que vierte agua por todas sus anfractuosidades. Un paso en falso, y el esqueleto del caminante llegaría hecho polvo á las ondas tumultuosas del río. Las raíces de los árboles, entrecruzadas en la roca, facilitan tanto como complican la laboriosa maniobra de los cargueros en este inenarrable camino de los montañeses.

Al comenzar el descenso, es decir, cerca de la cumbre, encontramos debajo de un peldaño de esta infernal escalinata, una cruz. Allí sucumbió de frío, de cansancio y de hambre un carguero venido con N. N. desde las selvas del Aguarico. Era un infeliz indio de aquellas reducciones de esclavos que alimentan la sed de riqueza de los actuales hijos de españoles en Oriente. Cinco meses, según informan los caucheros, permaneció allí momificado el cadáver, á quien juzgaron al principio los pasajeros un hombre cansado ó dormido; después lo arrojaron por un derrumbadero natural, por donde inútilmente pretendimos bajar para reconocer la momia. Aquella cruz, símbolo de la paz eterna, advierte al caminante que la muerte le acecha en estos horribles sitios, donde suele encolerizarse por ocho meses en el año la Hermana Agua, menos impía que la codicia.

Al llegar á la orilla del torrentoso Saraconcho, construído el rancho en el último peldaño de la roca que vertía agua, nos anunciaron los pejendinos que su contrato había expirado y que al día siguiente regresarían á sus hogares...

Aquí paró la rápida marcha de un kilómetro por hora. Nos quedábamos sin peones.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

V

El Viernes Santo.

El lirio del valle. — La idea antigua. — El reino de Dios. — La parábola milagrosa. — Los bienaventurados. — La blasfemia. — El traidor. — El juicio. — El cadalso. — La hora de nona. — La ruina del viejo templo. — El Derecho. — La escuela moderna de los fariseos.

Hoy es Viernes Santo. Hace frío; llueve y una neblina discreta vela las sonrisas del cielo : ¡el día está triste!

La cañada estrecha por donde se precipita el río con bramido ensordecedor, como heraldo de las neveras y mensajero estrepitoso de los volcanes ecuatoriales, está invadida de un hálito de tristezas. Los árboles, que dan un tinte verdoso á la luz, abren sus horquetas festonadas con rasgadas vestiduras, cual la de los gigantes paralizados de repente en su marcha hacia el Olimpo, cuyos esqueletos levantaran sus brazos en actitud clamorosa ó fatídica. Tal parece que la montaña, despojada de sus galas primaverales, conmemora, como los hombres, el día en que se empañó el sol y tembló el orbe en sus cimientos por el sacrificio del Justo.

El lirio del valle inclinó su corola en las alturas del madero infamante, y de su cáliz, colmado de perfumes que subieron al cielo, cayó una gota de néctar que alimentará para siempre el alma humana.

Nacido en un pesebre, bajo el aliento tibio de la vaca y el jumento, en una noche dicembrina y al cántico festivo de los pastores, amó los campos, donde corren las brisas portadoras de esa oración de perfumes que se desliza sobre la pradera, los sembrados y los eriales, donde lucha el labriego sencillo,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hijo de Dios y del trabajo. Jesús simboliza la poesía de la naturaleza y el anhelo de los humildes.

La sed de justicia de los desheredados, representa hoy el clamor de la tierra hacia el cielo prometido; en los antiguos tiempos, cuando no existía el derecho de los débiles que proclamó Jesús, ese clamor era un quejido de muerte eterna, una protesta contra el destino sordo, una maldición á la esperanza.

Del taller del carpintero justo, donde aspiró la paz de un amor inefable, salió Jesús á predicar entre las muchedumbres, por los caminos y los campos, el REINO DE DIOS : una doctrina maravillosa y sencilla que dejaba extasiadas á las multitudes : ¡el Verbo divino, la Ley de la caridad, el Camino del cielo! ¡Dijo tantas cosas la Sabiduría cuando habló con los Tiempos, con las Generaciones y con los Pueblos, que después no han bastado á repetirlas las bibliotecas ni los predicadores!

La parábola del Santo corría como fuente de aguas vivas por el corazón de los hombres, y los avaros se hacían pródigos, las almas leprosas se curaban, los paralíticos para el bien se movían, los ciegos á la luz veían, los palurdos se hacían sabios y los sordos oían esa palabra colmada de prodigios, que había de conquistar y redimir el mundo.

Un día subió Jesús á la montaña, seguido de una gran muchedumbre, hambrienta tanto de verdades como de pan; era la muchedumbre de los infelices, de los pordioseros, de los lázaros, la muchedumbre inmensa de los miserables de la tierra. Extendió Jesús su mano colmada de bendiciones sobre estas cabezas, fétidas y harapientas, y pronunció este sermón :

« Vosotros sois los bienaventurados. »

« Vosotros seréis llamados hijos de Dios. »

« De vosotros es el Reino de los Cielos. »

El divino Autor de esta doctrina dijo : « Yo soy la Verdad, el Camino y la Vida », y por esa senda de la verdad y del bien, construyó la única escala de Jacob, para los sabios, los ricos y los poderosos de la tierra.

La Fe, la Caridad y la Esperanza, como una trinidad religiosa de consejeras, ocuparon la conciencia humana, donde antes sólo se quemaba el incienso á los ídolos, padres espúreos de una falsa virtud. El viejo templo iba á ser derribado por aquella doctrina, resplandeciente como sol de verdad :

« Yo derribaré el templo y lo reedificaré en tres días. » « Yo soy el hijo del Hombre. »

— Ha blasfemado, amenaza destruir nuestro templo, dijeron los fanáticos, ciegos al sentido del Verbo.

En aquel tiempo, como ahora, la doctrina de Cristo se enfrentó contra aquella gente. Ellos tomaron la parábola sublime con la mala fe con que los fariseos de todos los tiempos interpretan el texto de la verdad, y con el celo hipócrita con que disfrazan la virtud, y lo acusaron de conspirador contra el César, de falso profeta y de blasfemo.

Como andaba confundido entre los galileos y no usaba el oro y la púrpura en señal de distinción, no era un célebre escritor de presuntuosos y huecos libros de una ciencia tonta, ni tenía el sable del centurión ilustre, y como simplemente se llamaba el Buen Pastor, — los guardianes del orden social que, efectivamente, había socavado, no lo conocían personalmente. Por esta razón los defensores del amenazado templo hubieron de comprar á uno de los pescadores que á todas partes lo seguían para penetrarse de su evangelio, prostituyendo con dinero la conciencia de un hombre inferior, que se decía su discípulo y su amigo, con el objeto de que lo mostrara á los sayones.

El papel de Judas es uno de los más interesantes del sagrado drama : vendió por un poco de dinero la amistad del Maestro, que entrañaba la paz de su conciencia y la honradez de sus opiniones; compró, según dicen unos, el campo de Aceldama, con el intento de pasar allí, en la posición honorable que da la riqueza, sus últimos días; pero agobiado por los remordimientos del perjurio, el codicioso y escéptico resolvió dar término á sus penas por medio del suicidio. Se ignora si después de su perfidia mereció honores del régimen por el cual se sacrificó; pero sí se sabe que sus sucesores en el oficio los han merecido y disfrutado, hasta con el título de benefactores y con el calificativo de providenciales.

El juicio deicida se surtió breve y sumariamente, como se suelen surtir los de una falsa Némesis, temerosa de la verdad, instrumento de pasajeros y criminales intereses. La imposición turbulenta de un pueblo mal aconsejado, arredró al juez débil, quien, con su sentencia inicua, sentó por primera vez el precedente de que el triunfo en casos semejantes siempre es de los sacrificados.

El patíbulo infame en que el Justo padeció su agonía, fué el signo de la civilización, el galardón de los buenos, el amparo de los menesterosos y afligidos, el baluarte de la virtud,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el emblema de la piedad, el guardián de la paz eterna.

La hora de nona llegó, y al inclinar el Redentor la cabeza coronada de espinas, se derrumbó el templo antiguo. La nueva Ley quedó sancionada, y el amor de los hombres batió sus blancas alas sobre los desgraciados.

Desde entonces hay una sanción suprema, aun en el concepto hipócrita de los perversos, tras de la cual pretenden esconder sus delitos, que ampara el testimonio de la verdad, la justicia del derecho y el mérito de la virtud. Desde entonces la Verdad, el Derecho y el Bien tuvieron quien diera la vida por ellos, y surgió la Moral como institución pública, que zozobra, al parecer, en ciertos tiempos, pero que jamás naufraga.

Desde aquel día la mujer esclava produjo la mujer esposa; para el enfermo hubo hospitales, asilos para los inválidos y escuelas para los ignorantes; el afligido halló consuelo, pan el hambriento, abrigo el viajero y sepultura de derecho el infiel muerto de cansancio, de hambre y de frío bajo la roca del camino. Desde el instante, asimismo, en que el Buen Pastor murió hablando con Dimas, el salteador de caminos, los extraviados ó enfermos del alma merecieron la compasión social y tuvieron enseñanza en los presidios, defensor ante la Justicia y perdón por su arrepentimiento.

— Todo esto y mucho más que corre de tejas para arriba, por lo que nos está vedado el discutirlo, significa el Viernes Santo, — terminamos diciéndole á nuestro buen compañero de campaña, con el ánimo evangélico que nos inspiraba la selva.

— Pero, si así es, como lo creo, so pena de que se me repute ultramontano en materias de civilización moderna, el mundo debe ser un edén ; nos contestó el interlocutor.

— No, amigo; desgraciadamente andan todavía por el mundo, so capa de buenas personas y muy influyentes á veces, los discípulos traidores, los fariseos, los verdugos que creen santificar sus manos en el sacrificio del prójimo, el pueblo sanguinario que se constituye en Justicia de Dios, los sacerdotes que excitan el fanatismo popular, los testigos falsos, violadores de la verdad, los escribas que interpretan á su amaño la ley, los jueces débiles que le vuelven la espalda al Cristo y se lavan de culpa las manos por complacer al poderoso.

VI

Un conflicto en la selva.

La cordillera. — El cerro Alcalde. — Historia de la trocha de Santa Lucía. — Los atlantes. — El heraldo de Pasto. — Un meeting en la selva. — El discurso de Talleyrand. — ¡La canalla! — De tripas corazón. — Fin del conflicto.

La cordillera forma un gran macizo en toda esta región ó altiplanicie del lago, coronada por un pico notable : el cerro « Alcalde », como quien dice la primera persona del contorno. Columbramos el « Alcalde » desde el Encano y procuramos darnos cuenta de su situación; lo hemos dejado á la espalda, á diez y seis leguas al sur de Pasto. La formidable mole del « Alcalde » se sostiene sobre varios contrafuertes, especie de raíces dispersas que accidentan de modo intrincado este sistema orográfico : al norte se apoya en el Bordoncillo que, como hemos dicho, origina la cordillera del Gran Patascoy, carcelera del lago por el oriente; al occidente arroja como un ganglio lleno de antenas el Galeras, y al sur se mira con su rival en señorío, el cerro de San Francisco, que demora al respaldo de Puerres. Una serie de ríos con sus correspondientes cuencos, subdivididos por riachuelos y quebradas que corren por entre los dedos de una mano, arroja el « Alcalde » en todas direcciones : el río Curiaco y el Bobo, que van al Guáitara entre la cordillera y el Galeras, el río Pasto entre ésta y las antenas occidentales del Bordoncillo, el cual desagua en el Juanambú; el río Gloriano, el Saraconcho y el Verde, que caen al Guamués.

Hay que cortar las cañadas de estos últimos para caer al

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tumultuoso río Verde, de especial importancia en esta familia de ríos alcaldescos.

Al atravesar la ancha mesa paramosa de Santa Lucía, observamos con pena que las hoyas por donde era de echar el camino para comunicar á Pasto con el oriente, evitando el largo pantano de los orígenes del Guamués, conducen al macizo del cerro « Alcalde », en vez de ofrecer un boquerón como el del « diviso de la Cocha », entre éste y el Bordoncillo. El siguiente boquerón está comprendido hacia el sur, como queda dicho, entre el mismo « Alcalde » y el « San Francisco », frente á los Pueblos de Funes y Puerres. Pasto, pues, está directamente incomunicado por camino racional con el territorio del Caquetá, salvo el caso de que trasmonte dos cordilleras, cortando el valle de Sibundoy por el pueblo de Santiago, en busca no del Guamués, sino del Patoyaco, originario del Putumayo. En este caso tiene que adoptarse un embarcadero en el Guineo, más distante que el Alpichaque, como lo comprobaremos en el curso de este viaje.

La trocha de Santa Lucía la mandó construir el señor Rogerio Becerra, empresario de cauchos, hacia el año de 1882, y la hizo Jerónimo Ipiales, padre de uno de nuestros cargueros, práctico y baqueano, de una rusticidad perfecta, de quien nos hemos valido con buen éxito en estas investigaciones geográficas. Nos habla de una fuente salada de alta concentración y temperatura, que hay en el pequeño cuenco del río Verde. La urgencia de nuestra invernosa exploración no nos permite ir á la termal á medir la concentración del agua.

El amigo Ipiales es el caporal de cuatro cargueros, que llegaron por fin ayer, después de habernos despedido de los buenos pejendinos, ya cuando, á fuerza de esperar, se nos están acabando los víveres que sacamos de Pasto, y representan á los catorce cargueros que pedimos como necesarios para movilizar el material de la expedición. Proceden del pueblo de Catambuco, en el valle de Pasto. Es una parcialidad típica, en todo diferente de la de los pejendinos.

Estos hombres son maravillosos para el carguío en estas trochas infernales : son de proporciones atléticas; las piernas tienen bajo la epidermis un tejido muscular que parece culebras de acero enroscadas en las pantorrillas de un Laoconte. Hay pasos en la trocha donde no se sabe qué admirar más, si la fuerza para escalar una pared vertical de granito, de tal

cual hendidura para apoyar la punta de los dedos, ó la agilidad que requiere el equilibrio de los pasos contados sobre el abismo, con un quintal á cuestas. Las impresiones de los pies de estos hombres parecen de elefantes, y las huellas resbaladas en el barro parecen de buey. Al verlos en fila paciente escalar la montaña, bajo sus enormes bultos, se piensa involuntariamente en la figura que representa al dios Atlante con el mundo al hombro.

Había entre estos atletas pacientes y lerdos, dos bisoños que hacían su escuela en esta trocha de caucheros ; dos mocetones ariscos, remisos al servicio y dejativos, que de buena gana hubieran dejado correr las cajas de nuestros instrumentos rumbón abajo, si no hubiesen sabido que el precio de ellas equivale á dos ó tres años de su soldada. Consideramos el terrible noviciado de estos lobeznos, por la fatiga y el maltrato nuestros, á través del peine de cuchillas del cerro « Alcalde », que hemos procurado describir.

Después de un largo día de lluvia, durante el cual habíamos agotado en esfuerzos de pugil contra los peñascos, las raíces y los atascos, la ración de cebada que, á guisa no de alimento sino de generadora de fuerza, habíamos echado por la boca á empujones, como combustible á la fornalla, hicimos alto para tomar resuello á orillas de un arroyo bullicioso. Ya la hoguera secaba nuestros vestidos y la marmita de la cebada hervía, y nosotros, abrigados bajo la tienda, dejábamos divagar la imaginación por las cordilleras, las cañadas y los torrentes que se interponen entre la libertad de la llanura, poblada de bárbaros, cruzada en todos sentidos por canales navegables, de arenas de oro, revestida por la selva rica en productos valiosísimos, y la vida social de las tierras cultivadas de allende « El Alcalde », pobladas por una raza fuerte y paciente como la de nuestros cargueros, azotadas estas últimas por la miseria, el atraso industrial y un régimen político inepto para la paz del derecho, que las mantiene estacionarias á través de un siglo de bélicas tentativas de cambio. Hemos debido, en lugar de acariciar estas ideas fuera de ocasión, meditar en que los víveres iban agotándose y que estábamos á mitad del camino ; que nuestros peones eran insuficientes para el transporte de los indispensables elementos de vida en el desierto y que carecíamos de brazos para abrirnos brecha en la selva y para construir puentes sobre los ríos, embravecidos por el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

invierno. Pero ya no insistimos en este problema de la vida de la Expedición por el desierto de la selva; porque ello había sido materia de una larga correspondencia con el señor Gobernador y de un enojoso despacho de postas y comisionados donde los contratistas encargados de organizar, equipar y alimentar esta expedición, y ya confiábamos en que la inminencia del peligro, movería á estos señores á ser más diligentes y próvidos. Cuando á todo andar desembocó por la trocha un peón que venía en nuestro alcance. Al verlo se nos animó el corazón y gritamos:

— ¡Gracias á Dios! ¡Tenemos peones; tenemos víveres!

— Manda decir el sobrestante, detenido en Santa Lucía, que dónde pone á trabajar los peones de trocha, contratados para la pica del trazado que usted, señor ingeniero, ha venido á dirigir.

Dicho esto, nos entregó una carta de insultos del sobrestante ó agente de los contratistas, en la cual nos trataba nada menos que de *traidores á la Patria*.

Le explicamos al insolente y estúpido heraldo que el objeto de esta expedición no era trazar camino, sino explorar el terreno para elegir la vía, y que los peones de trocha debían estar á nuestra orden, donde estuviéramos, para lo que fuera menester. Á lo cual replicó airado, que los macheteros y los cargueros habían sido víctimas de estafa y engaño de parte de los contratistas, quienes, seguramente, para pagarles menos, les habían hecho creer que su trabajo estaría radicado á inmediaciones de Pasto y no por estas « lejuras riscosas. »

El hombre habló á media voz con nuestros atléticos y pacientes cargueros y regresó velozmente con la nota para el sobrestante de los contratistas, en la cual se le suplicaba, que nos dé alcance con carne y panelas, para que no perezcamos de inanición como el Aguarico.

No habría andado el instigador diez cuadras, cuando los comentarios de los cargueros fueron tomando las proporciones de un *meeting*: aquellos dos bisoños de marras se habían convertido en oradores populares, fogosos y atrabiliarios. Á sus elocuentes proposiciones de insubordinación á viva fuerza, ya los pacientes interlocutores del círculo atlético tomaban sus armas y sus diminutos equipos para emprender la contramarcha por sobre los cadáveres (dijeron) de quienes nos opusiéramos á sus designios.

El abnegado ayudante que ha quedado á nuestro servicio, acudió con su diplomacia y su sistema de convicción á calmar los ánimos de los revoltosos y les dirigió el siguiente discurso:

« Señores:

» Hasta ahora habéis venido fieles, sumisos y contentos, compartiendo con el señor ingeniero y conmigo las penalidades de esta marcha »...

— ¡Pero ya no seguiremos más! contestaron los cargueros; porque hasta aquí hemos sido muy estúpidos, dejándonos tratar como bueyes de carga!

« Buenos muchachos:

» ¿Cómo vais á tener la crueldad de dejarnos, á este pobre señor que casi ya no puede andar y á mí que vengo con las espinillas llagadas, abandonados con nuestras maletas en esta soledad? »

— ¡Qué canarios y qué canastos! ¡Á los blancos contra el suelo!

« Hombres de bien:

» Cumplid vuestro contrato y os prometemos una gratificación. »

— ¡Que no sigan engañándonos! ¡Á la punta de un cuerno vayan con sus promesas! ¡Nos volvemos por sobre ustedes!

El atribulado autor, aterrorizado con la gritería y las interjecciones de cuartel que ensordecían el aire, acariciaba las cachas de su revólver, escondido bajo la tolda, y meditaba en el triste fin de esta expedición, con la cual venía soñando como si fuera una conquista gloriosa.

El instante era decisivo: los peones, dentro de un minuto más, nos dejarían solos, ¡expuestos á perecer! No había razón que pudiera convencerles, y á medida que se les iba bajando al tono suplicatorio, ellos se hacían arrogantes y amenazadores.

Recordó el jefe de la diminuta expedición que el valor personal de los caudillos es lo único que conjura esta clase de sublevaciones y, haciendo de tripas corazón, se presentó de repente ante los sediciosos, airado el rostro, con el sombrero á lo matón y el revólver en la mano y dijo:

— « El que se quiera ir, dé un paso al frente. Aquí no se detiene á nadie con halagos; salga el valiente que dice pasar sobre mi cadáver! »

Un silencio profundo sucedió á la algazara. Sobrevino el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala del Patrimonio Documental

momento de vacilación de las multitudes, que el ayudante supo aprovechar con astucia.

— « Os firmamos, dijo, un certificado para que podáis reclamar mejor remuneración de los contratistas. Efectivamente, hay que ser justos, la trocha está dura y los bultos son pesados... Seguid con nosotros, buenos compañeros, que seréis indemnizados. »

— Así es otro modo, contestaron á una los colosos; si nos tratan con cariño y nos dan el *testificado*, ¿por qué no habíamos de seguir sirviéndole al *doctor*, que es tan *güeno* y tan guapo para los sufrimientos?

La conjuración quedó debelada en dos segundos y parece que, mientras la cebada no se agote, el éxito de la expedición al Putumayo está asegurado.

¡ Veremos !...

VII

El corazón de la América.

¿Quién se hará dueño de ese corazón? — El perro del hortelano. — Empeño de los colombianos por comunicarse con el oriente. — Ineptitud de nuestra raza para la posesión definitiva. — Posesión transitoria. — Medios de llevarla á efecto con el camino. — Patente para hacer caminos en baldíos. — La colonización.

Parece altisonante y fuera de quicio la valentonada del capítulo anterior. ¿Qué mejor ocasión de regresar á Pasto, con la esperada noticia de que la expedición, encomendada á tan malas manos, fracasó? En vista de los arreglos, analizado el criterio de los organizadores de esta empresa y sondeado el espíritu público que la apoya en el pueblo, pronosticamos este fracaso; pero prometimos también corresponder personalmente á la grande importancia que le atribuímos al proyecto de camino del Caquetá. ¿En qué consiste esta importancia? Veámoslo.

Al reparar en el mapa de América del Sur encuentra el sociólogo un interesante problema: ¿qué raza y qué clase de civilización florecerán en el corazón de este continente? El planisferio entero no ofrece nada igual. El gran valle del Nilo, donde germinó la asombrosa civilización de los egipcios, progenitora de la actual civilización europea, es un palmo de tierra y una nonada paupérrima, en comparación con la pampa sin límites de la hoya amazónica y sus congéneres del Orinoco y el Plata, donde podría expandirse diez veces la población actual de la socialista Europa. Todas las grandes potencias vuelven por esta razón, codiciosas, la vista hacia este territorio desierto y resguardado por naciones débiles, casi des-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pobladas también, herederas del espíritu de discordia que les legaron los hijos de Pelayo y el Cid.

Consecuente con este fatídico espíritu, las energías que á estas nacioncillas les quedan después de las hecatombes que alimentan periódicamente en su seno, por asuntos religiosos, políticos y económicos de orden baladí, las agotan en suscitarse dificultades de límites y pleitos eternos, unas contra otras, á fin de mantener proindiviso y sin fomento el patrimonio del futuro.

La cordillera de nevados perpetuos y volcanes que iluminan las noches ecuatoriales, es la barrera formidable que á los colombianos, como á las demás nacionalidades del Pacífico, nos separa de la posesión y disfrute de nuestra posesión oriental, ubérrima en riquezas. Todos los pueblos fronterizos con esa raya dentellada y fría, ya sean colombianos, como Santanter, Boyacá y Cundinamarca, ya sean hermanos como las repúblicas de allende el círculo equinoccial, más ó menos han procurado vencer la barrera con ferrocarriles, caminos ó senderos practicables. Santander adelanta su camino del Sarare; Boyacá cuenta con las vías de Chita, Pajarito y Chámeza y todavía quiere hacer la de Mámbita para el valle de Tenza; Cundinamarca tiene el magnífico camino de Cáqueta y adelanta los de La Calera y Sumapaz; el Tolima mismo disfruta ya de la senda de Florencia: sólo Nariño anda todavía por las trochas de los cascarilleros de antaño, á lomo de indio.

Y no se crea que aquí el interés individual y el regional han carecido de estímulo. La quina y el caucho que tantos millonarios hicieron en otras partes, dieron y dan aquí pingües rendimientos; la región, según dicen, es rica en minerales; aquí están el Patascoy, de vetas de plata, la Vermeja, de arenas de oro, y los raudales que lavan en Sucumbíos los ricos cuarzos, explotados por otros hombres en otras épocas. Los indios pagan las mercancías que demandan al comercio de la Sierra (según dicen también), en cañutos de pluma llenos de oro en polvo; dos varas de lienzo para una camisa, un cuchillo de á peseta, un puñado de cuentas ó un espejito de á medio, representan otros tantos cañutos de oro. El caucho negro, que vale en el exterior á $ 0.75 la libra, se consigue por procedimientos de explotación fácil y en cambios lícitos á menos de treinta centavos. La tagua, la vainilla y el

cacao silvestre, los bálsamos, aceites y barnices vegetales, las pieles y plumas preciosas abundan en el Caquetá y se desprecian por no enriquecer de una vez al exportador; de tal modo, que las ricas almendras del teobromo, codiciadas en los mercados del mundo, se pudren aquí bajo los arbustos que hubieran cultivado en el Olimpo, según enseña su nombre. Excusado es decir que bajo esta lluvia de oro se fecundarían todas las industrias; que la ganadería, la agricultura, las artes manuales, el verdadero comercio de alas en los pies, la genésica industria de los transportes por vapor en que viaja Mercurio, la manufactura fabril, el arte de construir que precede á Cosmópolis, agitada y fecunda, florecerían en esta tierra de las civilizaciones vertiginosas: que lo proclamen así el gran Pará, Iquitos y las numerosas poblaciones á la europea que surgen del desierto, bajo el riego de este Pactolo y al empuje de un puñado de codiciosos inteligentes.

Un adarme de espíritu emprendedor y otro adarme de espíritu aventurero produjeron, en corroboración de estos datos, un Larrañaga, hijo del pueblo de Pasto, que en diez años llegó á ser el Nabab de los güitotos y el Montecristo de la ciudad teológica. Todo mozo audaz y de sangre caliente, á quien ahogan el quietismo social y económico de Nariño, donde hay muchos que pudieran hacer lo propio, toma su bordón, cruza por los peñascos la cordillera, se interna en la selva de los Aladinos y no vuelve nunca, si carece de los atractivos de la familia, ó vuelve á hacer correr en los mostradores del cicatero comerciante que lo mira como un prodigio de hombre, las líbras esterlinas, con desparpajo audaluz.

Estos casos aislados no constituyen, sin embargo, una corriente consoladora; al contrario, su rareza hace notar que hay un adherente en las tierras cordilleranas, que retiene al emigrante voluntario, ó un obstáculo sociológico que ata los pies y embota la voluntad, anhelosa por ley natural de expansión de buscar mejor teatro.

Con efecto: las dos razas que, aisladamente ó en grupo mestizo, pueblan la mesa andina, á saber, la caucásica y la indígena maya, aptas ambas en igual grado para una civilización superior, como lo prueban sus antecedentes, no pueden adaptarse á las tierras ardientes, donde degeneran con rapidez y sucumben á través de pocas generaciones en la lucha de adaptación.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sólo el proceso lento, secular y por migración expansiva que requiere un exceso de población, de que estamos muy lejos, podría conquistarnos para siempre el corazón de la América; caso, por otra parte, de que llegaramos á la categoría sociológica de pueblo autóctono, circunstancia más remota, acaso, dada la presencia simultánea de dos razas, de diversos caracteres y antecedentes, en lucha imperceptible para el vulgo, pero formidable en sus efectos de agotamiento.

Nuestro problema, desde el punto de vista científico, como todos los problemas de pueblo joven que de modo empírico vamos acometiendo, en lo político y en lo económico, afecta por aquel motivo caracteres veleidosos, resultados instables y breves períodos de duración, como si viviéramos provisionalmente en estas latitudes ingratas de la zona tropical.

El empeño relativamente transitorio de apropiarnos el Caquetá, requiere, en nuestro humilde concepto, dos procedimientos simultáneos : el fomento agrícola de la faja del camino en la cordillera, para constituirlo así en escala expedita; y la importación de colonos para el fomento de la civilización en la llanura.

El fomento del camino ó, mejor dicho, del tráfico local, es muy fácil. Consiste en adjudicar á uno y otro lado del trazo pequeños lotes á los millares de labriegos pobres que viven miserablemente en la altiplanicie y que mirarían tal adjudicación como un beneficio redentor. También hay en las ciudades y poblaciones de la Sierra un sinnúmero de personas sin oficio bastante lucrativo, más bien cobardes para la lucha de la vida, que propiamente vagos. Estos se enrolarían gustosos, con probabilidades de hacer una pequeña fortuna, el día de esta leva colonizadora. Las adjudicaciones de á 25 ó 50 hectáreas, con apariencia de remuneración ó premio á los peones y empleados subalternos de esta empresa, fué consultada por nosotros al Supremo Gobierno con el objeto de prevenir el evento de que este camino, por el alto costo que ha de representar, se quede en el simple trazo, borrable en poco tiempo por la maleza. La faja de desmontes consiguiente, de un kilómetro de anchura, en toda la extensión de la línea, y el cúmulo de habitantes de esta zona, determinarían la construcción y conservación, á escote simulado ó por contribución indirecta, de un camino de capital importancia, sobre un trazo científico. Además del beneficio de lo que pudiera llamarse

camino espontáneo ó por generación del tráfico, como se han hecho casi todos nuestros caminos sobre trazo brutal, el sistema propuesto ofrece las siguientes ventajas :

1.ª Facilita los viajes por los recursos de posadas, pastos, etc., que encuentra el pasajero;

2.ª Abarata, por consiguiente, los fletes;

3.ª Valoriza una inmensa región de baldíos, á lo largo del camino, en una faja de muchas leguas de anchura, por la proximidad á las tierras cultivadas y habitadas;

4.ª Sanea, seca y mantiene la vía.

Construído así ó, aunque lo fuera, por cuantiosa erogación del Tesoro, menos fecunda, el camino abriría el campo á la emigración voluntaria de empresas hacia el rico Caquetá y se establecería el éxodo paulatino y atemperado de la raza cordillerana, portadora de una civilización estable, hacia la llanura salvaje.

El subsiguiente recurso de posesión rápida del territorio consiste, como queda dicho, en la importación de colonos extranjeros, á cargo ó, por lo menos, en beneficio de los empresarios nacionales, que el aliciente de la riqueza y las comodidades del camino atraigan á la llanura. Los ingenios, los plantíos, las fábricas, las minas, las empresas de navegación, etc., etc., que el oro del Caquetá, mediante el camino, haya de fomentar, necesitan brazos atemperados al clima, inteligentes y baratos.

El problema de la inmigración, para su planteamiento ó enunciado únicamente, que no para su solución definitiva (asunto arduo y fastidioso para el amable lector), requiere un capítulo aparte, que será el siguiente. Puede leerse sin pereza, pues promete más charla útil que sermón estéril.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

consejo que habría de levantar contra nuestro inocentón libraco el encono de los economistas de arrabal, quienes se alarman ante la idea de que nuestros haraganes jornaleros y nuestros chapuceros industriales van á sufrir por la baja de los salarios, con la competencia de la mano de obra.

El gobierno del Perú concedió licencia á los hacendados de la costa para que introdujeran hijos del Celeste Imperio, á título de colonos, para el fomento rápido y económico de sus empresas agrícolas. Estos señores, por iniciativa privada, celebraron contratos con algunas compañías japonesas, aplicadas al corretaje de emigrantes chinos. La cosa llegó á ser muy fácil : venían á los puertos peruanos los buques de vela japoneses atestados de emigrantes que habían vendido su libertad durante siete años por un plato de lentejas. Los pícaros japoneses vendían la *mercancía* con utilidades relativamente grandes. Por doscientos soles, como precio corriente, conseguía cualquier agricultor peruano de la costa un esclavo á quien disfrutaba durante aquel tiempo. El trato ó, mejor dicho, *la trata*, debía producir utilidades seductoras para ambas partes; puesto que en los cuatro años de la licencia hubo una verdadera inundación fabulosa de chinos en la costa peruana, dispersada después por toda la región ardiente del país y por toda la costa del Pacífico : Guayaquil, Tumaco, Buenaventura y hasta Cali tuvieron chinos peruanos, ya manumisos.

Las haciendas peruanas adquirieron la preponderancia que tuvieron en la época de los esclavos negros, con la diferencia de que los amarillos resultaron más inteligentes que sus amos y, por consiguiente, recuperada su libertad, se enriquecieron más que ellos. Hubo hoteles chinos baratísimos, donde solían servir ratas deliciosas con el rótulo de « Curies de Chau chau », y hasta parece que algún médico, parroquiano de ellos, encontró una vez entre un tamal lo mismo que San Nicolás de Bari encontró en otro. Hubo chinescas panaderías, pastelerías, confiterías y mil establecimientos más de la misma terminación, donde se fabricaban manjares suculentos, á precios sin competencia : que le dieran á usted glicerina en lugar de azúcar, soda en lugar de malta, magnesia en lugar de harina y leche de papaya en lugar de leche de burra ó de yegua siquiera, eso no lo averiguaba en serio la oficina municipal de análisis.

En materia de artes manuales y pequeñas industrias fué el

crugir de dientes de las lavanderas, planchadoras, cocineras, sastres, peluqueros y demás artesanos del país; aquello era inaudito : esos « macacos » le estaban quitando al pobre el pan de la boca; regalaban el trabajo y lo que, sobre todo, no se podía soportar era que adolecían del imperdonable defecto de que trabajaban con reglas y *argucias* desconocidas para los nacionales. Los mismos dependientes de almacenes que duraban un cuarto de hora en hacer la suma de una facturilla, tenían motivo de queja fundado contra los chinos, porque empleaban maravillosamente el ábaco.

El comerciante chino trae sus manufacturas en buque de vela, directamente de las fábricas chinescas, sin pasarlas por las oficinas de comisión de París y sin andarlas por Panamá ó Magallanes. Por consiguiente, el comerciante rutinero debía soportar la afrenta de que el chino de la puerta siguiente le robara la clientela.

Vinieron del Celeste Imperio al Perú músicos, médicos, sacerdotes, abogados, y cuanto tan detestable colonia pudiera necesitar para no ocupar los servicios de los nacionales; de modo, según decían los periódicos, que los chinos no dejaban en el país nada en cambio de lo que se llevaban: ¡señor! ni los huesos dejaban, para abonos fosfatados, los chinos en el Perú; porque venían buques fúnebres á llevárselos.

Había, por supuesto, órganos de la prensa que defendían la colonia asiática. La competencia industrial, decían los tales, estimula al obrero del país; el jornal bajo significa la prosperidad de toda empresa; donde las empresas dan grandes rendimientos, la riqueza pública prospera y, con ella, la cultura y el poderío de los pueblos; la competencia comercial da nuevos rumbos á esta industria, permite aplicar á especulaciones de otro orden los capitales mal entretenidos en ella y, sobre todo, determina la baja de los artículos de consumo, en provecho del pueblo; y en cuanto á que los chinos no dejan nada en cambio de lo que se llevan, eso es paradójico por dos razones : 1.ª, porque ellos no toman nada gratuitamente; el jornal que reciben representa su trabajo; el dinero que pone el parroquiano sobre el mostrador del almacén chino, representa la pieza de sedería que el otro se lleva para su casa : aquel trabajo y esta seda quedan en el país y representan riqueza, y 2.ª, porque la economía que el chino hace comiendo mal, viviendo miserablemente y durmiendo únicamente cuatro horas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por noche, economía muy suya, que pudiera trasladar donde se le antojara, como lo hace ó puede hacerlo cualquier hijo de vecino, natural ó extranjero, la emplea el chino en comprar tierras, casas y semovientes que representan riqueza nacional. El chino, añadían sus defensores, deja hasta sus hijos en el país, porque se casa con las *cholas*. Es sumiso á la autoridad: manda un decreto que todo el mundo blanquee ó deshierbe, y los primeros que se apresuran á obedecer la voz del alcalde son los chinos; que iluminen los vecinos sus casas porque es *28 de Julio*, y los chinos, sin saber qué significa esa fecha, mencionada con tanto énfasis en el bando, sacan en el acto la escalerilla y cuelgan de sus puertas el característico farol de papel. En los catastros y listas de contribuciones municipales, siempre los chinos, mal aforados en ellas, son los primeros en pagar el tributo. Risueños y zalameros, los chinos devuelven con un gracejo la palabra dura dicha por el patriota, que ve en ellos una plaga para el país.

No fué posible oponerse á la respetable opinión del mayor número, y la prohibición para traer más chinos se impuso. Pero los peruanos, perjudicados con la competencia amarilla, no quedaron contentos con esto, y cuando salieron de la ciudad de Lima, derrotados por los chilenos, le prendieron fuego al barrio chino, que circundaba el mercado de la Concepción. La vindicta nacional quedó satisfecha, y después del desastre de Antofagasta, volvió el Perú á su antiguo, delicioso sosiego industrial.

Los Estados Unidos deben su preponderancia en el mundo á que tuvieron territorio para ofrecer á todos los desheredados, á trueque de nacionalizar allí su sangre y crearse una industria. La Argentina debe su prosperidad estupenda á que trajo á sus pampas la miserable colonia italiana, donde el trabajo la ennobleció y la riqueza la transformó en pueblo de patriotas. Y los chinos, perseguidos en el Perú, transmontaron la cordillera y están haciendo de su nueva patria, á pesar de su odio, en Iquitos, Loreto y otros centros del oriente peruano, la señora del Marañón y sus afluentes.

IX

El sueño del camino.

El boquerón del Ríoverde. — No lo deja ver el invierno. — Una panela prestada á los peones. — Definición de un puente. — El paso del Ríoverde. — Vista á la derecha. — Relación de un viaje ideal. — Tangua y Funes. — El paso del Boquerón. — La cuchilla del descenso. — Línea recta al puerto. — La navegación bajo bandera.

Ya estábamos á dos tercios del viaje, y sólo por inducciones se alimentaba la esperanza de resolver el problema técnico del camino. Habíamos presumido, desde dos campamentos atrás, por la dirección con que bajan las aguas trasversales, que pronto cruzaríamos una cañada, dirigida rectamente al occidente, que pudiera servir para una cómoda gradiente á través de la cordillera madre. La capacidad hidrográfica que le encontramos al Ríoverde nos hacía pensar que su hoya fuera suficientemente larga para provenir de un boquerón lejano. Pero la neblina impenetrable nos mantenía en la más completa obscuridad, tanto acerca de la dirección, cuanto á la amplitud del cuenco. Hicimos alto en el antiguo desmonte de un cauchero, en la vega de este río, en asechanza de un momento despejado para mirar hacia el boquerón. Amanecía nublado, cerraba la lluvia poco después y no escampaba hasta media noche. Entre tanto el río bramaba y la cebada se consumía. En esta espera nos sorprendió la provocación de calentar el estómago con agua de panela, hastiados como estábamos de la sopa de cebada sin carne por todo alimento. Los cargueros de la sublevación sorbían su agua de panela donde pudiéramos verlos, como en desquite de nuestras fachendas del día de la sublevación.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— ¿Qué opina, usted, nos dijo el ayudante, á quien se le reventaba la hiel de pura provocación, — les pedimos una panela?

— No, eso sería declarárnosles vencidos; disponga usted más bien de esta libra esterlina y propóngales compra á cualquier precio.

— Que no son para la venta, — volvió á decirnos; pero yo no pude prescindir de proponerles que nos prestaran una á pagarles cuatro, en cuanto nos alcance el sobrestante con los víveres.

Aunque tomamos agua de panela por la noche y por la mañana del día siguiente, perdimos en cambio la esperanza de hacer la observación de través á causa de las nieblas, y, agotada la paciencia, al tercero día seguimos marcha y nos internamos nuevamente en la trocha, alameda sombría donde en verano tampoco penetra el sol.

Sobre el río habíamos hecho reponer un puente viejo durante la detención. Para evitar falsas ideas, es preciso advertir que siempre que usemos de la palabra *puente* en esta marcha, debe entenderse un tronco largo, más ó menos torcido y lamoso, arrojado entre las dos riberas de un torrente embravecido, ensordecedor y medroso, que por la fuerza de sus aguas no es posible vadearlo. Éste, sobre el Ríoverde, tiene por su longitud y desperfecciones, las circunstancias necesarias para hacerle perder la cabeza á un equilibrista.

Desde el boscaje de la trocha veíamos á nuestros atléticos cargueros pasar el peligroso puente con el correspondiente bulto á cuestas. Alguno de los dos bisoños se negó á pasar el suyo, pero no faltó quien lo desempeñara; mas al llegar escotero al centro del puente, no obstante esta ventaja, tuvo necesidad de echarse á horcajadas para no descender á una muerte segura. El caporal, viejo y veterano, además, en el carguío, entró por último. Una de sus patas de San Cristóbal resbaló sobre el lomo del mucilagoso tronco y vaciló un momento. Recuperado el equilibrio, contramarchó andando para atrás: ¡la cosa estaba fea! Algún otro de mejor cabeza, también sacó de su afán al viejo. Después atravesó nuestro predilecto ayudante, paso á paso, precavido, haciendo paticas de loro sobre el malhadado palo. El turno final nos tocaba é íbamos á servir de espectáculo á todos los expedicionarios que desde la opuesta orilla nos miraban con angustia. Bendijimos entonces nuestras aficiones infantiles por la cuerda tesa y otros equilibrios, y nos lanzamos á la prueba con la misma impavidez fingida con que nos embarcamos en la Cocha. Para hacer gala de presencia de ánimo, al llegar al centro de la dificultad, miramos hacia la derecha y vimos con sorpresa que el boquerón del Ríoverde estaba en ese instante despejado. Allí mismo, con mil dificultades, sacamos la brújula y tomamos el rumbo: 270° exactamente al occidente.

Después no debíamos volver á mirar el soñado boquerón. Tan satisfactorio descubrimiento nos calentó la cabeza con ensueños, y nos dimos á imaginar ya construído y beneficiado el camino, con colonias, cultivos y habitaciones. Hicimos un viaje ideal por él, del cual dejamos constancia, al correr de la pluma en este diario sin perjuicio de que, terminada la excursión y hecho el estudio comparativo de las vías, reconozcamos, como es lo más probable, que esta primera línea de tanteo es la más desacertada. Sirva por de pronto á la localización de nuestras observaciones.

Nos imaginábamos haber salido de Pasto á las seis de una mañana de diciembre, luminosa y fría; tomamos la vía carretera, por Catambuco á la Mesa de « El Cebadal », que, con pendiente del 4 por 100 y curvas amplias, trazó el autor de este libro. Como no íbamos de postas y dejábamos deleitar la vista por los campos vecinos, llegamos á Tangua á las diez de la mañana, á horas de almorzar. Éste es un pueblecillo lindísimo, donde hay inmensos cultivos de trigo que se extienden en las faldas muy paradas que caen al río Bobo y donde nos llamó la atención el uso del arado en aquellos rodaderos. En Tangua no hay hotel ni comodidades para el viajero, por estar hoy extraviado del camino frecuentado á Túquerres, que pasa por Yacuanquer; pero supusimos en nuestra composición de lugar que habíamos almorzado en un hotel lleno de comodidades, por ser estación de posada para los viajeros de Túquerres por la vía de Barbacoas, y de Ipiales por la vía carretera al Ecuador. Salimos de Tangua á las doce, y á la una y media nos detuvimos en El Placer ó Yaruquí, en charla con los ricos propietarios de esas casas, hombres de espíritu hospitalario y llenos de conocimientos útiles al viajero, listos á suministrarlos de muy buena voluntad. Después de este ameno y útil sesteo, seguimos viaje á las dos por el camino carretero cons

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

truído por don Víctor Triana, hasta el puente de La Victoria, obra de alambre fabricada sobre el río Guáitara, por vía de ensayo, con éxito definitivo. Amainamos desde allí el trote de nuestro caballo, para no fatigarlo en la subida de Funes, en la que los inteligentes y valerosos hijos de este pueblo han tallado un camino, á imitación de los de Triana, que envidiaría cualquier director de vías públicas; con el objeto de situarse con él en el cruzamiento justo de las dos vías madres del Departamento : la del norte, de Ipiales á La Unión, pasando por Pasto, y la de occidente, de Barbacoas al Putumayo, pasando por Túquerres. Á las cinco de la tarde entramos al pueblo de los grandes y afamados cultivos de anís y buscamos la casa de alguno de los Santacruz, emparentados con el mariscal del mismo apellido, quienes no niegan por su hidalguía su gloriosa estirpe. Allí encontramos un clima de 15° y más duraznos camuesos de los que se pueda tener idea; porque la fertilidad de la tierra hace de todos los solares, huertos floridos de variadas y deliciosas frutas. El amable dueño de casa nos dió, además de generosa acogida, un cúmulo de instrucciones indispensables para el viaje; pues como cazador de venados por el boquerón de Sucumbíos y propietario en el páramo, conoce al dedillo las peripecias que puede experimentar el viajero por esas alturas. Nos aconsejó que madrugáramos para pasar el páramo sin viento y, en consonancia con esta precaución, nos hizo alistar nuestro caballo para las cuatro de la mañana, y después de un suculento desayuno y de ponernos en las alforjas un almuerzo de fiambre, nos acompañó hasta llegar la luz de la aurora.

Desde la última eminencia que separa aguas entre el Guáitara y el Guamués, columbramos al sur el cerro de San Francisco, al respaldo de Puerres, y al norte el cerro Alcalde, por entre los cuales pasa el boquerón elegido ; al frente nos parecía ver la sierra del Patascoy, desprendida del Bordoncillo, tras de cuyos numerosos contrafuertes, divisorios de aguas entre el Guamués y el Putumayo, se oculta el valle de los Sibundoyes. Un cuchillón agudo que se desprende de la cordillera en el Boquerón del Ríoverde, seguía el camino hasta el sitio de Juntas, cinco leguas más adelante. Allí llegamos á las 12 del día, después de habernos comido el fiambre en seco; pues la cuchilla no ofrece aguas en toda su longitud, y fatigados por un descenso continuo del 10 por 100 en una rampa

granítica, hicimos alto. En este sitio de Juntas se nos ocurrió en nuestro ensueño que habríamos de encontrar la hacienda de los colonos de oriente, cubierta de cacaotales y caucheras de sombrío, con espléndida casa rodeada de palmeras, donde pasamos la siesta al calor tropical, para seguir por la tarde á dormir en otra hacienda más adelante, á fin de acortar la jornada del día siguiente en busca del puerto del Alpichaque, al que según nuestros cálculos debíamos llegar antes del medio día, por una alameda recta, de árboles frutales, siringas cultivadas, canimes y caobas, dátiles y cocos, árboles de kola y los mil plantíos de los pequeños propietarios á quienes en vía de remuneración, desde la época del trazo, se les adjudicó un pequeño lote para extender el dominio de la patria en Oriente.

En el Alpichaque debíamos encontrar la lancha de vapor que habría de conducirnos, primero al Putumayo y luego al Marañón, bajo el pabellón colombiano, respetado como la enseña de un pueblo viril, que supo hacer suyo, por medio del trabajo, lo que le legara en derecho abstracto la madre Patria.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

X

El Puente sobre el Guamués.

El soñador. — Del sueño á la realidad. — El perdido. — Habla el Guamués. — Un obstáculo grave. — Cartucheras al cañón. — Objeciones al cumplimiento de una orden descabellada. — Consejos á los ingenieros. — La ración de Pasto. — El *víver* retrasado. — Bajó el río. — La ejecución. — El paso. — ¡Sueña, corazón !

El gran forjador de castillos sueña en todo tiempo : en día alegre y en noche lúgubre, y en todo lugar, por áspero é ingrato que sea ; no necesita sitio ameno, dulce abrigo ni embriagadoras fruiciones ; el *hatkits* que circula por sus venas y sube en espirales voluptuosas al cerebro, lo fabrica en el laboratorio del alma el deseo vehemente del bien. Mientras tus uñas se descarnan contra la roca y tus plantas se desgarran con las espinas, y sufres hambre y fatiga... ¡Sueña, corazón, sueña ! Así no te ofenden los abrojos del sendero de la vida.

Justamente veníamos andando á trancadas y empapados hasta el hueso, por la larga cuchilla del Aletón, que desciende del Boquerón de Ríoverde hasta Juntas, cuando forjábamos el viaje ideal del capítulo anterior. La cuchilla, escarpada por los costados, es más bien un tabique de divorcio entre las aguas del Guamués, que ensordecen por la izquierda y las del río de Las Juntas que le contestan por la derecha con sordo rumor ; cuchilla larga y sin agua, en cuyo lomo no puede hacer noche la caravana fatigada. Ya son las cinco de la tarde ; la noche comienza á hacerse en la selva ; el oso sigue por el mismo sendero en busca de su guarida : él sabe dónde pasará la noche, nosotros lo ignoramos. Varios peones, fatigados por el peso de una carga excesiva é inválidos ya por las rodadas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que de continuo vienen sufriendo como nosotros, se han quedado muy atrás: quizá dormirán con el oso.

Esta jornada de trocha, que en camino limpio apenas daría tiempo á un viajero para fumarse dos cigarros, fué para nosotros una verdadera derrota: la noche, con amenazas, nos perseguía como cruel enemigo. Los delanteros, los ágiles y robustos, los que siempre vencen en este pujilato con la materia estúpida, ¿habrán llegado ya á Las Juntas? Nosotros llegaremos, seguramente, ¡mañana! Esto pensábamos, desconsolados á cada nueva arruga de la montaña, que vencíamos, sin columbrar entre la media luz mortecina del boscaje, el humo del campamento.

Enredados en las lianas y las zarzas estábamos buscando á tientas la huella de nuestros precursores, cuando oímos, como salida de un repliegue disimulado del cuchillón, una voz que nos gritaba con eco amortiguado por el clamor de los dos torrentes reunidos.

—Pu ay nues dotor. Cárguese pa su derecha, porque se pierde: ¡mire que el monte es engañoso!

Y perderse uno en el bosque, á veinte leguas de Pasto y á otras tantas de La Sofía, nada tenía de consolador en el trance que pasábamos. El perdido se atolondra de tal manera, que no ve senderos, ni calcula rumbos ni sabe para dónde corre el río. En su desaforado afán de andar, se rasga las carnes sin sentirlo, atropella precipicios y se aleja estúpidamente del derrotero salvador. Agitado y anheloso, sin fuerzas humanas que gastar ya, sigue, sin embargo, sobreexcitado por una fiebre que le quema el cerebro, dando trancos desfallecientes por entre espinas y malezas, hasta caer derrumbado en un abismo que da fin á su miserable existencia, en el silencio encubridor del desierto. « Ese es un *perdido* », dicen las gentes con razón, empleando metafóricamente el epíteto para el hijo pródigo.

Por fortuna para el áutor de estos apuntes, en ésta, como en otras mil ocasiones, oyó la voz salvadora y volvió pronto al sendero.

Un poco más de andar entre el obscuro y llegamos rotos y desfallecidos, á un hueco profundo, donde chisporroteaba alegremente la hogera de la peonada. Allí, acurrucados y apegados al cocinero, que preparaba el vivificante café, vimos llegar, maldiciendo de su suerte, hasta el último peón rezagado, portador de nuestro catre, que venía cojeando y dando alaridos por el *mal de camino* que le había *picado* en una rodilla.

No hay para qué repetir por la centésima vez que llovía y y que bajo las caricias de la Hermana Agua se armó la tienda en el obscuro y entre el monte. Al respaldo de la tienda (y tal parecía que la salpicara con sus espumas) se oía bramar, con rugido de catarata, el río Guamués.

Esta atronadora maldición de Neptuno, prisionero entre las breñas, no nos dejó dormir en toda la noche; no tanto por el ruido, que á la larga causa somnolencia, sino por lo que nos decía en su ronco lamento:

« Yo soy la linfa, bulliciosa y alegre, sobre la cual tiraste un puente rústico en El Elcano, para que pasara el fraile á su capilla insular; yo soy la ola misteriosa que aplacaste con el recuerdo del Justo de Thiberiades; yo soy la ciénaga traidora de Santa Lucía, á quien maldijiste irreverente; yo represento el poder ultrajado de todos los ríos que artificiosamente atravesaste, guardianes de mis dominios; yo soy la sangre de la cordillera de quien vienes burlándote. Con ésta, levantada por Dios para defender la libertad de la llanura contra la codicia y corrupción de los blancos, me opondré á tu sacrílego intento de violar el sagrado de mis dominios. Bien te conozco: ¡eres el precursor de los perversos! Ya he oído tus falaces discursos, y en los siglos que llevo de existencia, desde antes de los incas, que los decían mejor que tú, los he oído en muchas lenguas é inspirados en todas las mentirosas filosofías de los sabios. Yo represento la eternidad y tú eres un miserable incidente del tiempo. Aquí yo soy el destino perpetuo de las obras inmutables del Creador y tú, el orgullo satánico de la infeliz criatura: yo soy ahora el fuerte ultrajado y tú, el débil insolente.

» ¡No pasarás! »

La Noche, el Río y la Loca de la Casa siguieron hablando cosas profundas y medrosas en los rincones de la tienda, hasta cuando la aurora, siempre benéfica como la sonrisa de Dios, esparció los andriagos é hizo surgir al Día, cargado con su labor, que repartió por igual entre los hombres.

Saltamos del lecho y salimos de la tienda, todavía bajo la impresión del ensueño nocturno, á ver en qué fundaba sus baladronadas el Guamués. Una gran piedra yace á la orilla y se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

avanza sobre la tumultuosa corriente; nos subimos á ella á contemplar el monstruo, de melenas blancas y voz de gigante y á meditar sobre el curso que debía seguir la expedición ante semejante obstáculo. Una hora larga permanecimos allí víctimas de dolorosa perplejidad. Otra piedra de la ribera de en frente, sobre la cual teníamos puesta la vista, divagadora como el pensamiento que se dejaba deslizar sobre la espuma presurosa, desapareció en breve bajo la capa blanca, en señal de que la corriente amenazaba alzarse hasta los montes. Los tumbos de agua subían sobre pedrones ocultos y caían en cascadas del otro lado, donde hacían una vuelta de carnero, para dar lugar al tumbo siguiente. En partes la corriente, siempre blanca, parecía dar una consumida por debajo del monolito, al cual no podía socavar, y las chispas de agua, hechas polvo impalpable, hechas neblina y hechas humo, causaban irisaciones de luz. Más allá, la capa líquida ocultaba su agitación y aparentaba sosiego y entonces perdía su alabastrino ropaje de espumas y se mostraba de un verde misterioso, como la linfa amarga y medrosa del mar. Las dos curvas recíprocas de una S, con movimiento de escamas de monstruo marino, voraz y cruel, en eterno y sordo retumbo, rozaban sus convexidades contra la montaña, de una apacibilidad y quietud majestuosas, tanto como son también majestuosas la agitación y la voz clamorosa del río.

Un pájaro de vuelo rápido pasó en dirección contraria á la corriente y casi rozando las espumas; parecía un correo de la llanura, que hubiera cogido este camino de diamantes, para ir escuchando de cerca lo que dicen los raudales en su parla interminable.

— Entonces, ¿qué resuelve? nos preguntaron los peones, quienes espiaban nuestro mudo éxtasis sobre el río.

Habíamos olvidado el objeto de nuestra meditación. « Sí, ¿qué debemos resolver?»

— Es claro, ¡pues que tenemos que pasar!...

— Así como está es imposible. ¿Quién ha de estar resuelto á ahogarse?

— Él bajará un poco.

— ¡Si no lloviera hoy por Santa Lucía!

— Allí hay una piedra que estaba descubierta hace un momento; sobre ésta y aquélla se tiende una vara de unos veinte

metros de largo, y otra aquí, de este otro lado, para que sirva de pasamano...

Una sonrisa del caporal y aquel malicioso rascarse de la cabeza por debajo del sombrero, tan usado por los campesinos en son de duda, fueron la señal de que la orden sería obedecida, pero no cumplida, como decía cierto alcalde.

— Pues á cortar las varas, mis amigos: no hay más que hablar.

— Y sin un rejo, ¿con qué arrastrar semejantes varones?

— Pues con bejucos, hombre, con bejuquitos.

En el fondo de todas estas órdenes había un vacío, que con toda nuestra ingeniería y, tal vez, por causa de ella, no queríamos penetrar: *el modo*. Teníamos necesidad de violar toda la teoría de las palancas é irrespetar la memoria de nuestro inolvidable profesor de Resistencia de Materiales. Aquella palanca de veinte metros que no tenía en un extremo más punto de apoyo que las *patas* de los peones, proyectada sobre un abismo; el *momento flector*, los bejuquitos, etc., etc., eran todo un capítulo de oprobio contra el arte de construir. Por fortuna, habíamos dejado en Pasto nuestros importunos libros de consulta, y de aquí allá se pueden decir muchas mentiras, sin que haya quien las contradiga. La prueba es que el caporal, hombre práctico en Catambuco y, seguramente, constructor como los de Jamondino, no tuvo una objeción para oponer á nuestro sabio proyecto de puente, desde el punto de vista científico. De aquí se desprende un importante consejo al Cuerpo de ingenieros, á saber: esconder bajo llave la Sabiduría, siempre que se trate de salvar una situación crítica. La ciencia, como decía un médico eminente, no sirve sino para tiempo de paz.

Después de nuestras órdenes, fielmente transcritas en este libro, procuramos huir el cuerpo, temerosos, no de que la ciencia de las palancas tuviera un mentís á orillas de un río casi ignorado por los geógrafos en los comienzos de la selva amazónica; sino porque alguno de nuestros artífices, en la terrible ejecución del proyecto, cayera al río y se ahogara.

En todo caso, contábamos con un elemento poderoso en los actos sublimes, agente que ha devuelto la vida á los enfermos abandonados por Hipócrates, que ha revuelto las Pandectas en provecho de quien carece de razón en pleitos, que ha enriquecido á quien compra en alza y vende en baja, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ha conquistado para el peor puerco la mejor bellota, que ha proclamado sabio al charlatán y hombre de bien al ladrón, y que por estos y otros ejemplos, ha de solucionar también el problema del puente sobre el Guamués, contra *momentos* y *palancas*: la fortuna de los que no tienen otra égida en su favor.

Las vigas de veinte metros bajaron de las alturas de la cuchilla, quebrando árboles y estropeando arbustos, con sonajas y gritería para intimidar los estruendos del río, tiradas por nuestros peones, á modo de bueyes, atadas por las puntas con formidables lianas.

Pero el río no bajaba y, antes bien, amenazaba cubrir la gran piedra del estribo occidental.

Entretanto, llegó un peón de Pasto, con cartas y una maletica. Temblamos en su presencia y reservamos las cartas hasta no saber primero qué contenía la maleta. Estábamos acostumbrados á recibir comunicaciones embolismáticas, heraldos subversivos y cartas insultantes. Abierta la maleta, vimos con sorpresa, después de treinta y seis día de ausencia, que nos mandaban, por primera vez, un pequeño repuesto de víveres: DIEZ LIBRAS DE CARNE Y SEIS PANELAS. Esto nos infundió valor y abrimos las cartas, muy amables por cierto. La fortuna empezaba á sonreirnos.

— ¿Y el cajón de rancho, dulces y vino que me anuncia mi mujer?

— Se quedó en Ríoverde, porque pesaba mucho.

— ¿Y la botella de aguardiente que me anuncia en esta carta el contratista?

— Esa se quedó olvidada en Saraconcho. Los de atrás traen mucho *viver* (víveres).

— Que buen provecho les haga, amigo; á nosotros nos dará alcance el *viver*, cuando ya no haya muelas. ¿Y los lazos pedidos para hacer taravitas, y el liencillo para pagar canoas en el Alpichaque, y la pólvora, por si falta carne?

— Todo eso viene atrás, patrón, á marchas *jorzadas*. Es que los peones cargados con *lo de hacienda* tienen que estarse volviendo y revolviendo por sus maletas, y son pocos los cargueros.

— Vuélvase usted, amigo, y démeles recuerdo á los de atrás; dígales que procuren alcanzarme en el Alpichaque antes de mi embarque.

La noche fué de verano: mucha estrella en el cielo y la luna delgadita, que nos alumbró en la Corota, volvió otra vez á cruzar las copas de los árboles para iluminar la tolda con círculos de luz regados en desorden, como monedas en mesa de juego.

Al amanecer, los peones anunciaron la baja del río y procedieron á la ejecución de la magna obra de este viaje. Suspendieron por su extremo, por medio de bejucos y trampas de su exclusiva invención, una de las vigas, que así quedaba un tanto avanzada sobre la gran piedra donde todos estaban parados y se abrazaron al resto del fornido palo, para lanzarlo á la voz de *tres*, como una catapulta.

— *Una*, dijo el caporal, y la viga quedó en suspenso como palito de hormigas.

— *Dos*, y retrocedió un poco, hasta el balanceo del brazo y la pantorrilla avanzada de cada peón, para tomar vuelo.

— *Tres*... La viga atravesó el río como una flecha y se clavó á dos tercios de la distancia.

En este momento sobrevino el acto heroico de todo acontecimiento supremo: uno de los peones saltó al palo, vibrante aún como una cuerda, y atravesó el abismo con los brazos abiertos, para que le sirvieran de balanza; llegó al extremo inferior de la viga, se echó resueltamente al agua, suspendió aquélla sobre el hombro derecho y, como un San Cristóbal, haciendo señas para que le ayudaran por la otra punta, atravesó el resto del río, dando traspiés entre los peñascos y, con el agua embravecida al pecho, depositó su carga en el estribo oriental. Al concluir su proeza, se quitó el sombrero y saludó.

— ¡Viva Eladio! gritaron los muchachos.

Tras de él siguieron otros, llevando el cabestro de bejuco de la otra vara, del cual tiraron desde la orilla opuesta, procurando que esta segunda se deslizara sobre la primera hasta llegar á su lugar. Era el pasamano, el cual fué arreglado como se pudo para que desempeñara tan honoríficas funciones.

El puente estuvo hecho.

Al regresar todos empapados de sudor y de agua, les dijimos:

— Buenos muchachos, merecéis una gratificación, que os haré dar en Pasto por los contratistas. Mas, si ellos no se creen obligados por su contrato á hacer ese desembolso, os la pagaré yo de mi escaso bolsillo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Mientras pasaban lentamente los bultos de nuestro equipo, nos paseábamos llenos de angustia en el plan del estribo natural que espera el puente definitivo, al mirar que por el norte llovía y que, á medio alzar nuevamente el río, quedaríamos incomunicados. El último bulto pasó, al cabo, y el buen ayudante después. Nos tocaba el turno.

Una supersticiosa emoción nos sobrecogió al poner el pie en la resbalosa viga y al agarrarnos con toda nuestra fuerza del fornido pasamano. ¿Sería el jefe de la expedición el tributo que cobrara el río por su paso? Con verdadera crispatura de nervios fuimos dando sobre el raudal, enloquecido por la cólera, nuestros pasos vacilantes é inciertos; el balanceo desacorde del piso y el pasamano producía en nuestro cuerpo un *tira y afloja* de un efecto emocional inexplicable : las *montañas rusas*, en que se le suben á uno todas las entrañas á la boca, son una nonada en comparación de este efecto de resorte convulsivo en el estómago. El maldito *efecto flector* iba siendo cada vez más grande, á medida que el brazo de palanca crecía y el arco del puente aumentaba hacia abajo con rapidez : ya el raudal mojaba con yerta y golpeante agua nuestros pies y la flecha vibratoria aumentaba más y más. Por fin nos subió el golpe de agua hasta la rodilla, donde sentíamos el impulso de una rueda de paletas, de aquellas que giran vertiginosamente por debajo de los molinos. Los pasos los dábamos al tanteo bajo el agua, en la que entrábamos y salíamos como velero automático. Poco á poco se anda lejos, y nuestros veinte metros de viga, especie de alcaloide concentrado de nuestras veinte leguas de trocha, se acabaron, por último. Cuando saltamos á tierra, con risa nerviosa le dijimos á nuestro ayudante :

— La exploración acaba de hacer su crisis y está salvada. Hemos ganado la batalla definitiva; ya no habrá sino escaramuzas. El problema del camino está resuelto. Yo gratifico por el paso del río á mis peones, y el país, usted lo verá, va á gratificarme también.

— Sueña, corazón, sueña : así se hacen menos punzantes los abrojos del sendero de la vida, me tarareó el ayudante, haciendo estribillo del comienzo de este capítulo, que él había mirado escribir por sobre el hombro.

TERCERA PARTE

EN LA SELVA

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

I

La génesis mitológica.

Adiós á la cordillera. — Las alamedas de la gran selva. — Un rayo de sol. — La mansión de los dioses. — Los ensueños alemanes. — Fantásticos señores de la montaña en Colombia. — El Panorama. — El mar. — La simplicidad. — Después de Dios... — Lo bello y lo sublime. — Como quien no dice nada. — La meseta colonizable. — Azul y carmín. — El sol.

El paso del río en el sitio de Juntas, á veintiuna leguas de Pasto, significó, en efecto, la transición á lo plano y la terminación de la zona de las lluvias : estábamos fuera de la cordillera. Como si aquel río trazara la raya de la fortuna, al pasarlo, no más, nos sonrió la naturaleza, hasta entonces agresiva. Hicimos rancho sobre una planeta seca, por la primera vez, y por la primera vez oímos el chirrido de las chicharras y el canto alegre de las aves parleras. Se acabaron el silencio tétrico y el frío aflictivo de los páramos, y, al subir á la larga meseta que domina el río hasta el Alpichaque en suavísimo descenso, le dijimos un alegre adiós al horrible camino recorrido. Desde algún diviso de esta última subida, con verdadero resentimiento, miramos atrás : una mortaja blanca cubría la montaña.

El suelo seco y plano, la selva capuda y tibia, el perfume de la arboleda tropical y el ozono que satura el aire bajo la fronda verde, vivificaban nuestro ser y levantaban nuestro ánimo. El sol, ya casi olvidado en nuestros recuerdos, dejaba caer sus rayos por entre los claros del boscaje, y movía brillanteces de vida bajo las alamedas. Los troncos rectos y erguidos de los árboles, entre los cuales no crece arbusto pequeño, ni se arrastran las zarzas trepadoras, permiten es-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

paciar la vista en todas direcciones, simulando lejanas perspectivas. La selva grande es una especie de templo de naves indefinidas, donde se siente el hálito de una divinidad fugitiva. Los paganos, penetrados del sentimiento estético, que busca á Dios como el heliotropo busca vagamente el sol, concebían muchos de sus ídolos tutelares en la atmósfera perfumada de los bosques y en su verdosa media luz, plagada de oráculos. El viento que corre por las encrucijadas de la floresta, viene cantando un himno lleno de placenteras armonías ; la fuente, limpia, bulliciosa y fresca, que procede de ignotas lontananzas, parece que balbuciera festivales endechas en sus murmurios ; el tronco añoso de la ceiba, cuyo ramaje se levanta orgulloso sobre las copas de los más empinados gigantes que florecen en las alturas, se engalana con hiedras de brillantes hojillas y con madreselvas matizadas por campánulas de vivos y variados colores. Al recorrer esta selva poblada de armonías en el aire, en la luz, en el agua y en los perfumes, se adivina la génesis de las divinidades florestales ; porque todavía, después de veinte siglos de haber volado al Olimpo para no vivir más entre los hombres, parece oirse, sentida é inefable, como un arrullo, la flauta de Pan; también las argentinas carcajadas de las Ninfas, que corrían presurosas y alegres por las desvergüenzas del Sátiro, entre cuyas velludas manos quedaban cendales albos y fragantes de sus pudibundos velos; parece todavía verse la mano munificente de Flora acariciando á la primavera, y se ve aún los pámpanos floridos entre la agreste cabellera del viejo Sileno y entre las nervudas piernas de su sensual discípulo, eterno perseguidor de las Musas, que también inspiran todavía bajo estas frondas los cantos á Natura, la prolífica.

Sentados sobre un tronco viejo, que por centenares de años levantó hasta el cielo el palio de su verdor, y hoy yace tendido en tierra, humillado por la muerte, dejábamos divagar la imaginación y la vista en aquella especie de parque de príncipe encantado, cuyo palacio de cristal, situado en la cúspide de un otero, debe ser el prisma en que se rompa la luz en siete rayos para producir el rojizo sol de los venados al véspero, los celajes diamantinos del anochecer, el ópalo de las tristezas del día, el rosa alegre de que se viste la aurora, y la azulina luz de las lontananzas. Quien ha dejado de recibir por mucho tiempo el rayo vivificante del astro incendiado que disemina la

vida, como el pródigo inagotable del firmamento, á millones de leguas á la redonda, siente un bienestar deleitoso cuando contempla uno de esos rayos munificos que baja, pintando de fiesta todo cuanto toca á su paso : la flor de un rojo candela, la gota de agua de un diamantino fulgor, y el corazón del artista de un lampo de caricias.

En las latitudes del Mediterráneo, que moja las costas de Italia y de Grecia, y en la época fantástica de los héroes de Troya, esta selva habría sido la mansión terrenal de los inmortales. Diana, Venus, Minerva y Apolo habrían vagado por este inmenso templo, tejiendo para los hombres la guirnalda de la vida.

En las latitudes del Norte, cuna de las leyendas blancas, estaría en la actualidad poblada esta selva grandiosa, de hadas, gnomos y ensueños alemanes.

Aquí no más, en Colombia mismo, los hijos del Tolima habrían visto en ella, con su imaginación poética, á *Patasola* armado de largo bastón de púas, saltando de tronco en tronco, y cantando las tristezas que ellos recogen en su castruera pastoril. En Cundinamarca, los montañeses habrían oído aquí al *Mohán*, encolerizado por la invasión de sus dominios y por el descubrimiento de sus tesoros. En Santander la *Mancarita de pelo*, con sus mandíbulas dentadas y sus uñas de acero, habría disputado su selva durante el día, y la *Mancarita de pluma*, con voz engañosa que imita el ruego de la mujer y de los niños el quejido, habría llorado durante la noche las derrotas de su esposo ultrajado.

Libres de toda sugestión imaginativa, los caucheros de Catambuco que nos acompañan, no sirven de eco á ninguna leyenda fantástica, ni propalan la novela de ningún suceso extraordinario, ni cuentan sus propias aventuras de la montaña : cargan su bulto como bueyes, comen callados en la cocina y edifican, llegado el caso, el puente sobre el Guamués, sin darse cuenta de su propia valentía.

Caminando á paso largo, bajo esta verdosa atmósfera de los misterios, espaciando el espíritu con la embriaguez del ozono, sin sendero definido y sólo al rumbo de nuestra brújula, llegamos la primera tarde á un borde de la meseta, del que se despeña una cascada sobre el río, é hicimos alto para pasar la noche.

Bautizamos este sitio con el nombre de « El Panorama ».

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Á través de los árboles adivinábamos el paisaje, y hasta tenía éste el encanto de lo velado y entrevisto, que constituye la coquetería de la seducción; pero, hombres al fin, rompimos ese velo y nos pusimos, mientras los compañeros montaban la tolda, cara á cara con el espectáculo.

Como la suprema exclamación de asombro, dijimos :

— ¡El mar... !

Y nos quedamos largo tiempo pensativos. No menos absorto en sus pensamientos debió quedarse Balboa, en presencia del océano Pacífico. Cuantas profecías de un remoto porvenir cruzaron por nuestra mente, otras tantas debieron cruzar por la del atrevido descubridor.

Recordamos que fué original nuestra primera entrevista con aquel infinito de las aguas. Entonces, como buenos serranos, íbamos prevenidísimos para la sorpresa y hasta nos habíamos aprendido de memoria las joyas más valiosas de la literatura castellana sobre el grandioso asunto, con el presuntuoso intento de someterlas á una crítica objetiva. Por entre unos juncos iba deslizándose el tren que nos conducía á Sabanilla, y por debajo de ellos, la resaca mojaba de agua salada las traviesas de la vía, como en otro tiempo las de la laguna de Herrera humedecían nuestras botas de infantil excursionista en la Sabana de Bogotá.

« ¡El mar! ¡el mar! » gritaron poseídos de frenético entusiasmo los viajeros, y el que esto escribe miraba atónito para uno y otro lado, en busca de la soberbia maravilla.

— ¿Esto es el mar? pregunté al cabo con el más ingenuo desdén : ¿esta mezquindad de agua estancada que la imaginación extiende, siempre simplona, hasta el confín del espacio?

— ¡Vamos! paisano, ¿y qué más quiere usté? nos preguntó un español que seguía para Barcelona.

— ¿Yo?... yo quiero la suprema belleza, la suma de todas las potencias del orbe, el guardador en su seno de todas las riquezas que haya bajo el sol...!

— Pues eso es el mar, paisano; ¡mírelo usté! y nos mostraba la faja de agua, ya muy ancha, que empezaba á ponerse color de botella, pero siempre simplona.

Hasta entonces, por más que presumíamos de eruditos, ignorábamos el genuino y sabio concepto de *la simplicidad.* Gracias al mar y á las mil ideas que nos ha sugerido, hoy comprendemos la belleza infinita de la luz encerrada en su impalpable diafanidad, la sabrosura del agua insípida y transparente, la incomensurable sabiduría de la verdad simple y sencilla, la maternidad de todas las virtudes en la humildad candorosa como la nieve, y el sumum de la belleza, la verdad y el bien en la idea simple de Dios.

Uno de nuestros talentosísimos compañeros de viaje (1) escribió un soberano artículo sobre el mar, que levantó habladurías entre los lectores por aquella época de esplendor literario en Colombia, y entre las muchas cartas de felicitación ó de crítica que recibió por su sorprendente artículo, le llegó una tarjeta sin fecha y sin firma, que contenía simplemente estas cinco palabras :

« ¡Después de Dios, el mar! »

Y nosotros, no hallando comparación más verdadera y hermosa para medir el espectáculo de mil leguas de verdura que teníamos ante los ojos, en el sitio de « El Panorama », repetíamos conmovidos :

— ¡¡¡El mar!!!

Los preceptistas en literatura enseñan á distinguir entre lo bello y lo sublime : lo bello, dicen, es la armonía entre la idea y la forma, cuando aquélla es profunda y ésta mesurada, elegante y capaz de contener completamente el concepto justo de la primera. Lo sublime, continúan diciendo, es la preponderancia de la idea grandiosa expresada en forma simple que apenas puede contenerla y explicarla en breve espacio para conmover profundamente el ánimo de modo casi instantáneo. Lo bello en lo moral, en lo físico y en lo literario, llena la vida de los hombres, el espacio que nos rodea y los volúmenes de las bibliotecas; es decir, que lo bello es muy frecuente. No sucede lo propio con lo sublime; así es que se pueden citar raros ejemplos para su mejor inteligencia ; ejemplo de lo sublime en la frase : la transcrita arriba; en lo moral : la muerte de Cristo entre dos malhechores; y en lo físico : la vista de la pampa amazónica. Quédense estos temas para los Genios, como ellos escasos, y vengan á nuestro repertorio literario temas de segundo y de tercer orden para amenizar á lo humano los motivos de nuestro viaje.

Así es como basta á nuestro propósito, ya que nos sorpren-

(1) Max Grillo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dió en « El Panorama » uno de aquellos otros temas, decir simplemente :

« La vista de la llanura amazónica es un espectáculo sublime », y seguir nuestro relato como si no hubiéramos dicho nada.

El río sigue en dirección S.E., casi en línea recta, socavando un profundo lecho en la meseta inclinada que lo acompaña hasta la baja llanura, donde es navegable. Esta meseta de mil metros, término medio, sobre el nivel del mar, regada á un lado y otro por pequeñas y frecuentes aguas, de suelo fecundo, como lo indica la vegetación robusta de que está cubierta, y de una temperatura más suave que la del valle del Cauca, á causa de las brisas del Atlántico que la refrescan, en juego con las brisas frías de la cordillera, determinantes de lluvias frecuentes, ofrece un terreno propicio para las colonias agrícolas, formadas por labriegos de la cordillera y la altiplanicie, donde se atemperan muy bien. Establecidos los cultivos de clima medio en esta rambla descendente con suavidad hasta la llanura, ésta será nuestra por todos sus canales.

Por entre el cuenco del río se ve la llanura sin límites como la línea cóncava del mar, azul hasta confundirse con el firmamento.

Cuando una hora después, empleada en estas contemplaciones y ensueños, volvimos al campamento, encontramos la toldita listada, con su banderola en alto, mirando también el paisaje, por entre una especie de cortina hilachosa de festones que quedaron colgantes después de la tala.

Agonizaba el día después de haber caído sobre la llanada la sombra azul de la cordillera, no sin que por algunos boquerones de ésta atravesaran los rayos horizontales del sol, trazando en el cielo caprichosas y vivas franjas con los colores del iris. Sentados bajo la tolda contemplamos este enmarcado panorama azul, cada momento más obscuro, hasta que la noche lo borró todo con su brocha de tinieblas : festones de primer término, la meseta fronteriza del segundo y las fajas de la llanura y el cielo del último. La aurora debía ofrecernos el mismo espectáculo teñido de carmín. Bendito sol, que á más de su paternidad sobre la vida, traza el curso del tiempo y es también el soberano artista de la belleza. Con razón lo proclamó su dios y su progenitor el pueblo que fué poderoso y feliz en estas latitudes.

II

Las entrañas del Patascoy.

Un día de asueto. — El rugido del volcán. — Un cerro mentiroso. — El Doña Juana. — Lo han visto por la noche. — Un volcán de incógnito. — El cuento de Ipiales. — La Ventura. — Parábolas de un campesino. — El grito de la conciencia. — La montaña de oro. — La avaricia. — La moraleja de Ipiales.

Anduvimos gozosos por la meseta algunas jornadas más é hicimos alto un día que el calor invitaba al baño. Ya que tanto habíamos sufrido hasta entonces, queríamos premiarnos con un día de solaz. Á la orilla de una corriente seductora armamos la tolda y todos nos preparamos á pasar un día placentero : quién pensó en lavar la ropa, quién en sacar al sol su equipaje mohoso, los más tomarían las escopetas y batirían el campo en busca de una danta, pues mucha falta nos hacía la carne, y, por último, nosotros pensamos en escribir el presente capítulo. Más ó menos, excepto en lo de la danta, que no resultó sino paujil, el programa se cumplió; pero vino la tarde y nosotros no habíamos escrito nada, por la sencilla razón de que no teníamos nada que decir.

— ¿No ha oído, patrón, el rugido del volcán?

— Sí, hombre, he oído hacía el N.E. como estampidos lejanos de cañón. Creí que fueran truenos en la cordillera, donde supongo que seguirán las tempestades.

— Pues ese es el volcán, que nosotros hemos oído siempre por ese lado, patrón; ese es el volcán.

— ¿Y qué volcán puede ser? ¿Será el Doña Juana?

— No, patrón, dicen que es el Patascoy.

— El Patascoy, añadió nuestro ayudante, tuvo la culpa del terremoto de Pasto en 1834.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Por eso lo llamo en otra parte, contestamos, el cerro mentiroso: los sabios alemanes Stiubel y Reys, comisionados por alguna sociedad científica para estudiar los volcanes ecuatoriales, visitaron por esa culpabilidad gratuita el Patascoy y no lo encontraron de carácter volcánico. Yo no he tenido ocasión de leer el libro de aquellos viajeros ilustres; pero el finado señor D. Higinio Muñoz, su amigo, así me lo aseguró.

— ¿Entonces cuál puede ser? preguntó el ayudante.

— Yo creo que es el Doña Juana, por ser el de más recientes manifestaciones. El 30 de Noviembre de 1899, sus cenizas me alcanzaron en el páramo de Barragán, frente al Chaparral; entonces la corriente de lava se llevó el puente de Juanambú, y destruyó los pueblitos de Aponte y Las Mesas, situados en sus faldas.

— Ese no debe de ser, porque se ha callado. Ya los pueblos destruídos entonces, han vuelto á sus cultivos.

— ¡Hombre! Ahora recuerdo que D. Fidel Coral me aseguró, haber visto, una noche, desde el cerro de San Francisco, arder un volcán, cuya situación no supo indicarme.

— De todo lo cual resulta, concluyó el ayudante, haber por estos lados un volcán que anda de incógnito.

Como el capítulo no podía quedar truncado aquí, nos dirigimos al peón que nos escuchaba diciéndole :

— ¿Amigo Ipiales, tú no sabes alguna historia de encantamiento de los volcanes de por aquí, que suenan á veces... se dejan ver en ocasiones... en noches obscuras, y nadie ha podido encontrarlos?

— Sí, patrón; si sé un cuento del Patascoy que me han contado; pero no es bonito ni puede hacerle gracia á mi *dotor*, que sabrá tantas historias de por allá.

— Te aseguro que tu cuento me interesará, cualquiera que sea, y tal vez guste á muchas personas cuando yo lo repita, si logro referirlo en tu propio estilo. ¡Echa ese cuento; habla, hombre; estamos escuchándote!

« Pues, señor, » comenzó Ipiales, « era un hombre muy pobre que oyó decir que por aquí se encontraba la Ventura.

» Juan se llamaba el pobre hombre.

» Un día resolvió salir á buscar la buena Ventura y cogió por esta trocha : digo yo que cogería por estos lados.

» Caminó y caminó y se encontró con muchas personas, que venían de abajo, y á todas les preguntaba :

» — ¿Buen amigo, me da usted razón de la Ventura?

» — Vamos buscándola; le contestaban todos.

» Siguió andando al contrario de como lo hacían los que buscaban á tan solicitada señora; porque él había oído decir siempre que por allí abajo se la encuentra.

» Se topó con un anciano y le preguntó :

» — ¿Buen anciano, me da usted razón de la Ventura?

» — ¿No la conoces? Eres, pues, un tonto: ¡la Ventura va contigo!

» Juan era joven, y el viejo tal vez quiso decirle que la Ventura es la Juventud.

» Después se encontró con una mujer. Esta debe de ser, pensó Juan, y la dijo :

» — ¡Mujer! ¿Sabes dónde está la Ventura?

» — ¡Hombre! En ti está.

» Ella le daba á entender, seguramente, que ser hombre es la mayor dicha; pero él no entendió y siguió su camino.

» Después, se encontró con un lázaro y le preguntó :

» — ¡Buen hombre, ha visto usted la Ventura?

» — S La tuve como tú y la perdí.

» No ve le decía que la Ventura es la Salud; pero Juan era torpe y no entendió.

» Al ca , llegó á la orilla de un río y, á tiempo de vadearlo, vio a su lado una niña muy linda; pero casi desnuda, quien le dijo :

» — ¡Has venido, como todos, buscando la Ventura; si me pasas el río, te prometo seguir acompañándote!

» Juan no era de mal corazón; pero era egoísta y, como iba de priesa y el río era feo, no quiso pasar consigo á la chiquilla.

» Al llegar al otro lado, volvió á mirarla y ésta le gritó :

» — Amigo, sigue por ese camino y serás rico!

» Juan se puso muy contento por haber tenido ya razón de dónde encontraría la Ventura que él buscaba, y siguió andando.

» — No ve, patrón, Juan era torpe, como nosotros, y no entendió tampoco á la criaturita; porque lo que él debía haberse echado á cuestas, sin chistar, era la misma Sabiduría.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

» Pronto encontró Juan un cerro de oro. Digo yo que sería ese mismo Patascoy, del que cuentan que es tan rico.

» Recogió muchos pedazos de oro y los echó en su maleta.

» Ya encontré por fin la Ventura, pensó Juan, y se volvió por el mismo camino.

» Cuando llegó otra vez al río, encontró á la misma niña, ahora adusta :

» — Arroja ese oro al río y te acompañaré, volvió á decirle.

» — ¡Grandísima simplona! le contestó Juan; ¿de qué me servirían, entonces, las hambres que he pasado y los trabajos?

» — ¡Lo mismo que todos los que andan por aquí, buscando el modo de ser felices!

» Juan se rió y siguió para su casa.

» El gran peso que llevaba no lo dejaba andar; pero Juan, cae aquí, levanta allí; sudando y embarrado, llagados los lomos y maldiciendo de los malos caminos, no se separaba de su maleta. Dormía en los mismo atascaderos donde caía con ella, por no dejarla sola un momento.

» Al fin enfermó y antes de llegar á su pueblo, donde pensaba mostrar su oro y hacer un palacio, murió el pobre Juan.

» Lo primero que vió en el otro mundo fué á la niña, sentada en las gradas del cielo, quien le dijo :

» — ¡Deja tu maleta á un lado, pobre Juan, pues vas á comparecer ante la vista de Dios y quiero acompañarte!

» — ¡Antes prefiero no entrar que separarme del fruto de mi trabajo!

» — ¡Entra con él, si quieres, pobre Juan!

» Y Juan entró donde Dios con el oro á cuestas...

» Cuando volvió á salir, vió á la niña todavía en las puertas del cielo, tan blanca y transparente, como uno de sus ángeles.

» — Has sido más venturosa que yo : ¿quién eres? le preguntó Juan.

» — ¡Yo soy la paz del alma!

» Ya ven ustedes, terminó Ipiales, que no es la Juventud, el ser hombre, la Salud ni la Riqueza, como los patrones pensaban, lo que hace la felicidad, sino conformarse uno con su suerte. ¡Ese es el cuento! »

— ¿Y el patrón no nos cuenta uno?

— No, Ipiales, para salir con un cuento mejor que el tuyo, se necesita ser como León Tolstoi.

Este nombre debió de ser muy conocido de Ipiales; porque ya no replicó más y se quedó dormido sobre el suelo mojado, muy conforme con su suerte.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III

Donde aparece el eterno Sancho.

¡ Nos vamos ! — No siempre está el palo para cucharas. — Fuga de un peón. — Un tipo de cauchero. — La talega de cebada. — Alucinaciones del hambre. — Redondilla aplicable. — Últimos proverbios de Sancho.

— Señor, vinieron á decirnos muy de mañana los otros peones; carecemos de víveres con qué mantenernos y por esa razón venimos á despedirnos de usted, y á ver qué se le ofrece para Pasto.

— No se vayan, hombres de Dios; tengan la bondad de no privarme de su grata compañía, durante tres días más, hasta llegar al Alpichaque, donde cuentan y no acaban de la yuca y del plátano que brota la tierra.

— ¡Nos vamos, señor!

— ¿Es, realmente, cosa resuelta?

— Sí, señor, nos vamos.

— Pues deseo á ustedes un feliz viaje y les exijo que si se encuentran con los contratistas, encargados de la organización de la Expedición al Putumayo, me los saluden y les dén mis más cumplidos parabienes. ¡Adiós, mis amigos!

Dieron media vuelta á la derecha y desaparecieron por la misma parte por donde, llenos de ilusiones, habíamos llegado dos días antes.

¿Por qué no nos opusimos, revólver en mano, á la partida de los peones en esta ocasión? Por tres razones: 1.ª Porque no se nos antojó; 2.ª Porque nos pareció que ahora los peones presentaban un motivo irreprochable, y 3.ª Porque con el viaje de éstos, se hacen interesantísimas las aventuras de un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

explorador, casi solitario en la selva del Caquetá, y podemos decirle al país: « Nosotros fuimos hasta el fin, sin ser parte directamente interesada en este asunto, á pesar de la indolencia de quienes estaban moralmente más obligados que nosotros. »

Al día siguiente, á la madrugada, sintió Ipiales un ruidito por la hojarasca del rancho: « Debe ser alguna petacona en busca de cucarachas », pensó el caporal, y siguió adormecido.

Cuando amaneció, llamó á Marcillo para que rajara leña y atizara la hoguera. Marcillo no respondió. « ¿ Se habrá muerto este prójimo ? » volvió á pensar Ipiales, y estiró la mano para palpar la realización de sus sospechas. El lecho de Marcillo estaba frío y sin las acostumbradas vestiduras de costales, encerados y ruanas que sirven para ablandar la yerta tierra : ¡ Marcillo había desaparecido !

El buen caporal, aterrorizado con la desaparición de su único compañero fiel, salió del rancho y gritó con toda la fuerza de su gaznate :

— ¡ Marcillo ! ¡ Marcillo !...

Nadie respondió. La fuente siguió murmurando y los mil rumores de la selva apagaron el impotente grito del hombre. Marcillo se había fugado á la callandita.

« Pero, ¿ quién es Marcillo ? » — preguntará el lector.

Vamos á trazar su biografía, ya que ha vuelto las espaldas de un modo distinto de los demás peones, para que ella defina un tipo de cauchero.

Plácido Marcillo, natural de la comunidad indígena de Catambuco, como la mayor parte de los que se amparan al privilegio de las leyes de protección, ya no tiene ni un octavo de sangre indígena : es blanco, de barbas *lochas*, como ellos dicen, y ojos garzos. De muy mediana estatura, sus formas atléticas se expanden de través; de modo que parece visto por cierto binóculo de prisma vendido por los Montalvitos en su *Almacén de los Niños*.

De calzoncillos siempre remangados hasta más no poder, de chaleco *en pelo* ó exhibiendo desnudo el pecho, cubierto de vellos, y tapada la melenuda cabeza con un cucurucho, coladera ó gorra de payaso, que en otro tiempo fué sombrero, nos parece verlo con un bulto más grande que él, ascender la roca vertical con paso firme.

— Este es tu bulto, buen Marcillo, le decían los otros peones, adhiriendo al más pesado todo lo que ellos, los perezosos, no querían cargar.

— Á mí ¿ qué me asusta ? contestaba el hércules ; soy capaz de echármelos á todos ustedes á la espalda, cuando se cansen. Y muy alegre, pero siempre silencioso, tomaba la descubierta en las marchas. Cuando los demás llegaban blasfemando al campamento, ya Marcillo había rajado leña y tenía encendida la fogata.

No era conveniente dejar de mano á tan conspicuo personaje y así, con frecuencia, lo llamábamos á la tolda para darle un sorbo de vino y un cigarrillo.

— ¿ Quieres irte para Bogotá conmigo ? — le preguntamos un día.

— Con el patrón iré contento hasta el fin del mundo.

Habíamos conquistado el cariño de un verdadero *dinamo* y estábamos felices con la hazaña.

Cuando, por los semblantes y los modales de la cuadrilla, adivinamos que se tramaba un complot, llamamos á Ipiales y á Marcillo y los amonestamos, curándonos en salud, para que en ningún caso nos dejaran abandonados en el bosque, y así nos lo prometieron. Al desarrollarse tan suavemente la conspiración de la víspera, nos alentaba la seguridad en Ipiales y, sobre todo, en Marcillo. Idos los sediciosos, reunimos nuestra tropa y les prometimos por mitad la gratificación ofrecida á los demás. También le entregamos una hermosa talega de cebada de nuestro bastimento, que no hubiera sido suficiente para ocho glotones ; pero que calmaba la golosina de los dos heliogábalos y llenaba sus semblantes de sonrisas voluptuosas.

Como Marcillo se entusiasmara ante la talega, exclamó, en un rapto de expansión confidencial :

— Esos que se fueron no son caucheros : no valen nada ; ¡ no nos harán falta ! Si dejan de comer en cuatro días se devoran unos á otros. Yo aguanté sin comer ocho días, cuando *cauché* por Ríosucio. Lo que vi fué un altar con columnas y como con caras de leones, pegado á la roca por donde sale el río, formado por una piedra blanca.

— ¡ Ah ! esas se llaman estalactitas y son de cal, exclamamos como si tuviéramos por delante un alumno.

— También vi entonces un paujil muy grande, persiguiéndome y escapando los golpes que yo le asestaba con el ma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

chete, como si fuera un cristiano adestrado á la pelea. Lo peor era que el paujil echaba á reirse á cada envite mío.

— Pues esas eran las alucinaciones del hambre; lo mismo que sentían y creían ver los anacoretas, volvimos á replicarle á nuestro atónito y supuesto alumno.

« En Sancho sus faltas note
Cada cual, y en el hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
No deja de ser Quijote. »

Nos aplicamos esta estrofa por nuestra conferencia con Marcillo, y hoy abrigamos la seguridad de que lo que buscaba el Neo-Sancho, á la madrugada, por la cabecera de Ipiales, no era sino la talega de cebada, más seductora en su realidad que la mitad de la gratificación prometida en pesos de á ocho décimos; pues, « Más vale pájaro en mano que buitre volando. » « Más vale un *toma* que dos *te daré* » y « Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando » y, por último: « Este *dotor* que se embrome solo por aquí, buscando caminos que nunca se harán; entre tanto, yo, pobre indio de Catambuco, nada tengo que hacer con estos estudios y me conformo con la talega de cebada que habían de comerse los demás. »

Y Marcillo, más avisado que los otros peones, salió del campamento con su talega á cuestas, por la misma huella que le trazaron sus paisanos.

IV

Aventuras de viaje.

La lista. — ¿ Qué abandonamos ? — La reorganización. — Todos cargamos. — El último sacrificio. — En marcha. — Labranza arrasada. — Una curva imprevista. — La dispersión. — Uno ya perdido. — « Los monos. » — La arrimada de las cositas. — Un cocinero improvisado.

Llamemos lista. Somos los sobrevivientes del último cuadro:

Un ingeniero director	1
Un segundo ayudante	1
Un cocinero particular	1
Un caporal, sin peones	1
TOTAL	4

A esto ha quedado reducida la Expedición al Putumayo. Los víveres han quedado reducidos á unas latas de rancho, unas galletas y algunas botellas de vino, de la provisión particular del autor, que se irán también. Como reserva, tenemos una buena talega de sal y diez ó doce tiros de rémington: los demás los malgastaron los cazadores de antes de ayer.

Hagamos la postrera reorganización:

— Tenemos un carguero. ¿ Qué le parece á usted más esencial para la vida en el bosque?

— Las camas; porque quien duerme es feliz.

— No. Los víveres; porque, quien come, vive.

— ¿No serán, más bien, las herramientas y las armas, las cuales representan la industria que permite satisfacer todas las necesidades?

— Para el caso concreto en que estamos, es preciso cargar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con camas, víveres, armas y herramientas: la humedad, las hormigas, los zancudos, acabarían con nuestros pobres cuerpos, si dejáramos catres y toldillos; pronto, mañana mismo, estaríamos viendo paujiles risueños, si abandonáramos nuestros contados comestibles; sin herramientas nos detendría el primer torrente crecido, no podríamos hacer rancho y careceríamos de lumbre; el oso, el tigre, el león, darían cuenta de nuestros carapachos, sin las armas. Por otra parte, antes de tres días ¿qué comemos si no matamos monos, cuando fenezcan á manos de pecadores las cuatro golosinas que puso mi mujer á prevención en mi equipaje?

— ¿Y su taquímetro?

— ¡Que se quede!

— ¿Y sus otros instrumentos?

— ¡Que se queden!... ¡Ah! no. Yo llevaré conmigo la brújula, que es indispensable; el sextante, que es muy conveniente; el nivel de pendiente, sin el cual no ando nunca; el hipsómetro, el termómetro y el aneroide, que son casi todos indispensables como la brújula; además llevaré mi cinta y...

— Pero, señor, interrumpió el ayudante, ¿dónde piensa usted llevar todo eso?

— En los bolsillos ¡hombre! El ingeniero debe usar muchos bolsillos para estos casos. Además, pienso llevar sobre mi cuerpo, repuesto de botas, yesquero, lámpara, reverbero, reloj, repuesto de ropa interior, encauchado...

— Deploro no tener una báscula á mano, con el objeto de averiguar si usted, así armado, pesa menos que los antiguos caballeros de casco y rodela. ¡Bien! Estamos provistos de instrumentos: pero, ¿su equipaje, el saco, el baúl de piedras que usted anda cargando?...

— ¡Que se queden!

— Pero, mi baúl, con los libros, útiles de escritorio, botiquín, serrucho, martillo, hilo, agujas, ajedrez, y demás cosas útiles que contiene, por lo que usted lo ha llamado el cofre del cubiletero?

— Salve usted dos libros: el *Diario de la Expedición* y mi *Viaje al Caquetá*, los que también llevaré yo atados convenientemente á la espalda; póngame tintero y pluma en el carriel de mis peines y dejemos lo demás.

Después de una hora, empleada en arreglar bultos, vino el ayudante á sacarnos de nuestras cavilaciones.

— Los víveres y las ollas, platos, peroles, etc., hacen un bulto sumamente pesado.

— Adjudíqueselo usted á nuestro bravo Ipiales, quien cree que la conformidad es la madre de la Ventura.

— Con su cuero de chivo, sus ruanas, su cobija y su ropa, por añadidura, Ipiales no puede dar un paso.

— ¡Oh, Marcillo ingrato, cuánta falta nos haces! Pues quédense los trinches, la batea, el perol grande, los platos, los pocillos, las tazas, y reduzca usted la batería á una olla, un plato, una cuchara y un jarro: comeremos por turno.

— Además, continuó diciendo el ayudante, los catres y los demás efectos de cama, hacen un bulto muy pesado y, sobre todo, muy voluminoso para el pobre Villota, desacostumbrado como está á cargar; así, es necesario dejar algo de eso.

— Es claro, salve usted los toldillos y deje almohadas y tendidos: dormiremos sin colchón y sin cobija. Cada cual que cargue con su ruana, si quiere abrigarse, en caso de frío.

Ya creíamos arreglado el asunto á fuerza de sacrificios, cuando llegó el ayudante con una nueva embajada.

— Señor, dijo, las herramientas, las toldas y las armas forman un bulto, para el cual falta carguero, si usted no dispone otra cosa.

Momento de angustiosa perplejidad: las toldas no pueden quedarse... ¿La herramienta?... ¡Tampoco! ¿Las armas?... ¡Jamás! ¿Qué hacer?... ¡Oh! ¡Marcillo infame, cuánto te extrañamos tus admiradores!

— Amigo ¡el último sacrificio! Deje la tolda grande y distribuyámonos, entre usted y yo, las herramientas, la toldita y las armas.

El buen ayudante, quien no llevaba suyo sino un catrecito y un mosquitero, que dejaba toda su ropa, sus queridos libros recreativos y su minucioso equipo en el baúl, se nos presentó agobiado bajo el peso de los fierros, convenientemente empacados en la toldita de caucho, más pesada que un mal matrimonio, y nos dijo:

— Como usted va demasiado cargado con instrumentos, ropa, botas, libros, etc., y tiene necesidad de estar expedito para sus observaciones, resolví echarme á cuestas este bultico, algo pesado, pero no estorboso. Andaremos despacio, ¿no es verdad?

— ¡En marcha! Ya es mediodía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Siguiendo las huellas de los cazadores de aquel desgraciado día de asueto, que tan caro nos estaba costando, llegamos á un sembrado de maíz y yuca, donde acordaron su perfidia los desagradecidos. Allí estaban desmintiéndolos las sobras del festín, cubiertas de voraces hormigas y abejas *bobas*. No había tal hambre : un sinnúmero de tusas de mazorca, cáscaras de plátanos y huesos de paujil indicaban que allí hubo comilona, á costa de nuestras municiones y candorosa amabilidad. Los desalmados hicieron su agosto, arrasaron la sementera ajena, puesta allí y conservada á fuerza de privaciones por el colono ausente; cargaron sus maletas de provisiones, formaron el proyecto de burlarse de nosotros y volvieron diciendo que violaban su contrato porque tenían hambre!

Estábamos frente á la boca de Ríosucio, donde el Guamués hace una curva. Nuestro rumbo se apartaba, con este motivo, del borde de la meseta, que habíamos seguido hasta entonces como vía segura. Esto, sin percibir la razón del cambio, nos puso en grave desconcierto. Hubo réplicas de parte de Ipiales, en ese momento el « Hombre de la Montaña », las cuales llevaron al ánimo de los demás que la brújula nos estaba engañando puesto que el ruido del Guamués se hacía más lejano, á medida que andábamos, era indudable que nos internábamos en la planicie y que de allí, lejos del río Lazarillo, no habría brújula capaz de sacarnos. La autoridad científica, única autoridad que conservaba ya en el desierto el desdichado autor de estas líneas, le faltó también de repente, y la minúscula expedición se dispersó en busca, cada cual, de mejor sendero.

Temerosos de quedarnos aislados, débiles ante la razonada convicción de los demás, al principio seguimos al ayudante, quien tomó primero en ángulo recto hacia el río; pero que, poco á poco, fué trazando á la ventura el círculo fatal del perdido, y emprendió inconscientemente el regreso. Ya comenzaba el pobre, á andar á trancos y nos era difícil seguirlo, brújula en mano, y con el cúmulo de arreos que nos enredaban. Entre tanto, nuestros dos cargueros, cada cual por lado opuesto, llamaban y llamaban una especie de « reunión al centro » ; pero sus voces, al paso acelerado del ayudante, iban quedándonos á la espalda y empezaban á hacerse imperceptibles.

— ¡Amigo! le gritamos por último, no lo sigo más; mire que usted ya va perdido, camino de Pasto, como los catambucos.

— ¡No, señor, por aquí ha de ser!

— Vuelva usted en sí, mire usted en esta brújula la dirección que lleva. Usted es bisoño en la selva y se ofusca : atengámonos más bien á Ipiales, dueño todavía del instinto salvaje de orientación. Yo voy en su busca, para que volvamos á agruparnos.

Y echamos á andar, grita que grita, para que los dos peones nos contestaran, hasta cuando estuvimos próximos y nos respondieron. Afortunadamente la selva grande es limpia por debajo y se la puede transitar en todas direcciones sin atropellar zarzales. Pronto estuvimos reunidos tres de los cuatro expedicionarios; pero el ayudante, tenaz como un gallego, seguía girando en círculos concéntricos, persuadido de que había encontrado el rumbo. En una de sus aproximaciones oyó nuestros gritos por delante y nos salió al encuentro, maravillado de que los tres hubiéramos hecho más camino que él.

Para curarlo de su presunción de guía, le preguntamos con la brújula en la mano :

— Adivine usted por dónde debemos seguir ahora.

— Pues, es claro : por aquí, y mostraba el norte.

Todos nos reímos de la absoluta desorientación de un perdido y, como hubiésemos malgastado mucho tiempo en esta divagación y empezase á caer la tarde, seguimos el rumbo racional al sur, en busca de un sitio adecuado para acampar.

A poco rato encontramos suelo seco, agua pura y una partida de monos que jugaba en los árboles : allí hicimos campamento con el nombre de « Los Monos ».

— ¿Le parece, patrón, nos dijo Ipiales al amanecer, que nos volvamos, yo y el maestro Villota, á porfiar por arrimarles sus cositas, que les harán mucha falta por allá abajo?

— Buena idea, hombre; pero tenemos un inconveniente : ¿quién hace de comer?

— ¡Yo! dijo el ayudante.

ALMACEN DE MUSICA Y LIBRERIA L.R. MUNTADO MEDELLIN

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

V

Sobre la interesante cuestión de la comida.

Mientras *más peor, más mejor.* — Diversos tipos de ranchos. — El caldo del paisa. — Recuerdos de la juventud. — Comida por las hormigas. — Noche de luna. — La diana. — Almuerzo variado. — La mensualidad indefinida. — ¡A las armas! — Los cazadores. — Modo de limpiar escopetas. — El régimen de la galleta. — Los monos. — ¡Plum! — Efectos de una sanción oportuna. — Consomé, chuletas y roast-beef.

Organizadas así las marchas, anduvimos varios días paso á paso. Unos pocos kilómetros recorríamos en ocho horas de fatiga; pero la dirección hacia el Alpichaque era constante. « El que anda, llega »; « poco á poco se anda lejos »; « ¡morrocoy, morrocoy! adelante voy ». Tales eran nuestras jaculatorias consoladoras en esta marcha por el desierto de la selva, tan lenta como la de los israelitas cuando huyeron de Egipto.

Sin embargo, estábamos de buen humor. Ahora vinimos á comprender la sabiduría de cierto indio estúpido de Cundinamarca, quien, á cada nuevo revés de la fortuna, decía :

— « ¡Mientras más peor, más mejor, mi amo! »

En efecto, se agitaba dentro de nuestro corazón una dulce alegría y en todos los semblantes jugueteaba la sonrisa. En el carguío cada traspié era motivo de una carcajada general. La construcción de los ranchos, á la luz de la tarde, se hacía charla que charla :

— Hoy voy á construirlo al estilo *mataguate;* el de ayer, de espinazo redondo, se dice á la peruana; pero el mejor, de doble agua, es el colombiano, decía Ipiales al echar hoja de palma sobre la armazón de la choza.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Cuando usted acabe de conversar, replicaba nuestro cocinero, voy á tenerle el caldo de piedras que hizo el antioqueño en la posada de La Miseria : ¿no tiene por allí, entre su maleta, maestro Ipiales, un gajito de cebolla para aderezárselo?

El hacha sonaba y el bosque oía, por la primera vez, trozos de *Traviata*, *Lucía* y *Trovador*, que entonábamos con voz de barítono, haciendo al recuerdo de la música vagas reminiscencias de encantadoras, inocentes y caballerescas aventuras de amor. La juventud, coronada de lirios, alzaba su frente en el panteón de nuestras memorias, iluminado con luces galvánicas.

Nunca se comprobó mejor la próvida ley de las compensaciones. El chascarrillo festivo se venía á los labios de estos cuatro hombres póstumos de la que se llamó Expedición científica al Putumayo, la cual, sin embargo, no ha dejado de serlo, sino en cuanto los encargados de velar por ella la creen muerta y ya comida por las hormigas.

Vesta, la viajera nocturna del firmamento, se encargaba de pintar fantásticos telones y decorados dantescos con las masas sombrías del arbolado, con los encajes de helechos y bambúes, con los retazos irregulares de un cielo de palidez indefinible, propio como para iluminar escenas de una tragedia de Genios. El grillo, la rana, el buho, el murciélago y demás líricos de las tinieblas, en este teatro fantasmagórico, arrullaban el descanso merecido y tranquilo de los expedicionarios durante la noche.

Al amanecer, un pájaro desconocido, desde lo más alto del ramaje, entonaba largas, variadas y festivas dianas, de una música maravillosa, á la cual hacían coro los mil flautines de menor inspiración y aliento que entonaban agudas notas en el diapasón de sus gargantas.

Las aenas de la marcha comenzaban al bajo rumor de los dos peones en el rancho y al chisporroteo de la candelada en la confección del desayuno. Después el movimiento invadía la toldita con el desbarajuste de catres, empaque cotidiano de cajones y voces alegres por la partida.

— ¿Qué hacemos de almorzar hoy? No queda sino la galleta y una mera latica de sardinas.

— Harás sopa de galleta con sardinas.

— ¿Y qué más?

— Hombre, prepara también un atomatado de sardinas, si alcanzan, en polvo de galleta.

— Pero, señor, ¿qué hacen los de atrás que no arriman víveres? Según dice usted, estamos á veintisiete leguas de Pasto, y un buen peón camina esta distancia en cuatro días.

— Á los de Pasto no les afana alcanzarnos, amigo : ¿no ve usted que así logran cobrar la tercera mensualidad del contrato?

— ¿Y si morimos por aquí de hambre?

— Mejor para ellos : siguen cobrando indefinidamente sus mensualidades, hasta cuando Dios sea servido mandar los gallinazos á dar el aviso.

Pero la perspectiva de la consunción de los víveres no era para soltar gracejos, y había necesidad de pensar en renovarlos. La selva, como el mar, ofrece en sus concavidades mucho alimento de vida.

Justamente, á la sazón, pasaba á corta distancia del campamento de « Las doce quebradas » una piara de zainos gruñendo.

— ¡Á las armas, muchachos! Pero tengan cuidado de no tirarle sino al último de la manada, porque he oído decir que cuando se ataca á los delanteros, se vuelve la tropa enfurecida contra el cazador.

— ¡El paujil de los catambucos costó diez cartuchos y sólo nos quedan otros diez!

— ¡Pues no pierdan ustedes tiro, bravos tiradores!

Los bravos tiradores no habían jamás disparado una escopeta.

— Si el *dotor* no apunta, quién sabe con qué pamplinada saldremos nosotros, dijo Ipiales, de cuyas dotes de montañero teníamos una alta idea hasta entonces.

El relator de estas aventuras tampoco había tomado jamás en sus manos una carabina, y lo propio le sucedía al ayudante. Por esta carencia de devotos de Diana, las armas venían tomadas hasta el punto de no alzar el gatillo.

Pues, ¡á limpiar las armas! Entretanto, la piara de cerdos monteses siguió, gruñendo, su camino.

El petróleo echado por el cañón de las escopetas y untado por fuera no producía mejora ninguna.

— ¿Será necesario desarmarlas? ¿Y sin un destornillador, cómo nos las componemos?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Aquí del genio mecánico del ayudante : ¡él sabrá!

Mientras él bregaba por desarmar las escopetas para limpiarles los ejes y resortes oxidados, valiéndose para esta operación del hacha y los machetes, gritó á nuestra espalda, con cierta mofa, una pava : « Ya será tiempo de que se rían de nosotros los paujiles? », pensamos, recordando la aventura famélica de Marcillo.

Los zainos se fueron y la pava también se puso á buen recaudo ; pero, si por entonces se perdió la ocasión de proveernos de carne, las armas, en cambio, quedaron en posibilidad de servir.

Durante la marcha veía Ipiales, deseoso de disparar, huellas de danta, de ciervo, de oso y de mil cuadrúpedos más, cuyas huellas sólo eran comprensibles para él : los demás no veíamos, donde nos mostraba, sino hojarasca, troncos podridos y pepas silvestres á medio roer por los monos.

Estos cuadrumanos pasaban, columpiándose, por las copas más elevadas de los árboles, en grandes partidas de gruñidores, chillones y silbadores ; pero andaban tan lejos de nuestro alcance, que siempre impedimos los disparos inoficiosos. Nuestro propósito era coger á « boca de jarro » la presa y fusilarla á mansalva y sobre seguro. No había que perder tiro. El régimen de galleta y café sin dulce nos mantendría, mientras una hermosa danta nos regalara con su rica carne.

Al detenernos por la tarde para construir el rancho, seguramente el ruido del macheteo despertó la curiosidad de los simios y vinieron muy de cerca á miramos y como á burlarse de nosotros : ¡qué muecas! ¡qué pruebas de agilidad! ¡qué gritería bufona!

— ¡La escopeta! ¡prontico! — Ustedes no se metan en ésta: cada cual en su oficio ; ya es tarde y estamos todavía como en la calle. Hagan su desmonte, que yo les voy á dar carne de mico!

Tomamos el rifle, le metimos la cápsula, levantamos la culata á la oreja derecha, como habíamos visto hacer á los cazadores y soldados, y aguardamos listos un instante.

Un gran mono se crucificó adrede entre dos ramas, exactamente en la dirección del calibre y...

¡Plum! La selva retumbó, el culatazo nos hizo vacilar, una bocanada de humo cerró el trayecto.

Cuando el humo se disipó vimos la partida en viaje presuroso y como riéndose á carcajadas en su fuga.

— ¡Ve, ya botó una cápsula y no hizo nada!

— ¡Pero herido sí se fué!... Contestamos para excusar nuestra chambonada. — ¡Les juro que tendremos carne! y salimos corriendo detrás de la partida.

Pronto la alcanzamos : el estallido había provocado la sorpresa, más bien que el terror en los traviesos habitantes de los ramajes.

Nos situamos detrás de un arbusto, apoyamos el cañón en en una de sus horquetas, prevenimos el ánimo contra el culatazo é hicimos nuestra composición de lugar, especie de plan de batalla que cruza el pensamiento del hombre en los instantes críticos.

Una rama se agachó con el peso de tres monos en racimo y disparamos tranquilamente sobre ellos.

¡Chupulún! Sonó un bulto que cayó al suelo; con cierto asco ó escrúpulo recogimos el caliente cadáver de la víctima y lo arrastramos de la cola hasta botarlo despreciativamente y con soberano orgullo á los pies del cocinero.

— Esta misma noche quiero comer consommé de mico, chuletas de mico y *roast beef* de mico!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

Continúan las aventuras.

Detención. — Historia de un catre. — Se pone uno suspicaz. — Diálogo de mosquiteros. — Un peón menos. — La pequeñez del hombre. — Una academia silvestre. — La tempestad.

Tocaba detención mientras los peones volvían al campamento de « Las doce quebradas » por las maletas de nuestro equipaje retrasado.

Les entregamos una escopeta y la mitad de las municiones ó sean cuatro cartuchos, y partieron. A pocas cuadras oímos dos tiros seguidos : ya gastaron la mitad de su avío!

Teníamos mico y podíamos entregarnos á nuestras aficiones : el capítulo precedente, que sin duda le ha parecido bueno al lector, fué una de esas aficiones; la mecánica del ayudante, consagrada á componer su catre, fué la otra. Escribir por escribir y carpintear por carpintear, son dos vicios de entretenimiento, como cualesquiera otros. Pero habíamos cerrado un pacto : « Usted llega á Pasto con un catre de viaje, de su exclusiva invención, y yo llevo un libro de aventuras ».

En días de venirnos él había ido á un carpintero y le dijo : « Hágame usted un catrecito portátil ». Y el catre estuvo hecho en un santiamén : dos gruesos largueros, unidos por una tela de costal y sus enormes patas de tijera. El acarreo de semejante armatoste hasta « El Encano » no ofreció insuperables dificultades; pero allí se hubiera quedado por estorboso, en poder de otro que careciera del genio de la mecánica, auxiliado por una tenacidad sin ejemplo, que adorna á su dueño. Recortar los largueros en dos secciones y unirlos con bisagras, que hubo tiempo de pedir á Pasto, fué la pri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mera reforma sufrida por el mueble. Las bisagras, sin embargo, resultaron como para cajita de costura y en la primera noche de ensayo pusieron al artífice en el suelo, con grande estruendo. No había tiempo para pedir unos cerrojos de portón de presidio que era como se requerían, y empezó la inventiva á funcionar : palos á lo largo, palos al través, puntales, tijera central y mil procedimientos más, fueron sucesivamente pasando por la prueba experimental. No hubo momento de reposo : nuestro libro y el catre distrajeron los momentos de hastío que nos ofrecía la marcha lenta. Es el caso que el libro tiene más de noventa páginas y el catre se dobla, se desdobla, sirve de mesa, de estrado, no pesa, es fuerte, da un volumen como para llevarlo bajo el brazo, tiene fallebas de ajuste y correderas de extensión : en una palabra, es casi una obra de arte. ¡Pero el orgulloso inventor no está todavía satisfecho y continuará, como todo artífice de genio, introduciéndole diarias reformas á su obra querida!

— Tengo esperanza, le decimos por gracejo, de que cuando entremos á Pasto, ya llevará usted su catre pendiente de la leontina en el bolsillo del chaleco.

Así pasó el día. Los dos peones debían regresar, cuando más tarde, á mediodía.

— ¡Las cinco! Se fueron á las seis pasadas; tenían que recorrer tres kilómetros. Un caminador sin carga, en esta planicie, recorre esa distancia en media hora ; póngale usted otra media hora porque se fueron despacio y tenemos que han debido salir de « Las doce Quebradas » antes de las ocho.

— Los cartuchos aquellos los habrán entretenido algo. .

— ¡Bien! que salieran á las nueve. Un peón cargado camina 1.500 metros por hora : han debido llegar aquí á las once.

— ¿ Y los descansos? ¿ Y si mataron pava?...

— Corriente. Agrégueles usted una hora más ! Póngales otra de barato. Á la una han debido llegar... y son los cinco y media!

— En todo caso les tendremos su comidita lista; porque ya los calculo *aquisito no más,* decía el buen ayudante, atizando el fuego, cuyo humo se le entraba por los ojos y lo ponía á lagrimar y á hacer visajes.

Pasó la noche y los peones no llegaron.

* * *

Diálogo de mosquitero á mosquitero.

— No oyó usted ayer cuando uno de ellos dijo : « ¡Caracoles! Yo no sigo cargando más en esta lejanía. »

— Sí, oí; pero eso fué porque se tropezó con una raíz.

— Y no percibió usted que Ipiales dejó unas yucas en Cachupendo, escondidas entre la paja, y dijo : « Aguárdenme ahí, condenillas »?

— Como tenía la esperanza de regresar por aquí...

— ¡Diga usted el propósito y no la esperanza! No sea usted crédulo, ellos ya no llegan. Pensemos en la última reorganización : la Expedición no ha fracasado todavía; cuenta con dos hombres.

— Y, en ese caso, ¿qué dejamos aquí?

— ¡Todo! No tenemos víveres que nos estorben ; no tenemos ropa de repuesto, no hemos de andar cargando catres !...

El tiro fué certero : un suspiro se exhaló bajo el toldillo vecino.

— ¿Y no oyó usted anoche, dijo por último el interlocutor, un bufido por allá arriba?

— Sí, lo oí; no hay cuidado : ese es tío tigre.

* * *

Al día siguiente á las nueve de la mañana, después de almorzar y empacar convenientemente los catres para dejarlos guardados bajo el rancho á la *mataguate*, envolvíamos nuestras almohadas para seguir como el *paje de San Juan*, cuando un ruidito de chamizas nos hizo volver instantáneamente la cabeza.

— ¡Pensábamos que fuera tío tigre!...

— ¿Dónde está Ipiales?

— Viene atrás enfermo.

En efecto, una hora después llegó el pobre hombre, agobiado bajo su carga y el rostro demudado. El hambre lo había

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

obligado á comer *pepas de monte*, tostadas al fuego, y venía con una indigestión respetable. Empezaba á recoger el fruto de su fidelidad! ¿Qué otra cosa puede recoger el infeliz y pobre de espíritu que cumple humildemente su deber en apartados é ignorados sitios? Por fortuna, sobre sus mismos lomos, en el inagotable baúl del ayudante, traía todo un botiquín. Ya teníamos una baja más.

Este incidente nos hizo perder un día de marcha, y para no quedar debiéndolo en el contado estricto de la vida, acordamos una excursión por los contornos del Campamento para explorar el terreno.

No fué gran cosa lo que anduvimos; pero comprendimos una vez más que recorríamos una planicie suavemente inclinada hacía el Sur, únicamente interrumpida para dar paso á los numerosos raudales que la surcan de oriente á occidente, en busca del Guamués. Allí pueden fundarse cultivos de café, cacao, caña de azúcar, yuca, maíz, pastos artificiales, y cuanto el agricultor de los tierras medias recoge á manos llenas de la próvida labranza.

Además tuvimos dos hallazgos valiosísimos :

1°. Una trocha limpia, probablemente de los indios del Alpichaque, la cual sigue el borde de la meseta que mira al Guamués. Estábamos en la ruta del puerto y no muy distantes; pues, según dicen, los indios no hacen largas excursiones para sus cacerías, y esta trocha no debía de tener otro objeto.

2.° Un conejo, para reemplazar en la despensa al mico aquel, que nos sabía á *paico*.

El horizonte se ensanchaba por esta parte.

Al regresar al Campamento pudimos medir la infinitésima pequeñez del hombre. El rancho agazapado parecía la guarida de una alimaña; nuestros mosquiteros completaban la semejanza : eran el capullo asqueroso de un gusano ó la tela enmarañada de algún arágnide horrible. La sombra de la tupida y majestuosa arboleda, entre cuyas raíces se guarecía este raro animalejo, concurría á poner de relieve su ruindad y tristeza. Gritamos de lo alto de la colina fronteriza, desde donde contemplábamos al través del boscaje el abatido orgullo del hombre, y el peón enfermo nos contestó con balido de fiera doliente.

La orquesta de los sapos empezaba sus preludios : un gran *bajo*, cuya garganta debía estar provista del cornetón más

grueso del órgano catedralicio, tronaba en un rincón de la cañada, y la *contralto* de enfrente, en una arruga de la cañada inmediata, le hacía el dúo con sentido eco. Aquello parecía una plática de amor sapuno. Las voces de segundo orden iniciaban sus coros con cierta timidez : gua !... ¡gua-gua!... ¡guaaa!... Los numerosos sapillos, seguramente alumnos de esta academia de canto, comenzaban también su estudio, con aplicación verdaderamente escolar : *a*!... *ab* !.... *abc* !.... *abcde* !...

— ¡*Lean* ! ¡*Lean* ! ¡*Lean* ! gritaba el sapo mayor.

Las ranas enflautaban sus vocecillas agudas con tenaz empeño, como para no deslucir sus habilidades en este conservatorio silvestre. Y los renacuajos, chiquillos consentidos de la madre ciénaga, chillaban y chillaban.

— Va á llover, dijo Ipiales. Cuando los sapos arman este alboroto, es agua segura.

— Medrados quedaríamos. ¡Hambre, soledad, enfermedades y *agua va*, por añadidura! No digas eso, Ipiales, porque te oyen.

Y con efecto, á eso de la media noche, nos despertó el estallido de un trueno. Tras de éste sonó otro, sordo y lejano. Un relámpago iluminó la selva con siniestro fulgor.

— ¡Dios mío, la tempestad !...

La tempestad en la selva es más medrosa y terrible que en el mar. Los rayos descuajan é incendian; el huracán tumba y arrasa; los arroyos hechos poderosos torrentes, braman en sus pedregosos cauces, se salen de madre é inundan la planicie con asoladora rabia; las fieras, amedrentadas, rugen con sentido lamento en sus cuevas, y el hombre tiembla, aterrorizado en su miserable pequeñez, é implora misericordia al Buen Dios.

Gruesas gotas de agua caían sobre la toldita, con estrépito de balas, y el rumor fatídico del chubasco, que azotaba las copas de los árboles, se acercaba presuroso.

— ¿Nota usted que el concierto ha callado, como si el terror impusiera tétrico silencio á estas alimañas de mal agüero?

Los centelleos eléctricos se sucedían ya con tal rapidez, que nos parecía ver correr y descorrer en este escenario dantesco telones, ora negros, ora de mustias arboledas grises. En este palpitar luminoso del cielo, se adivinaba la agitación convulsiva de la tormenta.

La atmósfera, inquieta por la conmoción, era víctima de sa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cudidas epilépticas. El huracán bravío giraba y se azotaba, como una víbora frenética, sobre los ramajes del bosque. Al estallido de los truenos, al rumor del chubasco y al rebramar del viento hecho remolino, se agregaba el crujir de la arboleda y el estrépito de la selva al caer en grandes agrupaciones, como familias enteras agobiadas por la maldición de los dioses.

— ¿A qué hora nos tocará morir aplastados por la caída de cualquiera de estos gigantes que nos rodean? quién sabrá mañana dónde sucumbió el último cuadro de esta infeliz expedición?

Pero la racha de las furias del cielo pasó por nuestras cabezas sin causarnos daño alguno y sólo subsistió un aguacero tenaz, hasta el amanecer.

Las predicciones de Ipiales son de temerse.

VII

La inmortalidad y su secreto.

Un peón menos y un bulto más. — Pronósticos de Bristol. — Cada cual á su oficio. — Un cuento simbólico — Leyenda de las lugunas. — El explorador extravagante. — El peón de Mocondino y su mujer. — La parte del cuento que supo el mestizo. — La parte que el viajero apuntó para las inteligencias superiores. — Cómo era el monarca, cuánto sabía y qué representaba. — Qué merced pidió el viajero. — La ley del amor. — La sabiduría de las aguas. — Cómo refiere el pueblos sus leyendas.

— Ipiales ¿ cómo te sientes?

— Mucho malo, mi *dotor*; me ha picado el *rematiz*. Tengo un dolor en los huesos, *que ni qué*.

« Vaya pues; no sólo hay necesidad de darle de baja en la expedición á un carguero sino que será preciso darle de alta á un bulto más. »

— ¿ No escampa, señor? ¿ Qué hacemos?

— Si las píldoras de Bristol no son buenas para el reumatismo, en cambio, su almanaque tiene aciertos en cuanto á predicción del tiempo. Consulte usted nuestro calendario.

— « Mayo 8: luna llena »... « Seco en el centro y sur de México » ...

— Eso significa que hoy llueve, por causa de la oposición : pero que mañana tendremos buen día, si nos declaramos súbditos de don Porfirio.

— ¿ Qué hacer ? Llueve á cántaros... Ipiales muy malo.. Todos flacos y desalentados.

— Pues en casa y cada cual á su oficio : el uno á sobarse las piernas, para ver si le sirven mañana; el otro á rajar leña para la hoguera, pues anoche, durante la tempestad, pujaba

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por ahí el tio tigre : el otro á reformar su catre y el infrascrito á su libro, para que la relación vaya al día.

« Pero allí para la relación del día; tendrás necesidad de escribir la de mañana por anticipación, pedazo de alcornoque. »

Esto nos gritaba la conciencia.

— Pues no, mi señora. Para divertir esta gente entristecida, contestamos, voy á inventar un cuentecillo alusivo á este viaje.

Todas las lagunas del país tienen su leyenda : la de Tota el Calvario encontrado por don Fernando de Vargas y Olarte, en la península de Susacá; la de Siecha, la ceremonia imperial de El Dorado; la de Fúquene, el sacrificio de los tausas en servicio del Zipa ; la de Ubaque, el escondite de los tesoros del Príncipe Guatavita, rescatados á la codicia de Saguanmachica ; la del Verjón, detrás de Monserrate, el venado de oro ; la de Pedropalo, la calzada misteriosa. La de Pasto, la Cocha, en lengua quichua, ha sido la laguna muda.

Pero de hoy en adelante, tendrá también su historia fantástica, fundada en el viaje que hizo desde sus orillas un explorador. La inventiva popular le pondrá colorido á esta historia y pasará de boca en boca, á través de los más remotos tiempos.

Érase un hombre raro, que gustaba de andar por cordilleras y desechos. Éloyó decir que existía este lago, cuyas aguas van desde el Bordoncillo al Atlántico, y quiso descifrar el misterio de esa corriente trascontinental. Buscó un peón para el trasporte de bastimentos, se caló la bota ferrada y echó á andar.

Llegó á la orilla de El Encano y le dijo al péon :

— Voy á darme un baño en estas aguas del encanto ; si me consumo y no vuelvo á salir, aguárdame con mis comestibles en el Alpichaque. El Alpichaque es el primer puerto de río, donde vuelven á aparecer nuevamente los indios, allá muy lejos, en la llanura. Anda breve, porque yo puedo llegar antes que tú.

El peón se rió del explorador nigromántico y esperó detrás de unos juncos á que su patrón acabara de bañarse en las aguas verdosas de la Cocha.

Pero trascurrió una hora y el bañista no salía de estas heladas aguas.

— ¿ Se habrá echado á ahogarse este loco? pensó el peón, y acudió á sacar siquiera el cadáver.

Pero, cual sería su sorpresa., cuando en lugar del patrón, oyó una voz que parecía salir del lago y decía :

— « Feliciano, anda breve, pues en el Alpichaque te aguardará tu patrón.»

Tiempo tengo, dijo para sí Feliciano, de volverme á Mocondino (pues de allí era el peón) á consultar el caso con mi mujer.»

En Mocondino le dijo su mujer :

— Cumple tu palabra, Feliciano, y á ti qué te importan las hechicerías de ese embustero . Vas al Alpichaque y vuelves en ocho días. Nada pierdes con eso. Cumple tus compromisos siempre, hasta con los muertos, Feliciano mío !

El peón, de mala gana, hizo el viaje á todo andar, para comerse al regreso los comestibles del estrambótico andariego.

Al llegar al Alpichaque, á quien primero vió Feliciano fué á su patrón, todavía de botas altas, paseándose alegre por la orilla del río y conversando en idioma con los indios.

— ¿Por qué vienes tan tarde, Feliciano? Hace tres días te aguardo para despedirte; porque ya no necesito de tus servicios : de aquí para abajo me llevarán estos amigos, para quienes conseguí una recomendación obligante.

— Señor, vine lo más ligero que se puede andar en esta trocha; pero los ríos, los atascos, las subidas y bajadas, lo entretienen á uno.

— Toma tu gratificación y márchate... Pero te noto lleno de curiosidad por tener qué contarle á tu mujer, y voy á darte gusto. Tú trasmitirás la parte fantástica y novelesca, y yo haré saber de otro modo la parte científica y filosófica de mi aventura; oye, pues, lo que te toca.

En aquella laguna, en tiempo inmemorial, se consumió una raza innúmera; pero has de saber, Feliciano, que esa raza no muere : vive siempre, se reproduce eternamente y es dichosa. Ese pueblo me recibió y aquí me trajo.

Yo traía el *Sésamo* que me entregó el cacique anónimo de Cucunubá, quien pasa por un simple agorero ó *tegua* en Subachoque, y con sólo pronunciarlo á orillas de la Cocha, en lengua inga, se abrieron las aguas y una diputación de príncipes indios salió á recibirme. Las más vivas demostraciones de afecto merecí de parte del pueblo, ruidosamente agolpado

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en las bocacalles de la grande avenida que me conducía al alcázar. El millonésimo sucesor de los hijos del sol me hizo el honor de quitarse el velo para recibirme y me abrazó enternecido. La fisonomía noble del monarca, con su barba blanca, infunde el más profundo respeto; su hablar, cadencioso y lleno de pensamiento, trasmite en breves instantes un caudal de ciencia ignorada en el mundo; sus maneras majestuosas denuncian la nobleza de su estirpe, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos. Sobre la faz de la tierra no se tiene idea de la pompa, el poderío, la sabiduría, la bondad, la riqueza y las comodidades de que hace gala este archinobilísimo príncipe.

« Yo no soy el Inca, como me llama mi pueblo, sino el padre y representante de mi nación : no soy una personalidad, cuyos caracteres me individualicen en la masa homogénea de que hago parte; únicamente soy el símbolo concreto de aquel conjunto. Las instituciones perfectas, en las cuales se ha cristalizado la idiosincracia de mi raza, han nacido, se han procesado y han florecido, desde muchos siglos atrás, en el corazón de mis antepasados y yo soy el alma de esas instituciones, hecha ley inmutable á través de una selección casi eterna. Por eso aquí no hay legislación escrita : el derecho está en mi sabiduría y en mi justicia, atributos que son esenciales á mi naturaleza.

» Mi sangre corre por las venas de este pueblo, el que se dice, á sí mismo, hijo del sol; porque desde la simple combinación binaria de su origen, fué mi primer abuelo genitor inicial de esta prole numerosa, al propio tiempo que fundador de mi dinastía. En mí, por la educación de gobierno y porque poseo virtualmente la historia desde el principio, se reflejan la voluntad y los recuerdos, los anhelos y los gustos, las ciencias y las artes de mi pueblo, bajo la forma de propiedades intrínsecas, sin las cuales dejaríamos de ser. Por esta razón entre nosotros no hay propiamente conciencia ni albedrío, las que se confunden con mi gravedad y mi capricho, como se confunden entre vosotros con la noción axiomática, los movimientos reflejos y el instinto.

» Este pueblo es feliz con su destino bajo mi providencia; porque el derecho crece con el curso del tiempo, como crecen y se complican á través de vuestras generaciones las modalidades económicas y políticas, contra las que vosotros soléis

reaccionar. Ni puede haber sediciones; porque mi pueblo, libre dentro y por virtud de su ley que yo represento, sabe que mi desaparición equivaldría á la supresión de su vida. »

Este discurso es apenas una muestra y la traducción imperfecta en palabras de lo mucho que el monarca, no sé si me decía ó me insinuaba con su mera presencia; la cual me infundía curiosidad de saber más y, al propio tiempo, temor de compenetrarme en su ser á virtud de su sabiduría, hasta quedarme confundido en esa totalidad de que él hacía mérito; y así, me atreví á decirle, con el objeto de satisfacer la primera y obedecer la advertencia del segundo :

— ¡Serenísimo señor! Vuestro huésped y sus hermanos en la tierra no poseemos más principio verdadero que el de la muerte, del que hemos derivado todas nuestras ideas de inmortalidad. Detestamos de la primera y amamos la segunda : trasmitidme, en gracia, el secreto poderoso, en virtud del cual parecéis eterno, si no lo sois en realidad, y permitidme que salga pronto de vuestra pavorosa y luminosa presencia, para trasmitir ese secreto maravilloso á los hombres.

— « No has pedido nada : el principio es muy simple y de obligatoria aplicación. Escúchalo y gozarás de la misma inmortalidad que yo. Ama á tu pueblo y tribútale á él tu saber y tu vida; ama á tu hijo y trasmítele, con tu propio ser, el amor por tu pueblo. De esta manera el pueblo, con la memoria perpetua de los organismos que se renuevan en sí solos, confundirá en una personalidad constante á ti, á tu hijo, á tu nieto... y éstos irán confundiéndose, por herencias sucesivas del ser, en la personalidad y en la conciencia de los antepasados. Previsto está tu deseo de salir de aquí á propagar esta idea, tan vieja como el mundo — la ley del amor — que los hombres suelen echar en olvido para su desgracia. Individuo como eres de otra especie, con otras nociones de la moral y de la ciencia, tu detención entre mis súbditos sería corruptora: tu viaje está preparado y en cinco minutos habrás recorrido sin sentirlo las treinta leguas que te separan del Alpichaque, otra de las portadas de mi reino. »

— « ¡Qué sabía filosofía la de los ríos! ¡cuánto ganaran los hombres, si la comprendieran, y los gobiernos, si la obedecieran! »

Esto dijo el nigromántico andariego, y siguió su marcha por la llanura.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Feliciano, procurando retener tan intrincada teoría y tan incomprensible historia para referírselas á su mujer, volvió á Mocondino y allí se hizo viejo, contando su cuento, del modo siguiente :

« De Cucurubá vino un enviado á ver y visitar el encanto de la Cocha. Y el enviado era un indio, á quien llamaban el Tegua, por su sabiduría. Y á mí se me presentó como un viajero; pero no era sino un sabio. Llegamos á la orilla y él se entró de rondón al Alcázar de las aguas y yo seguí ligero al Alpichaque. En el Alcázar lo recibieron príncipes, vestidos de peces y princesas, de sirenas; y el rey, que era el alma del río y el encanto de la laguna, lloró al verlo y le dió un abrazo que ainas lo emparama. El Tegua le pidió una merced al rey de las aguas y éste le dió el secreto para gobernar á los pueblos, haciéndose pueblo, como el rey del agua se hizo río, y el hechizo para hacerse inmortal por medio de la trasmigración de las almas (digo yo de las almas y él no dijo sino de la sabiduría y el amor) de padres, á hijos, á nietos, á chornos. Las espumas lo sacaron breve, para que no se contaminaran de muerte las linfas y yo lo enconcontré ya en el Alpichaque, platicando sobre estas brujerías con los indios Mayos. »

VIII

Principio de un delirio.

Cerca del Alpichaque. — En la inopia. — ¡Levántate y anda! — Acta de la agonía. — El letargo del hambre. — Decorativo. — El vino en pelo. — Dónde encontraremos aguardiente. — El arrastrón. — Antropofagia. — El predominio de los hombres inferiores. — La tierra del plátano hartón. — Nueve leguas en 15 días. — Dónde está el Alpichaque. — Cálculos alegres. — Interviene maliciosamente la matemática. — Falta una legua. — Ensueños famélicos. — ¿Qué es el Alpichaque? — ¡Se inmortalizó!

Estábamos con un conejo por toda ración y algunas migajas de galleta; no teníamos ya cartuchos y habíamos perdido la esperanza de que se nos diera alcance con víveres y peones. Era preciso andar ó sucumbir.

— ¡Amigo Ipiales, levántate y anda!

— Me *adolecen* mucho las canillas, patrón.

— No importa : es preferible que se te partan de dolor á que muramos todos aquí, olvidados de los hombres. ¡Vamos, buen amigo, tu tercio al hombro y en marcha!

La relación de estas jornadas es una penosa acta de agonía.

El pobre cocinero, indio de color de chocolate requemado, con dos hermosos parches en los carrillos de color de achiote, estaba pálido, empezaba á blanquear, se le desencajaban las mandíbulas y se le hundían los ojos. Á cada veinte ó treinta pasos recostaba su maleta en algún tronco, para coger fuerzas, y se quedaba aletargado.

— ¡Upa! ¡Upa! Otro empujoncito más; no seas cobarde : el Alpichaque no debe estar distante!

Y el hombre suspiraba, hacía otro esfuerzo para recuperar la carga y, confortado con la esperanza, seguía andando.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Nuestro infatigable Ayudante iba siempre de vanguardia, silencioso, cabizbajo, acaso arrepentido de haber jurado nuestra bandera. Con su sombrerito calado hasta los ojos é inclinado sobre el bastón al peso de su maleta, parecía un decorativo constante en el paisaje monótono de la trocha, alameda sombría, siempre igual. Tenía los ojos abotagados, la mirada opaca y los pies hinchados.

— Esta peladurita de la espinilla, decía, está tomando el aspecto de una llaga; pero no me impide caminar.

El autor iba perdiendo sus energías y dejaba comprender su fatiga. Al paso del cocinero, le hacía compañía en todos sus descansos. Sentía un anhelo triste en el estómago : el vino sin colación le hacía mal.

— « Me cae frío, como un aguacero en el puro enladrillado. »

Las sienes, el pulso y los talones, como si estuvieran apostemados, nos palpitaban con violencia. Un piquetico constante en uno de los tobillos y la hinchazón excesiva en esta parte del pie, nos hacían sospechar que empezábamos á sufrir del mal de Ipiales.

— « Es el frío que se le ha colado », nos decía éste para tranquilizarnos; « donde encontremos aguardiente, dése usted una fricción, y verá que no le sigue. »

En una palabra : la escasez de alimentos, la humedad, la falta de luz, la fatiga y la desesperanza, minaban rápidamente la salud de los cuatro expedicionarios.

Aquello había perdido, á pesar de nuestro espíritu organizador, los caracteres de una marcha, para degenerar en un *arrastrón*.

En tales condiciones desfallecen toda disciplina, todo propósito, toda aspiración, toda superioridad de alma y no subsisten y se imponen sino las necesidades físicas, niveladoras de todos los hombres á la estatura de todas las bestias. Es verdad que en este trance no llegamos, ni con mucho, á pensar cuál de los cuatro tendría la carne más tierna y apetitosa, ni cuál haría menos falta en el mundo, á fin de que prestara su carapacho para un festín antropofágico : eso no se empieza á deliberar sino al quinto día de hambre absoluta, según aseguraba Marcillo. Por lo pronto, lo que sucedía era el predominio del egoísmo con sus odiosas manifestaciones, el cual tanto denuncia en la vida social á los hombres inferiores : la

buena armonía que reinaba en la dichosa época de la panela y de la cebada, empezaba á desaparecer, y la amargura de los ánimos que apenas arrugaba el entrecejo de los expedicionarios, hubiera hecho de las suyas, si el mismo egoísmo no aconsejara « la unión por la fuerza ». Esta fué oportunidad de comprobar experimentalmente que las crisis económicas son las más eficaces causas de disociación en un país, de pocos vínculos, como el nuestro, durante las cuales predominan los hombres inferiores, á virtud de su mayor desenvoltura en la lucha brutal.

Nuestra diminuta sociedad de cuatro miembros, de bien definidas categorías, y escalafonados de acuerdo con ellas, empezaba á revolcarse en favor de los de abajo y en perjuicio de los de arriba, como sucede siempre en las revoluciones, y hubiera estallado la sedición, de la que hubo varios conatos, si la necesidad de buscar la tierra del *plátano hartón*, no fuera por de pronto, una aspiración común, de recíprocos enlaces.

Habíamos andado quince días desde Juntas, y aunque la distancia recorrida apenas alcanzaba á nueve leguas, nos parecía que ya llegábamos al otro lado del planeta.

— Dime, Ipiales, ¿ tú has ido al Alpichaque por el otro lado del río?

— No he ido sino á Santa Rosa, que queda á mano derecha, como á medio día del Alpichaque, según he oído decir.

— ¿ Cuánto hay de Juntas á Santa Rosa ?

— Escotero, hay tres días.

Tres días equivalen á veinticuatro horas de marcha, y á razón de tres kilómetros por hora, hacen, probablemente, catorce leguas. Es decir, que todavía nos faltan cinco leguas. ¡ No puede ser ! ¡ Eso es mucho ! El Alpichaque, según entendemos, es un puertecillo de canoas sobre un raudal, en el cual se desanda en tres lo que se anda en uno. En la Cocha observamos que los remos determinan una velocidad de cien metros por minuto. Según esto, ¿ qué velocidad llevan las aguas del río en el Alpichaque ?

Mano á la cartera y á resolver la siguiente ecuación :

$$V + 100 = 3\ (V - 100)$$

Esto da $V = 200$, para la velocidad de las aguas.

De modo, que las canoas bajan con 300 metros de velocidad

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y suben con 100 por minuto; es decir, que bajan como rayo!

«¡Ah, mi pobre formulario! Ahora sí que deploro no haber traído mis libros.» La fórmula de Prony nos habría dado la diferencia de nivel entre el Alpichaque y la gran llanura de la red de aguas, donde está La Sofía. El nivel de este punto no puede ser menor que el de Honda (240 metros); agregándole lo que nos dijera M. Prony, tendríamos la altura del Alpichaque... Como venimos bajando con el 1 por 100 y, sabiendo que actualmente estamos á 500 metros sobre el nivel del mar...

— En fin, no podemos saber cuánto nos falta para llegar al Alpichaque.

— ¡Ipiales! Dime una cosa: ¿cuánto gasta un peón cargado?

— *Asigún*: si va ligero... cinco días, y si va despacio... ¡seis!

Primer caso: $5 \times 8 \times 1.500 = 60.000$; 12 leguas.
Segundo caso: $6 \times 8 \times 1.200 = 57.600$; 11 1/2 leguas.

— Eso sí será, amigo: ¡doce leguas! Hemos caminado nueve; luego cuando más, nos faltan tres: un día de camino, ¡despacísimo! No hay que afligirse, muchachos; si mañana le metemos con empeñito, llegaremos.

— *¡Dotor!* Lo que hay es que nosotros ya no le creemos á sus cálculos.

Todo nuestro ensueño, nuestro pensamiento constante, nuestra obsesión, era llegar al Alpichaque. Ni un palacio encantado en los cuentos de hadas, produce el mismo anhelo misterioso. Despierto, giraba nuestro pensamiento alrededor de sus platanares, y de noche, soñábamos haber llegado ya y estar en una hamaca, fumándonos un cigarrillo, de los que hacía muchos días que nos habíamos privado, por el retardo del cajón quedado en Ríoverde.

En medio de este delirio *alpichacuno*, resultado entre otras mil circunstancias de nuestra extenuación, la cual nos causaba fiebrecita famélica, nos solíamos preguntar:

Y bien, ¿qué cosa es el Alpichaque? ¿Qué gente vive allí? ¿Cuántas casas hay? ¿Qué esperanza fundada tenemos de encontrar allí recursos? ¿Quién nos asegura que las canoas no andan de viaje por el Putumayo? Y los dos ó tres indios que viven por allí, ¿no es lo más probable que tengan sus casas

del lado de Santa Rosa? Lo seguro es que vamos hacia el suplicio de Tántalo!

En todo caso, ¡oh, Alpichaque! Seas puerto ó portillo, solitario y sin recursos, inhospitalario y esquivo, te deseamos la inmortalidad y ojalá que, por la fama de estas aventuras, caiga sobre tu nombre el polvo de los siglos, siempre brillante, ¡como sobre Roma!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IX

El Puerto encantado.

El ideal. — La exactitud matemática. — Las *cañas* del valle. — La *chagra*. — Lo que comimos. — Apetito y hambre. — El criterio de la yuca. — El Alpichaque atrás. — Los bandidos. — Recolección del caucho. — Plan para encontrar el Puerto. — Viene gente. — Los víveres y los peones llegan tarde.

Logramos con los cálculos anteriores, con sus ⨯⨯ impresionistas, levantar el ánimo agotado y, nosotros mismos, adquirimos la certidumbre de que al cabo de pocas leguas de marcha, descifraríamos el encanto de nuestro patrocinado puertecillo, de imperecedero recuerdo. Á la mañana siguiente la expedición recorría la tortuosa trocha á paso de inusitada rapidez.

¡Vale tanto el ideal en la vida!

Nadie sintió el cansancio hasta no completar tres horas de marcha, que los peones entienden en todas circunstancias, otras tantas leguas.

— Ya ve usted. ¡El Alpichaque no parece! Exclamaron los muchachos, arrojando con cólera sus bultos al suelo. De aquí si no seguimos, ¡aunque nos muramos de hambre!

— Pero, ¡barántula con la exactitud que quieren ustedes darle á las matemáticas! ¡Uno ó dos kilómetros, más ó menos, no son para hacer dudar de la ciencia, ¡hombres de Dios!

No era el momento propicio para confortar esas almas, ni para volver por los fueros científicos, y aunque hubiéramos podido andar mucho más ese día, tanto por la hora á que estábamos, como porque sentiamos poco cansancio, resolvimos acampar allí.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— ¡ Bien ! Pasemos aquí la noche y llamemos éste el campamento de « Las Vísperas », porque los kilómetros que perdemos hoy, los recuperaremos mañana.

Aquella noche dirigimos la amortiguada charla sobre la exuberancia de las tierras calientes.

— Este clima nos recuerda el del valle del Cauca, donde, no es exageración, la caña de azúcar alcanza una longitud de diez metros y un diámetro como el de aquella palma.

— De modo que los cañaduzales parecerán guaduales.

— ¡ Casi, hombre ! Para meter una viga de esas al trapiche es preciso hacerla cinco ó seis trozos y es necesario rajarlos á lo largo para que quepan. Pero eso no es nada : ¿ cuánto pesará por aquí un plátano ?

— Una libra, tal vez.

— Pues, entonces un plátano del valle pesa, por lo menos, media arroba. ¡ Y qué almíbar ! Con un plátano bien asado, se tienta y se halla cualquier mulato del Cauca.

— Eso dicen.

— ¿ Y las yucas ? Señor, las yucas casi son tan grandes como las de la hacienda de don Domingo Rosero. Es que por aquí no tienen idea de lo que es la tierra caliente. Verán ustedes mañana en el Alpichaque...

Soltada la charla por ese lado, no tuvimos necesidad de animarla : en la cocina siguieron creciendo las cañas del Alpichaque, hasta que las del valle parecían cañutillos de cebada.

Ya de noche, y cuando el sueño rondaba por los toldillos, salió una voz de la cocina ;

— ¿ Á qué hora piensa, *dotor*, que llegaremos mañana al Alpichaque ?

— Según y conforme ; si salimos temprano y no andamos con flojeras y con que por aquí no es y por allí sí debe ser la trocha, calculo que llegaremos á medio día ; porque ya no faltan sino dos leguas.

Ya teníamos provisión de esperanzas para el día siguiente.

— ¡ Bendito Dios ! decía el cocinero : ya mañana ¡ no más carga !

Alegres también, hasta donde pueden estarlo los hambreados, dejamos atrás, á todo andar, el campamento de « Las Vísperas ».

Una, dos, tres, cuatro horas, y nada que parecía el puerto.

Ya el desaliento cundía entre los peones, cuando la claridad de la arboleda nos anunció un desmonte.

— ¡ El Alpichaque, el Alpichaque ! gritaron los peones, al pasar una quebrada profunda.

En efecto, se abrió de repente el cielo y un grupo de palmeras nos ofreció el paisaje de los campos ideales de la llanura.

Eran las doce del día. El hambre corroía nuestras entrañas. Los muchachos arrojaron las maletas para volar á explorar el campo, en busca, primeramente, de lo comible. Una hora anduvieron por allí merodeando, mientras nosotros, rendidos de fatiga con el calor del medio día, aguardábamos sentados sobre una piedra del arroyo, el resultado de la exploración.

— Señor, quedémonos aquí : hay caña, maíz, camotes, yuca, chontaduros, aguacates... y á usted le traemos esta piña. ¡ Estamos en una *chagra* !

Con verdadera voracidad nos comimos la piña y pedimos que nos trajeran otra. ¡ Qué bienestar inefable el que se experimenta al comer cuando se siente hambre ! No confunda el lector el valor de las palabras : él no ha sentido sino buen apetito ante la suculenta sopa, y piensa que eso era lo que sentíamos al devorar las piñas casi con cáscara. ¡ No ! Era la más vil de las miserias humanas ; era el hambre, consejera del robo, el suicidio, la antropofagia.

Satisfecha la necesidad, nos reanimamos, como no habíamos vuelto á estarlo desde cuando salimos de Pasto y miramos el campo, las palmeras, el cielo, donde adivinamos la Providencia y le rendimos nuestra acción de gracias.

Una hora más en chupar caña y comer piñas y mazorcas crudas.

Nuestro criterio era otro, muy distinto del de nuestra gente: el Alpichaque, más que el plátano hartón de doce libras, significaba la coronación de nuestras aspiraciones en esta curiosa exploración del Caquetá. De modo que la *chagra* se nos ofrecía como un medio para verificar el viaje y no como un fin. Los peones, por el contrario, llegaron á persuadirse á fuerza de repetirlo nosotros, que el objeto de nuestros anteriores sacrificios era llegar donde hubiera qué comer. Por esta razón cuando les gritamos : « Muchachos, en marcha ; ¡ á dormir al Alpichaque ! » encontraron esta orden cruel, estúpida y antojadiza.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Nos impusimos en esta ocasión con la energía con que solemos hacerlo en los grandes trances, y los buenos muchachos salieron del sembrado, murmurando contra nuestra tiranía é imprevisión.

— No sean ustedes tontos, les dijimos; este será nuestro almacén de víveres: lleven como para comer esta noche, y mañana, ya instalados en el puerto, volverán por una buena provisión.

Este fué realmente nuestro intento: ya habíamos calmado el hambre y el fin del viaje estaba muy cerca; ¿qué objeto tenía el adherirnos allí al amor de unas yucas?

Desgraciadamente caminamos toda la tarde y el siguiente día, hasta cuando la trocha dejó el rumbo anterior al sur, se fué separando poco á poco del río y se internó hacia el oriente con suave giro al norte en sus últimas curvas.

¡Habíamos dejado atrás el Alpichaque!

Por la mañana del segundo día, pasamos un río bastante aguado, cuya dirección, más bien cargada al oriente que al sur, nos puso en sospecha de si sería ó no afluente del Guamués.

— Solamente que hiciera una curva de retroceso, para buscar luego á éste ó que lo vaya á cortar muy abajo!

Continuamos andando por la trocha unos kilómetros más por vía de exploración y comprobamos nuestra hipótesis de que ya el sendero seguido hasta entonces no sería buen director; pues no es obra de los indos del Alpichaque como habíamos creído, sino de los caucheros, errantes por la selva, en busca del precioso árbol.

Varias veces encontramos derribados y picados á puñaladas estos vigorosos señores de la selva, muertos á manos de codiciosos de encrucijada, semejantes á los salteadores que matan para robar el puñado de monedas del bolsillo del viajero, quien en el resto de sus días hubiera producido centenares de miles!

Nos infundió profunda tristeza esta señal de salvajez y si se quiere, esta depresión del nivel moral del pueblo. ¿No es un acto criminal cortar una existencia productiva? Pues este delito cometen los caucheros de Catambuco al derribar el árbol que los hombres civilizados están cultivando en otras partes con solícitos cuidados.

¡Si cada delito contra la riqueza de la selva produjera, como

motivo seductor, un mayor rendimiento! El árbol caído produce tanto como en pie y convenientemente sangrado una sola vez. No se crea que la criminal estulticie de matarlo aumenta el lucro. Acaso la buena época del derribe, como es natural, haga más productiva la tumba; pero en el furor de la codicia, esta oportunidad tampoco se tiene en cuenta: no se respetan la edad ni la ocasión.

— « Derribemos el árbol, dicen, aunque nos produzca poco, ya que otro puede ser el aprovechado ».

En un rancho de caucheros, donde estuvimos el último día vimos por el suelo cuatro hermosos árboles, picados en toda su extensión.

— Dime, Ipiales, ¿cuántas arrobas de caucho habrán producido esto cuatro árboles?

— Pues, señor, nos contestó; conozco estos árboles: son de caucho blanco; han sido cortados en sazón y en buena época y calculo que habrán producido una libra cada uno. Para llenar esta prensita, que aquí vemos, de unas treinta libras de capacidad, han tenido que derribar otros veinte, por lo menos.

— ¡Qué horror! ¿Y por esta mezquindad, valorizable en diez ó doce pesos oro, han cometido veinticuatro asesinatos? Definitivamente éstos son unos bandidos de menor cuantía, á quienes debiera perseguir la justicia como á malhechores!...

Aunque de veinticuatro árboles sacaran dos arrobas, por valor de veinte pesos oro, tampoco quedaría justificada la destrucción ciega de la riqueza nacional.

— Los grandes árboles de caucho negro, por allá abajo, continuó diciendo Ipiales, sí producen hasta dos arrobas cada uno.

Ya con fuerza fisiológica para caminar, regresamos rápidamente al río aquel, vadeado por la mañana, poseídos de una especie de temor, por haber andado á solas por esta trocha de caucheros, con unas pocas libras esterlinas en el bolsillo.

Era hora de hacer campamento y meditábamos, sentados sobre una barranca formada por la corriente, si sería acertado bajar al otro día por toda su orilla, en busca del Guamués, ó si convendría mejor seguir el curso de la quebrada anterior, cuya dirección es más satisfactoria.

— En dos jornadas, por la playa del Guamués, le decíamos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en este momento al Ayudante, una de para abajo y otra de para arriba, habremos dado con el puerto buscado.

— ¿Oyó usted un grito allá?

— Sí; es probablemente el eco del que dieron nuestros muchachos.

— No, señor. Viene gente, dijo levantándose alborozado.

Efectivamente, pocos instantes después se arrojaban al río unos seis hombres, conductores de las maletas que habíamos dejado atrás, y con ellos venía el sobrestante, á quien habíamos mandado donde los contratistas hacía dos meses!

— Traigo cebada, carne y panela.

— Ya casi no son necesarias, contestamos con desabrimiento. ¿Y el Alpichaque dónde está? ¿Qué dice el práctico?

— No sabemos. Nosotros seguimos las huellas de ustedes, y los peones conocedores dijeron que hoy los alcanzaríamos allí. — El práctico siguió desertado para Santa Rosa.

— Habiéndose demorado ustedes tanto tiempo, supongo que traerán un buen cargamento de aquellos tres artículos... ¿Y los peones hasta cuándo están contratados?

— Alimentos vienen ya muy pocos y los peones terminan su contrato y regresan, pasado mañana.

— ¡Muy bien! ¡Vivan los contratistas!

X

El Encanto del Puerto

Los exploradores de Canaán. — Soñábamos. — Los cuernos de oro. — 1000 cazadores y 100.000 lebreles. — Lo que ven los penitentes. — El príncipe. — No hay tal puerto. — La picardía de los catumbucos. — El contra de aquella bribonada. — Faltaban pocos kilómetros. — Otra vez el espectáculo. — El príncipe Alpichaque!

Para nosotros, los empaques ¡untados de sustancia revenida, gelatinosa y amasada de los comestibles, ya en descomposición, por haber salido de Pasto hace más de treinta días: ¡70 libras de menjurje! Para ellos traían los cargueros, además de sus víveres secos, pavas, venados, puercos monteses, monos y ardillas, ora en salazón, ora frescas presas acabadas de cazar, calientes todavía bajo sus pieles. Nos parecía que ellos, como en los tiempos bíblicos, eran, y no nosotros, los exploradores de la « tierra prometida ». Agobiado bajo el peso de un hermoso ciervo, que todavía parecía implorar clemencia, con sus ojos tristes y turbios, pasó el río el último peón retrasado.

Bajo esta postrera impresión, á la hora de las tristezas del día, entramos á la tienda á seguir meditando cómo daríamos con el Alpichaque en esta inmensidad de la selva amazónica.

Piadoso el sueño cerró nuestros párpados; pero la inquietud del alma se sobreponía á la fatiga del enflaquecido cuerpo, y soñamos... que habíamos dado con el Alpichaque!

Pero el tal se nos apareció como un ciervo de pezuñas y cuernos de oro, brillantes al sol por la rauda carrera. Teníamos á nuestras órdenes, para aprehender al bruto, un millar de cazadores, alegres, obedientes, ágiles y avezados.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Militarmente, á toques de corneta, se dispuso la partida : aquella organización era maravillosa. Casi sin hablar, con un ligero movimiento apenas, se ponían en ejecución nuestros pensamientos.

Por centenares de miles se contaban los galgos que batían el inmenso campo de la corrida.

Los cazadores y los perros formaban una línea de ataque, de eficacia indefectible, la cual se agitaba con regularidad y en ondulaciones breves : ya corría sinuosamente como una sierpe, ora se fraccionaba en agilísimos fragmentos que volvían á unirse para hacer una circunvalación. El grito de los cazadores y el ladrido de los perros producían en la extensión de la selva una música llena de majestuosas tonalidades.

No habíamos podido comprender antes el placer de la caza, que alegra hasta la locura á los hijos de Diana. Tienen razón los cazadores : ¡aquél es el placer de los dioses!

Á pesar de tan flamantes circustancias, la partida con sus mil incidentes, de monótona reproducción, se prolongaba con aquella persistencia, enojosa al cabo, de los delirios.

A punto de cerrar el círculo, pasaba la res como un huracán por el único y estrecho punto franqueable ; pero casi instantáneamente, volvía con rapidez vertiginosa, superior á la del venado, á formarse el cerco que lo envolvía más adelante. Las más opuestas emociones se alborotaban en nuestro ánimo : el placer infinito, la angustia y el desaliento, las cuales mantenían en nuestro sistema nervioso una agitación convulsiva.

Por último, un cazador se nos acercó cauteloso, y nos dijo al oído :

— ¿No será esto el Diablo? Así dicen haberlo visto los penitentes!

— ¡Silencio! No vayan tus supersticiones á difundir el desaliento y el pánico en nuestra gente ! ¿Ignoras, acaso, que ese ciervo es el Alpichaque encantado ?

— ¿Pero quién es el Alpichaque?

— El Príncipe, dueño y guardián de toda esta inmensidad.

N obstante haber sucedido este diálogo en voz muy baja, lo oyeron los cazadores y, aterrorizados, se dispersaron en la selva. El grito de desesperación arrancado á nuestro pecho por este último infortunio en nuestra fantástica empresa, nos despertó, para no poder dormir más en toda la noche.

« ¿No podría salir de este asunto del príncipe encantado un bonito cuento para nuestro libro, que concurra á pintar el estado de ánimo en que estamos ? Perdidos en esta selva, sin peones ni víveres, en busca del puerto que estimamos salvador no sólo de nuesta reputación de exploradores sino de nuestra vida y la de nuestros compañeros, nuestra situación no puede ser más crítica ».

« Pero los instantes angustiosos no son propios para cuentecillos: no tenemos víveres, no hemos dado con este esquivo y acaso tan mentiroso puerto como el Patascoy, y sólo contamos con peones para dos días discutibles. »

En todo caso, haya ó no puerto, es preciso salir á la vega del río para buscarlo ó habilitarlo. »

» Aprovechemos los instantes: un día de los peones, á traer víveres de la *chagra*, y el otro, á llevar nuestras maletas á la playa. »

Esto pensamos y esto resolvimos durante el desvelo.

* * *

— ¿Tú qué haces aquí, metido en el rancho como una hembra en dieta? le gritamos coléricos á un peón que violó nuestra orden de ir á traer yucas.

— Señor, es porque estoy malo.

— ¿Qué tienes? le preguntamos ya en tono amistoso.

— Vea usted, nos contestó, montrándonos la espalda llagada como el lomo de un buey de carga.

Una picada de zancudo le había hecho un *nuche*, y sobre eso había cargado todos los días.

— Te daremos un remedio. ¿Eres cauchero? ¿Has andado por aquí? ¿Conoces el Alpichaque?

— Sí, patrón, soy cauchero; pero no he andado por aquí sino una *chulla* vez. Todo esto se llamaba entonces el Alpichaque.

— Y el puerto, ¿dónde queda? ¿Hay allí *chagras?* ¿Hay indios?

— Por aquí no hay ningún puerto. Allá, *arribota*, cuando se cauchaba en grande por estos lados, había un charco, por donde se pasaba á Santa Rosa. De resto, el río corre encajonado entre dos peñas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Éste fué el primer informe testimonial que tuvimos del Alpichaque.

— ¿Y en ese charco, en las orillas, vivía alguien y había canoas?

— No, señor. El charco servía para pasar en balsa y nadie tenía habitaciones por allí.

— ¡Está bien! Que te pongan en tu herida tabaco mascado: es buen remedio para que se salga el *nuche*.

« ¿Pero de dónde he sacado yo mis ideas del *puerto del Alpichaque?* » pensamos con perplejidad. ¡Las pasadas aventuras nos habían debilitado hasta la certidumbre de los conocimientos anteriores!

Al día siguiente regresaron los peones con diez yucas y media cuartilla de maíz. Habían empleado día y medio en recorrer cinco kilómetros, en recolectar y dejar allá provisión para abundar en la que tenían y en burlarse de nuestra desesperada situación.

— ¿Por qué tardaron ustedes tanto y trajeron tan poco?

— Señor, porque la chagra está lejísimos y porque no hay casi nada en ella: los loros, los micos y las hormigas, señor, son por aquí los peores enemigos de las siembritas de uno.

— Pues, ¿qué vamos á hacer? ¡Paciencia! Ahí tienen ustedes las maletas listas; se ha hecho muy tarde: ¡anden ligero, por el amor de Dios!

— ¿A lo cansados que venimos, seguir cargando? Nuestro contrato se terminó desde ayer, y nos vamos. ¡Bien aburridos que estamos de esto!

— ¡Vamos, muchachos, por favor! ¡Tengan ustedes piedad de nosotros! No es ya sino un rato, no más, de trabajo. No vayan á cometer la crueldad de abandonarnos en medio de la llanura, como hicieron los de la otra cuadrilla. Miren ustedes cómo por causa de ese escape estuvimos en peligro de sucumbir en esta trocha. Ustedes no nos han servido de nada, por venir de cazadores: hágannos este único servicio, y quedaremos tan agradecidos como si los treinta días de su contrato nos los hubieran servido íntegramente y de balde.

— Si nos dan panela, compadczcámonos de este pobre *dotor* y sirvámosle en eso, dijo alguno.

— ¡Es justo! contestamos: que se les den algunas panelas; no les podremos dar sino tres, porque estamos escasos de ellas y nos van á faltar.

— Este bulto tan grande y tan pesado, no lo puedo llevar yo, dijo el caporal, mozo atlético, que hubiera cargado el triple en otras circunstancias.

— Es el mismo que ha venido trayendo hasta aquí nuestro pobre cocinero, quien carece de fuerza ya para matar un piojo. ¿Y un mozo robusto, valiente y bien comido, se queja?

— Es que yo no tengo obligación, y si lo llevo, es por lástima.

— ¡Por la misma razón, hombre, los favores no se regatean!

Mientras los peones discutían y escatimaban indignamente el primero y único servicio que nos iban á prestar, acaso para empeorar nuestra situación, nos acercamos al ayudante y le dijimos al oído:

— He dejado al cocinero sin carga, para que vaya, ya que es hombre de nuestro afecto, junto con el sobrestante, hasta la *chagra*, y se traigan algo de lo que dejaron allá prevenido estos bribones: arregle usted la marcha con disimulo.

— No algo: ¡todo! nos contestó el avisado subalterno. Lo que no puedan traer, que lo dejen escondido para volver: ¡es una idea magnífica! Esos víveres pueden sustentarnos entre las dos peñas del río, mientras vienen de Pasto á sacarnos.

— ¡Eso de las peñas, son cuentos de esta canalla para intimidarnos!

— Dicen también que, materialmente, no hay orilla donde hacer campamento.

— ¡Allá veremos! Despache usted *aquello*.

Los minutos se nos hacían horas, porque temíamos que estos cargueros, habituados á la perversidad, se arrepintieran de un momento á otro de prestarnos un servicio. Pocos instantes de tan anhelosa angustia hemos pasado en la vida como los que se emplearon en cargar.

Al cabo, estuvimos en marcha. Los pocos kilómetros que nos separaban del río se recorrieron en menos de una hora.

— ¿Dónde están las peñas, amigo? le preguntamos al del nuche en la espalda. ¿Te hiciste el remedio?

Habíamos pisado el plano interminable de la llanura, donde no solamente cabe una tolda, sino las toldas de guerra de todos los ejércitos del mundo reunidos.

Atónitos contemplábamos á la orilla del río ese conjunto tan

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

simple como bello del cielo confundido con el horizonte: ¡nos cubría completa la media esfera de las estrellas!

Respirábamos embelesados este aire de libertad grandiosa, donde nada muestra sus confines. Avidos de luz, después de muchos días de la mediatinta verde de las tupidas arboledas, experimentábamos en todo nuestro organismo el benéfico poder de esta energía fotoquímica, aquí, donde cae el sol á plomo.

De improviso interrumpe nuestro embeleso el grito de un peón:

— ¡La carabina! ¡Una nutria!

— ¿Dónde? ¿dónde está ese animal?

— Allí, patrón, detrás de aquellas piedras de la punta de la isla.

En realidad: asomaba y se escondía una bola negra en parte y rojiza hasta los ojos. Se nos ocurrió que sería un castor ó una foca. Era inoficioso dispararle, pues estaba al otro lado del río, ¿y quién podía ejecutar la proeza de atravesarlo á nado para recogerla? Pero queríamos conocer la nutria y no la perdíamos de vista.

De pronto se irguió y apareció de medio cuerpo un hombre que estaba pescando.

— ¡La nutria es un indio! ¡Un indio!

Corrió la voz en el campamento y todos los miembros de la expedición salieron á la playa, llenos de curiosidad.

El indio miró á sus espectadores con alguna indiferencia y siguió en el oficio, haciendo el papel de nutria. La parte negra de la bola era el cabello, la rojiza era la frente, untada de barniz, como el resto del rostro.

Todos le gritamos y él salió hasta la orilla de enfrente. Buena estatura, bien musculado y de camisa sin mangas, caída hasta las rodillas y atada á la cintura por el cordón de un machete.

Correspondió á nuestro llamamiento, haciendo señas de que vendría.

— « Ese es el príncipe encantado del Alpichaque, que nos hacía falta anoche para el cuento. »

CUARTA PARTE

LOS INDIOS PUTUMAYOS

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca. Sala de Patrimonio Documental

I

El indio de cuerpo entero.

Preliminares. — Las ideas estéticas generadoras de la sociología. — Correlación entre el suelo y sus habitantes. — El espectáculo de la gran llanura, la filantropía y la idea religiosa. — ¿Quiénes viven en esta llanura? — ¿Cuándo principiaremos el estudio de los indios? — Preparativos para recibir el primero. — Su retrato. — Su vida. — Sus ideas. — Su estado de civilización.

Fervientes enamorados del paisaje, solemos quedarnos alelados ante un cuadro de boscaje tocado por la luna, que no llamaría la atención de un pintor, ó ante una barranca pedregosa que rompe verticalmente con sus acantilados las ondas del lago y los celajes de la tarde; barranca, lago y celajes que hablan un lenguaje ininteligible, y boscaje plateado verdaderamente psicológico, que infunde una emoción de algo vago necesario á la felicidad. ¿Qué hablan las cosas entre sí para producir ese concierto silencioso para el oído y lleno de armonías para el espíritu? ¿Dónde está la potencia inductiva de la Naturaleza, que en ciertos conjuntos sugiere determinadas ideas y análogos sentimientos? « La tarde está triste; la mañana está festiva : lo bello del paisaje excita los músculos »; esto dice un pueblo entero, cada cual en su casa, sin ponerse de acuerdo. ¿Corre acaso por la superficie impresionista de las cosas una esencia inteligente, que ejerce en todos los hombres las mismas ideas y emociones, en veces de un orden tan trascendental y complejo que hace creer en un Dios omnipotente? O bien, ¿es que hay en el organismo humano una fibra que se conmueve de un modo especial ante cada cosa y ante cada una de sus infinitas combinaciones, para llevar al cere-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bro la universalidad de las sugestiones naturales, en número también casi infinito? Es igual que sea objetiva ó subjetiva esta potencia inductiva de las ideas estéticas universales, generadoras á su turno de variadísimas y comunes nociones del orden científico, moral, religioso y artístico.

Satisface á nuestro propósito hacer notar simplemente la correlación entre los aspectos del paisaje y las ideas de los hombres que los observan. Aunque es materia para un libro de psicología geográfica, se nos ocurre enlazar aquella correlación momentánea con el caso de un espectáculo perpetuo, para explicarnos la índole, el temperamento político, la religiosidad en cierta forma, las aficiones y, si fuera posible, hasta los vicios y virtudes comunes á todos los pueblos sometidos á la misma influencia monótona de un paisaje invariable. La íntima concordancia entre las circunstancias geográficas y sociológicas de los pueblos, no puede revocarse á duda. La índole áspera de los hijos de la montaña hace contraste, en efecto, con la generosa índole de los hijos de la llanura; la credulidad supersticiosa de aquéllos con la libertad de espíritu de éstos; el temperamento poético de los unos con la psicología exacta y las aptitudes científicas de los otros; la movilidad de sentimientos y variedad de aficiones de los segundos, con la lentitud y persistencia modal de los primeros; el espíritu de obediencia y amor al orden de aquéllos, con el amor al derecho y al espíritu de independencia de éstos, y, por último, la pasionalidad en los vicios y virtudes de los hombres del llano, con la premeditación interesada en los delitos, y las concientes y abnegadas virtudes del hombre de la cordillera.

En estas ideas divagaba nuestro espíritu, á la hora del crepúsculo, con la mirada perdida en el confín vago de la llanura, confundido en la línea indecisa del horizonte, donde se apoya la bóveda de un firmamento azul. ¡Qué magnificencia de espectáculo! Ante él la vida se comprende como un don y se siente el deseo de servir á los hombres, porque se olvidan sus mezquindades, y de lo íntimo del corazón se levanta no una oración definida, sino una especie de perfume inefable que se dirige hacia el Creador de tan imponderable y grandioso escenario. Las espirales de este hálito de amor divino, como las del humo de la choza, giran en el espacio y, como si carecieran del aliento de una plegaria propicia, vuelven hacia la tierra y se difunden en la planicie inmensa. Allí, bajo esa arboleda, á la orilla de estos canales que se entrecruzan como una red, viven los hijos de la naturaleza la vida de la libertad bajo la mirada de la Providencia.

¿Cuántos son los millares de indios que gozan perpetuamente de este espectáculo imponderable de belleza y libertad, al amparo directo del Dios del amor y las misericordias? Por disposición de esta mano protectora de sus criaturas, los civilizadores, los conquistadores, los evangelizadores, no han podido contarlos durante cuatro largas centurias.

¿Cómo son y cómo viven estos hijos de Dios?

— Mañana principiaremos á averiguarlo: el indio del Alpichaque ha prometido venir.

Para curar este capítulo del estilo magistral que va tomando, tan contrario al sistema bucólico y juguetón del escritor ameno, nos permitimos bajar al piso de las cosas comunes para referir los preparativos que pensamos hacer, á fin de recibir al indio dignamente.

— ¿Usted trae guantes?

— Sí; unos viejos contra el mosquito; pero están muy feos.

— Póngaselos; porque conviene que el indio lleve á sus hermanos la noticia de haber visto un personaje.

— ¡Ah, pues entonces me pondré mi *piyama* roja, mi *paletot* impermeable, mi cachucha de pandero y mis botas! No olvidaré cruzarme también mis instrumentos y mis armas! ¡Qué figurón!

— ¿No ve usted cómo los reyes y los pontífices se visten de un modo extraordinario, para impresionar á los demás hombres y hacerles saber que son superiores á ellos y de misión providencial?

— Tiene usted razón: á los hombres, sean civilizados ó salvajes, se les puede engañar siempre con el mismo viejo y gastado artificio. Pero yo no deseo pasar, ni siquiera entre los segundos, como hombre extraordinario; porque eso me obligaría á vivir de la farsa y ésta impone poderosos deberes de hipocresía, muy difíciles de cumplir por los hombres de bien.

— Sería curioso ver á este indio prosternado ante usted como hijo del sol, por ejemplo.

— No crea usted eso; verá cómo este hijo de la pampa es superior al concepto que en Colombia tenemos de ellos.

Estábamos afeitándonos en honor del indio para aparecer simplemente con la cara limpia, como cualquier amigo de la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

verdad, cuando se presentó en el campamento, de pronto. Se detuvo un instante al llegar al limpio, durante el cual, lo examinamos de conjunto. La majestad salvaje que exhibió en este breve momento fué suficiente para formar de él una buena idea, diferentísima, por supuesto, de la que se formaron los demás. Camisa limpia, gargantillas en gran número y de diferentes especies de pepas y colmillos, le cubrían el pecho, y atado á la cintura llevaba su machete. Tal era el vestido. Su estatura es elevada, su musculatura robusta y de buenas proporciones, su fisonomía, cubierta de brillante barniz rojo, es casi hermosa por la regularidad de sus facciones y la expresión atrevida y franca de su apostura. Lleva bien recortado el cabello, á usanza europea. El aspecto de este señor de la selva se nos antojó magistral : parecía un sacerdote de alguna religión drúica. Él estuvo correcto en su indumentaria ; á nosotros nos sorprendió desgolletados y con la más dejativa vestimenta de que puede hacer uso en su tocador un solterón en el desierto.

—« Ooo rias » dijo y se acercó extendiéndonos franca y amistosamente la mano.

— ¡ Buenos días ! contestamos todos.

— ¡ Sabe castellano ! exclamaron admirados los peones, y lo rodearon á darle la mano y á hacerle tal cúmulo de preguntas, que interrumpieron y echaron á perder el ceremonial de la entrevista.

— ¿ Cristiano ?

— Sí, cristiano, agua.

— ¿ Cómo te llamas ?

— Basilio llamando.

— ¿ Tienes mujer ?

— No, mamá y hermana teniendo.

— Pasando río, pagando, Santa Rosa? — preguntamos nosotros por el mismo sistema imitativo.

Nada contestó : no había comprendido.

— ¿ Chingando río, mío parejo tuyo, pagando ? corrigió alguno de los peones.

— Pagando canoa chica : paseando playa, cogiendo peje ; Santa Rosa, canoa grande.

— « Este chingando, parejo tuyo, Santa Rosa, le replicamos mostrando al sobrestante, para que viera que se trataba de uno solo.

— ¡ Ah, sí ! Mañana componiendo chicha ; oto mañana paseando ; oto mañana soñando playa ; oto mañana fuendo.

— « Que mañana hace su chicha para el viaje ; después, sale al río á pescar ; al tercero día dormirá en la playa, para emprender viaje al cuarto día. » Es lo que quiere decir, nos interpretó un peón.

Con unos pocos gerundios en castellano, logramos acordar el paso á Santa Rosa, donde dice Basilio que viven otros indios, dueños de canoas grandes, en las que podemos bajar el río Guamués. El indio vino á ser de este modo, la llave de la llanura.

Satisfecha la curiosidad de los peones, nos dejaron conversar con nuestro hombre. A fuerza de gerundios y ademanes, supimos por él que tiene su choza en la misma banda del río y no lejos de nuestro campamento, donde vive con su madre y su hermana. Pesca, pasea, *sueña* en las playas ; se mueve en todas direcciones en el bosque, con ayuda de su machete y del sentido de orientación, en virtud del cual, este laberinto donde nosotros nos perdíamos al caminar diez metros sin brújula, él lo recorre de día y de noche, como si fuera el huerto de su casa. En los ríos de la pampa, entrelazados como una red, sube, baja, gira en su pequeño esquife en todas las direcciones de la rosa náutica y vuelve á su casa, sin haber llevado más equipo ni bastimentos que su anzuelo y su machete. He ahí el señor de la selva !

Le dijimos que éramos comisionados por el Presidente de de Bogotá para ver los ríos y hacer camino á Pasto.

— « Umjú !... » dijo, y se quedó un momento pensativo.

Comprendimos, por esta interjección gutural y por el momentáneo malestar que creímos notarle, el vago presentimiento de que estaban amenazadas por nuestra ciencia, su vida, su casa y su felicidad, encerrados estos conceptos en la bendita libertad de la selva.

Es muy preguntador ; tuvimos necesidad de mostrarle y explicarle el reloj y algunas otras cosas. Nos conversó mucho, haciendo esfuerzos inútiles para darse á entender sobre los ríos, los pueblos, los cultivos y sus hermanos, los indios de los contornos ; cosas de las cuales no pudimos darnos cuenta exacta y que más bien adivinábamos que entendíamos. En ciertos instantes de su intrincado relato, hacía exclamaciones sumamente expresivas de sorpresa, de terror, de alegría

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y como que nos preguntaba, con miradas inteligentísimas, qué opinábamos de todo eso.

Pronto miró en la inmediata cocina unas yucas.

— ¿ Yuca trayendo chagra?

— Sí; yucas mandadas traer de la labranza.

— ¡ Umjú!...

En esta segunda vez la interjección gutural significaba á no dejar duda: « Estos son los civilizados; los fundadores, los proclamadores, los defensores del derecho de propiedad, como piedra angular de toda sociedad y de todo derecho? ¡ Umjú !»

— Las traendo, comprando ; agregamos.

— ¡ Umjú !... repitió por tercera vez.

Aquello fué un careo entre la pureza virginal de la selva y la corrompida dama llamada SOCIEDAD.

La segunda había dicho :

— « Yo soy el derecho de propiedad, genitor de las civilizaciones modernas. »

— La primera le contestó :

— « Yo soy la libertad, única madre de todos los derechos. »

— « Relacionemos estas dos divinidades de los hombres, por medio de un camino » había dicho el PROGRESO, y el indio contestaba :

— « ¡ Umjú !...

Quisimos tomar una fotografía de Basilio; pero no permanecía quieto un segundo, en la tarea de fisgarlo todo, mirar receloso á todas partes y espantarse las moscas. Hubiera sido preciso contar con su beneplácito y era imposible darle á entender la cosa.

Al cabo de un rato de visita, nos pidió un remedio para la cabeza.

— No le crea, nos dijeron los peones, es costumbre : lo que desea es agua Florida.

— Sí; agua Florida, repitió Basilio.

Empapamos un pañuelo en esa loción y se lo entregamos: lo aspiró con deleite y se frotó la frente, los brazos y las piernas. Iba á untarse también en los pies, porque, decía, le dolían. Pero examinado el caso, resultó con una profunda herida de espina, que requería linimento veneciano, según dijo el ayudante, quien ejerce además las funciones de médico de la Expedición.

Estiró el pie con la misma donosura con que hubiera dado la mano para despedirse y se solazaba de vernos, de rodillas ante él, ungiéndole esos pies de cortos y desplegados dedos. « Estos necesitan de mí y yo no necesito de ellos; que me sirvan y me regalen, — parecía pensar, — ya que aquí soy el amo. »

Le regalamos sal y una botella vacía.

— ¡ No ! Con agua Florida, dijo.

Se le llenó de solución de perfume, para complacerlo.

— Me voy ! agregó bruscamente, y salió por donde mismo había entrado, sin decir adiós ni mirar atrás.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

II

Tres Robinsones.

Los verdaderos signos de la civilización. — Se huyó el cocinero. — Lista y organización. — Las faenas. — La tarea del pensamiento. — La fiebre. — Busquemos al indio. — El enviado se tarda. — Conjeturas. — ¿ Qué dice el indio ? — Nuevo plazo. — ¿ Vámonos en balsa ?

— ¿ Qué opina usted del indio? nos preguntó el ayudante al otro día.

— Me parece más civilizado que muchos tenidos como tales, y no lo cambiaría por todos los catambucos de las cuadrillas traidoras.

— ¿ Cómo así ? No comprendo por qué un salvaje desnudo, adornado con colmillos de culebra y pintada la cara, pueda ser más civilizado que quienes andan vestidos, saben un idioma rico en vocablos, y creen en una religión consejera del amor de Dios y del prójimo.

— Si el vestido representa el sentimiento elevado del pudor ó del arte ; si el lenguaje sirve para expresar y recibir ideas complejas en el orden científico, y si la religión sirve para levantar el alma hasta Dios y para ser esclavo del bien, no hay duda de que quien posea estos tres medios de manifestarse en el orden estético, en el campo de la verdad y en la fecunda atmósfera de la moral, será un hombre civilizado. Pero yo dudo ó, mejor dicho, puedo demostrarle á usted que los indios de la altiplanicie en general no comprenden lo bello, son completamente ignorantes y estúpidos y están en un nivel moral apenas superior al de los animales.

Todo esto podíamos decirlo sin temor de réplicas patrióticas,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

porque los catambucos se habían marchado, hacía una hora y no podían oirnos.

Hubiéramos continuado nuestra antropológica conferencia, si un incidente importantísimo no nos hubiera ahorrado ese trabajo.

— Hace rato que no veo al cocinero: ¿se habrá fugado, dejándonos en el más triste desamparo?

— Nada tendría de raro: es indio de Anganoy, soplador de clarinete en la *Banda Vieja* de Pasto.

Se le llamó á grandes gritos, se le buscó en las inmediaciones y, para desengaño final, no se encontró su maleta en el campamento. El infiel cocinero rompió su contrato, olvidó su deber, maldijo del afecto que decía dispensarnos y tomó las de Villadiego.

— He ahí para qué sirven á los indios de la altiplanicie el vestido, la lengua de Cervantes y la religión de la Caridad: para dejar á perecer en el desierto, tres hombres que han sido sus amigos!

— Y bien: ¿qué hacemos ahora? ¡La situación se complica!

— En primer lugar, pasemos lista, para ver cuántos somos y cuántos quedamos; en segundo lugar, preparemos un poco de conformidad, la cual, según Ipiales, es la madre de la ventura, y en tercer lugar, organicémonos.

LISTA DE LOS MIEMBROS DE LA EXPEDICIÓN, Á TREINTA Y DOS LEGUAS DE PASTO, Y EMPLEOS QUE EJERCEN:

Nº 1. Un Sobrestante sin peones, el cual se encargará de la cocina, servicio de correos, consecución de leña, agua y demás provisiones gratuitas.

Nº 2. Un segundo Ayudante de Ingeniero, á quien se encarga de las edificaciones, de la economía de las yucas y el maíz, de la superintendencia reposteril, de la mayordomía general del campamento y de las demás funciones domésticas.

Nº 3. Un Ingeniero Director, encargado de pensar cómo saldrá la Expedición á la otra punta, carente de todo recurso de movilización, y de llevar la minuta de los sucesos notables. La falta temporal ó definitiva de alguno de los anteriores será suplida por el que le sigue.

Distribuídas así las cosas, cada cual entró contento á ejercer las funciones de su nuevo empleo; se hizo un famoso almuerzo con yuca, plátano y pescado fresco, con el cual tuvo el indio la amabilidad de obsequiarnos. Reímos, bromeamos y nos olvidamos del cocinero infiel.

Todos trabajaban permanentemente; porque el trajín de una casa en la selva da muchos quehaceres.

— Va á llover: es preciso construir un cobertizo para la cocina; porque, si no, la candela se apaga y cuesta un triunfo volver á encenderla.

Salen los Robinsones al campo, cortan varas, bejucos y hoja de palma, para volver pronto á construir un rancho de « rabo de gallo », no terminado oportunamente, motivo por el cual la candela se apagó.

— Á prender nuevamente la hoguera y á terminar ó reformar el rancho: más varas, más bejuco, más palmicha.

— Á hacer la comida, pues ya casi es de noche.

Trasiego de cajones y bultos; el despensero se mueve de la repostería á la despensa, de la despensa al fogón, del fogón á la quebrada; suenan los platos, el hacha en el bosque y el chisporroteo de la leña; el humo lo invade todo, los ojos lagriman y las marmitas hierven. Después de mil aulagas empieza á difundirse por el ambiente un delicioso olor á guiso, capaz de atraer los tigres! Luego sigue el lavar y fregar ollas y platos, para dejar todo en orden, pues « con el prófugo andaban siempre las cosas manga por hombro ».

— Mañana tenemos necesidad de construir un aparador para los trastos, y una barbacoa bajo el rancho para ejercer el arte culinario con comodidad y elegancia.

— Y debemos sacar al sol los equipos, pues vienen mohosos.

Los demás trabajaban y no consentían que el Notario hiciera más que pensar y pensar:

— ¡Valiente tarea la que ustedes me han dejado: hacer moler el molino sin trigo!

Cualquiera creería que andaba el autor de vago, cuando se le veía paseándose las horas enteras en la playa ó bien recargado sobre un tronco con las quijadas entre las manos, ó de melancólico cuando emitía largos suspiros á media noche bajo su toldillo. ¿Qué haciamos? ¡Pensábamos!

Sería muy ingenuo y de laboriosa consignación el contar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

todo lo que iba produciendo ese molino permanente del pensamiento de un soñador en la selva. Por allí pasaban sistemas de gobierno, métodos científicos, artes industriales, crítica social, planes de colonización, proyecto del libro con índice completo, cuentos de hadas, cuentos de amor, la teoría psicológica de las pasiones, inventos sorprendentes y, sobre todo, la teoría científica de reducción de los indios á la vida civilizada, la cual venía imponiéndose como indispensable en este libro.

También pensábamos en nuestra situación. El río, torrencial aún, interpuesto entre nosotros y el único lugar de recursos que existía en los contornos; por una parte. Por detrás, treinta y dos leguas de una trocha horrible; la suspensión del envío de víveres; nuestra suerte á merced de un indio suspicaz y sin compromiso. Pensábamos en el « mañana, oto mañana, oto mañana », indefinidos de quien era nuestra única tabla de salvación.

¿Quién nos asegura que los indios, dueños de canoas en Santa Rosa, las tengan en el Guamués ? ¿No es lo natural que estén en aguas del San Miguel? Esto último nos obligaría á verificar sin cargueros la travesía por tierra, de río á río, para salir al Putumayo mucho tiempo después, cortándolo muy abajo, sin acabar de formar idea de la navegación del Guamués hasta su desembocadura.

Por último, pensábamos... ¿por qué no confesarlo? ¿acaso el lector no ama?... pensábamos en nuestro hogar abandonado.

Inmensa alarma y angustia va á producir en él la noticia de que nos quedamos á la orilla de un río torrentoso, en medio de la selva desierta, con unas pocas yucas robadas por todo almacén, sin un peón para el servicio de lo más indispensable, y que además nos traicionó el cocinero y paje de nuestra confianza íntima!

Notábamos con sobresalto que nuestra persona iba perdiendo la salud, minado el organismo por la fatiga, la mala alimentación, los miasmas, la humedad permanente y, sobre todo, por las contrariedades. Una fiebrecita tenaz, en efecto, nos hace perder día por día la fuerza física y las energías morales.

Sometidos los dos compañeros á análogas influencias, después del primer día de vida de anacoretas, durante el cual la novedad los mantuvo de buen humor, han caído en una apatía

desoladora. No hablan sino lo menester; no ríen, no bromean; cada cual hace su oficio con semblante triste y un silencio conventual reina en la choza.

En tales condiciones, algo como la desesperanza asoma la mustia cabeza por la empalizada, y la lluvia, el viento, el sol y la luna, únicos agentes alteradores de la igualdad del tiempo, traen consigo un hálito de profunda melancolía. Largas horas pasábamos bajo el toldillo, quemados por la fiebre, sin que viniera á fortificar el alma una palabra consoladora ó cariñosa.

Transcurridos tres días del plazo fijado por Basilio para hacer el viaje á Santa Rosa, mandamos al sobrestante á su cabaña, para que acordara con él la hora de partir al día siguiente.

Corrió el día completo; ya venía la noche, y el enviado no regresaba.

— ¿Qué puede ser? ¿No habrá dado con la choza y anda por ahí perdido? ¿Lo convidaría el indio á pasear y andan juntos de aventureros? ¿Habrá tenido con las fieras algún contratiempo fatal en el camino?

La augustia empezaba á punzarnos el alma con la sospecha de que habíamos perdido probablemente otro compañero más. Ya las sombras invadían el bosque : ¡imposible el regreso!

— Estuvieron de cacería, llegaron tarde al rancho y el indio le habrá ofrecido abrigo : ¡vaya, no hay más! ¡Qué impertinente pesimismo!

— Son las siete, dijo en tono desencantado el Ayudante.

— Sí, son ya las siete de la noche : ¡qué cosa más inexplicable!

Un rodar de piedras y un quebrar de chamiza, como si viniera una danta perseguida, sonó allá arriba, en la barranca, y un momento después apareció el sobrestante en el campamento. ¡Respiramos!

— ¿Qué fué? Qué dice el indio? ¿Ya creíamos que dormiría usted con él.

— El indio andaba por el río y llegó á su casa hace apenas una hora. Yo resolví aguardarlo, para ver en qué quedábamos. Aquí tienen ustedes este sábalo y estos plátanos con que me regaló.

— Pero, ¿qué dice de viaje?

— Le pagué dos pesos anticipados para que hubiera verdadero compromiso, y dijo : « Mañana, haciendo chicha, otro

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mañana pescando, otro mañana soñando playa, otro mañana, üij, tempranito se fuendo ».

— Es decir, ¿que nos pone el mismo plazo fijado hace tres días? Ese indio está burlándose de nosotros. No podríamos resolver la dificultad, más fácil y directamente, construyendo una balsa para encaminarnos río abajo al Putumayo?

— No. Por una razón muy sencilla : porque no tenemos brazos para ejecutarla ni gente que sepa manejarla en los chorros peligrosísimos de este raudal.

III

El idilio de la vida salvaje.

Un tipo romano. — Fantoches. — La Hermana de la Caridad. — Benéfica ilusión. — El idilio. — Desvío del ensueño. — La predicación á los holgazanes. — Resumen de las invectivas contra la vida social. — Baño frío contra la fiebre. — La incongruencia.

Recrudecida nuestra fiebre, tres días después, tuvimos el gusto de ver aparecer á Basilio, á través del linón del mosquitero, en traje de viaje. Nos pareció un ciudadano romano, con su túnica corta, sus fornidos brazos desnudos, sandalias rojas y, tejidas de cinta del mismo color, unas medias caladas que le subían hasta la rodilla. En la mano traía la brillante hoja de acero. ¡Qué apostura tan graciosa y marcial! Olvidábamos : con el mismo barniz rojo de los aparentes calcetines, tenía pintado el rostro, lo que desfiguraba el tipo del soldado romano.

— « ¡Vaya! ¡Qué tontería! ¿En qué ciudadano de la historia antigua estaba yo pensando?... ¿No es este el príncipe Alpichaque? ¿Por fin querrá abrirnos la puerta á todos ó simplemente al posta? »

— Hasta la vuelta, señor ingeniero; deseo encontrarlo repuesto á mi regreso; dijo el sobrestante.

Sin darnos cuenta clara de esta despedida, continuamos divertidos con el baile de dos pigmeos, el cual se verificaba escandalosamente con aposturas de *can can*, en el cielo del toldillo : las narices, los pies y las manos de los fantoches se alargaban y encogían al compás del baile. Los guiños de ojos, las risas, morisquetas y visajes, seguían el mismo compás y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

eran tan graciosos que nos hacían soltar la carcajada á cada nueva figura del estrafalario baile.

En estos momentos no era posible que le reconociéramos al viaje del posta la inmensa importancia que tenía para nuestra vida y el éxito de la empresa : simplemente nos pareció natural que el portero de la llanura, como si fuese un empleado ó un rematador de portazgo, diese paso á quienquiera que lo pidiese. Al comienzo imperceptible de la fiebre idealizamos aquel asunto, para venir á darle después, con el desarrollo de la enfermedad, los caracteres de un hecho insignificante.

Las tareas del Robinsón subsistente, eran arduas para él solo, teniendo que hacerse cargo, además, de las profesiones de médico y enfermero, las cuales desempeñó como una Hermana de la Caridad! Pero á nuestro inmejorable compañero, diligente como una hormiga, le alcanzaba el tiempo hasta para construir trampas de cazar y redes de pescar. Debíamos comer á costa de su ingenio.

Los días pasaban en el campamento, no como los pintan, cargados de afán, sino livianos y sosegados, mientras nos embriagaba el sopor; parecían *domingo en casa* : luz apacible, rumor uniforme del vivir de las cosas, sosiego del batallar; el manantial con su murmurio risueño; la selva con su perfume, su frescor y el triscar de sus hijuelos; el jugueteo de la luz y de la brisa, las cuales por el emplazamiento del río, venían hasta las festonaduras de nuestra cabaña, y, sobre todo, cierta paz de alma que el trabajo cumplido producía en el compañero y la fiebrecilla en nosotros, todo esto parecía decirnos : « ¡cuán dulce es la soledad! ». Esta frase callada, resultado del conjunto armonioso de la vida de la selva, no se avenía mal con la avidez de amor de nuestra alma, tan en armonía con el deleite con que palpitaban á nuestro rededor todas las cosas y con el cual se embellecían todos los seres. Porque á causa de aquella misma sed, en nuestro sopor febricitante soñábamos despiertos con la posesión tranquila de lo que aquí nos faltaba para ser felices. Podemos, en efecto, asegurar que por causa de la más benéfica ilusión, nos envolvía la red cariñosa de cuidados que sólo sabe tejer sobre el lecho del enfermo, la mujer amada.

— « ¿No quieres, la decíamos en el delirio, que vivamos siempre aquí? Este es el paraíso ; ¿no oyes hablar al mismo Dios? Escucha : cierra por un momento tus oídos á estos

rumores inmediatos de la fuente, el río y las aves, y aguza tu sentido hacia el centro de la llanura ..... ¿No percibes allá la voz del Creador?..... Ella no ordena aquí sino libertad dentro de su gravitación y amor dentro de su Providencia... ¿Ves aquel resplandor que supera la luz del día? Es el ala de Dios, que se posa sobre la tierra para ungir de paz inefable á sus criaturas inocentes.....

« ¿Quieres una cabaña mejor que ésta? Por entre sus cuatro horconos forrados en terciopelo verde, entran la luz regando alegría desde la aurora, la brisa cargada de frescos perfumes, á medio día, y la oración del mundo, á la caída de la tarde ; las cortinas de crespón se cierran por sí solas, para velar nuestro sueño, y si la luna rompe indiscreta sus pliegues, es para traernos mensajes indescifrables de un infinito de misterios.

« Adestrado en el tiro de piedra, cazaré las aves más hermosas para vestirte con sus plumajes, tan espléndidamente como las reinas orientales; hilaré las variadas fibras en que es rica la selva, para zurcir tus mantos ; pescaremos juntos á la orilla del río y, á su ejemplo, cantaremos la canción de la labor, con toda la simplicidad del arte supremo empleada por él; adornarás tus cabellos con la flor de la *luminadora excelsa*, desconocida por los sabios, y podrás ufanarte de tus atavíos en el cristal de mis ojos!

« Vivamos aquí : nuestra vida será un idilio, y cuando muramos, volveremos al seno de Dios ; porque, al vivir así, hemos obedecido su ley!

» Como sería egoísmo no hacer partícipes de nuestra dicha á los demás hombres, aconsejaremos á Basilio para que sólo ó en asocio de sus hermanos, haga incursiones en las ciudades, predicando el evangelio de la selva. Allá oirán, de boca de sus hijos predilectos, la palabra del Dios de Adán ; se volverá el corazón de los ciudadanos á la luz de la verdad y vendrán por grupos y por colonias á vivir aquí también la verdadera vida á que debe aspirar el hombre! Imagínate cuán mágico efecto el que produciría en el alma enferma de las ciudades, ante la corrupción social que ahoga á las naturalezas nobles de quienes les ha tocado la desgracia de nacer en su seno y en medio de ese infierno de crisis socialista, la voz inspirada del príncipe Alpichaque á la que el torrente prestará sus sonoridades, el viento sus giros y la selva sus seducciones. Él cla-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

maría en medio de la muchedumbre hambreada y escéptica :

» Andáis errados : la civilización es la paz en la justicia y la paz huye hasta de vuestras conciencias !

» Estadistas: el único objeto de la sociedad es la seguridad mutua y todos los gobiernos se han salido de ese fin, so pretexto de utilidad pública.

» Filósofos : el derecho màter es la libertad y éste es el primeramente sacrificado para darle existencia aparente á los demás.

» Moralistas: el objeto de la vida es conservarse á sí misma y una lucha permanente no hace sino conspirar contra ella.

» Economistas : un organismo que se devora á sí propio, carece de objeto, y el objeto del esfuerzo humano debe ser el bienestar al menor costo.

» Víctimas de una mentida civilización, la cual no responde á la justicia, ni garantiza el derecho, ni satisface las miras del Creador, ni siquiera redunda en bienestar de quienes la compran á precio de sacrificios: no merece que vosotros, como el brahama, muráis bajo las ruedas de ese armatoste vacío !

» Los que queráis gozar de la paz de Dios y saber que no dependéis sino de Él, quien os hace libres como el aire, os entrega toda la creación para que disfrutéis de ella y os protege con su Providencia, arrojad vuestras incómodas vestimentas y seguidme á la selva, donde seréis felices sin la sociedad! »

Ya empezábamos á imaginarnos el efecto de esta predicación y veíamos las muchedumbres de vagos y perezosos detrás de nuestros desnudos apóstoles, camino de la pampa, cuando un aguacero torrencial venido de la llanura, se nos lanzó precipitadamente á la cabaña, por entre los mismos cuatro horcones « forrados de terciopelo verde » por donde debía pasar únicamente la luz, y tuvimos necesidad de violentar el dulce ensueño, para construir instantáneamente trinquibales, con las ruanas y el encauchado, contra el chubasco. Empapados hasta el hueso, la fiebre con sus ensueños cedió el puesto al calofrío con sus realidades y, dando diente con diente, nos reíamos del apostolado de los salvajes y de los filosóficos discursos que, como una incongruencia enorme, habíamos puesto en sus labios.

IV

El Maíz de la Chagra

La dieta de maíz. — Un banquete de lo mismo. — La chicha, la mazamorra y la arepa. — Influencia de esta trinidad. — Un pueblo de maiceros. — El talento del bueno. — El proceso de la civilización. — Los decadentistas y los rastacueres. — La migración antioqueña.F —undaciones en el Quindío. — Los grandes hombres de Antioquía. — La moraleja de aplicación de este capítulo, cuya intención no se descubre á primera vista.

Pasamos nuestra convalecencia en la misma playa miasmática que nos había producido el mal, é hicimos nuestra dieta con maíz en mazamorra, en torrejas, en coladas, en mote, en clarito (como dicen los antioqueños) y en todas las formas silvestres y rústicas en que puede presentarse en el bosque este « jefe altanero de la espigada tribu ».

Monarca de los granos, el maíz ofrece á la alimentación del hombre más variedad que todos los otros. Recordamos, en efecto, que algún gastrónomo eminente se propuso en cierta ocasión obsequiar al Cuerpo diplomático en Bogotá con un « banquete de la tierra » como él lo llamó, en el cual no figuraría sino un solo producto agrícola, propio de nuestra zona : el MAÍZ. Sopa, pasteles, tortas, entremés, postres, dulces, pan, confituras, licores, vinos y *café* (!) : todo era de maíz. Maravillados quedaron los extranjeros al ver y saborear los variadísimos y deliciosos productos del fecundo grano. Es de advertirse que en el suntuoso y aristocrático banquete no figuraron, por vulgares y prosaicas, la chicha bogotana, la mazamorra de ceniza ni la arepa antioqueña, insípida y pesada como un remordimiento, las cuales forman, sin embargo, la predilecta trinidad del maíz. Las excelencias, virtudes y de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fectos de esta trinidad no son para discutidos en un corrillo de golosos sino en un congreso de sociólogos.

— Respetado y querido viajero: parece que usted está burlándose de mí, dirá el lector, pues viene á presentarme como elementos sociológicos tres artículos, casi encanallados del consumo popular.

¡Justamente! Considérese, por ejemplo, cuánta influencia negativa habrá ejercido la chicha en los destinos de este país; y, por poco que en ello se recapacite, se llegará á la conclusión de que las guerras y sus hombres perniciosos, sólo han sido pasajeros incidentes de un largo proceso de degeneración, cumplido á virtud de causas persistentes.

Ya nos figuramos la réplica á la tesis, que en forma de gracejo habrá de enderezarnos algún escritor burlón de la ciudad de las granadas que fueron de oro:

— « Comprendemos la influencia de la chicha; pero no atinamos con la de las arepas! Tenga usted la amabilidad de explicárnosla. »

Vamos á hacerlo: El único pueblo vigoroso que hay en este *federalópolis*, el más inteligente y el que en repetidas ocasiones ha dado muestras de prudencia, en medio de la locura general, precisamente es el que come arepas como alimento primo.

¿Querrá esto decir que el maíz es bueno para hacer á los hombres inteligentes y discrtos?

No. Para vigorizar la raza, cualquier alimento es bueno, tomado en cantidad suficiente. El secreto de aquel pueblo de maiceros no es su dudoso origen judío, ni el uso de la celosía en la vida doméstica, ni el contacto del cuarzo aurífero: es que el maíz da entre ellos dos y hasta tres cosechas en el año y lo consiguen, por consiguiente, á bajo precio y al alcance de cualquier prójimo.

Un pueblo bien nutrido es vigoroso y equilibrado: ni tan nervioso que no sirva sino para hacer versos, ni tan flemático que no sirva sino para cargar alfalfa: ni soñador ni estólido. De ahí proviene el llamar *talento del bueno* á un justo medio, muy vulgar entre los antioqueños: la habilidad para ganar la vida, la cual ejercitada en tierra de ineptos ó en circunstancias propicias, llega á ser habilidad para conquistar la riqueza.

Ser rico es haber dado un gran paso hacia la cultura, sin poseerla todavía: no hay que ofuscarse. El proceso ordinario

es, aproximadamente, como lo expresa este adagio: « Padre carretero, hijo caballero, nieto pordiosero » el cual puede ser aplicable, no solamente á las familias, sino á los pueblos y á las naciones también. Después de satisfechas las necesidades económicas, se presentan apremiosos los anhelos de la civilización y, si se satisfacen con menoscabo de aquéllas, se cae en la degeneración, presurosa ó tardía, según sea la rapidez del proceso.

Cualquier hombre enriquecido, lenta ó rápidamente, se inclina por sí y, más generalmente por conducto de sus hijos, al cultivo de la ciencia y del arte, sin descuidar el dorado de sus nuevos blasones, mediante la aplicación de sus riquezas á industrias patrióticas de largo aliento ó, si el enriquecimiento ha sido por cualquier motivo gratuito, al derroche de su fortuna en los placeres y en el fausto, como para vengarse de la época de las arepas.

Primero, comer; segundo, trabajar; tercero, enriquecerse; cuarto, aprovechar la riqueza en cultivar necesidades superiores: ese es el proceso sociológico. Este proceso se detiene ó se perturba para hombres y organismos sociales, si no marcha por los trámites sucesivos de la vigorización, aplicación de las energías al trabajo y aplicación de la acumulación del trabajo al fomento, procesal también de la vida superior, que es la civilización misma. Cualquier otro curso en el individuo, en las familias y en los pueblos, que no sea escalonado así, equivale á madurar frutas en ceniza. ¿Las has comido, lector? ¿No se os parecen á los decadentistas en el orden intelectual y á los rastacuere en el orden de las relaciones sociales? La falsa estética y la falsa cultura, términos casi equivalentes, provienen, según esta teoría, de no haber comido maíz de la *chagra*, en cantidad suficiente y por el tiempo necesario, para convertirlo en músculo sólido primero y en materia cerebral después.

Cuando Gutiérrez González cantó al MAÍZ, tuvo la intuición de que en ese grano glorificaba el *cabello de Sansón*. Del macizo cordillerano, partido de un tajo por el río Cauca, allá donde aquel poeta cantó, se ven descender sobre el valle de los Cabal y sobre la llanura del Magdalena, como en migración bíblica los toldadores con sus partidas de bueyes: son la vanguardia del éxodo de un pueblo maduro que se desparrama por toda la República. Para conocer este pueblo colonizador

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

no es necesario ir á Antioquía : basta estudiar á sus arrieros. En éstos encuentra el observador todos los caracteres de una raza autóctona. El amor al trabajo, tan ponderado en ese pueblo ; las tradiciones olvidadas de su origen oriental; la gracia andaluza de que se contagiaron los moros españoles; el espíritu especulador y viajero del hijo de Alá ; el sentimiento del arte árabe que se descubre en la arquitectura antioqueña ; en una palabra *eso* que distingue en dondequiera y siempre al hijo de Antioquía, se puede estudiar como en un caso típico, en cada uno de los hombres de Carriel que cruzan el país en busca de buenos negocios oteados á distancia, que se establecen lejos de su tierra y fundan ahí empresas agrícolas, mineras, de transporte, bancarias, de agio y usura, etc, y que traen luego para que las manejen en sus mínimos detalles un ejército de primos y paisanos, para formar colonia dondequiera que sientan el pie.

Las colonias del Quindío descienden por las cañadas de la Cordillera, casi hasta el valle. Al cruzar los cuencos, antes cubiertos de bosque, se distingue á lo lejos en las arrugas de la falda, la casa de roble de la familia antioqueña, con su acueducto de guadua que baja de la cañada, su cerdo en el patio, su vaca en el prado vecino y su roza de MAÍZ al pie del desmonte. El transeunte retrasado columbra desde la cuesta aquella mansión recatada del colono y en ella encuentra hospitalidad, generalmente gratuita, pero siempre franca.

Al caer al Tolima presenciamos en cierta ocasión una ceremonia curiosa en un recóndito desmonte : un hombre, seguido de su mujer, sus hijos y cuatro compañeros, agitaba una campana, como lo hiciera el monaguillo del Viático, andando al contorno de un desmonte cuadrangular. Nos apeamos, atamos la cabalgadura en uno de los mil troncos que erizaban el terreno y preguntamos el motivo del campanilleo :

— Es que estamos fundando este pueblo, — mi don —, nos contestaron los de la comitiva.

Juzgamos que los *paisas* se burlaban del preguntón y seguimos de largo, sin más indagación ; pero dos años después, al volver, encontramos « marco de plaza » y fuente pública en el mismo sitio : este pueblo se llama. « El Basil ». Por análogo estilo de fundación y sin levantar acta, como lo hacían los españoles cuando les cambiaban el nombre á las ciudades indígenas, han hecho nacer corregimientos y parroquias en los flancos de la Cordillera, sobre el Cauca y el Tolima.

Así se ha creado en las breñas un pueblo robusto, de pasiones juveniles y, al propio tiempo, de gran sentido práctico, donde hay Félix de Restrepo entre los jueces, Berríos entre los gobernantes, Gutiérrez González entre los poetas, y sabios como Manuel Uribe Ángel, para no hablar sino de los muertos y á fin de simbolizar en personajes notorios, los efectos de una nutritiva y barata base de alimentación para el pueblo.

Las anteriores consideraciones sobre el grano de más fácil cultivo en la pampa, donde ofrece su generoso tributo cada tres meses; la disertación sobre la importancia sociológica de la alimentación, y el ejemplo insuperable en sus enseñanzas de un pueblo nuestro que, gracias á aquel benéfico grano, ha alcanzado á ser timbre de orgullo para el país, no sean para el amable lector temas inoficiosos de divertimiento literario únicamente, sino elemento indispensable para el estudio de reducción de los numerosos indios que vagan sin vínculos sociales por las pampas de Oriente y demás territorios salvajes del país. Nosotros, los hombres civilizados, les debemos á esos hermanos menores el solícito cariño de nuestro abrazo. El deber no es únicamente del Gobierno, es del país entero, es de todos los colombianos capaces de comprenderlo, y para ellos escribimos. Ojalá que este capítulo de premisas pueda conducirnos á sugerirle al país un sistema racional y eficaz de civilización y nacionalización de sus indios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

V

Análisis sobre el salvajismo.

Iniciación de otro estudio importante para comprender el capitulo VI. — La agricultura es el primer paso á la civilización. — Definiciones de tres cosas distintas ejercidas sobre los indios. — La misión docente de los gobiernos temporales. — Qué se entiende por *salvajes*. — En la pampa sólo hay tribus bárbaras. — Las naciones nómades existentes. — Las misiones jesuíticas seleccionaron á las sedentarias. — Las tribus militares sucumben. — Contra los bandidos el rémintong.

— Hace varios días que estoy en un proyecto.

— ¿ Cuál puede ser ?

— Qué visitemos la familia del indio. Quiero conocer el bello sexo de la selva. Conocer la hembra es conocer la raza.

— Pero usted, en su estado de convaleciente, no puede hacer largas caminatas ; — contestó nuestro Hipócrates, — y el rancho de Basilio debe estar un poco abajo.

— En este caso, vaya usted á traerme informes sobre lo siguiente : 1.º Complexión de la vieja, con el objeto de saber si estos climas son sanos y si la raza es robusta ; 2.º Fíjese bien, porque usted tal vez no ha sido aficionado al género : belleza de la moza; pues de eso se deduce la aptitud genésica de la gran familia del Putumayo; 3.º Aficiones domésticas de las dos : si cocinan, lavan, barren, arreglan y embellecen el menaje, porque con eso se mide su grado de civilización. Como las mujeres, cualquiera que sea este grado, siempre son coquetas, lléveles un espejo y un frasco con agua de Florida.

— ¿ Y no sería bueno también averiguarles qué piensan de Dios y cómo entienden nuestra sagrada religión ?

— ¡ Imposible ! Para eso necesitaría usted conocer su lengua como un académico de la selva ó que ellos conocieran la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuestra, tanto como don Rufino J. Cuervo. Esas ideas abstractas no pueden expresarse con cuatro gerundios. Por otra parte, la idea que cada hombre tiene de Dios es distinta de la que tienen los demás; pero se podría deducir, mediante serios estudios, por el modo como ese hombre bebe el agua ó se pone el sombrero. En cuanto á la sublime religión del crucificado, quizá nosotros mismos, á pesar de nuestra cultura y selección, no estamos todavía en aptitud de entenderla debidamente. ¿Qué idea pueden tener esos infelices del poder maravilloso del sacrificio por el amor? « Cristiano agua » es lo único que saben y pueden decir sobre eso.

Mientras el Ayudante se dirigía á cumplir la misión encomendada á su sabiduría, nosotros nos dimos de alta y apoyados en el palito de marras, salimos á la playa. El aire puro del río, la luz y el calor directo del sol son el mejor reconstituyente. Un ligero ejercicio también es bueno.

Nos provocó lavar nuestro pañuelo: á medida que refregábamos el lino contra el granito, con aquella tenacidad con que un soltero prende sus botones, porque duda de la eficacia de su procedimiento, nuestro pensamiento insistía en el anterior tema sobre el maíz: « Indudablemente, sacamos en conclusión, que no puede comenzar el curso de la civilización sino por la agricultura; las industrias anteriores á ésta, son sus precursoras bárbaras.

— La introducción que tengo escrita sobre el proceso de la cultura está clara..... esta manchita del pañuelo debe ser leche de corneto; pero está negra, es como tinta indeleble de algún arbusto desconcido...

... Ya la aplicación de esa teoría es relativamente fácil. Ahora debo pensaren lo que significan las expresiones *reducción* de indigenas, *civilización* de salvajes, *catequización* de tribus...

El término reducción implica conquista; el de civilización es muy complejo, como vamos viendo, y el de catequización, aunque pudiera ser laica, implica más propiamente conversión de carácter religioso. Desechados de nuestra discusión el primero y el último, en la parte que pueda tener éste de prodigioso por efectos de la gracia divina, la cual anda de tejas para arriba, queda subsistente, bajo el concepto general de *educación de indígenas* todo lo demás; este último cabe en la misión docente que han querido imponerse los gobiernos

temporales, y así podemos tratarlo sin peligro de andarnos por cercado ajeno.

Los gobiernos ejercen esta misión sobre pueblos que saben ya comer aunque coman poco ó mal, y que tienen las nociones de deber y derecho; pero al decir *salvajes* se entiende, naturalmente, estar fuera de todo conocimiento y de toda noción: yacer por debajo del nivel del suelo social, como si dijéramos: soterrados bajo los cimientos. Poner estos seres, siquiera á la altura del piso, situarlos, por lo menos, en la categoría de los miserables de la tierra, darles la noción de la vida de que gozan en el mundo hasta los imbéciles y la sanción moral primaria de los criminales natos, debería ser, bajo este supuesto, el objeto de esta *educación primitiva*.

Sin embargo, ni de las crónicas de la conquista, ni de la Historia de las Misiones, ni de la relación de ningún viajero, hemos podido deducir racionalmente que hubiera por aquí esa clase de salvajes.

La tarea, por consiguiente, se facilita poniendo las cosas en su debido lugar: existen tribus bárbaras en esta región de la América, de un grado social muy superior al del salvaje, á un nivel moral apreciable, con desintegración de derechos y en veces tan amantes de ellos que los han defendido con perseverancia, energía y astucia contra sus detentadores.

Ocasión puede presentársenos, si no en éste, en algún otro viaje, de poner en evidencia el grado de civilización de estas tribus, estudiando sus creencias, sus nociones científicas, sus industrias de aplicación, sus placeres y sus artes de adorno.

Han podido ciertos cronistas ofuscados ó vanidosos dar á entender otra cosa, para excusar sus depredaciones ó para merecer por sus violencias sobre esas parcialidades el calificativo de héroes de la conquista; pero una crítica serena y científica comprueba fácilmente la superchería, hoy cuando por un solo hueso se reconstruyen animales de otras edades geológicas y cuando por un jeroglífico se analizan las leyes, las artes y las ciencias de una nación extinguida y olvidada. Por los métodos de la crítica moderna, el escritor mentiroso queda desautorizado en breve, aunque

« El mentir de las estrellas
Es un dichoso mentir;
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas. »

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No es posible comprobar por las relaciones mismas de aquellos cronistas, la existencia en la pampa amazónica de hordas salvajes estúpidas, feroces y degradadas, semejantes á las de la Polinesia, muchas de las cuales apenas usan un lenguaje poco diferente del gruñir de las fieras. Los *zaparos*, los *jíbaros* y otras muchas que todavía conservan su independencia, están á la vista, y demuestran que son simplemente naciones militares, bravías sin duda, pero que no han dejado de prestarse á que se las visite de paz y se las estudie, sin ánimo de sojuzgarlas con artificios ó violencias.

Por mucho tiempo los *cunivos*, por ejemplo, dejaron las armas para vivir reposados y cariñosos al lado de un misionero que supo hacerles olvidar las delicias de la guerra, enseñándoles á amar un Dios de paz. Abandonaron el cariño de los dulces lares el día en que, complicaciones reservadas por el cronista ó imprevistas por el misionero, lego en el idioma y la *política* de la pampa, les pusieron nuevamente las armas en las manos y el corazón en el dios de sus antepasados. Del padre Enrique Rither, joya y ornato de la más abnegada y celosa misión evangélica que han visto los siglos, no quedaron ni las hilachas de su túnica el día del despertar de aquellos guerreros á sus naturales atavismos.

La misma suerte corrieron siempre todas las precoces tentativas de reducción á la vida sedentaria, de las parcialidades nómades, organizadas bajo la disciplina militar de sus jefes y generales natos.

Cruzada la pampa en todas direcciones, por aquella época en que al espíritu de conquista ó de aventura se unía un ardiente fervor de propaganda evangélica, se cumplió entonces la más completa selección de tribus, para fundarse con aquellas naciones que buscaban ya las comodidades de la vida sedentaria en el trabajo industrial y bajo el amparo de un principio de justicia distributiva, las innúmeras poblaciones de la llanura, desde el Ucayali hasta el Orinoco. Así quedaron desde aquella época remontadas é impotentes, condenadas á sucumbir en lo más intrincado é inaccesible de los ríos, aquellas otras refractarias todavía á la vida civil. La Real Pragmática, sobre expulsión de los jesuítas, devolvió á las parcialidades belicosas el señorío, transitorio por cierto, de la inmensa llanura. De entonces al presente, dichas parcialidades, sin posible refuerzo de caribes del Océano, con la vida de campaña

agitada que malogra la prole y en guerra devastadora unas contra otras, han desaparecido casi completamente.

—¿Y qué método, preguntará el lector, se les puede aplicar á los pocos bandoleros caribes de la selva, tan peligrosos todavía, por su espíritu de conquista sobre las tribus sedentarias?

— No preconizamos el método usado á granel por los ingleses y los yanquis, cuando se trata de razas inferiores, quienes en su expansión ocupan el territorio donde pretenden fundar su civilización, á fuerza de armas; pero contra los bandidos de la selva no hay más remedio que el *rémintong!*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

La Familia del Putumayo.

En primer lugar...—Físico, edad y educación de la vieja.—Desconfiada. — « Cumandá ». — La industria indígena. — Cultura, comercio y principio social.—Métodos de aceleración.—Las antiguas migraciones sobre el Tolima. — Las fortificaciones del Guáitara. — Éxodo hacia el Pacífico. — Estudios dignos de emprenderse. — Anales de la antigua Historia de América.

Con la cara muy festiva volvió el Ayudante de visitar la cabaña de Basilio.

— En primer lugar : la muchacha es elegantona...

— No, amigo; vamos por orden : eso no debe estar en el primer lugar. Parece que usted, á diferencia de lo que yo creía, es un perito... ¡En primer lugar la vieja!

— La vieja es chiquita, chata, fea; no tiene sino dos dientes y el cabello, enmarañado y corto por naturaleza, está casi blanco de canas; anda encorvada, apoyándose en un bastón, con paso trémulo. Cualquiera diría que tiene más de ochenta años.

— ¡Buena raza, buena raza! Las viejas siempre son feas: en su juventud la hubiera visto usted y no vendría á ponerme por delante á la moza. Y el esqueleto, digo, la osamenta, ¿cómo le pareció?

— Las canillas y las muñecas gruesas, el cráneo grande.

— Magnífica raza : esas naturalezas viven hasta los cien años.

— No sabe una jota de castellano; no obstante su silencio, me pareció seria, pero amable : apaciguaba los perros en un lenguaje más enmarañado que sus mechas, para que me de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

jaran tranquilo; me ofreció asiento y me sirvió un masato delicioso de plátano y chontaduro.

— ¡Hola! Con que es todo una dama en su casa! No procedería mejor una india en Funza, la antigua capital de los Zipas, donde á veces le niegan al huésped el fuego y el agua... ¿Y el vestido? ¿Y el menaje?

— Una túnica sin mangas, algo más larga que la de Basilio, atada á la cintura por una faja; numerosas gargantillas y dos pulseras de cuentas negras, constituyen todo su vestido, muy raído por cierto. Las tarimas para las camas, algunos banquitos como estrados y la red de pescar, forman el menaje. Todo limpio y barrido el suelo. A propósito de la red, estuve examinándola para tener idea en la ejecución de ésta que estoy haciendo; pero en cuanto la anciana observó mi examen, tomó el utensilio y lo guardó en el rancho : me pareció eso una señal de desconfianza.

— Todo lo que usted me dice, me habla bien de esa gente, inclusive la desconfianza. ¿A quién le parece á usted que deshonra esa precaución de la india?

— Es claro : ¡pues á toda esa raza suspicaz!

— No, señor : á quienes han tratado con ella para engañarla; á los blancos, quienes le toman su trabajo y los productos de su industria, á título de conquistadores, sin tener en cuenta el tan decantado por ellos derecho de propiedad. La india creyó, con fundamento, que usted era uno de tantos, quienes en otras ocasiones le han robado sus redes ó sus peces, y quiso poner en seguridad aquello que á usted le estaba llamando la atención de una manera tentadora. Ese es el único sistema de *educación de indígenas* que, desde la época de las encomiendas y los mitayos, hemos venido empleando con esa gente... Ahora sí, vamos á tratar muy despacio de la moza; á ver; ¡exponga!

— Nada más de lo dicho puedo agregar, en cuanto á la muchacha; porque en el acto en que me vió, cogió el bosque.

— En su calidad de perito, ha podido usted prestarle patas al gamo y seguirla : ella bien sabía que donde estaba libre de asechanzas, era al lado de la anciana. ¿No sabe usted? En el lenguaje mudo de la coquetería *d'après nature,* una mujer que huye sin motivo significa : « tengo asuntos ventilables contigo á solas ; ¡sígueme ! » ¡ Habría traído usted todo un poema!

— Sí, señor : un volumen de *Cumandá* bajo el brazo ó .. ¡mi buena bofetada en las narices!

— ¿ Y eso que usted, desde que llegó, me oculta detrás de la espalda? ¡Muestre! ¡hombre, muestre!

— Es un obsequio de la vieja, obra de sus manos.

— ¡Una escudilla! ¡Qué sorpresa! ¡Eureka! La industria indígena : ¡la obra de la civilización!

— La india estaba modelando otras piezas muy bonitas : platos y botijuelas, y continuó sus labores durante mi visita.

Examinamos detenidamente el tiesto : el tiesto que era para nosotros como un libro.

La forma de una copa de champaña, de pata corta; mejor dicho, la figura de un frutero.

El barro fuerte, sonoro y delgado : talla delicada y maestra. Barniz rojo y firme, del que usan los timanejos en la loza de *Natá*. La decoración en forma de cáliz de flor, artística y de una simplicidad deliciosa.

El libro ó sea el tiesto, en su primera página, decía ó parecía decir :

« Estos indios ya combinan el arte en la comida.

» Hace mucho tiempo que los domina esta necesidad superior, pues que han alcanzado ya grande adelanto en esta industria.

» Tienen comercio, puesto que la manufactura de la india supera á sus necesidades personales. El comercio implica extensas relaciones en la localidad.

» No viven aislados, sino vinculados á un modo social más ó menos definido, más ó menos amplio.

» Esta industria, mediante el comercio, implica la existencia, dentro del radio social, de otras industrias que le son conjugadas. La agrupación, vinculada más ó menos íntimamente, á que estos individuos pertenecen, es una entidad más ó menos neta, con caracteres étnicos definidos. En esta región no hay solamente indios : ¡hay un *pueblo!*

» Este pueblo tiene, entre otras cualidades que le son anteriores, cristalizado ya y en aplicación el sentimiento estético, propio exclusivamente de las razas cultas. En efecto : en el orden plástico, las bellas artes no se desdeñan en prohijar á la cerámica y prestarle, por conducto de la escultura, la pintura y el simple dibujo, el prestigio de sus recursos y la nobleza de sus fines.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

» En una palabra : esta gente vestida á la europea y con un idioma culto, sería, relativamente el adelanto social de los colombianos, *gente civilizada.* »

Concretadas sobre la base de estas ideas las condiciones del problema de la nacionalización de este pueblo (por no emplear mal los términos de *reducción* y *civilización*), la tarea docente del Gobierno y su misión de fomento quedan reducidos á dos capítulos, al parecer muy diferentes, pero que conducen exactamente al mismo fin :

1.° La introducción de la sal al comercio indígena. El cloruro de sodio es, efectivamente, el padre y generador de las naciones. Él inicia la alimentación fisiológica, determina la industria agrícola, fija la residencia de los pueblos viajeros y consagra para siempre en ellos los fundamentos de la vida social. Tras de la sal, viene el maíz de las cuatro cosechas á cumplir su prodigiosa misión de engrandecimiento, con rapidez antioqueña.

2.° La fundación de escuelas indígenas, con textos muy elementales en idioma bárbaro, para enseñar á leer, las cuatro operaciones de Aritmética y la Geografía general de Colombia. ¿ Por qué no en castellano los textos? Porque es principio pedagógico que el maestro debe ponerse á la altura mental de sus alumnos para hacerse entender, y bien sabido es que el idioma representa la coronación y resumen de la psicología humana. Al niño que sabe leer en su idioma (y entiéndase que es casi imposible enseñarle eso en idioma ajeno), se le puede fácilmente transmitir el conocimiento de otras lenguas y todo lo que con éstas se ha logrado expresar, en orden á ideas transcendentales : la filosofía de las ciencias, los preceptos de la moral, las autosugestiones de la conciencia y las abstracciones sobre Dios y el alma, sólo llegan á una inteligencia rica por la concepción clásica de una filología gramatical.

La escudilla de la india, como un mensaje de la gran pampa amazónica, ante la cual « es un palmo de tierra el valle del Nilo, donde germinó la maravillosa civilización egipcia, genitora, bajo muchos conceptos, de la actual civilización europea » — continuaba expuesta á nuestro análisis sobre el mismo tronco que nos servía de escritorio.

— « El mismo gusto y barniz de *Natá*, repetimos asombrados, igual á la loza que vimos hacer á los actuales panches en Natagaima. La misma que baja por el Magdalena en grandes balsones á los mercados de Ambalema, Girardot y Honda, y que llama sobremanera la atención en la altiplanicie de Cundinamarca y Boyacá, acostumbrados como estamos á ver la tosca y elemental de Tocancipá, Ráquira y Tutazá, obra chibcha.

» ¿ Qué relaciones existieron entre el gran valle del Magdalena, padre de la nacionalidad colombiana, y este criadero de naciones, donde extiende sus brazos incomensurables el soberbio Amazonas, padre de los ríos? ¿ Qué migración había establecida entre uno y otro? ¿ Cuál era el sendero?... »

Cuando, hace pocos meses, veníamos explorando la vertiente occidental de la cordillera que cae al río Guáitara, nos hicieron observar una cosa curiosa, sobre la cual formaban los compañeros de viaje varias conjeturas. Son unos cimientos artificiales de piedra en seco, especie de murallas á flor de tierra, formando escalones estrechos en las abruptas faldas, las que descienden casi á pico al río. Se hacen muy notables dichas construcciones desde la boca del río Sapuyes, procedente de Túquerres, hasta la cañada del río Angasmayo, cuyos orígenes se enfrentan, cordillera de por medio, con los del Ríosucio, tributario del Guamués, pocas leguas arriba del Alpichaque. El número de estas construcciones se multiplica en este espacio hasta lo increíble : millones de brazos se necesitaron para acarrear la piedra, ladera arriba, y millares de millones para construir á hilo y casi geométricamente esos cimientos. ¿ Con qué objeto se hizo tan paciente, artística y prodigiosa obra en su conjunto ? No es posible comprenderlo. Aquello representa una suma tan enorme de esfuerzo humano como la construcción de cien ciudades. ¿ Qué raza de cíclopes hizo aquello? ¡ Imposible nos parecía adivinarlo ! Los siglos y las generaciones han pasado sobre esa labor, al parecer inoficiosa ya, ejecutada por un pueblo tan numeroso como los mismos guijarros que arregló, y ni los siglos, ni las generaciones han podido derrumbarla para echar sobre ella el polvo del olvido ; allí está en pie aquel testigo de los tiempos.

Al ver, por último, el remate de esas edificaciones en la colina aislada de Chitarrán, enfilada al boquerón de la cordillera, rodeada por todas partes por aquellos escalones y coronada por un castillete pentagonal, rodeado de un foso, comprendimos que esto fué una fortaleza, y los otros, reductos avanzados hasta el río Sapuyes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Aquí se ha cumplido una epopeya, digna de los cantos de Homero. Dos naciones formidables por su número, por sus energías y por su perseverancia, libraron en este teatro el duelo heroico. Los asaltantes debieron ser aguerridos y en número incontable ; los asaltados se comprende que disputaron palmo á palmo el suelo patrio... En este campo no lucharon dos naciones enemigas simplemente, sino más bien dos razas rivales ; ¡dos avalanchas humanas se encontraron diametralmente opuestas en el infernal desfiladero !

De regreso en aquel viaje se nos ocurrió explorar la hoya del río Sapuyes, como vía posible á Túquerres, y desde las alturas de Imués, columbramos, siempre con el frente al ocaso, en un escalón de la roca, dos cuadros enormes, perfectamente geométricos, construídos con tierra, á modo de emplazamientos de castillos. Más adelante, en la garganta de Chirristés, un laberinto cuadrangular también, que pudimos examinar detenidamente y cuyo plano curioso conservamos, nos corroboró en la hipótesis, ya emitida en la primera parte de este libro, de que en tiempos prehistóricos se cumplió un éxodo oriental en busca de la sal del Pacífico.

Pero, volvamos á nuestra escudilla.

Cosa sorprendente : es del mismo gusto, del mismo barniz y del mismo barro, al parecer, de las que se encuentran sobre el nudo cordillerano en los sepulcros de los « infieles ». Los infieles llaman en Nariño á los aborígenes.

Ahora sí comprenderá cualquiera la relación geográfica y sociológica de los nombres Putumayo, Angasmayo y río Mayo, así como entre los de Guamués, Imués y Muellamués, de uno y otro lado de la cordillera.

El tiesto, por último, decía ó parecía decirnos :

« Es preciso recorrer y estudiar esta llanura con criterio científico ; porque la historia de América no se ha escrito, y parece que sus inéditos Anales están aquí. »

VII

La Conquista.

Cuándo piensa el hombre en Dios. — Se comen los machetes. — El gran Proveedor. — Perdido el viaje á Santa Rosa. — El indio de enemigo. Un discurso *in intremis*. — El prisionero. — Lo que no había dicho de buenas. — El pobre príncipe Alpichaque con las llaves en la mano. — La desfilada de los camisolines. — La conquista microscópica.

Era uno de esos días sofocantes, en los cuales parece que el aire no tiene alas. Día de angustia, durante el cual el corazón se vuelve á Dios ; porque el hombre solamente es religioso en dos casos : cuando sufre y cuando siente las bellezas de la creación.

— ¡Sonó un grito !

— Es un animal.

— No. Es el grito de un hombre : debe ser el sobrestante. ¡Ya creía que se había muerto !

No era el sobrestante. Pocos momentos después se fueron introduciendo al campamento cuatro hombres pálidos, en calzoncillos y camisa blancos y gorras viejas. « ¿ Quiénes eran estas fantamas? ¿ Qué vendrían á pedirnos del otro mundo? »

— ¡Buenos días !

— ¡Se los dé Dios !

— ¿Qué hacen ustedes por estas lejanías? ¿ Acaso son peones, mandados de Pasto en nuestro salvamento ?

— No, señor ; somos caucheros ; los dueños de la *chagra*, y venimos á ver cómo se arregla lo del maicito y la yuca, que su persona mandó coger allí. ¡Eso nos hace mucha falta á nosotros !

— Y á nosotros también nos está haciendo eso mucha

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

falta, — contestamos para prevenir el caso de que tuvieran el intento de llevarse los cuatro granos que nos quedaban, los que hubiéramos defendido á balazos...— Y bien : ¿ qué arreglo quieren ustedes que hagamos ?

— Pues, señor, como ustedes ya no tendrán casi qué comer, nosotros les traerémos más yucas y más plátanos y usted nos da en pago, por todo, dos machetes.

— ¡ Trato cerrado ! Vayan á traernos dos buenos bultos de comestibles y cuenten con los machetes.

Nos informaron que tenían sus trabajos adelante, en un río nombrado el Luxayaco, tributario del Guamués por su banda izquierda, cerca de su bocana, y que por allí tenían plataneras.

— Está visto, le dijimos al ayudante, luego que se hubieron ido los caucheros : está visto que nosotros contamos con otro contratista más piadoso que los de Pasto, quien ya ha mandado reponernos la provisión y nos promete peones para un caso crítico.

— ¡ Ah ¡ sí : el gran Proveedor de reserva, quien no abandona á sus animalitos.¿ Pero serán éstos los dueños del maíz ?

— Poco me importa averiguarlo ; probablemente tampoco son los dueños de las plataneras del Luxayaco. Ladrones ú hombres de bien, van á prestarnos dos favores : en primer lugar se echan sobre su conciencia lo del maíz que pesaba sobre la mía como un delito, y nos traen más comestibles robados ó propios ; en segundo lugar nos inspiran la benéfica confianza de que no estamos solos en esta inmensidad.

Dos días después, se cumplieron fielmente los pactos. Nos informan los caucheros que dentro de dos meses saldrán á Pasto y convinimos en que haríamos nuestro regreso con ellos, pagándoles muy bien, si para entonces estábamos por aquí inmovilizados y vivos todavía.

— En cuanto á estar vivos, pierdan cuidado ; pues si Dios no les quita la vida de otro modo, nosotros no los dejaremos perecer por hambre.

Otro grito prolongado por el lado del río, nos anunció que el sobrestante se presentaba por fin, después de diez días de ausencia.

— ¡ Estamos salvados ! Exclamó el buen ayudante, sacudiendo un perol.

— No lo espere así por ese lado, amigo. Tengo seguridad

de que ese hombre no ha entregado mi comunicación al corregidor, para pedirle auxilio.

— Es que usted es fatalista y se ha puesto suspicaz.

— ¡ Ya lo verá !

Largo rato después apareció el sobrestante, sin que lo acompañara el indio Basilio. Nos informó que Santa Rosa es una infeliz agrupación de cinco casas donde viven los indios en permanente orgía con los caucheros ; allí no hay con quien entenderse : no hay cara ni persona seria y aquello, con el aguardiente recién llegado, está hecho una guazanga.

— ¿ Y el corregidor ? ¿ Y el gobernador de indios ?

— El corregidor... ¡ Ah ; estaba en el río San Miguel : le remití su oficio ; pero va á ser inútil, porque supe que las canoas que pudieran mandar de allá, San Miguel abajo y Putumayo y Guamués arriba, tardarán en llegar aquí nueve días ; al paso que aquí no más, en la bocana, á ocho horas de navegación está, según supe, el pueblo de San José, donde podemos conseguirlas.

— Todo eso lo sabía yo antes de mandarlo á usted á Santa Rosa. ¿ Cómo pretende usted que se haga el viaje á San José en busca de canoa ?

— El indio ha de llevarme.

— ¿ Tiene usted acordado el viaje con él ?

— No ; pero supongo que si usted le ordena al indio...

— Yo no tengo facultad para dar órdenes perentorias ál os indios ; pero cuando volví los ojos hacia Santa Rosa, fué porque el indio se había excusado de ir á la bocana, á causa de que su canoa, demasiado pequeña, no le sirve sino para pescar en los charcos, según advirtió él. Creo que se perdió el tiro por Santa Rosa y que con eso se agotó el último cartucho.

— Mañana quedó de venir el indio : verá usted cómo es fácil.

Efectivamente, vino el indio con semblante desabrido y nos chocó que en esta ocasión se hubiera presentado sin pintura en la cara, faltando así á una ceremonia imprescindible en la etiqueta de la selva.

— ¡ Buenos días, Basilio, buen amigo !

— ¡ Oorias !

— ¿ Por qué estás serio ?

— ¡ Vos mintiendo, no siendo gobierno ; siendo caucheró ladrón !

— Vengo de Bogotá á visitar ríos y ver indios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— No, ¡mintiendo!
— ¿Quien te lo dijo?
— Santa Rosa diciendo.

Se referiría, probablemente, á la especie, propalada en Pasto y trasmitida malevolamente á Santa Rosa, de que nosotros veniamos al territorio en busca de lucros personales y no en servicio oficial.

— ¿Llevarás á éste á la bocana?
— No: canoa chica.
— Pagamos *cusma*, sal ó machete...
— ¡No! ¡Nada!
— Favor de amigo; y le ofrecimos la mano.
— No amigo: caucheros roban indio.

Partió el indio malhumorado; pero le gritamos por última vez para conmoverlo:

— ¡Blanco triste! ¡Gobierno Bogotá, triste!

Nos miró con desfachatez y siguió su camino. El indio había sido perfectamente mal influenciado y trocaba de repente su afabilidad hacia el comisionado del progresista gobierno de Bogotá, que quiere hacerles bien, por el odio al cauchero estafador.

« Señores, prorrumpimos en estilo declamatorio:

» ¡Somos perdidos! ¡Dos meses más de hambre, mezquindad, desamparo y tristeza! Acaso ustedes puedan hacer el regreso por la infernal trocha que ya pasamos: yo no puedo ni quiero hacerlo, sin acabar mi exploración. Volverán con la triste noticia que por no jugar nueve días de navegación por allá abajo, se quedó el ingeniero, hecho un esqueleto, aguardando su salvamento por Mocoa, ¡para fines del año! Entre tanto, el esqueleto se habrá comido los dedos allí, bajo su toldillo, y las hormigas habrán pulido y abrillantado sus huesos.»

Un silencio profundo siguió á este elocuente discurso. « No carece de razón » pensaría el auditorio.

Salimos á la playa, con aire taimado, para que allí el frescor del río nos despejara el cacumen, entenebrecido por la cólera. Cuando regresamos anocheciendo al campamento, silenciosos y desesperanzados, nos dijo el valeroso ayudante:

— ¡Nosotros arreglamos eso!
— ¿Cómo, construyendo una balsa? ¿Quién de nosotros la maneja por estos raudales desconocidos, sin estrellarse contra las rocas á los cinco minutos?

— Conquistamos al indio para que nos sirva de piloto.
— ¡Imposible! No irá: los medios de seducción están agotados.
— Pues en ese caso, debemos mandar nuevamente á Santa Rosa.
— ¿Quién va? No hay camino, como usted ha oído decir al sobrestante, y sin el indio como guía, cualquiera que hiciese el viaje, se perdería en el bosque, si no es que se ahoga en los caños crecidos que actualmente cruzan la llanura.
— Déjenos obrar usted; pues algo hemos de hacer mañana.
— ¡Está bien! Con su pan se lo coman: hagan lo que gusten.

Pero al día siguiente, á tiempo de marchar hacia la cabaña del indio, hicimos á nuestros compañeros una advertencia:

— Denle ustedes cuanto pida para ganar su capricho; pero ¡cuidado con violentar á ese hombre! Quiero que se le respete su libertad, comprada á costa del inmenso sacrificio de vivir en esta soledad.

. . . . . .

Al volver con el indio, se adelantó el ayudante y nos dijo:
— Háblele usted serio, bravo.

Entonces hicimos un esfuerzo para contraer el entrecejo, y al llegarse á nosotros el indio, le dijimos:

— ¡Blanco bravo!

Con el aire humilde de un perro castigado, entró á la cocina y se sentó silencioso cerca del fogón. El sobrestante atizaba el fuego y limpiaba la carabina. El ayudante cosía una cachucha de piel y sostenía entre las piernas una escopeta. El indio, intimidado, procuraba salir á explicarse con *el mayor*; pero un gruñido de sus guardias, lo retenía en su puesto. Teníamos, para decirlo de una vez, un prisionero en el campamento.

Permanecimos ajenos á esta fechoría de *chapetones*; pero echada la suerte, no quisimos tampoco quijotear, oponiéndonos. « Ya, dejar á ver qué resulta de esto » pensábamos.

Por la tarde pidió permiso el prisionero para hablar con « el mayor ».

— ¡Blanco! dijo, mañana conversando indios, trayendo canoa grande.
— ¿Cuáles indios?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Benito, Toribio, Alifonso, canoa grande, ¡grande!

— Bueno ; blanco contento.

Con esta palabra, que para el indio debía ser un salvoconducto, ya salía del campamento en vía de su casa ; pero fué detenido militarmente por sus guardias y confinado nuevamente á la cocina : allí pasó la noche. Al amanecer dijo el ayundante :

— Ahora sí será bueno dejarlo ir á traer los otros indios ; pero exíjale usted palabra de cumplimiento.

Almorzó ; se le dieron las dos varas de liencillo del que trajo de Santa Rosa el sobrestante, lo cual era la prenda del pacto y « se fuendo ».

— Nada tendría de raro que, ofendido el indio, en vez de traer porteadores, traiga guerreros para cocinarnos á flechazos. ¿ Qué importa que con ese ataque á unos santitos viajeros y exploradores científicos, se capten estos indios una vez más el título de salvajes y hasta el calificativo de antropófagos ?

— ¡ Ese no vuelve más ! Adiós, liencillo ; ojos que te vieron ir !

Todo el día y parte del siguiente estuvimos entre el desaliento y la esperanza. En aquellos instantes de la dulce esperanza, durante los cuales se cree hasta en el vaticinio de los sueños halagadores, nos decíamos :

« Imposible que el príncipe Alpichaque, guardián de la llanura, pueda revocar el decreto de su destino, que, contra su raza, le manda abrir las puertas de la pampa á sus enemigos ».

Precedidos de Basilio, en desfilada, fueron entrando al campamento, unos con escopetas, otros armados de brillante machete, todos pintada la cara y cubiertos con camisolón blanco, cual fantasmas teatrales, uno, dos, tres, cuatro... « ¿ Seguirán entrando ? ¿ Vendrán en paz ?

— ¡ Oorias ! ¡ Oorias ! ¡ Ocrias ! ¡ Oorias !... fueron diciendo. Vaya, pues : parece que son los porteadores y no los guerreros.

El trato fué breve : llevarían al sobrestante don Ildefonso, á la bocana, quien mandaría canoa grande para nosotros y nuestros equipajes.

— ¡ Buen viaje ! No olvide usted entregar ó remitir nuestro exhorto al corregidor de San José, sin pararse á deliberar : le dijimos al sobrestante, en señal de despedida.

El ayudante, de cachucha de pieles, botas y correaje de machete, con el rifle en balanza, cerró la desfilada. En el embarcardero de la casa de Basilio hubo otro drama : el indio no quería ir en la comitiva ; se le obligó á embarcarse á culatazos. La vieja imploraba de rodillas ; la moza lloraba...

— Aquí, adelante de mí, le dijo el sobrestante al designarle su puesto en la canoa : si me cometes traición, ¡ te mato !

Lo llevaba como rehenes.

Trasunto de lo que sucedía en la época de la Conquista : en nuestra minúscula expedición y en nuestras breves y sencillas aventuras con los naturales, parecían copiarse los caracteres, en forma diminuta y caricaturesca. La historia de los tiempos heroicos, por una reducción de óptica moral se sucedía á nuestra vista en una miniatura, anacrónica y burlona.

Las disensiones de los aventureros, sus pasiones en juego; las sediciones de las tribus, promovidas por ellos mismos ; las expediciones pacificadoras, violentas ; las relaciones entre naturales y extranjeros, cada día más esquivas, después de comenzar cordiales ; el derecho de conquista, con los pies hinchados por las picaduras de los mosquitos, en conflagración con el derecho de posesión, vestido de camisolín. Después de la amistad, el odio, la represalia y la tiranía. Sustituído un régimen bárbaro por un régimen criminal, y violando el sagrario de una civilización incipiente por el choque brutal de una civilización presuntuosa y falsa.

Todo esto en proporciones ridículas, lo veíamos claramente en el curso de nuestras cortas aventuras. El indio fué primero nuestro amigo : nos visitó, nos obsequió, nos sirvió de guía ; lo agasajamos, lo estudiamos y lo ponderamos. Algún Lope de Aguirre le pervirtió el ánimo ; perdió nuestro afecto y nos fué esquivo. Tras de eso, el allanamiento de su casa ; el llanto de su pobre vieja ; el atropello, la prisión, el pacto falseado por la violencia ; los rehenes en su propia persona para responder de la lealtad de sus hermanos.

España, escondida en la medula de los huesos de quienes la vituperamos, surgió altanera, antojadiza, dominante, abusiva y cruel en un rinconcito de la selva, después de cuatrocientos años. El conquistador romano, el godo desapiadado y dominante, el árabe fanático, zalamero y pérfido, y el arrojado y caballeroso castellano, tuvieron en la cabaña de los mestizos sus representantes, en abigarrada mescolanza, á la española.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El indio en la cocina tuvo que habérselas con los tataranietos de los antiguos tiranizadores de sus tatarabuelos.

« ¿No tendrá también que habérselas el sobrestante, por allá abajo, con los herederos del caribe disimulado, rencoroso y sanguinario? » Esto nos quedamos pensando.

« ¡Si pasan cinco días sin tener noticias de nuestro correo, debemos empezar á temer la represalia! »

VIII

Un episodio de las Misiones.

(PRIMERA PARTE)

Para principiar el cuento. — Partición de una herencia. — Dos grandes reyes. — Sus hijos: la Mañana y el Rayo. — Estudios de un príncipe. — La prima. — Juramento y despedida. — Promesas de amor. — Un general de veinte años.

El quinto día transcurrió al rumor monótono, eterno, del río y al eterno tañer de las chicharras, sin que nada alterara la igualdad de la vida en el campamento, hacía casi un mes. La tarde, con sus celajes nublados de invierno, llegó y por más que mirábamos el rincón oriental del desmonte, ningún ser alteró el quietismo de esta especie de prisión. La noche también, de cofia gris, llegó y con ella una como desesperanza puso el silencio en nuestros labios. La lamparilla, pendiente de una horqueta, iluminaba con luz amarilla un corto espacio, dentro del cual cabían el rancho de los dos toldillos, el « rabo de gallo » bajo cuyas plumas formaba la hoguera sus espirales de humo, la tarima de la loza, la mesa rústica con sus sillletas de guadua, donde celebrábamos nuestros banquetes: todo nuestro menaje. Más allá, apenas se adivinaban los troncos rectos de los árboles, bajo cuyos ramajes se agazapaba nuestra cabaña, y en el fondo oscuro la alta barranca que talló el río, hendida por el cauce pedregoso del arroyuelo que tanto alboroto hacía en las noches de tempestad. Al pie de la terraza, formada por antiguos sedimentos del río, al lado opuesto, se desarrollaba en la media luz de una aurora boreal, la llanura sin fin, representada á nuestra vista por la banda negra de una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

arboleda que proyectaba, con sus más altas copas, un dibujo de encajes en un cielo de palidez cadavérica.

« Los amigos del infortunio, pensábamos aspirando el humo de nuestro postrer cigarrillo, no se olvidan jamás : este conjunto de cosas que en su rusticidad nos sirvieron durante los días amargos de nuestro confinamiento en esta soledad, nunca se borrarán de nuestro recuerdo, y mañana ó el día que plegue á Dios sacarnos de aquí, supiraremos en son de despedida, al dejarlos llorando nuestra ausencia! »

— Estamos muy tristes y callados, dijo nuestro compañero, improvise usted un cuentecillo, de esos que sabe hacer, para distraernos de los lúgubres pensamientos.

— ¿Un cuentecillo? No : voy á referirle un episodio de las Misiones : una leyenda de amor. Á casi todos nuestros escritores se les ha ocurrido el mismo anacronismo, la misma incongruencia é idéntica inverosimilitud, por plagiar la imposible *Atala* del señor visconde de Chateaubriand, por cierto inimitable.

— ¡ Soy todo oídos !

— Va de cuento:

« El viejo Guamués, monarca del Putumayo, á la hora de morir, llamó á sus dos hijos, Chemir y Tomecab, y les dijo :

Conozco vuestros opuestos caracteres y temo por la prosperidad de mis súbditos, después de que mi padre el Río me arrastre en sus ondas hasta la eternidad de las aguas sin límites. Tú, mi primogénito Chemir, apacible, bondadoso y crédulo, podrías tener en la fogosidad, actividad y espíritu aventurero de tu hermano Tormecab, las dotes de un general experto, si él fuera sumiso y perseverante, y si en ti existiera aquel don de imposición y dominio que constituye la primera virtud de los príncipes. Para evitar la sedición y la guerra entre hermanos, he resuelto dividir vuestro patrimonio, afortunadamente muy extenso, en dos monarquías: la del Alpichachasta Sucumbíos, prosperará en las artes de la paz, bajo tu paternal cuidado, amantísimo Chemir, y la de Aguarico hasta el Napo, cuyos Jeques y vasallos son belicosos, resguardará la primera contra las asechanzas de los Payaguas, Panos, Aguanos, Abigiras, Jíbaros, Cocamas, Xipias, Campas, Pirros, de quienes siempre he vivido recelando y á cuya costa podrás tú, mi bravo Tomecab, extender los límites de tus dominios hasta donde el sol no tiene cuna.

El bondadoso Chemir, anegados sus ojos en lágrimas y besando con efusión las frías manos del anciano, contestó :

— ¡ Oh, idolatrado padre mío ! Por prolongar una lunación el calor de tu sangre, cedería mi trono y renunciaría mi poderío íntegramente en favor de mi hermano y le sacrificaría, además, mi libertad y sería su esclavo, á fin de que durmieras tranquilo en el seno de tus mayores.

El generoso Tomecab, poniendo la frente contra el suelo y acariciando los pies de su padre, exclamó :

— ¡ Las sombras te serán propicias, poderoso y magnánimo rey y señor! ¡ Jamás las plantas de tus enemigos pisarán el suelo sagrado del Alpichac, donde gobernará con el amor de su corazón y con la sabiduría de su palabra, mi hermano, rey y pontífice, cuyo vasallo quiero ser!

El anciano monarca, general ilustre, sabio legislador de su pueblo y guardián consagrado de la fe de sus antepasados, murió tranquilo en brazos de sus dos hijos, quienes compartieron en herencia, más que sus dominios, sus egregias virtudes.

Y pasaron los tiempos...

Chemir, el sabio, fundaba ciudades, fomentaba la industria, abría escuelas, daba premios, levantaba templos al sol, glorificaba la agricultura declarándola culto religioso, y con mano cariñosa sanaba los enfermos de su patriarcado y enjugaba las lágrimas de sus súbditos. Tomecab, el valeroso, levantaba fortificaciones, construía cuarteles, abría gimnasios, clasificaba y ennoblecía á sus vasallos en la carrera de los honores y extendía sus dominios, tanto por el poderío y renombre de sus legiones, cuanto por los artificios de su diplomacia.

Contrajo nupcias el primero con la más gallarda y virtuosa de sus vasallas, en quien el amor produjo la transfiguración de la nobleza. En este matrimonio feliz tuvo una hija á quien llamó Sotel, que significa *la mañana*. Esta niña, hija de la Sabiduría y el Amor, decían los agoreros que debía ser para la monarquía el hada de la Fortuna.

Algunos años antes había nacido en la vecina corte del poderoso Aguarico el príncipe Rafi, nombre que significa *rayo de sol*. Á su turno este niño, hijo del Régulo más valeroso de la gran llanura y de la princesa más rica del Marañón, á quien debía representar en la hijuela de sus presuntos no medidos ni contados dominios, prometía ser el archimonarca, Emperador y Pontífice Sumo del Reino del Sol.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La felicidad estaba sonriendo al trono de Alpichac y la fortuna, al ya soberbio dosel del Aguarico : eso significaba que las sombras habían sido propicias al espíritu justiciero y prudente del rey Guamués. Como si se hubiera cumplido la promesa hecha á éste por sus hijos, tal parecía que un mutuo vasallaje voluntario uniese las dos monarquías ó que no se hubiera fraccionado la antigua. Los guerreros obtenían como premio á sus servicios los pequeños condados de Alpichac y los sabios, industriales y artistas de esta Grecia amazónica merecían, en el reino vecino, la riqueza y los honores. Las reales familias cultivaban cariñosas relaciones y fraternal correspondencia.

En ninguna academia podía Rafi recibir más completa educación que en la corte de su tío. De modo que desde los ocho años vivió en ella, mereciendo de parte de los artífices, sacerdotes y sabios, de quienes se formaba esta nobilísima y sagrada corte, los honores y atenciones dignos de un príncipe de la corona pontificia del Putumayo, á que en el mundo sólo tenía derecho un solo ser, favorecido por los dioses : ¡la princesa Sotel!

Seis años de estudios sobre legislación, historia, religión y bellas artes, requeríase entonces para la educación clásica de un príncipe ; otro seis eran necesarios para la educación práctica de natación, carreras, ejercicios de armas, etc., y otros seis, completaban en las campañas ó en los viajes, el noviciado de los monarcas bárbaros.

Corrieron juntos por los parques del rey sabio, los dos ilustres primos. Persiguieron las pájaros y recogieron flores y respiraron juntos el aire de la vida, durante los seis años infantiles, ¡ el *Rayo* y la *Mañana* !

La leyenda no refiere por inoficiosa ó por velada la compenetración del perfume de estas dos flores.

Catorce años tenía Rafi cuando, por entre dos filas de guerreros, tendidas desde el alcázar del Alpichac hasta el del Aguarico, recorrió sobre una alfombra de flores y al son de marchas guerras, el espacio que lo separaba, hacía seis años, de su casa paterna.

En la portada del cercado, donde vivió la infancia llena de candores, de perfumes del alma y de notas inefables de la música perdida de los recuerdos, se detuvo Rafi, puso el rostro en el polvo y entre un raudal de lágrimas, besó mil veces

la tierra donde pasó los únicos días felices de la vida. Después, levantándose alzó las manos en señal de promesa y mirando el cielo, dijo :

« Sombras de mis mayores : si algún guerrero ha asombrado al mundo con su nombre y aterrorizado á los monarcas con sus hazañas, que se intimiden los pueblos y tiemblen los reyes ante el hermano de Sotel, reina de la pampa sin límites ! »

La educación subsiguiente fué tan rápida, que con pasmo de los maestros, el príncipe en poco timpo superaba en fuerza, agilidad y destreza á los más aventajados nobles del reino.

La guerra siempre viva, que con ventajas por causa de su diplomacia había mantenido el Aguarico con sus vecinos, hasta someterlos uno á uno, y continuar con el concurso de éstos el ensanche ilimitado de sus dominios, ofreció ocasión al valeroso Rafi para seguir sin pérdida de tiempo su último curso de aprendizaje.

Pero antes de partir á la campaña, donde expondría mil veces la vida, pidió permiso á su padre para despedirse de su tío.

Las trompetas, los cantos de guerra y los plumajes, penachos y patenas de oro de la marcial comitiva del príncipe, alteraron un día de repente la paz que batía siempre sus alas silenciosas sobre el alcázar del buen Alpichac.

Maravillada quedó Sotel y colmada de un orgullo interior que no sabía explicarse, al ver la gallardía, la riqueza y el despejo de su primo. En los banquetes, servidos en honor de éste, no podía ella levantar los ojos de los manjares, porque sentía sobre su frente algo que la ofuscaba, como si los del apuesto mancebo, fijos sobre ella, despidiesen un brillo resplandeciente. En las danzas miraba ella á todas partes para ver donde ponía sus figuras de honor el ilustre bailarín.

— Prima : antes de salir á la conquista de coronas que mi padre el rey tiene dispuesta con cien mil guerreros para este verano, he venido á preguntarte : ¿ te acuerdas de cuando éramos niños ? ¿ Recuerdas que un día jugando con otros niños á los reyes rivales, me elegiste como esposo ? Si tuvieras que volver á hacer de veras la misma elección, ¿ te acordarías de mí para preferirme ?

— ¡ Siempre ! ¡ Siempre ! — contestó la princesita cubierta de rubor.

Al día siguiente las trompetas, los timbales, los pitos y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tamboriles de la comitiva del príncipe se oían en la selva, cada vez más lejanos del tranquilo alcázar de Alpichac ; pero el pensamiento de Sotel, como una mariposa blanca, revoloteaba en contorno del presunto conquistador de tronos.

La campaña principió con un desastre : el más antiguo, el más táctico y el más valeroso de los generales de Aguarico, en el primer encuentro con los enemigos pereció.

El innumerable ejército entonó el lúgubre cántico de la muerte ; los yeques y caciques lloraron durante tres días sobre su cadáver, y el supersticioso monarca, atribulado, no atinaba con cuál de sus muchos capitanes podría reemplazarlo, y ya pensaba en aplazar la campaña, hasta después de los sacrificios propiciatorios al dios de las victorias.

— Concededme una gracia, rey, padre y señor, le dijo el príncipe. Permitidme por doce horas disfrutar del inmenso honor de ser el generalísimo de vuestras tropas : quiero vengar la muerte del noble hermano de mi madre, que acaba de sucumbir. Después de un ataque brusco, si no he roto la línea de batalla del enemigo, depongo el mando y volveremos á las fortalezas de nuestra frontera, si así os servís disponerlo.

— ¡ Sea ! — dijo el rey en un momento de orgullo paternal ; serás dueño del botín y usarás la borla roja si triunfamos.

El toque de « atención y á las armas » suspendió las pompas fúnebres y, en el acto, corrió por las filas del ejército la noticia de que el hermoso príncipe Rafi, á la cabeza de los valientes, iba á recomenzar la batalla. Un hurra de admiración, de orgullo y de alegría resonó en el espacio, y las tropas, por parcialidades, por capitanías y por centurias, se pusieron en fila, con el arma lista. El príncipe salió al frente y gritó :

— ¡ Síganme los mejores de este valeroso y escogido ejército !

Y arremetió con tal ímpetu, que los generales, capitanes, centuriones y tropas de su nación, quienes pretendieron á porfía ser los primeros en darle alcance para defenderlo, sólo sirvieron para secundarlo : con la rapidez de su nombre atravesó el campo, saltó el reducto, acometió cuerpo á cuerpo á los más esforzados enemigos que le hacían frente, los batió, y, cual si fuera otro Marte, hizo bajar del cielo la victoria, que recogieron sus legiones.

Desde ese día la borla roja de los generales adornaba su frente y era la primera que se veía en el asalto á los enemigos.

Como una avalancha irresistible, este ejército aguerrido, comandado por un general de veinte años, atravesó la llanura en alas de la victoria, asaltó ciudades, aprisionó numerosos Régulos, cautivó ricos tesoros y dominó y sometió al afortunado Aguarico naciones enteras.

La campaña se prolongó por algún tiempo, no tanto por el bregar de la guerra, pues el pánico precedía á tal general y á tal ejército, cuanto por los ardides de la diplomacia del monarca y por las artes de su política, con las cuales restañaba heridas y adormecía odios, para encadenar tronos á su carro de triunfos.

— Elige, hijo mío, el premio á tu bravura y á tu saber.

— Yo pido, señor, la mano de mi prima Sotel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IX

Un episodio de las Misiones.

(SEGUNDA PARTE)

El misionero santo. — La obra evangélica. — Elección del nombre de « María ». — La transfiguración del santo. — Su despedida. — Satanás se presenta. — Lo que pidió. — La murmuración de los impíos. — La guerra santa. — Cómo salen las princesas. — La sospecha torpe. — Venganza y desastre.

Á la misma hora, en el mismo escenario y bajo idénticas y aun más penosas emociones, al día siguiente continuamos la segunda parte del cuento, así:

Por aquella época se presentó en el cercado de Alpichac un peregrino, sin equipo ni avío, con un libro bajo el brazo y un báculo en la mano. Era joven todavía, blanco como el dios propagandista que en otro tiempo recorrió la llanura enseñando las artes, de ojos azules y mirada humilde y tierna; traía túnica oscura, rasurada la barba como un penitente y los pies descalzos. Al mirarlo, como si ocultura un poderoso talismán, inspiraba simpatía. Los viejos, las mujeres y los niños, lo rodearon y escuchaban con delicia, sin entenderlas, sus frases musicales de un idioma lleno de expresión y dulzura.

— ¿ Quién eres ? le preguntaban para avisar al rey.

— « Un maestro » contestó, enseñando el libro; y, levantando los ojos al cielo, agregó: « soy el humilde siervo de Dios ».

Las puertas del alcázar del rey sabio se abrieron para el maestro de las cosas del cielo y fué admitido como ayo de la princesa, á fin de que ella « aprendiese la ciencia de los dioses », según pensó el monarca.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Al propio tiempo, la princesita enseñaba la lengua nacional al peregrino, con tal suceso, que éste en pocos días la hablaba á perfección como un discípulo inspirado, y así pudo escribir en lengua bárbara el primer libro, bajo la protección del rey sabio: « Catecismo » se titulaba el libro, y fué la mayor de las glorias de aquel reinado.

Pronto quiso construir un gran salón donde se congregara el pueblo á escucharlo, y el buen monarca ordenó la construcción de una « iglesia ».

Allí el apóstol, en pocos discursos, verificó el prodigio de iluminar el pensamiento y el corazón de las gentes con una doctrina sabia, sencilla y piadosa. De sobre el sol, más allá de los espacios, donde alumbra el Infinito con todas sus costelaciones, hizo venir el misionero un rayo de amor, con el cual ungió la frente de los humildes, para que vieran con el alma la Belleza y el Bien, y un fuego inefable abrigó por modo maravilloso el corazón sencillo de estos primogénitos de la Providencia: así adivinaron la eficacia del sacrificio, la omnipotencia del amor y los milagros de la abnegación. Nacidos estos inocentes á la vida de las almas superiores, por la Luz y el Fuego, lavó el misionero sus cabezas con el agua pura de la fuente y los bendijo. Un vínculo espiritual estableció el Santo con esa bendición; porque los olvidados hijos de la selva, sintieron en el alma la nostalgia del Cielo.

El cariñoso Alpichac, justo y severo para mantener en sus dominios las leyes del rey su padre contra los viciosos, se maravillaba de que á partir de aquella época desaparecieron de su pueblo los delitos, por virtud misteriosa de la doctrina evangélica.

Coincidió la fiesta de los « catecúmenos », según la llamaba el misionero, con la fiesta de la corte por el natalicio de *La Mañana*. En el banquete regio, celebrado con este motivo, la niña acostumbraba pedir una merced al monarca.

— Serás la reina del mundo, le dijo éste; tu mano ha sido pedida por el más grande de los potentados: por tu primo el serenísimo señor de todas las naciones conquistadas. Pídeme lo que quieras, hija mía, pues también eres la soberana del corazón de este anciano.

— Me atrevo á pediros permiso para usar un nombre que me dió hoy el misionero.

— ¡ Dioses de mis mayores ! ¡ Cambiar tu nombre !... Ante

el que tienes se aquietan los vientos y el sol se detiene. ¿ Cuál puede superarle en poderío y en belleza ?

— El de *María* significa, según el Santo, « Reina del Cielo ».

— ¡ Magnífico ! Eso quiere decir que serás reina del cielo y de la tierra. Si; así ha de aclamarte la posteridad, dijo con orgullo el monarca, concedido: te llamarás María !

— El Santo solamente dice, padre mío, que las reinas de la tierra debemos ponernos bajo el patrocinio de aquélla.

En este momento se presentó el misionero en el magnífico refectorio, quien, según dijo con sonrisa inefable, venía á dar al monarca su despedida de paz, para seguir en su larga misión por la llanura. Pareció á la concurrencia que una especie de aureola azul rodeaba la cabeza del peregrino del báculo y el libro, que su túnica era de luz y que de su boca salía el perfume de los lirios. Extendió lentamente la mano, miró con ternura al anciano monarca, quien lleno de respeto inclinaba su nevada cabeza, y dijo:

— La paz os doy, la paz os dejo, el Señor os acompaña.

Cuando Alpichac y sus cortesanos volvieron en sí de la especie de ensueño en que estuvieron sumergidos durante un momento, buscaron con los ojos al piadoso viajero y no lo encontraron ya; pero lo sentían en la mente y en el corazón como un lirio resplandeciente y perfumado. Iluminado el espíritu del buen monarca con esta imagen, exclamó:

— Nobles del reino: ya no debéis llamarme vuestro Pontífice: abdico de esa sublime potestad: ella viene del Dios que vive más allá de nuestro padre el Sol.

« ¡ Cuándo, solía repetir María, cuándo volverá mi hermano Rafi, á quien deliro por trasmitir este fuego y esta luz que elevan mi alma por encima del sol ! »

Pero transcurría el tiempo, colmado el corazón de la virgen del sacro fuego, y las complicaciones de la política no permitían regresar á su esperado y soñado novio; « el novio, á quien Dios formó pensando en mí ».

Pronto se presentó en el cercado de Alpichac otro peregrino de báculo y alforja, en cuyos ojos brillaba un fuego siniestro, extraviados por un constante halago de lujuria, cuya nariz se dilataba por la soberbia y cuya boca se torcía por la maldición y la mentira. Bajo su sayal no venía oculto el talismán de la simpatía, porque su presencia causaba una especie de pavor; que los inexpertos fieles confundían con el respeto. Para de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cirlo de una vez: era Satanás disfrazado de monje, quien venía cauteloso á regar cizaña en el sembrado y á roer con diente hediondo la mies madura.

— ¿Quién eres? preguntóle el cancerbero.

— Soy un representante de Dios.

Las puertas del alcázar y el corazón de los fieles se abrieron sin recelo al pérfido enemigo. Pedía limosnas á la piedad y echaba en la alforja, pedía servidumbre que había de servirle de rodillas, pedía proveedores á quienes él llamó *mitayos* y castigaba cruelmente con azotes, si no le traían la mejor fruta, el ave más hermosa ó el pez más grande; pidió casa y se hizo construir con el trabajo del pueblo la más confortable de la ciudad. Dijo que venía á enseñar también la agricultura, base de la civilización, y con el trabajo gratuito de los indios fundó una hacienda. No apetecía tratar de los asuntos del culto sino con mujeres y fundó una sociedad femenil, de la cual se hizo presidente y patrono, para cambiar por simpatía, gracias y honores.

La murmuración y la desconfianza empezaron á cundir en la feligresía: la fe de los buenos creyentes vacilaba y parecía extinguirse la llama del amor en sus pechos.

— Los que murmuran de mí; los que ven en mis santas acciones el vil interés y no el celo por la causa combatida de Dios; los que, faltos de caridad, me calumnian y oprobian, son los impíos, sobre quienes caiga la ira del Cielo y el santo enojo de vosotras, fieles ovejas; es preciso que os revistáis con piel de perro para perseguir y ahuyentar esos lobos.

La noble María era objeto del más solícito interés por parte del *representante divino*, quien decía que ella era un alma tibia, ausente siempre de los ejercicios privados de piedad que él excitaba constantemente y fomentaba en su casa; la princesita, no obstante, vivía abogando por el *santo ministro*, cada día en mayor desprestigio.

— No todos pueden ser perfectos: el que tuvimos la desgracia de ver partir, se llamaba el humilde siervo y por eso era perfecto. Pero la obediencia, tanto más meritoria cuanto mayores sacrificios nos imponga, es debida á todos: obedezcamos á éste; él se hace responsable de nuestras acciones: ¡él responderá!

Un día, víspera de las visitas reales que los ministros del Aguarico tenían obligación de hacer al rey mayor, se presentó

el aparente misionero en el alcázar, con los ojos bajos y las manos escondidas entre las mangas.

— ¡Serenísimo señor! dijo, dirigiéndose al monarca: por gracia del Cielo hemos sido advertidos de que vais á entregar vuestra hija, la princesa María, á un infiel. (Volvió la cara y se santiguó, para que la palabra *infiel* no contaminara sus labios.)

— ¿Y eso qué os importa, reverendísimo Padre?

— Como estamos encargados de la felicidad de vuestro reino y de la salvación de vuestra alma... quisimos advertiros, serenísimo señor, que cometéis pecado mortal con sólo consentir esa idea en vuestro pensamiento, y que el fuego eterno os espera y la ruina de vuestros Estados, si se comete ese sacrilegio con la virgen cristiana.

María oyó esto, dicho para ella más bien que para su padre, y un sudor frío inundó su cuerpo.

— Y vos, misionero, ¿por qué no redimís esas almas de allá?

— Otros compañeros míos lo han intentado estérilmente, serenísimo señor.

— ¿Y qué queréis que yo haga, santo y buen consejero de los monarcas?

— Que neguéis vuestro consentimiento, y así lo manifestéis mañana en la visita real.

— ¡Qué locura! ¡Eso sería provocar la guerra con el más poderoso de los monarcas!

— Santa guerra la que se pelea contra los infieles, serenísimo señor, y en esa guerra el más poderoso de los monarcas seríais vos, pues contáis con las legiones celestiales.

— De nada de eso habrá necesidad, interrumpió indignada la princesa: ¡yo haré cristiano á mi novio, y que haya paz y concordia!

— ¡Famosa idea, digna de una santa Mónica! Yo os instruiré, princesa, para el caso, si su majestad os permite que vayáis á mi casa, á la misa de cuatro que celebro todos los días en la iglesia, ó al rosario de por la noche, al cual nunca habéis concurrido.

— Las princesas no podemos andar de noche por las calles fuera del palacio; eso sólo pueden hacerlo las plebeyas, dijo María riéndose á carcajadas. Celebrad más bien vuestras prácticas de día.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Desde entonces se clavó en el corazón de la virgen una espina emponzoñada que amargaba todos sus instantes. Sólo los consejos del misionero podrían darle elocuencia y fuerza de alma para hacer el milagro de la conversión del empedernido infiel: iría sola á la iglesia, á fin de recibir la instrucción necesaria para convencer á su novio!

. . . . . .

Por fin terminó la ardua y gloriosa campaña. Los señores del vecino reino volvieron á sus aposentos más poderosos que todos los reyes juntos. El príncipe generalísimo, conforme á la etiqueta conyugal, debía ofrendar en arras los ricos presentes del botín á los pies de su novia, acompañado de la oficialidad y la corte, con toda la pompa de los emperadores del Marañón. — Pero él no se conformaba con esa austera práctica : quería decirle también muchas cosas, de que los cortesanos se hubieran reído.

Púsose el príncipe una camiseta, se pintó el rostro á estilo plebeyo y de incógnito resolvió presentársele nuevamente á la soñada Sotel, para decirle que la amaba con delirio, que ella era la única autora de sus triunfos; porque para ofrendárselos dignamente, los jugó con la muerte, pensando siempre en ella.

Así lo efectuó el impaciente mancebo. Al cerrar la noche, se presentó en el alcázar de su tío, como si fuera un correo de Rafi. Con sorpresa supo que la princesa había salido al templo.

« ¿Sola? ¿Ha ido sin la corte ó sin sus damas de honor? ¡Imposible! Eso no lo hace jamás una alteza real. »

Con el corazón lleno de zozobras y de mil emociones encontradas, corrió el príncipe disfrazado á la iglesia. En el obscuro recinto, apenas iluminado con una lamparilla azul, distinguió, entre unas pocas mujeres que rezaban ó roncaban, la esbelta figura de su novia. Terminó el rezo y el misionero sacudió las llaves en señal de que los fieles debían desocupar el recinto. Todas las mujeres salieron, pero la novia no salió. Corrieron los cerrojos y rechinaron en el silencioso recinto y las puertas pesadas del templo se cerraron al mundo, y la novia de Rafi, la princesa Sotel, el orgullo de la dinastía, se quedó adentro...

Las potencias infernales se sublevaron en el corazón del mancebo; voló al cercado, tomó una maza guerrera, con las cuales acostumbran los bárbaros, así como con los cráneos de los enemigos, adornar los pórticos, y presa de infinito dolor,

de infinita indignación é infinita venganza, enloquecido de vergüenza y de cólera, acometió como una máquina de guerra contra la pesada puerta, que no supo resistir al formidable empuje del héroe.

Solamente tuvo tiempo el desgraciado loco de deliberar á cuál de los dos heriría primero.

— ¡Á ella, á ella! rugía como un león; ¡á ella, para que jamás vuelva á caber la piedad en mi corazón; después á él y tras de él, á todos los que hay esparcidos en la llanura!... ¡á todos! ¡á todos!...

Al día siguiente el sencillo pueblo, madrugador y alegre, que iba á misa vespertina para estar de plácemes el día entero, presenció el más doloroso espectáculo : la iglesia querida, que ayudó á construir el Santo con sus manos sagradas, estaba inundada con la sangre de la idolatrada princesa María, cuyo cadáver lívido estaba aún postrado de hinojos ante el ara santa, ¡como la hostia de un sacrificio! El monje había desaparecido.

Las gentes sencillas del pueblo aseguraban que el monje feo había prometido llevarse el alma de la angelical princesa, antes de consentir en que fuera la esposa de un infiel.

Agobiado por el dolor y por los años, el buen rey Alpichac murió pronto y tras de él se dispersó su pueblo, víctima de las represalias provocadas por Aguarico, cuyo hijo siguió devastando la pampa con delirio destructor.

Algunos años después no quedaban sino ruinas donde floreció el vasto imperio del Putumayo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

X

Navegación del Guamués.

Llegan los expertos. — No conocen el río. — Salida del campamento. — Adiós á la familia de Basilio. — Plan de viaje. — Los raudales. — La cartera del indio. — El « Lloco ». — Los trovadores del Nilo. — El Putumayo. — Realmente eran los expertos de la nación. — La Sofía. — El tocado indígena.

Con la última línea escrita del capítulo anterior, asomaron por el rincón oriental del campamento los aguardados porteadores, con una carta del señor Rogerio Becerra, en la cual nos ofrecía su auxilio con tal naturalidad como si estuviera obligado á ello. Aquello, fué un motivo de alegría muy grande para quienes estábamos perdiendo las esperanzas de salir de allí. Dos indios, medio salvajes, medio civilizados, enigmáticos por su aspecto, fueron los conductores de la misiva salvadora :

« Van una canoa suficiente y dos expertos muy recomendables. »

— ¿Quiénes son los expertos?

— Nosotros.

— ¿Ustedes conocen el río?

— No, señor.

— En este caso, convendría que bajara con nosotros un práctico, conocedor de brazuelos, chorros, curvas...

— Es inútil. No cabe. Estorbaría. (Con petulancia.)

— ¡Entonces, vamos á la ventura!

Los expertos se llaman : Roberto, tipo caribe, y Venancio, más explícito y amable, pero que no sabe sino sonreir y callar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Comenzaron desde luego nuestros arreglos. Todo estaba en su puesto : ¿la maleta? allí, sobre la tarima; ¿las botas? allí, colgadas; ¿el sombrero? en la misma estaca que lo recibió hace varias semanas; ¿todo completo? ¡Veamos!... La maleta, descosida, se sostenía como un bizcochuelo á virtud de la cohesión molecular; las botas, carcomida la suela alrededor de los clavos, se dejaron desfondar al ponérnoslas; el sombrero, sin hule, sin forro, sin vivo, hubiera servido todavía para coladera de café. Si la oxidación es una combustión lenta, todas nuestras cosas, á merced de la oxidación, del calor, la humedad, las hormigas, la polilla, el comején y los mil agentes destructores de la selva, habían desaparecido, aunque conservaban forma y apariencia de vida.

Dejábamos el campamento con cierto género de tristeza inexplicable : allí habíamos sufrido y allí también había velado la Providencia por nosotros. ¿Volveremos aquí algún día? Á tiempo de partir regamos en el desmonte unos granos de maíz, por si acaso detrás de nosotros venía algún otro explorador.

— ¿Para qué desperdiciar el maíz?

— No. Es que lo siembro para el porvenir, para ese anónimo llamado el perdido, ó bien para que le quede á Basilio la base de la sociología antioqueña : ¡nada se desperdicia, nada hay perdido!

Estábamos en un punto del río muy correntoso todavía, hasta donde no era posible que subieran las canoas. Tuvimos necesidad de trasladar nuestros podridos equipajes dos kilómetros más abajo. Debíamos pasar por la cabaña de Basilio : era ocasión de comprobar la exactitud de nuestras inducciones sobre su familia.

La vieja es una valetudinaria, de cien abriles próximamente: es simplemente un recuerdo, una mirada al pasado... ¡La moza es un horror de fealdad! Un hombre con enaguas y el cabello recortado, musculatura recia y apariencia de fuerza tal, que el macho ante ella debe sentirse humillado. El amor inspirado por esta hembra no tiene relación con el noble y profundo sentimiento que constituye el hogar de las civilizaciones selectas : ¡es una bruta! ¡Cuando más susceptible de procrear animales del monte! Al verla soltamos una sonora carcajada y pensamos que, sin embargo, nos sugirió la creación de la princesa Sotel.

Nos despedimos de la princesa y su madre y entramos en la canoa con miedo. La embarcada del Encano, ¿qué tenía de difícil?

Sale la canoa al centro del río á impulso de los bogas, saltan ellos á sus puestos y comienza la navegación del Guamués...

En un minuto perdimos de vista la playa de embarque, cruzamos dos veces el brazuelo, torneamos varias curvas y estuvimos lejos de todo alcance : ¡habíamos andado mil metros por lo menos! ¡La exhalación! Una locomotora, á todo vapor por un plano inclinado, no anda tan rápidamente. La canoa viró en ese trayecto tres ó cuatro veces como un ringlete. El lomo del madero raspaba contra el suelo y parecía que iba á desfondarse. No hubo tiempo de hablar...

Momentánea detención para tomar resuello.

— ¿Quieren ustedes un práctico, conocedor del río, para que les indique el mejor brazuelo?

— Es inútil : ¡nosotros saldremos bien!

— Ya lo creo : ¡ustedes sí! ¿Pero nosotros, vestidos?...

— ¡Á desnudarse, blancos!

En un santiamén estuvimos de carnada de los mosquitos.

Después, el de popa irguió sobre el espolón de la barca su gran talla y miró á lo lejos. Un tropel de notas finas, breves, silbadas, imitó en su garganta algo como el rebuzno de un jumento, al cual contestó el de proa con una inclinación lacónica de asentimiento. El plan estaba trazado. ¡Adelante!

— ¡Compañero! ¿Sabe usted el acto de contrición?

— ¡Imposible poder recordarlo en estos momentos!

Teníamos por delante un plano inclinado del 6 por 100, cuyos carnerajes eran una explosión de espumas que escupían al cielo. El Salto de Honda se hubiera sentido avergonzado, en su bravura, longitud é inclinación, y allá, en el extremo, había una caída semejante á una cascada.

La canoa se precipitó en el raudal como una flecha y giraba en él como una bailarina. Las rachas de agua pasaban sobre nosotros en forma de ducha, unas veces golpeándonos la espalda, otras veces ultrajándonos la cara como un insulto. Nuestros barqueros hablaban un idioma de sílabas, tan breves como interjecciones, y por medio de él se transmitían una recíproca lluvia de órdenes, réplicas y contrarréplicas; lenguaje del peligro, de la maldición y del espanto, que hubiéramos entendido en el gesto altanero y en el ademán soberbio de esos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ministros de Neptuno, si hubiéramos tenido el ánimo tranquilo para traducir la sublime eufonía de las tempestades. La túnica negra de los tripulantes, sus gargantillas de dientes de tigre, el tatuaje feroz de sus rostros y el idioma de las maldiciones, nos los hacían considerar como los fatídicos dioses del Guamués, vengadores ó magnánimos. Eran los hijos de los caribes echándose á cuestas en esta escalinata del palacio de las cascadas, la salud y la suerte del hijo de sus antiguos frageladores y victimarios...

Tres leguas navegamos así, río abajo, en cosa de media hora que nos pareció un siglo. Cuando entramos á las aguas tranquilas, donde el río se desliza en un silencio apacible, adivinamos toda la estética de nuestros bogas y comprendimos la hermosura sin rival de su tocado. La que estos hombres usan es la más armónica y graciosa indumentaria. La palidez y el traje del europeo son una irrisión en la gran llanura.

Para ellos, nosotros somos los extravagantes : hombres vestidos, enchalecados, aforradas las piernas en calzones, embotados, de sombreros, pálidos y de un lenguaje melifluo, de músicas y dulzuras que se ahogan en el rumor perpetuo de la selva, más armonioso todavía.

Se nos antojó que Roberto, el incisivo, que clavaba sobre nosotros su mirada de fuego, con interrogaciones de una psicología misteriosa, habría de llevar una cartera de apuntes, por el tenor siguiente :

« El blanco mayor todo lo mira ; pero como lo mira todo con el criterio convencional de una civilización discordante del medio, juzga desacertadamente todo lo que ve: se admira de lo que no debía llamarle siquiera la atención. De muy poco provecho ha de ser eso que va escribiendo.

» Va contento con el río tranquilo y acaso piensa que el puerto debe situarse tres ó cuatro leguas más abajo, perdiendo así unas emociones varoniles, de que estos blancos en su cobardía siempre andan huyendo.

» Miró el reloj, miró también el sol á través de unos vidrios, anotó algo en su libro, miró aquella playa y dijo : allí acamparemos esta noche ; arrimen.

» Los blancos, como se ve, comienzan á consultar el sol, que ha sido para nosotros consejero eterno.

» Armaron en el arenal una casa portátil y comieron una comida horrible. (En esta parte no se hubiera engañado el

anotador indígena.) Nosotros tomamos vigorizantes enérgicos de las raíces que ellos no conocen.

« Les hicimos creer que dormiríamos cerca de su rancho. ¡ Tontos ! ¿ Cuándo podríamos sentirnos seguro bajo la hospitalidad de los blancos ? Que ellos nos la pidan para concedérsela sagrada y franca en nuestras casas : la falaz que á trueque de nuestra libertad ellos nos ofrecen, no la aceptamos nunca ! El bosque es más seguro.

« Á media noche nos llamaban para esclavizar las horas sagradas de nuestro sueño. ¡ Ve ! No quisimos responderles. Ellos solos desarmaron el rancho á esa hora, hicieron de comer, empacaron sus camas y á la estrella del alba salimos de nuestro escondite para seguir sirviéndoles de bogas. Cuando raspamos nuestro *lloco*, el mayor nos preguntó :

— « ¿ Para qué sirve eso ?

— « Para dar fuerza, espantar la pereza, calmar el mal genio y abrir la inteligencia.

— « Quiero probar si es cierto. Dame.

« Y le dimos una pócima doble, la cual se tomó el blanco de un trago. »

Siguen ahora los apuntes nuestros, al amor del *lloco*.

La canoa se deslizaba en un silencio absoluto, sobre una linfa dormida. La expedición parecía la desfilada cautelosa de los trovadores en los canales del Nilo. Todo estaba sosegado, los árboles se balanceaban y las palmeras se proyectaban sobre el cielo gris. La sombra de la arboleda cortaba el río en dos franjas que la estela de la barqueta rizaba con resplandores de luz matinal. Y los indios conversaban ó cantaban algo tan suave y armonioso como una melopea.

Después de siete kilómetros, andados al resplandor de la aurora, al voltear una curva del río, vimos luces en una playa. Algunas gentes levantaban campo ; dos canoas se balanceaban en la orilla. Nosotros pasamos sin curiosidad y á razón de dos leguas por hora.

— ¡ Adiós ! ¡ Adiós ! gritamos.

— ¡ Adiós !

— Esos son caucheros, con gente de San Diego, dijo Roberto.

Al amanecer el sol, majestuoso é indescriptible, por entre un grupo de nubes que parecían tapar el cañón del río, se abrió de repente un canalizo hacia el norte.

— ¡ Este es el Putumayo !

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La cordillera de Mocoa se ve cerca. El río, reunidas sus aguas con las del Guamués, que hoy las superaban, toma todo el aspecto que tiene el Magdalena en Puerto Berrío y sigue hacia el sur.

Habíamos navegado doce leguas del Guamués, en ocho horas desde el Alpichaque, las cuales podrían reducirse á ocho en línea recta, por camino de tierra, si no fueran de sospecharse los pantanos.

Diez kilómetros abajo de la bocana del Guamués, hay una casita risueña, la primera que veíamos desde Santa Lucía; sitio bello cuyos indios, hermosamente pintados, parecían japoneses. Los saludos entre nuestros barqueros y los peones pintados de la barranca, fueron efusivos.

— ¿Qué tanto les dicen?

— Que creía que nos hubiéramos ahogados en el Guamués; porque el río venía revuelto.

— Pues si no hubiera sido por la maravilla de estos hombres, morimos.

— Son los primeros bogas de San José; nadie los rivaliza, dijo el capataz de los japoneses aquellos.

— Y esta posesión ¿cómo se llama?

— La Sofía.

— Aquí pereció el « Tundama » de Reyes Hermanos, primer buque de vapor que surcó estas aguas.

Allí nuestros conductores hicieron alto; sacaron unas cajas donde llevaban artículos de tocador, espejos, peines, tijeras, pinceles, pomadas y barnices, y se consagraron con nimio cuidado á embellecerse. Desaparecieron los mechoncitos salientes que tenían en el cabello, se arrancaron las cejas, pestañas y pelos de barba que empezaban á asomar; borraron la antigua pintura uniforme del rostro y la sustituyeron con difíciles y vistosos arabescos, de rojo y siena, y se tiñeron de negro los labios.

— « ¡ Tohí, Tohí! » exclamaron contemplándose en sus espejos.

— « ¡ Muy bellos, muy hermosos! » tradujimos, antojadizamente nosotros, y acertamos; porque ellos mostraron sus dientes blancos en alarde de risa y repitieron:

— Tohí: ¡ Buen trabajo de pintura!

Además, para completar su tocado, se pusieron calzones y sombreros.

XI

Los indios Sionas.

Cómo son los pueblos. — El cacique de San José. — La ovación de los expertos. — Donde viven los sionas. — La mentalidad de estos indios. — Su sistema de numeración. — Cultura. — Rasgos distintivos. — La industria. — Costumbres notables. — Nombres cristianos y gentiles. — Un camino antiguo en el Guamués.

Á tiro de rifle de La Sofía se ha trasplantado el pueblo indígena de San José; porque donde estuvo antes, cinco kilómetros arriba de la boca del Guamués, murieron tres caciques y por esta calamidad los indios derribaron sus casas y fueron á fundar á otra parte. Esto hacen siempre.

El rancherío es efímero; no hay estabilidad en las poblaciones indígenas. Debe atribuirse á esta condición provisional de las fundaciones, para ir trasladándolas á otras partes, el movimiento paulatino del éxodo indígena, cuyos efectos son importantísimos en sociología americana.

Íbamos á conocer por primera vez un rancherío de bárbaros: sobre una meseta dominante del río, en una grande extensión, hay una especie de plazoleta entre palmeras y en su contorno se levantan unas diez casas grandes de palmicha y guadua, muy bien construídas. En una de esas, tal vez en la de mayor salón, había una bandera colombiana en la puerta.

— Aquí le tiene preparado á usted alojamiento de honor el indio Casimiro Castillo, capitán, exgobernador y cacique de los sionas; nos dijo el señor Becerra, quien salió á la barranca á recibirnos.

En el centro del gran salón, pulcramente barrido, estaba sentado en un banco, torciendo *ñacuá* (especie de palmicha)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para hacer *chinchorros* (hamacas) un indio de vistosas plumas, en la cabeza, las orejas y las narices. El cuello lo tenía envuelto en *chaquiras* ó gargantillas de cuentas de varios colores y el cuerpo vestido con una túnica negra, de cuyas bocamangas pendían largos mechones de la misma *ñacuá*. Nos pareció este personaje un sacerdote de alguna religión oriental. Él afectó no fijar en nosotros su desdeñosa mirada.

— Capitán, le dijo Becerra, tengo el honor de presentarle un enviado del Presidente de Bogotá.

— ¡ Ah ! Presidente conoce indios.

— Sí. El señor Presidente no ha olvidado al Puntumayo y me ha mandado á estudiar camino y visitar indios amigos.

— Mi casa para vos, dijo el indio, levantándose con solemnidad y orgullo, al creerse objeto de una atención presidencial ; que traigan aquí maletas.

A continuación fueron presentándose lujosamente ataviados en son de visita oficial el gobernador, los capitanes y varios particulares del pueblo. Todos hablan castellano tan bien como el cacique, y nos hicieron muchas preguntas sobre nuestra persona y nuestra tierra natal.

— ¿ Bogotá grande como Mocoa? ¿ Bonito Bogotá?

— No. Bogotá más grande; más bonito... tal vez.

— ¿ Lejos Bogotá ? ¿ Cuántas lunas andando?

— Tanto como Carapaná : dos lunas andando.

— ¿ Todo eso gobierna Reyes?

— Mucho más : otras dos lunas andando, hasta Goagira.

Los indios de San José, de cuya parcialidad son los dos expertos rinden grandes honores al oficio del canalete y, por esta razón, Roberto y Venancio merecieron casi una ovación pública, al llegar á su pueblo, por la proeza ejecutada en los raudales del Guamués : el gentío los rodeó en la plaza para escuchar sus aventuras, que ellos supieron ponderar como maravillosas. Entonces volvimos á ver retratadas en sus rostros y en sus ademanes la serie de peripecias, tan imperfectamente descritas anteriormente y á oir las modulaciones de un idioma elástico, que tantas variantes y recursos ofrece á los transportes del ánimo. La lengua que así vibra como canta, se llama *siona*, y participan de ella un gran número de pequeñas parcialidades, que se extienden á las orillas del Putumayo, durante setenta leguas, desde la boca del Guineo hasta la del Jocorobué, donde viven ya los Güitotos, nación tan mansa y

civilizada como los sionas. Se diferencian en lenguaje y maneras ; pero, en el fondo, su psicología y su desarrollo son tan semejantes, que basta estudiar á los unos para conocer á sus condueños en un territorio uniforme, sometido enteramente á análogas influencias. Otro tanto sucede entre estas naciones y las que viven en el Aguarico y sus aledaños, quienes hablan distinto y se pintan la cara de un modo diferente ; pero que no sabe distinguirlas un antropólogo en sus disquisiciones etnográficas, ni un simple visitante como nosotros en sus dilletantismos de turista.

Nuestro amigo Basilio del Alpichaque, por ejemplo, cuyos rasgos biográficos conoce el lector hasta la saciedad, pertenece á la clasificación de los Aguaricos, así como los pocos habitantes del río Guamués. Sirva, por consiguiente, lo dicho acerca de él y su familia, para pintar la nacionalidad indígena á que pertenece, tan semejante á los sionas.

No sucede lo propio entre estos, á quienes pudiéramos llamar putumayos oceánicos ó caribes en general, con los del Guineo, Mocoa, Santiagos, etc., de procedencia peruana más ó menos remota. Los primeros van en su éxodo conquistando la cordillera ; los segundos, en el suyo, van invadiendo la llanura.

No tuvimos tiempo de estudiar el mecanismo y menos la filosofía de la lengua siona, cuyas modulaciones tanto nos entusiasmaron cuanto más misteriosas nos parecían en nuestra ignorancia : eso, que es obra de sabios, hubiera sido asaltar la clave del problema americanista y el secreto de industrias, religión y psicología en general de estas naciones y sus condómines del corazón del Continente; pero, como muestra de la mentalidad de estos pueblos, anotamos los nombres de los números dígitos, advirtiendo que su modo de formación denuncia un sistema distinto del decimal : quédense por ahora para los eruditos las deducciones consiguientes á este hecho. Se nota además que el vulgo de los indios no usa sino hasta las manos en sus cuentas, aunque luego siguen por veintenas, valiéndose de los pies también, en sus etimologías numerales. Por último, nos pareció en el rápido examen del asunto, que no conciben la abstracción numérica, en el concepto de relación con la unidad, pues nunca dicen *cuatro* á secas, sino : *cuatroreales*, *cuatrohombres*, *cuatrodías*, etc., siempre ligando el objeto contado con el número que lo limita.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

1 Te (uno).
2 Samú (dos).
3 Samuté (dos y uno).
4 Cajaseca (cuatro).
5 Te sara (una mano).
6 Dique sara no te (uno otra mano).
7 Dique sara samú (dos otra mano).
8 Dique sara samuté (tres otra mano).
9 Dique sara cajaseca (cuatro otra mano).
10 Siante sara (ambas manos).

Como se ve, en los nombres de estos diez números está el proceso historiado de su formación psicológica, por el cual han pasado todos los pueblos, y si todavía no se han simplificado y abreviado estos nombres ni han adquirido netamente el engranaje decimal, del cual sistema son la base, eso pondera más el estado rudimentario del comercio en Oriente que la falta de capacidad mental de los naturales, quienes por otra parte manifiestan un gran desarrollo intelectual.

En efecto: aparte de ese espíritu insinuante y fácil, que tan bien habla siempre de la cultura de quien lo posee, notamos en las preguntas que nos hacían los indios, una idea cabal de multitud de cosas de que suelen no darse cuenta los que presumen de civilizados. Los indios de San José, por ejemplo, se han dado mejor cuenta de nuestra misión que los del valle de Atris y han procedido, en consecuencia, más patrióticamente que muchos señores de categoría en Pasto. Manifiestan también una curiosidad muy racional, en cuanto á las circunstancias del camino, de que no han dado señales los muchos viajeros que han recorrido la región como en el fondo de sus *petacas*, para exhibir después una ignorancia supina en los informes que dan del territorio. Se consideran más colombianos en su deseo de conocer cómo es la capital de la República y en el lujo del pabellón nacional, que muchos hijos de las ciudades que ignoran dónde queda Bogotá y á quiénes es preciso conminar para que adornen los frentes de sus casas el día del natalicio de la patria.

Saboreábamos con delicia una taza de café, con que tuvo la amabilidad de obsequiarnos el señor Becerra, después de una larga cuarentena de ayuno de aquel elixir, cuando se presentó á visitarnos también un indio viejo sin etiqueta ninguna: traje de entre casa. Hablaba el castellano perfectamente y se manifestó tan campechano y familiar, que lo creímos un tolimense disfrazado de siona. Estiró las piernas, chupó su cigarrillo, escupió á diestra y siniestra y dijo:

— ¿Cuál es tu tierra?
— ¡Bogotá!
— ¿Y tu oficio?
— Hacer caminos, viajar... escribir aventuras por ahora.
— ¿Tienes mujer? ¿Tienes hijos?
— Sí: mi esposa y mi hijo están en Pasto.
— ¿Blanca tu mujer? ¿Tu niño sabe leer?
— ¡Sí¡ ¡Sí! Soy ingeniero, mayor de edad, casado y he tenido á mi hijo en la escuela; además traigo de venta *cortapicos* y *callares* muy buenos.
— ¿Cuándo te vuelves para Bogotá? Quiero conocer Bogotá: ¡llévame!
— Está bien; te llevaré sirviéndome. Vámonos mañana.
— Yo tengo mucho caucho para vender y pagar mis gastos. Mañana no: es muy pronto. Aguárdame en Pasto.
— ¡Estamos convenidos! Si sales pronto á Pasto, seguirás conmigo.

Se nos espera, pues, un famoso compañero de viaje: un *salvaje* que no acepta que se le hagan sus gastos, aunque vaya sirviendo, y que desea conocer el mundo en buena compañía. ¡Vaya con los *salvajes*, si todos son por el estilo!

El aspecto del pueblito, las amistades encontradas allí ya formadas en nuestro favor, oficiosas, insinuantes y sencillas, y la idea de que esta gente vale cien veces más de lo que la juzgan, nos hizo olvidar durante nuestra permanencia en San José que estábamos en una tribu del Caquetá, tenida acaso en el mundo como una horda de antropófagos, para creernos en un centro social ya constituído.

Los indios estos son muy visitadores, obsequiosos y preguntones; son inteligentes, honrados y trabajadores; cultivan con perfección varias industrias, de cuyos productos llevamos algunas muestras; son hábiles constructores de casas, canoas y utensilios de pescar, cazar y bogar; saben hacer hamacas de nacuma torcida de un primor admirable; utilizan la corteza de una especie de bambú en tejidos de paja brillante y fuerte, de muchas aplicaciones como asientos rústicos, cestas, cedazos y prensas para extraer la fécula de la yuca; cultivan en pequeño la tierra, sembrando lo que necesitan para la subsistencia; son rectos, puntuales y escrupulosos en el cumplimiento de sus compromisos; contratados como bogas en los viajes de río, no solamente sirven bien en su oficio, sino que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca - Sala de Patrimonio Documental

se constituyen en instructores, curanderos y proveedores del patrón, con tal amabilidad y sencillez, que arraigan en éste profundo cariño y sincera estimación. ¿Qué es, por tanto, si no fuese todo aquello, lo que constituye y pueda faltarles á estos hijos de la selva, para ser gente civilizada?

No encontramos cosas extraordinarias en las costumbres de estos indígenas; pero no dejando de ofrecer cierta originalidad, presentamos como muestras algunas de ellas, y deploramos que la brevedad de nuestra información no nos permita ser más prolijos.

Como todo prójimo, el indio se enamora de la india; la cosa es al fin notada por los padres de ésta, quienes, cuando ven ya la fruta madura, celebran un gran festín de muchas carnes monteses y fermentos de yuca, chontaduro y plátano, para provocar el suceso. Cuando el buen humor reina en la concurrencia, el padre del mancebo ú otro padrino respetable que lo represente se dirige al anfitrión y le dice, más ó menos, lo siguiente :

« — Fulano quiere casarse con tu hija. ¿Qué opinas tú de eso? El mozo posee grandes prendas : ha bajado el Putumayo hasta Caraparaná y lo ha subido hasta la bocana del Guineo : es un piloto hábil; maneja perfectamente el harpón, la red y el anzuelo; tira de la flecha, la cerbatana y la escopeta, con tal primor, que jamás le falta la carne en la cocina ni la pluma nueva en su tocado »...

« — Pues mi hija, en las habilidades propias de su sexo, no le va al otro en zaga : muele la yuca á la madrugada para hacer el cazabe del día, bate variedad de chichas con verdadera exquisitez, no deja apagar la hoguera en la cocina, lava la ropa con frutas y cortezas jabonosas, está alentada y robusta y ningún hombre ha merecido que vuelva á mirarlo.

« — Tal para cual, compadre; serán dichosos si tú consientes en que se casen.

« — Consentiré, compadrito querido; que se casen! »

Fijado por los dos viejos el día de la boda, entre libaciones y abrazos, corre la noticia entre los concurrentes, quienes se hacen lenguas ponderando las perfecciones de los prometidos. Entonces interviene la suprema autoridad social, representada por el señor gobernador de indígenas, quien en forma poco solemne requiere la libre voluntad de los futuros y los amonesta al cumplimiento de los deberes conyugales. La ceremonia se reduce luego á muy poco :

— « Hombre, » dice el anciano padrino del varón, « dale la mano á tu novia! Estás obligado á mantenerla, á defenderla y á educarla. ¡Dale la mano á tu mujer! Estás obligado á corregirla, amarla y darle ejemplo. ¡Por tres veces te ordeno que le des la mano á tu esposa! ¡Que seáis felices y tengáis muchos hijos! Ya sois casados. »

Palabras análogas, relativas al servicio, respeto y obediencia que debe á su marido, le dice una vieja al mismo tiempo á la novia. El festín de bodas por cuenta del novio termina el acto. Sin embargo, el vínculo no queda perfecto sino hasta después del *amaño*, temporada durante la cual viven los desposados bajo la vigilancia de los padres de la mujer, con los miramientos de un par de prometidos, aunque con las obligaciones aparentes de dos esposos. El marido puede, durante este noviciado, repudiar á su mujer, si por mal carácter ó ignorancia de sus deberes se hace acreedora á semejante desacato. Pero, aceptada la esposa por el marido, termina el amaño y el vínculo es indisoluble.

Para dar á luz, las indias huyen al bosque, donde nadie las vea ni las ayude; bañan á su hijo en la quebrada y se lo entregan al marido para que él lo atienda durante la cuarentena que ellas pasan en absoluto aislamiento, sin poder tocar nada de su casa, como si estuvieran inmundas, según la expresión de Moisés. A un aislamiento semejante se someten voluntariamente las mujeres por otros motivos, y para este servicio hay una casa, especie de lazareto, en los poblados, ó un rincón en las chozas aisladas. Los cuidados maternales, que absorben al marido en estos días, no le permiten salir, y por esta razón seguramente hay quienes sostengan la especie de que los tales guardan dieta especial en favor de su hijo. Después del término fijado por la costumbre y la necesidad, las mujeres se dan un baño aromático purificador para volver al trato con las gentes.

Los bautismos se hacen como manda el padre Astete, y el niño en este acto recibe un nombre cristiano, del cual únicamente hace uso en la vida y comercio con los blancos; pero luego recibe otro nombre de tribu, al que responde en su lengua con los otros indios. El objeto de esta paridad de nombres, indica á las claras un estado de transición entre dos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ritos. Lo propio sucede con los nombres de los pueblos: San José, por ejemplo, se designa en lengua siona con el nombre de *Huejo Bohó*.

El nombre de tribu de un indio, á quien nos presentaron en San José, nos llamó la atención:

— « Odac Mahá ».

— ¿Qué significa ese apodo?

— Camino de chontas.

— ¿Y por qué razón te lo pusieron?

— Porque en una cacería que hice por el río Guamués arriba, encontré en el bosque los vestigios de un antiguo camino de empalizada.

XII

El Bajo Putumayo.

Un conocedor inteligente habla. — Los güitotos. — La ley marcial. — Descripción en un suplicio. — Gargantillas de muelas humanas. — Un conflicto con el Perú. — Los colombianos arrancan los mojones. — La defensa de « El Globo » del Pará. — Una verruga del Derecho Público.

— Por lo visto, nos replicó un inteligente conocedor del territorio, usted piensa que todas las naciones indígenas del Putumayo son más ó menos como ésta y, por el contrario, hay entre ellas significativas diferencias, que me permito hacerle notar, para la mejor clasificación que usted haga de ellas.

—Agradezco á usted todo informe y daré traslado al inteligente lector, para que él y no yo, haga la debida clasificación.

— En primer lugar, refiriéndome á los güitotos, la índole de éstos es más retraída en presencia de los blancos que la de los sionas. Ellos celebran sus fiestas donde no los vean, y por esto muchas de sus costumbres nos son desconocidas. Estos bárbaros son polígamos, según parece.

— No tendrá nada de extraño, pues ello corresponde á su estado social; pero tengo noticia de que los blancos, por depravación y no por naturaleza, les han dado en este particular un mal ejemplo, que ellos acaso hayan imitado desgraciadamente, y se dice por aquí con escándalo que muchas luchas armadas por ellos tienen su origen en tristes rivalidades de amor.

— Tampoco son muy mansos: yo vi un patíbulo levantado por allá, muy abajo, para sacrificar á dos de sus enemigos.

— Regiría la *ley marcial*, bajo cuyo imperio yo vi más de ciento en la última guerra, por allá arriba, levantados en nombre de la civilización. La vida entre los güitotos, según

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

eso, tampoco está muy garantizada conforme á su *Carta fundamental*. Suplico á usted que me describa el sacrificio, para ilustrarme en ese género de conocimientos.

— No sé si el caso es frecuente y lo refiero de oídas: Un jefe güitoto aprehendió á dos de sus enemigos, y para justificar su venganza ante los blancos que viven por allí, los hizo pasar como que fraguaban una perfidia contra éstos, la cual era preciso castigar para escarmiento. Obtenido por este ardid el consentimiento de quienes podían castigar su delito, levantaron dos postes verticales de poca separación y les atravesaron dos maderos para formar una cruz doble, en la cual ataron en forma de X á los sentenciados. Toda la noche sufrieron esa *capilla* los infelices. Cerca de ellos permaneció un espía para sorprender lo que pudieran comunicarse en esos críticos momentos; pero fué vano el intento de esta policía, porque los sentenciados guardaron absoluto silencio: no se lamentaron siquiera de su suerte. Al amanecer prepararon sus sacrificadores con leñas perfumadas una hoguera cerca del patíbulo. Cortaron de un tajo las cabezas de las víctimas y al propio tiempo extrajeron del pecho el corazón palpitante y lo pasaron por el fuego. También les cortaron el brazo izquierdo, el cual colocaron, junto con la cabeza, en un pequeño cesto que alguien llevaba á la espalda. Todo lo presenciaron los blancos, complacidos, desde el corredor de la Agencia. El corazón lo devoraron á medio asar los sacrificadores, y dando gritos destemplados, corrieron al bosque, seguramente á continuar con la tribu entera el festín antropofágico del brazo. Las cabezas las izan en un palo al frente de sus casas y con los dientes y las muelas hacen gargantillas. Don Bernardo de la Espriella puede mostrarle á usted una de éstas que él conserva en Pasto.

Horrorizados con esta relación, que tan mal habla de los güitotos como de los blancos del Bajo Putumayo, resolvimos consignarla sin comentarios en nuestro libro, así, entre comillas, á fin de que le sirva de corrigenda, si presta mérito y fe. Sólo advertimos que no podemos salir garantes sino de aquello que hayamos comprobado ó que nos asegure persona seria haberlo visto.

Con el objeto de ilustrar este libro con lo más que se pueda relativo al Putumayo, y para dar alguna idea de los conflictos entre colombianos y peruanos, transcribimos, también de la

misma fuente, el que tuvo lugar en Caraparaná en 1902, digno de mejores anales.

« Marco A. Gasca estuvo en Mocoa hacia 1901 con el objeto de presentar denuncia por delitos atroces contra los Larrañagas y á recabar del Prefecto el nombramiento del señor Neftalí Arboleda como Corregidor de aquella remota circunscripción. Gasca llevó á sus expensas al Corregidor y obtuvo de él que colocara como su Secretario al señor Zacarías González. Al llegar, aprehendieron de sorpresa en unión de otros colombianos, á Rafael Larrañaga y á un argelino llamado Jacobo Berchilón, y siguieron por tierra á la colonia indiana de La Chorrera, donde estaba el gran Benjamín Larrañaga, padre de Rafael.

» Valiéndose de algún ardid en la travesía, se fugó Barchilón y dió aviso á Benjamín, con lo que se frustró el golpe. Los prófugos se pusieron á salvo en Iquitos.

» Temerosos los colombianos de Carapaná de que aquellos hombres solicitaran el concurso extranjero para tomar desquite, despacharon por brazuelos y arrastraderos — por los que se acortan mucho los viajes en el territorio, — un expreso con comunicaciones para el Cónsul colombiano en aquella ciudad, señor Manuel María Montero, suplicándole que, llegado aquel caso, protestara contra el recurso de los traidores, é hiciera presente al señor Prefecto de Loreto que Caraparaná está en territorio colombiano, como es notorio, y donde nada tenían que hacer las autoridades peruanas. No quiso el Cónsul anticiparse á protestar, porque, según contestó, aquello era poner en condición de posible la intrusión; pero les advirtió, sin embargo, que próximamente saldría de Iquitos una lancha, armada en guerra, que seguramente se encaminaría á Caraparaná. Apercibidos así los colombianos, dispusieron el modo de apresar la lancha, si entraba al puerto. Contó un diario de Manaos que iban doscientos soldados en la lancha, y los colombianos eran pocos; pero al llegar á Ingaparaná, los peruanos de ese río advirtieron al Comandante que los colombianos estaban apercibidos y que combatirían. Entonces los jefes de la tropa dejaron allí los soldados y resolvieron adelantarse solos, con el pretexto de andar comprando caucho, á explorar el campo. Apostados cuarenta colombianos en emboscada, se prometían cortarles la retirada á los peruanos, y á título de valientes, triunfar y apresar la lancha; pero no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

llegó el caso, porque ésta se presentó de paz. Aunque era de temerse un engaño, cuatro de los nuestros resolvieron ir á bordo, previo el convenio de que un tiro sería la señal de que estaban en peligro y de comenzar el ataque. Los cuatro que entraron fueron los señores Marco A. Gasca, José Gregorio, Teófilo y Abelardo Calderón.

» — Señores, dijo uno de éstos, dirigiéndose al capitán, ¿á qué debe Colombia el honor de verse visitada en sus puertos por oficiales peruanos?

» — Venimos á ver si ustedes tienen caucho para la venta y no más.

» — En ese caso pueden ustedes bajar á tierra y aceptar nuestra hospitalidad como particulares, pero no como oficiales del ejército peruano.

» — Pero observo, agregó otro, que estos comerciantes galoneados no izan el pabellón colombiano...

» — Desgraciadamente, señores, no tenemos bandera colombiana á bordo para los saludos de puerto, contestó el capitán.

» — Pero nosotros sí tenemos trapos de colores en nuestros almacenes, de los cuales podemos venderles. Entre tanto es bueno arriar aquella bandera de proa.

» Extendió el rifle y disparó sobre la bandera peruana. La tripulación de servicio, á una señal del capitán, arrió la bandera.

» Ya en tierra, exclamó algún otro de los colombianos, ganosos de pelear á todo trance:

» — Pero *mi jefe*, sepa usted que la tierra colombiana no pueden pisarla divisados de militares sino los colombianos; y le tumbó el kepis de un manotón.

» Con estas razones los oficiales peruanos se reembarcaron apresuradamente, levaron anclas y viraron de bordo con tal prontitud, que á poco se estrellan contra la barranca de en frente, al empuje de 100 libras de vapor puestas á la caldera.

» No paró en esto la revancha de Barchilón y Larrañaga: el sitio de La Chorrera, colonizado por colombianos, pasó á ser del Perú.»

— ¿Y qué suerte corrió Rafael?

— « Lo remitieron preso á Mocoa, donde fué puesto en libertad y honrado por el Gobierno de entonces con el Cargo de Oficial del Ejército Colombiano. »

Como me lo contaron te lo cuento.

Con estos dos cuentecillos hemos querido complacer al amable lector que nos ha acompañado hasta aquí, valiéndonos de ellos como de dos brochazos para pintar las lejanías del Bajo Putumayo, donde no podemos llevarlo, como tampoco podemos ir nosotros, por la urgencia del regreso.

En San José tuvimos el gusto de ver al señor Juan Felipe Muñoz Idrobo, quien arrancó el poste que peruanos y brasileros colocaron en el Potuhé, como mojón de frontera, dentro de nuestro territorio. Colombiano al fin, como aquellos de Caraparaná, que á bofetadas hacen respetar el territorio patrio, ardía en indignación aquel buen comerciante de cascarilla y chaquiras, recién puestos los postes (1868), sin atender los vecinos nuestro derecho de condómines y ni siquiera invitarnos á los parlamentos habidos para celebrar los tratados de 1851 y 1858.

Subía don Juan Felipe pensando en ese desacato, el cual le dolía como si él sintiera bajo su camiseta listada palpitar el corazón de la madre Colombia, tan respetada cuando triunfó en Tarquí y tan traicionada después, cuando las ambiciones la fraccionaron y humillaron. Ver el poste, cuya incripción declaraba que allí partían términos dentro de nuestro suelo los vecinos, y saltar de la canoa colérico, todo fué una. Agarró con ambos brazos el madero, como un campeón que provoca á la lucha á un gigante, y pretendió derribarle del primer empuje; pero el poste no se movió. Entonces sacó su machete y, poco á poco, á golpe de paciencia y como deleitándose en el sacrificio, el cual dictó por sí y ante sí, decretó contra la temeridad de dos naciones, cortó el poste, lo arrastró y lo botó al río.

La cosa se supo pronto en las aduanillas cercanas, y salieron lanchas en persecución del atrevido; pero éste, conocedor de caños, istmos y arrastraderos, se burló de sus perseguidores. Con eso creyó el buen patriota haber devuelto á la joven Colombia la herencia materna, arrebatada por un atentado en grande, tan insólito como el suyo.

Tiene don Juan Felipe actualmente algo como sesenta años de edad, ojos grises, cabello negro y barba blanca. Es natural y vecino de Pasto y todavía hace el mismo negocio que en sus heroicos tiempos, á lo largo del Putumayo, sin haberse ganado en él un modesto patrimonio para la vejez. Parado en la barranca de San José, aguardando la vuelta de unos caucheros

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

á pagarle la provisión de víveres que les dió al fiado, encontramos al sencillo patriota.

— Si las lanchas lo hubieran alcanzado, ¿qué habría sido de su suerte?

-- Habría sido fusilado en cruz de San Andrés y mis muelas andarían por ahí, en la gargantilla de algún jefe de los Andoques, la invencible tribu que suele hacer alianzas con los blancos para incursionar de una República á otra.

Algún tiempo después de esta aventura del señor Muñoz, hizo un viaje al Brasil el señor general Rafael Reyes, y encontró repuesto el hito en Santa Bárbara, de donde cuentan por aquí las gentes con orgullo, que lo arrancó también; fué al Pará y escribió varios artículos sobre límites en *El Globo*, importante diario de aquella ciudad. Nada tendría de raro que quien derribó el mojón de Santa Bárbara y justificó su procedimiento en el corazón del Brasil con la pluma, cuando apenas era un simple ciudadano, hoy, como primer magistrado del país, arrancara para siempre ese infamante mojón, clavado, no tanto en el suelo amazónico, cuanto en la frente del Derecho Público intenacional de América.

ITINERARIO APROXIMADO PARA LA NAVEGACIÓN DEL RÍO PUTUMAYO

(Calculado sobre datos del Señor Cornelio Ortiz)

LUGARES	TIRASO de bajada en canoa.	DISTANCIA parciales calculadas.	DISTANCIAS totales, á partir de San Vicente.	SITUACIÓN
	horas.	kilóms.	legs.	
San Vicente, primer puerto	»	»	»	Banda Izquierda.
Boca del Guineo	1 1/2	7.8	1 1/2	»
— San Juan	3	15	4 1/2	» Derecha.
Pueblo de San Diego	1	5	5 1/2	» Izquierda.
Boca del río Orito	0 1/2	2.8	6	» Derecha.
— Guamués	2	10	8	» »
Pueblo de San José	2	10	10	» »
Jocoropué	24	120	34	» »
Piñuña (boca Quebrada)	1	5	35	» Izquierda.
Montepa	17	85	52	» »
San Miguel	2	10	54	» Izquierda.
Concepción	12	60	66	» Derecha.
Río Güepi	24	120	90	» »
Caucaya	12	60	102	» Izquierda.
Yaricaya	36	180	138	» Derecha.
Jubineto	24	120	162	» »
Campuy	48	240	210	» »
Caraparaná	24	120	234	» Izquierda.

XIII

El Alto Putumayo.

Á dónde conduce el Putumayo. — Cambio de fortuna. — Nuestros últimos bogas. — Sobre cultivos. — Viaje de subida. — Navegación del río Guineo. — Un naufragio. — Categoría de nuestros bogas. — El gran tegua. — Epítome de las plantas medicinales. — Dónde aprendió Perdomo.

Aquí cambiamos de rumbo : volvemos hacia Pasto por la senda transitada.

Tenemos un joven práctico que ha hecho muchos viajes por el río, y él nos ha informado del tiempo gastado para bajarlo en canoa. Agradecemos este dato importante y, aunque algo incierto por no haber encontrado quien pudiera comprobarlo, lo hemos insertado al fin del capítulo anterior, con el objeto de dar alguna idea de la magnitud del río en su parte navegable : ello, en todo caso, servirá para advertir al viajero sobre sus puntos de escala.

No sabemos por qué secreto atractivo hacia el Amazonas, emprendimos el regreso con un sentimiento contrario al que nos impulsó por sobre dificultades, hacia abajo, como si en nosotros obrara la ley misteriosa de las migraciones que esparce á los hombres por el mundo. El río tranquilo y majestuoso que en curvas elegantes se desarrolla llanura adentro, nos invitaba á seguir su curso y parecía prometernos muy hermosas aventuras. Con la imaginación y valiéndonos de los informes del joven Ortiz, hicimos un viaje ideal de salvajes en la incómoda canoa, comiendo plátano cogido al azar en las fecundas vegas, y durmiendo bajo las hojas de las palmeras en la arenosa playa, hasta donde las brisas civilizadoras del

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

océano, con el buque de vapor, traen las comodidades para el viajero. Cerrábamos los ojos para ver la encantadora agitación de la industria que hoy invade el Marañón, para escuchar el bullicio de todas las lenguas europeas que allí se hablan y para comparar las innúmeras costumbres que allí se usan, con las que hemos venido describiendo de nuestros compatriotas los sionas y los güitotos, habitantes y señores del predio abandonado que nos toca de derecho en la partición que allí se hacen las naciones.

La canoa en la cual debíamos subir el río hasta sus orígenes, con muda ironía se burlaba de nosotros y se balanceaba al pie de la barranca, esperándonos á que concluyéramos de dar abrazos á los indios, quienes salían á despedirnos.

Las circunstancias ahora cambiaban completamente: necesitamos una taza de café y un cigarrillo (al llegar á San José), después de muchos días de abstinencia, y tuvimos rancho, vinos, carnes y atenciones en casa del señor Becerra; significamos la necesidad de canoa, y el joven Ortiz nos rogó que aceptásemos la del señor Gabriel Martínez, cuyo agente era, pues él tomaría á mal, nos dijo, que su canoa no hubiese servido á una comisión científica desamparada en la llanura; apetecimos un pan, y el señor Rosendo Díaz, comerciante en víveres, nos ofreció al fiado cuanto nos fuera necesario en materia de bastimentos; eran menester cinco bogas de muy difícil consecución, pues los compromisos de caucho y el pedido de otros transeuntes los tenía en alza, y el gobernador de indígenas, don José Chica, personalmente se ofreció á conducirnos con los hombres más escogidos de la tribu. Un gobernador, dos capitanes, Jamo y Yacura, un tegua ó médico del pueblo, cuyo nombre hemos perdido, y Ñumi Rasa, el principillo, hijo del cacique, constituían nuestra tripulación.

El señor Becerrra nos acompañó hasta La Sofía.

— Allí tengo un porvenir para mi familia y un punto de apoyo para los nuevos colonos: ¡un cultivo de tabaco! La libra de ese artículo vale en La Chorrera á cuatro soles. Este terreno es muy fértil, y conozco el cultivo, porque yo soy hijo de Palmira. ¡Estoy lleno de esperanzas!

— ¿Qué otro cultivo estima usted ventajoso en esta región?

— El caucho.

— Pero, según dicen, estos bosques están poblados de cauchos; ¿para qué sembrar más?

— Ya el caucho se acabó, aunque subsiste la fama. ¿No ve usted cómo estos negociantes en víveres no saben de qué manera salir de su mercancía? ¡Ya no hay negocio! El cebo gratuito ya le dió de comer á las moscas, ahora sigue la labor de la tierra. Es necesario desmontar, sembrar pastos, criar ganado... así viene la riqueza sólida. Mientras hubo caucho no se fundó nada estable; así como, mientras hubo oro en California, nadie quería cultivar la tierra, única dispensadora de la verdadera riqueza, por estar lavando las arenas auríferas.

Nos despedimos del inteligente y abnegado empresario, con la pena de no haberlo escuchado todo el tiempo que fuera menester para llevarnos al interior todo el acopio de conocimientos útiles á los emigrantes, que ojalá pudiéramos encaminar á esta región.

— Que el *pulgón* le respete su plantío y que me informe del resultado de su empresa, le gritábamos todavía desde lejos: ¡No olvide!

La canoa se alejaba lentamente, al impulso de las palancas. El pujido acompasado de los bogas y el balanceo de la barquilla nos causaron un sueño traidor, durante el cual nos sangraron á su sabor los mosquitos. Cuando despertábamos navegábamos por entre el bosque, haciendo los barqueros trocha entre el ramaje para abrirse paso: era que la creciente había levantado el río más de tres metros. Las angustias de los indios al pasar por debajo de los troncos inclinados sobre la corriente, nos transmitían viva zozobra, lo mismo que la lucha formidable contra aquélla en el cañón estrecho de « San José Viejo ». Frente de este sitio el remolino había levantado un banco de arena, á cuya solidez efímera confiamos durante la noche la seguridad de nuestro sueño. Amanecer, presenciar la *toilette* de los indios y el trajín de la palanca; almorzar en frío á medio día; ver á los indios raspar el *lloco* y tomar horchatas de yuca, plátano y chontaduro mascados; levantar rancho en la playa arenosa, al anochecer, y repetir esto mismo, durante una serie de días monótonos, que se hace interminable: eso es el viaje de subida.

Boca del Orito, San Diego, Boca del San Juan, Boca del Guineo, esos son los únicos accidentes que interrumpen, de tarde en tarde, la uniformidad de la alameda que sombrea el canal.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Llegamos á San Diego en busca de impresiones : el mismo aspecto de poblado que el de San José, los mismos indios preguntones de allí... todo igual.

En la boca del Guineo, en vez de seguir subiendo el Putumayo, muy pobre ya de aguas, para tomar el camino de Mocoa en el Puertecillo de San Vicente, á tres horas de navegación, cometimos el desacierto de todos : seguir durante dos días por el afluente, más escaso aún de aguas que el principal, por un cauce atascado de empalizadas, lleno de brazuelos hurtadores implacables de su mísera corriente, tumultuoso, con frecuentes raudales, y en el cual la palanca deja de funcionar para arrastrar la barqueta á tirones sobre una tela de agua lubrificante apenas del lecho pedregoso, verdadera escofina demoledora del madero.

En uno de estos chorros del Guineo tuvimos la pena de ver las consecuencias de un naufragio, ocurrido pocas horas antes á un pobre comerciante en víveres que bajaba con un solo boga en un *potrillo* : volcada la canoa, averiada la mercancía, el propietario secándose al sol como un pájaro mojado y el indio echando pestes contra la tacañería del patrón, quien se había negado á pagar otro boga más.

— « Si se topan en Mocoa con el compadre Elpidio, mi socio, díganle que aquí terminó el negocio que tan alucinado lo tenía. »

Esto nos recomendó decir el náufrago y para conocimiento del compadre Elpidio, hijo probable de don Público, repetimos palabra por palabra el saludable *recadito* del vivandero.

Para nuestra llegada al pueblecillo de El Guineo, habitado por indígenas de lengua quichua ó inga, nos prometíamos un filón riquísimo de observaciones en el trato recíproco de dos parcialidades diferentes. Eran nuestros bogas, como hemos dicho, la flor y nata de los sionas : entre ellos venía el Gobierno espiritual y temporal de la tribu, representado en el indio viejo que llevaba la *batuta*; su poderío militar, simbolizado en sus capitanes *Yuyo Curoo* ó sea « gusanillo de chaquira » y el rico y el atlético *Jamo*, adornado siempre con nuevas plumas, famosas gargantillas y primorosos dibujos en la cara ; su aristocracia, encarnada en « Pepita de Monte, » el principillo flacucho que hacía sus estudios en el arte de la náutica, y por último, la ciencia de Hipócrates, consagrada en la experiencia médica del indio caratoso, cojo y desarrapado, representante de la clase científica y profesional de su pueblo, quien venía instruyéndonos generosa, desinteresada y simpáticamente en sus secretos. Aseguraba el amigo Ortiz que los del Guineo les dispensaban á los sionas profunda estimación por su sabiduría de *teguas* y por su pericia en la navegación del río. Desgraciadamente los nuestros no quisieron permanecer entre aquéllos, á quienes saludaron en castellano y trataron con desdén. No obstante las invitaciones para que permanecieran, regresaron inmediatamente.

Para aquel frustrado evento, como para ilustrar la relación de los conjuros que nos prometíamos presenciar con alarde de recetas y filtros, reservábamos los cuatro ó cinco *secretos* revelados á nosotros por el ilustre curandero de Hego Boho, durante el viaje. Hay otro curandero más conspicuo todavía : el cacique supremo de toda la nación, residente en Montepa : *taita Maguricio*, quien calza bota, usa pantalón de casimir y sale con paraguas en señal de dignidad ; persona llena de merecimientos, en cuyo corazón depositan sus pesares, á trueque de consejos, todos los sionas ; pero este sabio no sale nunca de su pueblo.

Variado el mejor capítulo de este libro, que hubiera sido consagrado á Hermes, y donde se habrían visto las maravillas de las artes diabólicas, por las cuales son respetadísimos lo sionas, Guineo arriba, nos consolaremos con presentarle al lector, en forma de epítome, las virtudes curativas de algunas plantas, con su nombre indígena, á fin de que, si provocan el ponerlas en uso, puedan adquirirse fácilmente, pidiéndolas á cualquier comisionista de Mocoa ó de Pasto, quien por estos nombres las solicitará en el Putumayo.

Eó. — Curare, veneno enérgico para flechas. Lo extraen de un bejuco llamado *simá.*

Yajé. — Bejuco del que se fabrica, por la cocción, un extracto que produce la clarividencia de tesoros ocultos y pronósticos del porvenir, con el cual se embriagan los indios á escondidas de los blancos, las mujeres y los niños, en raras solemnidades. A ese efecto, se dan cita reservadísima en lo más retirado y oculto de la selva. Dicen que con tal brebaje logran hacer viajes ideales perfectos, visitar ciudades desconocidas é influir en el ánimo de personas lejanas, como si estuvieran realmente en su presencia.

Miutará. — Arbusto espinoso, cuyo cocimiento produce la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más absoluta anestesia local : cura instantáneamente las neuralgias y los dolores de muela.

Piupiú. — Bejuco aplicable contra las fiebres.

Yocú. — Semilla de una flor muy grande, en forma de ostras, cuya aceitosa almendra, de un sabor á higuerilla, es eficaz contra el reumatismo. Los blancos la llaman también *habilla*.

Aprovechen los amigos de los específicos misteriosos, que tanto auge le prestaron á Perdomo. Estos han sido sorprendidos en la misma selva, por quien tiene tanto aprecio de los doctores, como fe sincera en los adivinos de carcaj, sus precursores en el sacerdocio médico.

QUINTA PARTE

LAS TRIBUS DEL VALLE ALTO

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

I

Las Migraciones.

La bodega del Guineo. — Concurrencia de porteadores y viajeros. — El contrato secular de las razas. — Convocatoria del Gobernador. — Diversidad de tipos. — Comunidad de aficiones. — Modificación lenta de las costumbres. — Traza observada en el sendero. — Corrientes y contracorrientes de migración. — La lucha de los idiomas. — Nuestro prospecto.

Estamos en un rancho, habilitado para bodega, atestado de bultos despachados de Mocoa con destino á los empresarios del territorio. No hay un bodeguero para cuidar de la conservación de la mercancía, ni un agente para despacharla por el río. La incuria, la humedad, las hormigas y todas las demás causas corrosivas del bosque ardiente, harán pagar un bodegaje caro á quienes economizan el sostenimiento de un empleado del puerto. Aunque el movimiento de carga sea de poca actividad y el de viajeros reducido, creemos que un comisionista establecido aquí, haría buen negocio y sería muy benéfico al comercio y al tráfico.

Aquí llegan los cargueros de Santiago, Sibundoy, San Andrés y Mocoa; aquí se tratan con los bogas de San Diego y San José; aquí se han puesto en contacto, durante los siglos, los caribes y los caras, los quichuas y los castellanos, los chibchas que trajera Belalcázar, y los antiguos quillasingas, oriundos de la altiplanicie; aquí la sangre americana, en sus varios matices, por rara convocatoria de su destino, se mezcló y revolvió, como en la confluencia de sus encontrados senderos. Los caribes, al subir; los oriundos y los venidos antes y que bajaban, se encontraron aquí con los viajeros de través y con los de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lejana procedencia, presentados de improviso. Y, aunque se hubiera parado bruscamente el movimiento, quedando estacionario el fenómeno al través del tiempo, aquí, en esta bodega, se nos presentan todos los protagonistas del drama, con su traje característico todavía, como para continuar su interrumpido papel.

La raza madre debió dejar impreso su tipo y sus costumbres; la raza del primer cruzamiento, su carácter; la instruccionista y colonizadora, del segundo cruzamiento, su genio, sus artes, su religión y su idioma, y la reciente conquistadora, sus tributos, sus humillaciones y sus violencias, generadores de artificios, simulaciones y malicias. Aquí, en confusa aglomeración, deben surgir de esta concurrencia de indios, rasgos fisonómicos, ideas, costumbres, instituciones, etimologías, y mil caracteres atávicos abigarrados, que causarían la más intrincada perplejidad á quien pretendiera hacer una clasificación de razas indígenas.

Entre los numerosos individuos que, por convocatoria del gobernador de indios, han venido á que los retratemos, hay algunos nacidos en este contorno, otros venidos del alto valle desde hace muchos años, otros recientemente establecidos en el puerto, donde todos andan dispersos por las inmediaciones y medio escondidos en el bosque, rebeldes á agruparse en población, para defenderse así de los tributos impuestos por los blancos, á título de superiores.

Hay tipos demasiado subidos de color, de pómulos salientes, boca grande, labios gruesos y dentadura fuerte; otros hay de facciones regularizadas por la mezcla, de color pálido, labios delgados y expresión psicológica, y hay otros de primorosas formas femeninas, fisonomía finísima, boca pequeña, dientes risueños y parejos, ojos grandes de dulce expresión y nariz perfilada.

Hay diversidad en el estilo del tatuaje; pero predomina el gusto por las líneas delgadas y los puntos aislados, á imitación de encaje fino, con el cual se adornan únicamente los ojos, aparentando dominó. Se descubre la tendencia á la desaparición de ese adorno, heredado de los caribes: aquí la pintura de la cara ha perdido su estética, porque desarmoniza con el género de vida y con el medio ambiente: es antipática la expresión de estos indios pintados, al contrario de lo que acontece en el Putumayo, donde la pintura seria y concordante con los plumajes y la vida aventurera del río, da una apariencia altamente seductora á las rudas fisonomías de los indios. Allí la pintura está impuesta por cierto género de necesidad y su constante uso ha educado el gusto para convertirla, además, en motivo de adorno. Aquí dejó de ser útil para constituirse en adorno improcedente, cada día más refinado, el cual únicamente se usa en concurrencia de otros adornos exóticos, en ocasiones más y más tardías y con gusto consiguientemente en decadencia.

En su migración hacia la cordillera, el caribe ha debido ir perdiendo la pulcritud de sus atavíos, al paso que la franqueza de sus ademanes y la ingenuidad de sus ideas, por el mismo proceso. Las gargantillas de colmillos de tigre, por ejemplo, que antes acaso fueron de muelas humanas, han degenerado aquí en la simple gargantilla de cuentas, de escasos hilos; el mechón de paja de palmicha, que envuelve el brazo del caribe, ha llegado á convertirse en una especie de charretera corta, más frecuentemente de ramas de olor que de la blanca paja; el túnico blanco allá ó de vivos colores, se ha convertido aquí en túnico negro; los plumajes de allá ya no aparecen aquí en las diademas, para ir, más arriba, á convertirse en una simple cinta que ata la frente de los santiagueños. Los adornos de procedencia putumáyica, han ido, pues, en merma.

Lo contrario acontece con el uso del cabello. Las sionas, cajenas y güitotos usan casi rasurada la cabeza, al paso que aquí el corte del pelo va á la altura del cuello, en Sibundoy á la altura del hombro y en toda su longitud y trenzado lo usan los indios de la altiplanicie ecuatoriana.

Por lerda que sea la percepción de quien, con ánimo estudioso, sube este río y llega al Guineo, para seguir ganando el valle alto hasta tropezar con el muro de la cordillera, se le imponen á la observación las relaciones vinculatorias de los habitantes de este largo sendero, abierto primeramente á la navegación en balsones, champanes y cayucos, á la pesca y á caza luego, playa arriba, y, por último, al laboreo del oro de las cañadas, después. De esta curiosa observación sobre los naturales, por la deformación lenta de su tipo, por la lenta transformación de sus costumbres, cuya traza se palpa, como el rastro de los animales sobre la arena, tendida á lo largo del camino; por el gusto y la habilidad industrial en grada-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ción sucesiva, ora ascendente, ora descendente, y por los enlaces de ideas, ritos, instituciones y lenguajes, dedúcese imprescindiblemente la marcha de una corriente humana que se originó en el Atlántico, subió el río, venció los raudales, siguió por el torrente y acaso cruzó por algún boquerón la cordillera, como lo hemos conjeturado en Chitarrán. Tal se comprueba aquí el éxodo de los caribes, como corriente pobladora de América.

Mas, como sucede en mecánica con la acción y la reacción, como en el mar hay flujo y reflujo y como en todos los movimientos de la naturaleza se establecen impulsiones recíprocas, en las migraciones humanas se determinan corrientes encontradas por la necesidad de expansión, ora de naturaleza puramente instintiva, ora de carácter consciente, en expediciones colonizadoras y en aventuras de conquista. Las migraciones de los caras, de que parece haber vestigios en el alto valle; las de los hipotéticos chibchas, actuales sibundoyes, y la de los quichuas, cuyo más limpio espécimen veremos en Santiago, así como las de los blancos y mestizos establecidos recientemente en Mocoa y en el pueblo de San Francisco, representan las contracorrientes civilizadoras, conjugadas y recíprocas del éxodo instintivo y poblador de los caribes del Atlántico. Á estas contracorrientes de variable potencial absorbente y de diversas condiciones de actividad y energía instruccionista, se deben la imposición de costumbres exóticas, la consagración de cultos mixtos y la adopción de idiomas mestizos, que se observan en este remolino de razas.

Se puede decir que la raza madre de los caribes, de procedencia Atlántica, ha traído sangre cuyos caracteres físicos predominan en esta muchedumbre, al paso que las razas cultas de los quichuas y castellanos han traído ideas, cuyos símbolos de expresión hablada han desalojado el idioma original, adulterándose y luchan todavía entre sí los dos idiomas por el predominio absoluto. El idioma de los antiguos peruanos, que no entendería Atahualpa si se levantara de la tumba, es el predominante, por ahora, en esta región, adulterado, enriquecido en neologismos y barbarizado en su pronunciación y en su gramática. Solamente dos entidades étnicas mantienen en este valle del alto Putumayo la posesión de su idioma, aunque prostituído por el contagio incásico: los blancos de Mocoa y San Francisco, procedentes de Pasto, quienes hablan un castellano sumamente incorrecto, lleno de provincialismos y plagado de expresiones quichuas, y los sibundoyes, quienes hablan el « cochi », traído de su remota y discutible procedencia.

Tal es, en síntesis, la madeja que habrá de desenmarañar el americanista ilustrado y provisto de todos los necesarios elementos, para ir colocando, por medio del análisis metódico, como en un estante de museo, debidamente clasificados, en un tramo lo de los caribes, en otro lo de los antiquísimos habitantes del macizo, en otro lo de los caras, en el de más allá, lo de los quichuas, en esotro lo de los chibchas, y, por último, lo que han aportado los europeos. Cual nuevo Cuvier, tiene necesidad de tomar los rasgos fisonómicos subsistentes puros, si quiere reconstruir los tipos originales; quitando las superposiciones de las costumbres actuales y complementándolas en los recortes que han sufrido, puede revivir adornos, usos, leyes y ritos; tomando los idiomas en uso y comparándolos con los antiguos, cuyas raíces subsisten, puede analizar sus múltiples combinaciones y estudiar el proceso de su adulteración, para deducir de ese estudio paciente y sagaz, la cronología y persistencia de las migraciones; y, en una palabra, puede hacer deponer á todos estos testigos y á los otros muchos que se presenten en el curso del juicio, para escribir la historia de este pueblo, de inéditos anales.

El entrar constante, en nuestra bodega-posada, de todas las especies de indios que aquí concurren, de abajo, de arriba, y de los contornos, nos ha permitido arreglar á nuestro antojo sin auxiliares técnicos, un pequeño estante de museo privado, para colocar en él tal cual tipo hecho y bien definido, tal cual costumbre rara, original y sorprendente, y tal cual conocimiento curioso; por divertir al lector y, si no es inmodesta la expresión, por ilustrar la última parte de nuestro penoso viaje.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

II

A lomo de indio.

El Gobernador de El Guineo. — Sus alegatos de abogado y comisionista. — La escuela de los indios. — Nuestra caravana. — La chicha de Yuca. — El indio estribero. — Impresiones de viaje en indio. — El ciego y el tullido. — Sugestión. — Cómo se contenta á los inferiores. — Los piojos del Sibundoy. — Planicie propia para una colonia. — Encuentro con una mula y un caballo. — Salen las gentes de Mocoa á recibirnos. — Lo que piden. — La ciudad de Asis.

Para asegurar peones de transporte, fué preciso entendernos con el Gobernador de indígenas de la pequeña circunscripción de El Guineo. Después de discutir mucho el precio de los fletes y de procurarse el pago de una comisión, con lujo de argumentos, convino en andar por los contornos en busca de cargueros. El indio Apolinar es un verdadero abogado de sus subordinados:

« ¡Pobres indios! decía; carecen aquí de todas las comodidades de los blancos, y los consideran obligados á todo servicio. Si están ocupados en sus cacerías, para comer carne (porque el indio también necesita comer carne), ¿cómo obligarlos á venir, á cargar ó á bogar? Pues pagándoles bien. Pero hay blancos que no quieren pagar. « Gobernador: consíguenos tantos indios »; « Gobernador: obliga tú al indio á transportar este bulto, que le parece al perezoso muy pesado »; « Gobernador: esto »; « Gobernador, aquello ». ¿Y cuánto le pagan al Gobernador por andar en los bosques buscando indios? ¡Nada! ¿Acaso el Gobernador es esclavo del primer blanco que lo llama? »

El discurso siguió por ese estilo, hasta que le mandamos dar á este comisionista una libra de sal y le prometimos generosa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bruto se entristece ó se alegra, cuando el hombre se deja dominar por el sueño, ó se entusiasma en el combate ó sonríe al ver el término del camino. Para remachar estos preliminares, recordamos que los chalanes educan en los pasos á los potros, más por la sugestión ejercida sobre la bestia, que por los movimientos inexpresivos de las riendas.

Con estas seguridades dimos principio á la curiosa experimentación. Por lo pronto creímos necesario pensar enérgicamente en que debíamos recuperar el dominio de nuestra voluntad, abdicado en favor de un bárbaro, tan ciego de inteligencia como nosotros nos declarábamos tullidos por cobardía. Entre él y nosotros, ¿ quién debía mandar? La respuesta era clara : nosotros. Si entre él y su carga humana se había establecido la compañía del jinete y el caballo, era indudable que él, además de soportar el peso íntegro, debía renunciar también á su libre voluntad y andar, no como él quisiera dentro del cumplimiento de su contrato y como fuera la costumbre, sino á nuestro soberano antojo. Discutida así, dentro de nuestro fuero interno, sin que el otro tuviera parte en esta discusión, porque no lo creíamos necesario, quedó sancionada la razón de nuestro derecho de gobernar y mandar á boca cerrada, por obra del mero pensamiento y á fuerza de energía psíquica.

Primer mandato mental :

— « ¡ Párate ahí !... » El indio siguió andando.

Segundo mandato mental :

— « ¡ Párate, estúpido !... » Nada : el indio, anda que te anda.

Pensamos que no había obedecido por falta de energía, y formulamos nuestro tercer mandato mental, así:

— « ¡ Grandísimo animal : párate ó te arranco un mechón de pelo !... » Nada : el indio, rebelde á nuestra autoridad, seguía andando.

Impacientes, como es regla que suceda en casos análogos, por la insubordinación del « predio sirviente » y persuadidos de la conveniencia de una sanción, para saludable escarmiento del rebelde, y de segura eficacia para la consolidación del principio de autoridad, indispensable al éxito de las sucesivas experiencias, le tiramos del cabello al pobre indio y... se paró de repente :

— ¿ Qué es la cosa, blanco ?

— Es que necesito que te detengas un momento.

— Pues, entonces, habla y no pegues; porque para eso me hizo Dios tan racional como tú !

— Fué un cariño, hombre. No te enojes.

Le dimos un cigarrillo, para reconciliarlo, y se olvidó el buen hombre de nuestra inusitada agresión ; ¡ es tan fácil contentar al inferior !

Renunciamos á las experiencias sobre sugestión y declaramos falto de razón el principio en el cual las fundábamos ; pero nuevamente comenzábamos á fastidiarnos sobre el carguero y ya teníamos la intención de arrojarnos al lodo del camino, cuando alcanzamos á ver subir por la carrera del pelo del indio un hermoso piojo blanco, transparente y con un punto rojo en el centro del cuerpo. Andaba con rapidez por esta especie de trocha, abierta en la enmarañada selva de la cabeza : « ¿ qué andará buscando esta fiera por el bosque ? » Se detenía de trecho en trecho, miraba á todos lados y, seguramente, lanzaba un prolongado bramido, con el cual haría resonar los ámbitos : algo buscaba indudablemente aquel bicho. Curioso sería averiguarlo y prudente no perder de vista á tan incorregible antropófago. Al salir á la plazoleta de la coronilla surgió, no sabemos de dónde, otro piojo ; este era negro y parecía venir de la región de la nuca.

— ¡ Dos razas ! exclamamos entusiasmados ; aquí puede haber un combate ó un cruzamiento de mestizos.

— ¿ Qué dices, blanco ? preguntó el propietario del ganado.

— Que aquí se han encontrado dos razas y que puede haber un cruzamiento.

— Sí, blanco : los de por aquí son casi negros y altivos, pero los de arriba son despercudidos y más racionales. Sin embargo, no creas que hay cruzamientos ; pues los de arriba no se casan con los de abajo.

— ¿ Y tampoco pelean ?

— Tampoco.

No obstante lo sostenido por el indio carguero, nuestro instructivo interlocutor, tuvimos oportunidad de presenciar en plena plazoleta un combate singular ó un torneo amoroso, que no nos fué dable determinar por falta de microscopio y micrófono, si las evoluciones de los dos piojos eran signos de rabia ó de amor, muy semejantes entre los brutos. No presenciamos el desenlace del drama, porque eran ya las cuatro de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la tarde, habíamos llegado á una planicie hermosísima, á orillas del Ñaoyaco, y era preciso arranchar.

— Mañana me cargarás tú, amigo Gobernador, para que descanse el sibundoy.

Sobre el Gobernador de El Guineo, perfumado con hojas de albahaca, atravesamos al día siguiente la hermosa planicie que media entre el Ñaoyaco y el río Mocoa, para pasar por un *istmo*, relativamente angosto y casi tan plano como una mesa de billar, de la hoya del río Putumayo, al cual van las aguas por donde veníamos cruzando, á la hoya del río Caquetá, donde tributa el Mocoa y los numerosos afluentes que debíamos atravesar en lo sucesivo. Los senderos del Guineo y el Limón, sendos puertos fluviales, los más avanzados de las dos grandes aortas de la llanura oriental, hacen su cruzamiento en las primeras faldas de la cordillera, á cuatro leguas próximamente de uno y otro embarcadero.

¡Qué situación la de esta planicie tan propicia para una colonia agrícola! Distante tres leguas de Mocoa, centro de recursos, los cuales hoy han desaparecido por la decadencia consiguiente al sosiego industrial del territorio; de terreno bajo, plano y seco, aunque rico en corrientes; rodeada de una numerosa parcialidad de indígenas inteligentes y robustos; de clima sano y apropiado á una gran variedad de cultivos remuneradores; en comunicación inmediata con Nariño por el sendero ya colonizado de Mocoa y Sibundoy, con el Tolima por el río Caquetá, el Orteguasa y el camino de Florencia, y con el Grande Amazonas por sus dos robustos brazos, el Caquetá y el Putumayo, con los cuales este « Padre de las naciones americanas » impone su poderosa providencia sobre la patria colombiana.

Aquella región convida á que se la colonice : allí cabrían numerosas haciendas de ganado, el cual ofrece generosa remuneración en los mercados del Marañón, donde vale una cabeza quinientos soles; allí los cacaotales, cañaverales, tabacales, los cultivos de caucho y la kola y las mil industrias agrícolas del Trópico, tapizarían de variados matices de verdura la pampa fecunda. Los capitales grandes y los pequeños recursos encontrarían allá la centuplicación como premio, y el esfuerzo del colono, portador de habilidad y perseverancia, sería recompensado con una rápida riqueza.

Al llegar á Mocoa, arrullados por estos pensamientos, alcanzamos á ver desde la eminencia de nuestro estribero, dos bagajes ensillados, enviados por algún vecino progresista de la arruinada villa : ¡una mula y un caballo!

¿Se podrá creer que experimentamos, ante esos dos únicos representantes de sus respectivas especies en Mocoa, el contento de quien se encuentra con sus paisanos en tierra extranjera?

Un poco más adelante, un grupo de personas nos salía al encuentro : eran los vecinos notables de Mocoa, algunos de los confinados á la colonia penal y dos misioneros. Nuestra emoción al abrazar á todas estas personas, en quienes veíamos nuestros hermanos de civilización, fué tan viva, que si hubiera dependido de nosotros, habríamos concedido lo que de improviso nos imploraron :

— De usted depende, señor; ¡determine el camino por aquí!

— ¿Pero no tienen ya un camino? ¿por dónde han venido estas bestias?

— ¡Oh! ¡Eso representa un prodigio en los transportes! Los dos animales que usted ve, han venido por la trocha de « La Tortuga », á costa de mil dificultades, las cuales no es posible vencer sino de siglo en siglo.

Entre los tonsurados de hábito color de café y cordón nudoso, que salieron á encontrarnos, nos llamó uno la atención, desde el primer momento, por la simplicidad de su figura y la timidez de sus ademanes : los hombros caídos, las manos estorbosas que él, ora escondía entre las mangas, ora dejaba colgar desvaídas; la estatura elevada y sin gracia; la cara larga y mal barbada, el ojo triste y coronada la figura por un sombrero descintado y alicaído. Se mantuvo á reserva y fué el último en saludarnos, con naturalidad amable, pero sin efusión. No presumimos de psicólogos y mucho desacertaríamos al pretender excursionar por el alma de un religioso, consegrado en vida al dominio de sí mismo; nos referimos, por consiguiente, al benéfico aspecto y á la expresión edificante de éste, quien comprendimos muy luego que había congeniado con nosotros.

— ¿Cómo le pareció, señor, nos dijo luego este fraile, la planicie que usted acaba de recorrer, como para una fundación?

— ¡Magnífica! ¡Estupenda!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Pues ayúdenos, con su dictamen en favor del camino por aquí. Nosotros acariciamos el ensueño de construir en ese punto una ciudad. Para que la proteja usted como si fuera su padrino, nos comprometemos á darle el nombre que usted elija. ¡Diga usted el nombre!

— Si son ustedes los fundadores, llamémosla, « Ciudad de Asís ».

III

La Tribu de los Mocoas.

Con la estadística en la mano. — Un hallazgo de mármol. — La fiesta religiosa de los indios. — Fabricación de la chicha. — La música indígena. — Cuántos indios tiene la tribu y dónde viven. — Sigue la fiesta. — La flagelación y su filosofía. — Constitución de los mocoas. — El camino por Mocoa. — La sal que viene á Mocoa. — La misión del doctor Zerda. — El sacerdote y el sabio.

La *ciudad* de Mocoa tiene veinte casas, mal contadas, y del último censo de 1904 le resultan doscientos once habitantes blancos y ciento cincuenta y ocho indios, dispersos en el bosque. Esto quiere decir, con la estadística en la mano, que no tendríamos donde alojarnos al llegar. Pero los misioneros y los confinados, en posesión, respectivamente, del convento y del local de escuelas, á una nos ofrecieron hospitalidad. Pensará de seguro el piadoso lector que aceptamos el convento, y se equivoca : preferimos el local de escuelas, habilitado provisionalmente para cuartel y residencia de los miembros de la colonia penal. Aquí hacían la vida bohemia de los presos políticos algunos paisanos, condiscípulos y amigos personales, al propio tiempo que nuestros antiguos adversarios en las eternas grescas que han mantenido separados, pero no enemistados á los colombianos. No tocando asuntos de doctrina política, se nos prometía, como así fué, una feliz permanencia en tan agradable y culta compañía.

Allí concurrió á diario á visitarnos y á estudiar los detalles y el plano de la « Ciudad de Asís », nuestro nuevo amigo el misionero.

— Todo lo que se haga con guadua y palmicha, le dijimos en alguna ocasión, resultará costoso y efímero. Su *ciudad* ha

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de ser de calicanto y teja; la última estoy viéndola en potencia en este suelo arcilloso; pero la cal, me parece difícil.

— No, señor. Tenemos la cal en un banco, aquí no más, al otro lado del río : mire usted la muestra.

— Parece calcáreo hidráulico; pero, en todo caso, producirá, al quemarlo, una cal de buenas condiciones para la mampostería.

— Deseo que usted me acompañe á estudiar otro banco de más arriba, y lo convido para mañana.

En efecto, salimos á visitar el otro banco, pero no resultó calizo; en cambio, tuvimos el gusto de descubrir en el lecho del río un bloque rodado de mármol blanco, el cual nos obligó á perseguir su procedencia en el viaje seguido luego, río arriba, por el sendero á Sibundoy, para ir á Pasto.

Ocurrió por entonces en Mocoa una festividad religiosa, sostenida según costumbre por los indios, y así se nos ofreció la oportunidad de ver los usos y analizar los sentimientos piadosos de los naturales.

La víspera, después del camarico de ordenanza, ya estudiado en Ricaurte, hubo por la noche vacaloca, cohetes, repiques de campanas y música indígena. La fiesta era puramente de indios y aunque llovió, se congregaron al pie del convento, jugaron al toro encandelilado y estuvieron dichosos sin que ningún blanco se mezclara en sus diversiones. Después sonaban la tambora y los cohetes, por allá, abajo, en alguna casa oculta entre los árboles, donde tenía lugar el baile, el cual duró hasta el día siguiente.

Puntuales estuvimos á la misa para proseguir las observaciones. Los blancos ocuparon casi toda la nave, siendo digno de notarse que había muchos hombres y pocas mujeres. En el espacio dejado libre por estas últimas, á la derecha, hacia la puerta, se sentaron ó mejor, se repantigaron las indias, con sus piernas desnudas bien estiradas y el busto envuelto en mantilla cruzada al pecho, sin cubrirse con ella la cabeza, hecha un desgreño. Saludamos aquí la reaparición de las mantillas, con que nuestras paisanas de la altiplanicie enlutecen el templo y las calles públicas. Así permanecieron las neófitas, mirando al coro y amamantando á sus hijos, durante todo el sacrificio. Una india vieja, llegada de las últimas, fué la única que se persignó y procedió trazando lentamente una cruz sobre la mejilla izquierda, otra sobre la derecha y

besándose ruidosamente el dedo pulgar. Del lado opuesto estaban los indios, mucho más circunspectos que sus consortes; pero en cuyo tatuaje medio borrado y en cuyas *cusmas* sucias y cabezas espeluzadas, se veían rastros de la orgía de la noche. En este sexo también hubo uno, quien se distinguió por la compostura de su atavío; parecía un joven bien educado, por la cultura de sus maneras y por la puntualidad y recato con que siguió el ceremonial de la misa.

Terminada ésta, salieron los blancos y se quedaron en sus puestos los naturales. Entonces vino un hermano lego á enseñarles la doctrina cristiana, que éstos repetían en coro, palabra por palabra, en castellano.

En el atrio esperamos la terminación de este rezo, hasta cuando salieron los indios en desfilada y los seguimos á la casa del alférez ó síndico de la fiesta, situada á distancia de un kilómetro fuera de la población, donde recomenzaría el baile. Á la vuelta de varias veredas, entre una hermosa platanera, se oían los rumores de un fandango.

El salón de la choza estaba colmado de indios : á un lado, sentadas en el suelo las mujeres, del lado opuesto, en un estrado de cañizo, que rodeaba el recinto, ó de pie cerca de la música, los hombres. Las primeras cantaban á media voz y reían y charlaban, con el desparpajo de quien está artificialmente alegre; los hombres discutían, se abrazaban unos á otros y se daban traspiés ó se balanceaban para adelante y para atrás como en mecedoras, sobre sus escaños fijos, con los ojos entrecerrados. Tal cual yacía adormecido contra la pared, con la barba sobre el pecho y las manos dejativas sobre las rodillas.

Tabique de por medio, estaba el cuarto de las ollas de chicha, de donde salían constantemente, una tras otra, sin interrupción, las escanciadoras (1), bien ceñidos los *anacos* por

---

(1) Mi recordado amigo : ¿conoce usted á las señoritas que forman este grupo? Pues son, ni más ni menos que indiecitas mocoanas, que empiezan á entrar por el camino de la civilización, merced al trabajo de los misioneros. La que está marcada con una crucecita es el único vástago que queda de los antiguos caciques de la tribu; es decir, la princesa mocoa : se llama Gaudencia Descanse.

Su affino amigo y s. s.
Fr. Hermenegildo de Pasto, M. C.
Mocoa, 16 de Abril de 1907.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

medio de fajas coloradas muy envueltas hasta mitad del pecho y correctamente untadas de pomadas rojizas. La serie de *totumas* de licor era indefinida : entregaban unas y recibían las desocupadas, y las totumas andaban constantemente de boca en boca.

Nos colocamos furtivamente junto al joven aquel, acicalado y correcto, á quien distinguimos en la iglesia, para que nos sirviera de instructor :

— ¿Cómo te llamas, amiguito?

— Bautista Descanse, mi amo, un criado tuyo.

— ¿Quién hace esta fiesta?

— El síndico, dueño de casa : la pólvora, los gastos del templo, la cera de la procesión y la comida que habrá después, todo lo costea. Allí puedes verlo, animando á las mujeres para que bailen.

En efecto : se hizo espacio y salieron dos viejas, porque las mozas, más por filimiscas que por recatadas, no quisieron exhibir sus habilidades. Cada una de aquéllas cargaba un muchacho dormido, pendiente á la espalda por medio de una sábana no muy limpia. Á pasos cortos, en frecuente desacuerdo con la música, y con la vista al suelo, recorrían las bailarinas dos pequeños círculos tangentes. Aquello se ejecutaba con tal seriedad y desabrimiento, á pesar de la música, que más parecía una ocupación que un placer. Después bailó, del mismo modo, el síndico con otro indio, y así continuó la fiesta.

— Baila tú con aquella moza, que no te aparta los ojos, le dijimos á Bautista ; seguramente desea que la invites.

— No es costumbre, contestó, bailar hombre con mujer.

Nuestro elegante interlocutor era, sin duda, un personaje ó un envidiable proyecto de marido; porque merecía las atenciones de las escanciadoras, quienes le obligaban con frecuentes libaciones de chicha : él tomaba primero y, en vez de pasarle al vecino, como hacían los demás, invitaba á beber á la portadora del masticado brebaje. Había una muy asidua, bien acicalada y graciosa, la cual se le presentaba bamboleante y cantando á media voz, con aquella coquetería propia de la hembra en conquista. Nuestro amigo probablemente le insinuó en alguna ocasión que nos obsequiara también, porque, suspendiendo el canto y cambiando el visaje risueño, nos estiró con displicencia la totuma, de la cual aparentamos tomar. Durante el tiempo que la tuvimos entre los labios, se nos representó como una amonestación para que sostuviéramos el engaño, el modo de fabricación de la chicha : cuécese la yuca, y todavía caliente se la muele sobre una tabla con un mortero de piedra en forma de media luna, al contorno de la cual se acurrucan hombres, mujeres y muchachos á mascar la masa hasta comunicarle suficiente cantidad de saliva, para que le sirva de fermento. En este estado la envuelven en hojas de platanillo ó bihao, el cual le comunica grato perfume, y la dejan enfuertar durante tres días para disolverla en agua y envasarla en grandes vasijas de fermentación vinosa hasta el decantamiento y sosiego del mosto. Si supieran utilizar las heces de esta decantación, como levadura para los sucesivos revueltos, economizarían el laborioso trabajo de la masticación. Idéntico procedimiento emplean con el plátano, el chontaduro y el maíz para la elaboración de la variedad de chichas usadas por los indios en sus frecuentes fiestas.

No dejamos de observar el estilo de la música, procurando establecer la conexión de estas costumbres con las que notamos en el Ecuador, por medio del hilo sutil del aire nacional que, como el aire de familia, persiste casi siempre á través de las generaciones y de las peripecias de los pueblos; pero á despecho de lo que esperábamos, dados el lenguaje y las analogías de otro orden deducidas de lo que llevamos dicho, no pudimos descubrir en el compás monótono que escuchábamos, semejante al de la *cumbia* costeña y la *manta* y la *caña* de los calentanos de los grandes valles, las tristes y sentidas melodías del *sanjuanito* ecuatoriano, ni del *bambuco* caucano, los cuales con dulce y tenue nota, evocan los recuerdos poéticos de una patria perdida en remotas lontananzas.

Los quinientos indios, resto de la numerosa tribu de los mocoas, á quienes dispersó la presencia de los blancos por los lados de Condagua y Yunguillo hasta las fronteras de los Andaquies y de los Carijonas, y hasta las fronteras de los Sionas por los lados del Guineo y San Vicente, donde se han avecindado, constituyen un grupo étnico uniforme que no parece proceder del Ecuador, no obstante su lenguaje inga, sino más bien de la llanura: son los caribes, remontados ya á los arranques de la cordillera, esclavizados en tiempos muy remotos por los caras y quichuas, sus sojuzgadores sucesivos.

Nada más teníamos que averiguar en la cabaña del baile, y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

así volvimos á nuestro alojamiento á esperar la procesión de la Virgen.

El golpe de la tambora y los cohetes llamaban á los indios, y los repiques alegres de las campanas invitaban á los blancos á la ceremonia. Los unos iban ocupando el atrio y los otros entraban en la iglesia. Pronto á la tambora se asociaron el tamboril indígena y la flauta y, en medio de la algazara, recomenzó el baile frente al convento, bajo la iniciativa del hermano lego, ante quien se hincaban los danzantes para obtener su venia, la cual concedía muy ceremoniosamente por medio de bendiciones pseudo-episcopales, con el correspondiente besamano.

Desde el balcón del convento vimos desfilar luego la procesión. Á la derecha una fila de indios, á la izquierda otra fila de indias; detrás de los santos, el cura con capa fluvial y, por último, las mujeres blancas muy envueltas en sus mantillas y pañolones, cerraban el convoy, hasta regresar á la iglesia.

Quien los vió por la mañana en la sala del baile, no extrañaba el culebreo de las filas indígenas, imperceptible para los demás; sin embargo, un indio iba excediéndose en sus vaivenes y olvidó la compostura que la solemnidad requería.

— Voy á darle un susto á aquel indio, nos dijo el padre misionero que nos atendía.

Llamó al efecto al hermano lego y le dió esta orden : « que pongan en la cárcel á aquel indio » ; el lego transmitió la orden al señor alcalde y éste, personalmente, redujo á prisión al indígena.

— A este indio, agregó el misionero, se le podrían aplicar tres azotes, según costumbre. La costumbre por aquí, y en concepto de los indios, es la única ley, como usted tendrá ocasión de observar. Todo se detiene entre estos indios, ante esta frase : « no es costumbre ». Quiere usted hacer su viaje, por ejemplo, por la muy corta y plana trocha de « La Tortuga », por donde transitan bestias ya, y no puede usted hacerlo; porque los cargueros le objetan el seguir por allí, á causa de que no es costumbre. Pretende un sacerdote civilizador modificar alguno de los usos que usted habrá criticado ya en sus adentros en esta fiesta, y los indios lo declaran tiranizador de las costumbres. No altere usted el derecho consuetudinario de los indios, porque lo aborrecen y le arman mil caramillos,

para los cuales encuentran apoyo en los blancos, si se trata de hostilizar á los misioneros.

— Pero, eso de los azotes es una costumbre, á la que gustosos renunciarían los indios, por ser siempre el hombre enemigo de las penas dolorosas, sobre todo cuando puede llegar á ser él mismo la víctima.

— No lo crea usted así. La pena de azotes es acaso una de las inveteradas costumbres de más difícil desarraigo, como voy á demostrárselo : en primer lugar, el dolor tiene una eficacia misteriosa que lo defiende. Yo he observado que los indios se quedan muy tranquilos y hasta festivos, después de una azotina; la víctima tiene por esto obligación de decir después de ella : « Dios le pague ». Si no dice así, manda el gobernador que le den tres azotes más, hasta cuando el castigado pierde la ira y se manifiesta agradecido. Los azotes mantienen entre los indios el principio de autoridad, la docilidad de carácter y la pureza de costumbres : son, pues, la base de las mismas costumbres. En segundo lugar, son los indios, como gobernadores, y para conservar la constitución social no escrita que ellos obedecen ciegamente en sus prácticas gubernamentales, quienes mantienen siempre en vigor la pena de azotes.

Conocida por nosotros la filosofía del derecho consuetudinario indígena, la cual andábamos buscando, sólo nos faltaba la aplicación política de ese derecho, y así le suplicamos al sabio y humilde misionero que nos instruyera sobre este punto.

— « Eso varía de una tribu á otra. Entre estos indios de por aquí (se refería á la dispersa tribu de los mocoas) el Gobierno es aristocrático. Hay un Supremo Concejo de Ancianos que sólo se renueva por la muerte de sus miembros. Estos viejos, enemigos de toda innovación, defensores de las costumbres y hostiles á toda enseñanza, ora sea en lo relativo al idioma, á las ciencias ó á los asuntos religiosos, son quienes nombran y dirigen al gobernador. El gobernador nombra alcaldes y justicias, y éstos forman el cabildo, que, en suma, sólo obedece á los « mayores », como ellos los llaman. En Santiago y Sibundoy los usos cambian, como usted verá. »

Entre este amable misionero y nosotros debía existir algún motivo simpático que nos hiciera congeniar : seguramente ese vínculo eran sus aficiones profesionales. Desde nuestro paso por *La Cocha* quisimos averiguar cuál de los religiosos era el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ingeniero capaz de trazar caminos del 10 por 100 á través de los peñascos, tan bien nivelados como el que construyeron los capuchinos, desde el pueblecillo de La Laguna hasta el diviso de La Cocha, y á cuál de los frailes se debía la atrevida idea de la navegación de este mar encaramado entre los picachos de la cordillera. En Mocoa debíamos tropezar con el autor de esas utopías, que dijeran los egoístas partidarios del quietismo, y tuvimos el honor de adivinar al *hombre* desde luego que nos descubrió su nuevo proyecto sobre fundación en la « ciudad de Asís ». No nos sorprendió, pues, cuando provisto de un croquis, trazado por él, sin elementos apropiados, y en papel de colgadura, nos dijo :

— Aquí tiene usted todos los argumentos que pueden alegarse en favor de la vía por Mocoa: el provecho de dos valles puestos por medio de esa vía, en comunicación con Pasto; del primero, ó sea el de *La Cocha*, pueden salir las maderas de construcción escasas ya en la ciudad; del segundo, ó sea el de Sibundoy, pueden salir los brazos á precio ínfimo, con los cuales se construirá el camino. Por aquí salen : la vía del Tablón, al norte del Departamento, por donde viene una corriente colonizadora hacia el reciente pueblo de San Francisco, y la vía del Tolima, por donde vendrá la sal de las fuentes de Santa Bárbara y las inexploradas del río Mandiyaco. Esta vía comunica simultáneamente con los ríos Putumayo y Caquetá, entre los cuales se desarrolla desde aquí la gran región colonizable, que ha de encabezar la « ciudad de Asís ». Sólo me falta hacer notar en el croquis, que la región beneficiada cuenta con cinco mil brazos y que únicamente necesita de un trazo científico para que ellos hagan casi gratuitamente el camino. Voy á mostrarle á usted la sal de Santa Bárbara, que podemos consumir aquí.

Nos mostró una *sal de caldero*, de polvo fino y muy blanca, Estábamos, pues, en presencia del aliciente del éxodo caribe, según nuestra teoría, que determinó las múltiples migraciones pobladoras de esta vertiente extraviada de la cordillera. Corre la tradición de que un indio de Yunguillo comerciaba con los Andaquíes en artículos traídos de Pasto á Mocoa, á cambio de sal. Una vez le mostraron aquellos indios un trozo de sal vijua y le prometieron indicarle la mina. Al siguiente viaje, temeroso de un engaño, aunque él era muy querido de sus parroquianos, llevó consigo un compañero, á quien los Andaquíes le quema-

ron los pies durante el sueño; amedrentado el de Yunguillo, regresó sin conocer el banco de sal y suspendió su comercio. Los tolimenses continuaron entonces un comercio análogo que han conservado hasta el presente, y vienen á Yunguillo y Mocoa con la misma sal, á trueque de oro corrido. Así se descubrió la fuente de Santa Bárbara al comercio de los blancos de uno y otro lado de la cordillera.

El notable misionero, nuestro amigo, es un grande admirador de los hombres de ciencia. Sabedor de que el señor doctor Zerda Bayón andaba por el Caquetá en comisión científica, hizo viaje á Cananguchal, con el objeto de visitarlo. El sabio y el religioso simpatizaron vivamente, no obstante las ideas liberales del primero, que abominan los segundos. Nos hablaba éste de nuestro profesor y amigo con tierno entusiasmo; repetía fielmente las conferencias que al naturalista bogotano le hemos oído con delicia, sobre su *balanza infinitesimal ó atómica* y sobre radio-actividad, y ponderaba los beneficios que reportará el país de la excursión del doctor Zerda por el Caquetá. Entre las varias conquistas científicas debidas á esta excursión, nos habló detenidamente el misionero de la « *Telepatina* » extraída del *Yajé* y de la « *Hemoglobina Caqueteña* ». Es la primera un alcaloide activísimo, de probables aplicaciones terapéuticas, que debe su nombre á las propiedades mencionadas al final de la Cuarta Parte de este libro. La hemoglobina, producto extraído de algún entretenedor de fuerza, de los usados por los indios en sus viajes, á falta de alimento, como el *lloco*, del cual también hemos dado noticia en este libro, es un reconstituyente de cuya eficacia espera el inventor grandes beneficios para la humanidad doliente.

De la inocencia infantil del doctor Zerda deducía el misionero interesantes enseñanzas.

— El sacerdocio científico, nos decía, tiene tantos puntos de semejanza con el ministerio religioso, como que ambos emanan de la misma fuente de verdad, que al encontrarme con el doctor y verlo contentísimo haciendo sin recursos sus estudios, lejos de toda comodidad, con sus pantalones rotos y andando á pie á merced de la Providencia, me llenó de complacencia y respeto, al figurármelo como un misionero de la selva : él también andaba civilizando y atrayendo á la luz un reino desconocido en el mundo : la Flora colombiana, tan salvaje como los caribes de la llanura. Los estudios del doctor

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Zerda en el Caquetá, terminó el misionero, pueden conducir al descubrimiento de algún producto natural que reemplace el ya extinguido caucho, para atraer una nueva colonización al territorio, á cuyo empuje recupere Colombia la posesión de lo que ha abandonado.

IV

El camino de Mocoa.

Pueblo viejo. — Retroceso del éxodo al contacto blanco. — Descripción del camino y apoteosis del carguero. — La escalera de mármol. — La libertad industrial. — El valle de Sibundoy. — Historia de una área de población. — El incendio. — Nacionalización del valle.

El camino de Mocoa, renombrado como espantoso, corresponde á su fama. Desde las goteras del poblado es preciso situarse sobre las espaldas del indio, para poder dar un paso seguro. Corre plano, durante una legua, por un tendido de chontas desparejas, flojas como teclado é intermitentes, para salvar la ciénaga, hasta Pueblo viejo, donde se interrumpe la bóveda de la selva y se entra á potreros y cultivos abandonados, de lo que fué la antigua ciudad indígena.

Es digno de observarse, de paso, que el movimiento reciente de los poblados, al cambiar de lugar, en vez de acercarse al mundo civilizado, se retiran. La ley acaso no sea generalísima; pero tiene su explicación en el hostil contacto blanco, que hace retrogradar al éxodo indígena. Tres pueblos viejos hemos visto en este viaje: San José viejo, á tres leguas arriba del actual; Guineo viejo, á una legua más arriba del pueblo que se está edificando en el puerto, y Mocoa indígena, á otra legua más arriba del que edificaron posteriormente, para que lo ocuparan definitivamente los blancos, mediante su despojo. Como hemos visto, la tribu de los mocoas anda actualmente dispersa, por el contacto hostil de los colonos del moderno Mocoa. La hostilidad se resuelve en tributos, servicios forzosos, coacciones en diferentes formas, engaños, estafas y las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mil expoliaciones ejercidas por los blancos sobre los indios, á título de superiores en el escalafón humano. Introducir blancos á los centros indígenas es constituir sobre éstos la servidumbre y decretar su extinción ó su dispersión social. Al llegar á Sibundoy tendremos ocasión de considerar, en cambio, el caso contrario, de la revancha indígena á la intrusión de los blancos.

Pero, sigamos nuestro viaje á través de los peñascos. Sale el camino del valle de Mocoa y comienza en Pueblo viejo el ascenso penoso de la montaña, donde la cabalgadura en indio se impone como el único medio posible de transporte. Allí, donde el peatón común tendría necesidad de andar á gatas clavando las uñas en la arcilla resbalosa, posa la *pata* firme el indio sin trepidar en lo más mínimo ; donde el equilibrio sobre una raíz, tortuosa, inclinada y resbaladiza, es perfectamente imposible para un acróbata vulgar, anda el indio con donosura envidiable ; en el cangilón estrecho, donde no cabe la suela de una bota, ni un par de rodillas de frente, la planta elástica y las rodillas férreas del indio se abren senda sin lesionarse y con asombrosa habilidad ; cuando la nariz granítica de *Rumipiña* ó *Carnicerías* se interpone en la senda para olfatear las ondas frenéticas del profundo río, no hay viajero primerizo capaz de imaginarse que por esa roca húmeda é inclinada haya pisado pie humano, y, sin embargo, á pasos cortos, de frente á veces, á veces de costado y también de para atrás, dando giros en todas direcciones, según lo exija la fórmula maravillosa conjuradora del peligro, el indio va pasando por aquel desfiladero de la muerte ; y cuando un río se precipita á través del camino, tumultuoso ó profundo, lo salva el indio con el agua en las axilas ó por la babosa chonta, que le sirve de puente. En este caso, el viajero desde las eminentes espaldas del carguero, ve correr á sus pies el torrente encajonado entre dos rocas altísimas, espumoso y embravecido, como si fuese un condenado que maldijera y blasfemara. En la Naturaleza siempre suena un cántico de gloria para la infinita bondad que reina sobre los mundos ; pero el río de la cordillera, ennegrecido por la cólera, que choca y rebrama contra los estratos de su cárcel, rompe esta armonía de agradecidos ecos, para remedar la lúgubre voz de los réprobos. El pavor causado por el paso de estos ríos á lo largo de una chonta resbaladiza, se experimenta con verdadera crispadura bajo el seguro del indio estribero,

quien alcanza entonces las proporciones de una divinidad benéfica de las montañas, á cuya providencia y custodia va encomendada la vida de los viajeros.

Desde los abismos de estos condenados por Neptuno, se encumbra por escalera de peldaños gigantescos, tallados irregularmente en el granito, el musculado cíclope de tez broncínea, cuasi desnudo, hasta coronar la cima de agudos contrafuertes para volver luego á bajar, haciendo prodigios de valor, de destreza y de pujanza. El Conejoyaco, el Campucana, el Conejochico, el Campucanita, el Mocoa, el Ninayaco, el Sarayaco, el Titango, el Patoyaco, cuyo curso se persigue durante un kilómetro en pasos y repasos del río, como el Minchoy, por cuyo cauce medroso y lleno de encrucijadas dantescas, se caminan diez kilómetros haciéndole al río treinta y siete pasos mal contados, y el Putumayo que vuelve á encontrarse infantil, son otras tantas profundidades á las que hay necesidad de bajar, después de otras tantas eminencias, para llegar desde Pueblo viejo al valle de Sibundoy, en once leguas de camino, las cuales se hacen en más de tres jornadas desiertas. Para evitar todos estos accidentes han trazado los blancos la trocha de « La Tortuga ».

La bajada al Ninayaco ofrece una particularidad notable que tenemos el honor de haber observado los primeros, á saber : que la escalera aquella por donde el indio baja, dándole á cada instante el frente á todos puntos de la rosa náutica para lograr vencerla, es de purísimo mármol alabastrino, como si efectivamente la hubieran construído los gigantes para subir al Olimpo y para que en sus preciosos peldaños pusieran sus plantas las divinidades mitológicas. Desgastada la piedra por la pisada de millares de indios durante varios siglos, allí están impresas las huellas del primer mocoa que comerció con los del valle de Sibundoy, sobre ellas están las del primer explorador inga que señaló el camino de la conquista de las tierras bajas ; sobre éstas, sin variar un paso, están las del español de hace cuatro siglos y por ellas mismas pasamos nosotros : la blancura del mármol en estos puntos obligados indica al viandante actual donde debe sentar su planta para no alterar ni en un ápice la costumbre eterna de una raza estacionaria.

— ¿ Sería posible, nos preguntó nuestro buen compañero de viaje, aprovechar esta riqueza ?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

— Creo que sí. En el Brasil y en las Repúblicas del Pacífico, un metro cuadrado de losa de mármol blanco, como para lavabos, mesas, etc., de un centímetro y medio de espesor, de 90 libras de peso, vale 20 pesos oro. En Pasto, Popayán y Quito, las losas para lápidas, de veinte decímetros cuadrados, con aquel espesor y peso de 18 libras, no pueden valer á menos de diez pesos oro. El transporte del metro cuadrado á Tumaco, Quito y Popayán, dos pesos oro. Ahora bien: en este inmenso banco de mármol, con una sierra circular, movida por este torrente de Ninayaco, se producirían al día millares de metros cuadrados de lámina, al precio de tablas de aserrío; de modo que, incluyendo el valor del pulimento, quedaría á favor del empresario una muy remuneradora utilidad.

— ¿Es, pues, el caso de pedir la adjudicación de esta mina, con sus terrenos del contorno?

— No, amigo: yo sería, como descubridor, el dueño de esta riqueza; pero, consecuente con el fin providencial con que ha sido colocada aquí, para la colonización y fomento de esta región, no quiero beneficiar para mí lo que debe ser para muchos. Lo que haré será denunciarla al público en mi libro, para que venga libremente quien desee aprovecharla, valiéndose de las anteriores indicaciones, las cuales puede cualquiera comprobar. El sistema de los monopolios ha traído al país al atraso en que está, contra la munificencia de Dios que lo ha colmado de riquezas.

No hablamos más sobre el asunto; porque, al caer de la eminencia de El Portachuelo al pequeño Putumayo, empezamos á ver talas en el bosque para sembradíos. El cielo se descubría y algo como un ambiente de trabajo, á pesar de ser domingo, anunciaba el reciente pueblo de San Francisco, colonia de blancos. Estábamos en el rincón del Valle de Sibundoy, llamado *Guairasacha*, el cual fué cedido por los indios á sus huéspedes de raza conquistadora: la historia de esta cesión es interesante y de reciente data, la cual nos proponemos relatar.

Al salir de los desmontes, se ofrece á la vista del viajero un extenso y hermoso valle, tan plano y festivo como la sabana de Bogotá: es el valle de Sibundoy. Aunque habíamos oído hablar de él, no teníamos cabal idea ni de su formación, ni de su amplitud, ni de su importancia, ni de su riqueza: se goza

de una sorpresa gratísima al contemplarlo y se maravilla el hombre de algún criterio económico al considerar inmediatamente, cómo ha podido conservarse esta riqueza ignorada y como desdeñada por la industria, á ocho leguas distante de una ciudad, de tan laboriosos habitantes, como Pasto.

A poco andar, la colonia blanca de San Francisco se encarga de corregir en parte la nota de censura contra el espíritu colonizador de los nariñenses, pronta á formularse. Era día de fiesta y los vecinos del reciente pueblo, muy endomingados andaban por la plaza y sus contornos, haciendo lucir el colorín de sus vestidos. Las treintas ó cuarenta casitas que en líneas rectas enmarcan el pequeño poblado, vuelven, blanqueadas y risueñas, el frente al centro, como símbolo del espíritu social de la raza civilizada que hace poco tiempo las ha levantado en el rincón del valle que plugo á los indígenas ceder al movimiento económico y á la civilización.

De tiempo atrás, los blancos estaban aposentándose en el vecino pueblo indígena de los sibundoyes, señores negligentes del amplio valle, del cual se dicen dueños, por un testamento de don Carlos, cacique de Santiago, en el que dispone de las tierras de Tamabioy, Tabancuan y Abuelapamba, colindantes con las de un capitán Ortiz, vecino de Aponte, las cuales fueron heredadas de sus abuelos, según dice el mismo testamento, de fecha 15 de Marzo de 1700. Hablan los indios de otro testamento, otorgado por don Leandro Agreda, vecino de Sibundoy, el cual, y no el anterior, debe ser el pertinente; pero que no pudimos ver ni muestran á nadie, y agregan que el valle fué adquirido por el testador por compra hecha al rey de España por cuatrocientos patacones. Pobablemente si la nación codiciara el valle como baldío, surgirán los legítimos títulos de propiedad.

El Concejo Municipal de Mocoa, atento á los altos intereses de la civilización del valle y de la utilidad pública, dictó el 27 de Noviembre de 1895, el célebre acuerdo sobre área de población para Sibundoy, con el objeto de asegurar á los blancos en sus edificaciones y para fomentar la colonización del precioso cuenco; pero no tuvo en cuenta que los terrenos se decían de propiedad de la parcialidad indígena y cometió el desacierto de no disponer lo conveniente sobre expropiación.

Luego un Cabildo de los sibundoyes desconoció el acuerdo del Concejo de Mocoa y el 30 de Noviembre de 1902, dictó el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que manda en su artículo 3.°, que los blancos desocupen el pueblo y vayan á fundar en San Francisco, sobre una área trazada el 3 de Abril del siguiente año. Los blancos no se dieron por notificados de este Acuerdo y por eso vino otro conminatorio de desahucio, en el término de pocos días, el cual fué en esta parte reformado por la Gobernación del Cauca.

Entonces sobrevino la rebelión de los indios contra sus huéspedes y el salvaje atentado del incendio de sus casas y el feroz ataque contra ancianos, mujeres y niños, para obligar á un gran número de familias industriosas á abandonar el fruto de su trabajo y refugiarse en el bosque.

Los indios, en compensación de este injustificable atentado y como prenda de paz, cedieron al pueblo de San Francisco el rincón de Guairasacha, donde hoy florece ya la civilización de una raza superior, con los restos dispersos de las víctimas del incendio. La escritura de cesión la otorgó Miguel Juajibioy, como gobernador de indios, y la aceptó, debidamente autorizado, Manuel Urbano, como Personero municipal del distrito de Sucre, del cual es cabecera el actual pueblecillo de San Francisco.

Á la vista del precioso valle, en el cual están atravesados los sibundoyes como un obstáculo insuperable á la civilización y cultivo, y en consideración á estas aterradoras energías de los bárbaros, ocurre preguntar hasta qué punto el testamento de don Carlos Tamabioy puede valer, ante los intereses de la utilidad pública allende la cordillera.

De muy poco serviría el camino de comunicación con Pasto para el fomento de este valle, si los indígenas incendiaran, con el beneplácito de las autoridades civiles y eclesiásticas, las plantaciones que hiciera el hombre civilizado en sus indisputables dominios, que ellos mantienen incultos. Al paso de que si el valle pudiera entrar, sin menoscabo de la equidad, en el movimiento civilizador, á manos de los blancos, las cuatro leguas de camino que faltan por construir de La Cocha á Santiago, por la depresión del campanero, según el proyecto de los Capuchinos, representarían para el Departamento de Nariño un incremento de riqueza equivalente, por lo menos, al valor de las quince leguas cuadradas de terreno de primera calidad, que con dicho camino se nacionalizan.

V

Los Sibundoyes.

Su semejanza con los tunebos. — Una tradición acerca de los sibundoyes. — Descripción de estos indios. — La ley de la costumbre. — Barbarie. — El suicidio. — Los tales no proceden de Cundinamarca. — Detalles curiosos. — El Gobernador. — Traducción de los sermones en lengua bárbara. — Dos costumbres exóticas. — Sabiduría de los bárbaros.

Desde Diciembre hasta Marzo, época del verano en la cordillera, salen en muchas partidas los sibundoyes á Pasto. La galería, el mercado y las calles centrales se ven invadidos por la indiada de largas ruanas, piernas desnudas y cabello recio al descubierto. Llama grandemente la atención del forastero esta chusma y le informan que unos son santiagueños, otros sanandreses y otros sibundoyes; pero no halla por de pronto los rasgos distintivos con los cuales se diferencian unos de otros. Aseguran en Pasto que Belalcázar trajo de Cundinamarca á los sibundoyes, quienes en el decurso de los acontecimientos ocurridos después de 1541, se establecieron en el apartado y tranquilo valle, donde se salvaron del exterminio que juró á los indios la conquista ó, mejor dicho, el contacto de los blancos. Tres siglos y medio después, viene un chibchó filo, hijo de Cundinamarca, á buscar entre los sibundoyes los signos del paisanaje y, por más diligencias, no los encuentra semejantes físicamente á sus queridos indios estúpidos de Suba y Boza, Tausa y Cucunubá, Cuítiva y Covarachía, Chiscas y Panqueva: los actuales chibchas son de baja estatura, chatos, de ojo largo y mirada maliciosa, cortos de piernas y de ruin visaje, más bien semejantes á los del centro del Ecua-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dor, quienes representan al más antiguo habitante de las mesas andinas.

Conocimos en la salina de Chita unos indios, llamados tunebos, procedentes del caserío de Sínsiga y Cobaría, al oriente de los Andes santandereanos, sobre el rincón casanareño de Támara.

— Compadre, decían, venimos á beber aguasal, y como aquello vierte de la roca, en chorro de 800 litros por minuto y concentración saturada que cae al río Casanare, no se les escatimaba ese regalo de la Providencia : inclinados sobre las *canoas* de la elaboración, sin ningún miramiento, bebían como caballos, durante cinco minutos, sin tomar resuello.

En ciertas épocas del año salen los tunebos á las poblaciones inmediatas, de aquende la cordillera, desde Pamplona hasta Socotá, en partidas de veinte y más, bajo la obediencia de un capitán, á cambiar por sal y mercancías la cera vegetal, la caraña, la otoba y algunos otros productos de su rudimentaria industria.

Refiriéndose Ancízar en su insuperable « Peregrinación de Alpha, » á la resistencia ofrecida por los tunebos á establecerse cordillera adentro, repite la siguiente respuesta de uno de ellos, que copiamos de memoria :

— « Aquí no tierra para Tunebo, allá tierra bastante. Cuando Dios crió Sol y Luna, crió Tunebo y tierra libre »

Más bien con éstos y no con los chibchas, pudiera establecerse alguna comparación, con los sibundoyes. Los tunebos son de color de chocolate, elevada estatura, fisonomía noble, mirada tímida, boca grande, sin pelo de barba, nariz aguileña, hombros levantados y un tanto inclinado el cuerpo hacia adelante ; usan el pelo á la altura del hombro, sin sombrero y por todo vestido, una ruana de lana negra, casi hasta los pies. Son habitantes cordilleranos, intermediarios entre los chitagotos de Pamplona y los guahibos y sálivas, caribes de la llanura oriental. Por sus condiciones étnicas, si se tratara de clasificarlos, se vacilaría entre cuál de los dos contarlos : si entre los primeros, rechazados á la vertiente oriental de la cordillera por los conquistadores españoles, ó entre los segundos, remontados ya en persecución de la sal chitana y hechos sedentarios, en éxodo hacia la alticordillera de Santander. Un estudio comparativo de la lengua tuneba actual con los dialectos caribes del Orinoco, resolvería la cuestión, ya que no

es posible revivir el idioma de los aborígenes, colindantes por el norte con el imperio chibcha.

Son los sibundoyes de gran talla y musculados ; de color más claro que los demás indios, casi blancos ; de bien cortada fisonomía, pero poco expresiva ; de cuello corto y muy grueso, con apariencia de cotudos, sin serlo en realidad ; de *cusma* ó túnica corta y sin mangas, casi siempre sucia, y capisayo angosto y franjeado, hasta los pies ; de cabello recio, abundante y crecido hasta el hombro y sujetado á la frente por una cinta de paja.

Al llegar al valle precursor de Pasto y pasar por entre la colonia blanca de San Francisco, vestidos hombres y mujeres de colorines á la europea, cuando ya se espera pisar tierra de cristianos, choca al viajero tropezar otra vez con indios casi desnudos y sufre su pudor, porque piensa que estos vecinos de la civilización se presentan así por indecentes y no por causa de su salvaje sencillez y naturalidad. Esta esquivez á imitar los trajes de los civilizados, será suficiente indicativo de la paralización mental de estos indios y de su estado estacionario, si no militara en apoyo de esta tesis un cúmulo de datos característicos, por el mismo estilo.

Su adhesión á la costumbre es muy notable : « *no es costombre,* » es la suprema razón de sus negativas. Por donde pasaron hoy, han de pasar mañana ; lo que hicieron una vez, tienen necesidad de hacerlo siempre ; como estuvieron, como están en este momento, así quieren seguir siendo indefinidamente. Para ellos el ideal es la quietud. Á cada paso ofrecen los sibundoyes ocasión de notarles ese quietismo, para defender el cual serían capaces de sacrificar hasta la vida.

Mencionaremos, en corroboración de ese rasgo, un caso baladí, que, sin embargo, es muy decidor : hace cosa de cien años traían al pueblo un organillo para su iglesia y los santiagueños, sus émulos y vecinos, pretendieron arrebatárselo en el camino. Para evitar el despojo emplearon los sibundoyes toda su astucia y, andando á tientas, llegaron de noche á su pueblo, felices por haberse burlado de la codicia de sus rivales ; repicaron las campanas y echaron cohetes en señal de regocijo. Hace poco tiempo, ya inútil el armonio centenario, trajeron los misioneros un reemplazo y lucha heroica costó el que los feligreses contribuyeran para el gasto ; pero al fin el organillo moderno llegó á Túquerres y una comisión de si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bundoyes fué á conducirlo. El día de la llegada al pueblo se fijó con exactitud; el tiempo era bueno, no había obstáculos en el camino; los santiagueños, siempre esquivos con los sisibundoyes, ya no podían ni querían impedirles el paso. Sin embargo, la comisión no llegaba á las seis de la tarde del día fijado. Á media noche despertaron los Misioneros al estampido de los cohetes y con los repiques alegres de las campanas.

— ¿Qué es esto? ¿Á qué se debe tan extraño alboroto?

— Es costumbre que los armonios de Sibundoy entren de noche al poblado, contestaron los conductores.

Con semejante criterio ¿qué esperanza de civilización hay para esta triste tribu cristalizada en su barbarie?

— Siembren ustedes papas en este valle, y trigo, cebada, habas y cebollas, pues todo esto se produciría muy bien, les dicen los Misioneros.

— No es costumbre sino sembrar maíz; contestan los bárbaros.

Modificar en lo mínimo las costumbres de los sibundoyes en sus hábitos domésticos, en sus reglamentos sociales consuetudinrios, en sus prácticas paganas y en sus vicios, es casi imposible.

— No pierdan ustedes su tiempo aquí, les decíamos á los señores misioneros, utilicen esos esfuerzos allá abajo, donde la civilización cristiana está, puede decirse, latente, por la docilidad, inteligencia y cultura natural de la raza.

Para cerrar el cuadro sobre los sibundoyes, falta decir que practican la nefanda costumbre del suicidio. Allí hay un panteón con más de cuatrocientos recientes imitadores del famoso Iscariote. Por una deuda de veinte pesos, por una decepción de amor, por una azotina injusta, desatan la faja de su cintura y con ella se cuelgan del primer árbol que encuentran. Si se medita en la significación de este fatídico vicio en una raza, relativamente á su moralidad y á sus ideas religiosas, se llegará á la indefectible conclusión de que la ética cristiana no ha podido germinar en la psicología acartonada de semejante horda.

Por esta razón, por la falta de higiene, por la supervivencia de hechiceros, médicos, brujos, envenenadores ó como quiera llamárseles y por otros vicios, que nos conviene no hacer notorios para no pasar como faltos de benevolencia, esta parcialidad está próxima á desaparecer.

Allí se encuentran vestigios de una iglesia de ladrillo, construída en otro tiempo, la cual hoy no podría levantarse por representar un esfuerzo desmedido para la miserable parcialidad subsistente y sin embargo corre la tradición, cierta ó falsa, de que el ladrillo quemado en Guairasacha, á más de cinco mil metros de distancia, se transportaba de mano en mano, por medio de un cordón de indios. *Pueblo grande* se llamaba lo que hoy se designa con el nombre de Sibundoy, constante en la actualidad de una cuarentena de casas vacías. Y en los tiempos prehistóricos debió de ser tan numerosa esta nación, que defendió el valle contra la invasión de los quichuas, estacionados por esto en sus vertientes occidentales, donde subsisten con el moderno gentilicio de santiagueños.

Esta última consideración implica el desconocimiento de la leyenda que atribuye á estos indios procedencia reciente de Cundinamarca; desconocimiento en el cual insistimos por otras consideraciones más.

De las tres parcialidades distintas establecidas en el valle, esta es la única que ha olvidado su origen; los sibundoyes, por otra parte, han tomado ó le dieron su nombre al valle entero y ellos ocupan, como hemos observado ya, la parte intermedia de éste: todo lo cual indica una anterioridad superior á la migración peruana, muy anterior á la conquista española.

Valiéndonos del pequeño vocabulario chibcha que puede resultar de la descomposición de los nombres geográficos de Cundinamarca, Boyacá y Guanentá, por medio de una paciente inquisición, pudimos deducir que el *Cochi* hablado por los sibundoyes no tiene analogías ningunas con el lenguaje de la Confederación Chibcha. Pero, como sucede siempre en los países conquistados, hay en el cochi palabras de etimología quichua, idioma de los conquistadores peruanos; por ejemplo:

Sol, en inga,	*Indi;*	en cochi,	*Jinge.*
Siete —	*Canchis;*	—	*Can-supta.*
Ocho, —	*Pusa;*	—	*pus-supta.*
Nueve, —	*Iscun;*	—	*Iscun-supta.*

Seis, en inga, se dice *Sucta*, casi la misma terminación cochi de los números subsiguientes, lo cual prueba que los si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bundoyes, quienes únicamente parecían contar hasta el cinco, aprendieron de los ingas y no de los muiscas ni de sus presuntos compañeros de viaje, los españoles, la elementalísima noción de la contada hasta el diez.

Los días de la semana, en cochi, tienen alguna particularidad notable :

Domingo, *Timingusa.*
Lunes, *Lunux-te* (etimología castellana).
Martes, *Ona-te.*
Miércoles, *Unga-te* (tercer día).
Jueves, *Canta-te* (cuarto día).
Viernes, *Chachin-te* (súchina es cinco, por lo cual *Chanchin* probablemente es adulteración del quinto día).
Sábado, *Sebatasa.*

Se comprende, pues, que la semana sibundoy comenzaba en lunes como entre los latinos.

Hay otra consideración muy curiosa en este pueblo, tan aferrado en sus costumbres, que establece vinculación extraña con los quichuas de Santiago, á saber : en una y otra parcialidad se sigue la práctica de que los hijos varones usen el apellido del padre y las hembras el de la madre.

Los descendientes de los antiguos señores de la tribu, quienes todavía galardean de nobles para aspirar á la categoría de gobernadores, son de apellido Chasoy, Juajibioy y Chicunque. Entre las mujeres predominan los de Tendejoy, Putandavioy y Muchachasoy. No obstante la condición aristocrática de los gobernadores por virtud de la costumbre, el nombramiento de éstos se hace por elección popular en terna que hoy proponen los misioneros.

El actual gobernador se llama Miguel Juajibioy, especie de letrado del pueblo, quien fué llevado á Popayán al colegio, de donde se fugó por no poder soportar los calzones que le obligaban á usar. Él conoce todas las tradiciones, es conservador de las costumbres y su sabiduría de leguleyo se funda en saberse de memoria la ley 89 de 1890, sobre protección de indígenas.

Los gobernadores en éste y demás pueblos, son el factotum con quien se entienden las autoridades blancas para cumplir sus mandatos, los misioneros para dirigir la grey, los viajeros

para obtener informes, los comerciantes para conseguir peones de carga y la justicia para mover el látigo que castiga las faltas graves.

En la ejecución de estas múltiples funciones se distingue el actual gobernador en el modo como trasmite al pueblo en su idioma el sermón del cura : después de que éste hace su prédica, se levanta el magistrado de talla atlética y con voz de trueno prorrumpe como una cascada en una oración monótona, sin puntuación, sin inflexiones, sin tomar resuello y hace á su modo la traducción del discurso parroquial.

Hay entre los sibundoyes dos costumbres exóticas que, aunque poco importantes, queremos consignar en estos apuntes; porque acaso ellas sirvan para descubrir su procedencia. La primera se refiere al conjuro de las casas. Terminada la construcción, las engalanan con follaje verde y á su alrededor se agrupa alegremente el pueblo con cántaros de chicha, los cuales derraman sobre la techumbre al son de cantos cochis. La chicha, como se ve, es el licor sagrado, con el cual los indios festejan las solemnidades religiosas, ungen sus habitaciones y, además de constituir casi su único alimento, es el tributo á la amistad de los vivos y de los muertos, pues también conmemoran con libaciones las fechas lúgubres.

La segunda es que ninguna inhumación de cadáveres se lleva á efecto entre los sibundoyes, sin que antes hayan colocado sobre el féretro una bujía de sebo hasta su extinción; solamente entonces el alma tiene entrada en la mansión de ultratumba y el cuerpo en el seno de la madre tierra.

De todo lo anterior se deduce que los sibundoyes constituyen una tribu de bárbaros completamente distinta de las que la rodean, rebelde á la civilización que la influencia de Pasto ha podido infundirle durante cuatro centurias de tráfico constante y por múltiples medios, y que seguramente se extinguirá antes de que la luz de una nueva idea la ilumine.

— Sin embargo, los sibundoyes saben tres idiomas : el cochi, el inga y el castellano, nos objetaba un amigo.

— Eso no importa; porque conozco en el mundo muchos bárbaros de levita que saben otros tantos idiomas europeos y son tan reaccionarios á la civilización como los sibundoyes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

EXPLORACIÓN DEL SUR DE COLOMBIA



EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

5 15
4
194 5
9. 21

Arg
mamá
mama
Uas

VI

Los actuales Quichuas.

REGRESO Á PASTO

El camino por el valle. — ¡Nos ahogamos! — Proyecho que pudiera sacar el Ecuador de sus indios. — Los frailes amigos de la instrucción. — Recuerdos de los indios quichuas de Santiago. — Ceremonias artísticas. — La ley del Inca. — El coro de Santiago. — La Escuela. — Un discurso en inga. — La premiación. — Paso del Bordoncillo.

De Sibundoy, Pueblo grande ó *Hactunllacta*, como dicen los santiagueños, sigue el camino por todo el valle, poco consolidado aún, durante tres leguas por senda plana, con firme de chontas. Los caballos traídos por los misioneros andan por este camino de á pie, con grande habilidad; pero el Sampedroyaco bajaba muy crecido y al vadearlo el caballo en que íbamos montados para trasladarnos á Santiago, se dejó volcar por el torrente y escape nos ahogamos. Envueltos en el encauchado y las correas de los instrumentos y entorpecidos por las botas, rodamos un buen trecho río abajo, en presencia de los compañeros de viaje, quienes miraban aterrorizados nuestra peligrosa aventura, hasta cuando, repuestos de nuestro primer atolondramiento, recordamos el nadadito que aprendimos, siendo niños en el *Pozo de los Colegiales*, en Bogotá, de imborrable recuerdo, y con él ganamos la orilla.

— Si el Saravita cambió de nombre por una aventura análoga, que en él tuvo Suárez Rondón, creo de justicia que este infame riachuelo se llame en lo sucesivo el *Trianayaco*.

Esto le decíamos al señor Prefecto Apostólico, temblando de frío, mientras nos despojábamos de nuestros vestidos mo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

jados, para quedarnos desnudos bajo el bayetón de abrigo, como lo usan los tunebos.

El señor Prefecto es inspector escolar del territorio y, en desempeño de este cargo, venía á Santiago á presenciar los exámenes anuales de las dos escuelitas de este pueblo indígena. Se nos iba á presentar la oportunidad de apreciar en ellas las capacidades de los indios quichuas, de quienes adquirimos muy favorable concepto en el Ecuador, por sus condiciones de civilidad, su orgullo étnico y sus extraordinarias aptitudes para las artes, aun en la servidumbre degradante en que allí neutraliza el indio las energías, que ese afortunado país pudiera aprovechar bajo el régimen de la democracia.

Para el siguiente día de nuestra llegada á Santiago se fijó la celebración del acto literario, y el inteligente jefe de los misioneros, además de ofrecernos deliciosa y cordial hospitalidad en la casa de la Misión, tuvo el empeño de que presenciáramos el acto. « Para que usted pueda contar por esos mundos, nos decía, que los frailes no somos enemigos de que el pueblo se instruya. »

— Como la que usted va á ver mañana, continuó diciéndonos, hemos fundado dos en cada uno de los pueblecillos que están á cargo de la Misión: ya vería la de Mocoa, donde se está haciendo una verdadera transformación de los indios sin ideas, que usted ha analizado, en ciudadanos útiles para Colombia. Deploré que usted no hubiera alcanzado á presenciar los exámenes de las de San Francisco y Sibundoy. En el año entrante voy á establecer una escuela mixta, alternada, en el pueblecillo de San Andrés, situado á media legua de éste. Pretendo para las escuelas de niñas traer á las madres Capuchinas alemanas, de las que usted conoció en Túquerres, y para las de varones á los Hermanos Maristas.

— Celebro el pensamiento de usted en cuanto á las institutrices alemanas, sin rival en el mundo: eso querrá decir, si se realiza su proyecto, que las indias del Caquetá van á recibir mejor dirección docente que el resto de las colombianas, excepto las de Túquerres y Pasto; pero me permito suplicarle, en cuanto á los Maristas, que tome informes sobre sus aptitudes y consagración, pues entiendo que en Nariño no han aprovechado gran cosa los niños que están á su cargo: no sé si estaré mal informado, pero me refiero al clamor público.

Á las siete de esa misma noche charlábamos en la sala de

la casa cural sobre estos asuntos, en sabrosa plática con los misioneros, personas muy insinuantes y festivas. Trajimos á cuento las costumbres de los indígenas, y recibimos muy curiosos datos. Supimos, por ejemplo, que estos de Santiago recuerdan claramente la época de su venida del Ecuador, y dicen que hicieron alto allí, donde se radicaron, porque recibieron orden de no caer al plano del valle. Recuerdan también la migración de los putumayos, radicados más atrás, en el sitio de Chamanoy, denominado actualmente « San Andrés ». En aquel sitio vieron una tarde los santiagueños un humito, y se maravillaron de que por ese lado pudiera andar gente; mandó el Gobernador á un alguacil á averiguar la causa, y éste informó que era un matrimonio con su hija, quienes venían perdidos de las tierras bajas, de donde los había dispersado un *amarón* (boa constrictor) que arrasó la población donde ellos vivían. El Gobernador les ofreció hospitalidad y amparo; pero los emigrados no quisieron pasar de aquel punto, donde fundaron el actual pueblo de San Andrés de Putumayo, mezclándose con los santiagueños, pero conservando relativa independencia.

Los santiagueños recuerdan también la época de las primeras misiones quiteñas, y cuentan que desde entonces conservan dos de las imágenes veneradas en su iglesita: la de Santiago, dicen, vino de España, y la de la Virgen del Rosario, vino de Lima, junta con el primer clarinete para el coro.

Esta limpidez en los recuerdos remotos, de la cual carecen los sibundoyes y otras parcialidades inferiores, indica la conciencia de un pueblo ya civilizado para la época de su migración. En Pasto los confunden por su desnudez con los sibundoyes, cosa que les ofende como el mayor de los insultos. La diferencia, en efecto, es inmensa: éstos son altivos, trabajadores, inteligentes, ambiciosos de mando é intrigantes en las elecciones de Gobernador. La pureza de sus costumbres hace también contraste con la relajación de los sibundoyes, entre quienes el adulterio es común. Son amigos de hacer largos viajes y aspiran al cruzamiento con los blancos. Las mujeres son fieles, laboriosas y fecundas; ellas les tejen las *cusmas* de lana azul y las zurcen en randa graciosa con hilo rojo, torcido también por sí mismas; modo de traje que, junto con su aseo, sirve para distinguirlos fácilmente. La afición á la música es un rasgo característico de los santiagueños: todos tocan arpa,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

violín ó flauta, instrumentos de un arte superior, construídos por ellos. Tenemos á la vista una fotografía instantánea de un carnaval en Santiago, donde está pintada la más ingenua alegría de un pueblo de artistas. Sus fiestas de Navidad y Corpus son dignas de verse por los disfraces que inventan y por las danzas que bailan.

En la fiesta lúgubre de Todos los Santos conservan la costumbre ecuatoriana de la *ofrenda*, que consiste en llevarles á los muertos comestibles benditos y al cura una vela: el festín á la salud eterna de sus antepasados corona la ceremonia del piadoso culto de los difuntos.

Habla del sentimiento artístico de los santiagueños el modo como entregan á los síndicos de la Virgen el libro de la « Consitación », en una arca coronada de flores, y cómo trasladan el cepo á casa del nuevo Gobernador, también adornado y entre músicas alegres. La posesión de este magistrado es la más suntuosa de las ceremonias públicas de aquel simpático pueblecillo. El cabildo nombrado por él, invita á la gente principal y á los *teguas*, para la confección solemne de los conjuros que pudiéramos decir *de la paz*. Elaborados éstos, se despachan en ollitas, por medio de comisiones reservadas, para que sean enterrados cerca de las personas que han de ejercer influencia en el pueblo, á fin de que sean bondadosas: en casa del Gobernador, cerca del presbiterio en la iglesia, en la casa cural, etc. Cumplidas estas comisiones, con todo alarde de misterio, comienza el banquete de los grandes, con asistencia de muchos músicos y danzantes. Á la avanzada hora de la noche en que termina la comida, salen todos en procesión, provistos de farolillos y encabezados por el Gobernador y al son de multitud de instrumentos, á visitar las casas del pueblo, donde son recibidos con grandes agasajos. Desde ese momento los hogares quedan bajo la vigilancia de la nueva justicia, para quien no puede haber en lo sucesivo acto oculto ni puerta cerrada en el día ó en la noche. Así es como queda á cargo del Gobernador la moralidad de su pueblo: él prevé y arregla los pleitos, impide los delitos, fomenta los matrimonios de amor y preside todos los sucesos. Tal es la costumbre establecida hace siglos por el Inca, que aún subsiste incólume, á causa de que corresponde con el modo de ser del indio americano. Trasladar de repente estas pequeñas entidades al régimen individualista europeo, es trastornarles

todas sus nociones de la vida social. Así se explica el embrutecimiento de los indios y su degeneración moral, á medida que están más incrustados en la civilización de Occidente, y así también se explica el desconcierto político y sociológico en las Repúblicas mestizas; porque son agrupaciones indias disfrazadas con trajes que las martirizan y las ponen en ridículo ante las que les sirven de modelo. Pero no anticipemos conclusiones y continuemos nuestro relato.

Picados por la curiosidad, fuimos á misa en busca de observaciones, y no tuvimos otra complaciente sino la que hicimos en el coro de la pajiza iglesia. Este es una especie de tribuna levantada sobre cuatro postes al lado de la puerta, á la que se sube por medio de una viga dentellada á guisa de cremallera. En la plataforma está el órgano con sus cornetas de latón, su teclado y sus fuelles, á cargo de dos indios para hacerlo sonar; en los pequeños espacios sobrantes estaban un tamborero, un violinista y un flautista, todos de *cusma* limpia y muy peinados. Oficiaba el señor Prefecto Apostólico y era preciso solemnizar tan fausto suceso con grande orquesta. No sabemos un ápice de música sagrada ni hemos podido comprender de qué divinos artificios se hayan valido los genios para infundir con ella los más inefables trasportes del corazón religioso; pero es el caso que al oir los aires populares de los indios, tocados por cuatro instrumentos á la rústica en diapasón discordante, para solemnizar la misa cuasi episcopal del señor Prefecto, sentimos tan tierna emoción, que pedimos al cielo conservara á este pueblo la simplicidad poética de sus costumbres.

Después salimos del templo y nos llamó la atención el tumulto de los niños que andaban en el trajín de embellecer el salón de la Escuela para el certamen que debía verificarse pocos momentos después. Acariciando cabezas, muy lustradas por el agua de la fuente, nos abrimos paso hasta el recinto. Las sillas viejas de la sacristía y los escaños de la iglesia quedaron á medio camino con nuestra presencia, y los muchachos nos rodearon como viejos camaradas. Miramos los mapas, los cuadros de Lancáster y las ramazones verdes prendidas á la pared, y evocamos dulces recuerdos. Entonces, sugestionados por la infancia, volvimos á ser niños y, acercándonos al tablero, dibujamos al vuelo la figura de un indio feo, haciendo gestos, y escribimos al pie: *Este es un sibun-*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

doy. Una carcajada argentina llenó el salón: ¡todos los niños sabían leer!

Volvimos á nuestro alojamiento y abrimos nuestras maletas para buscar carteras en blanco, lápices, plumas y dinero, con el fin de dar *premios*; porque nos sentíamos obligados, en nombre de la Patria, sin títulos ningunos, por supuesto, á estimular estos pequeñuelos hijos de la selva.

Con la solemnidad correspondiente á un invitado que en cierto modo representaba á Colombia en una humildísima escuela de indígenas, volvimos al salón y ocupamos puesto de honor al lado del misionero, Inspector general de instrucción pública del Caquetá. Por rara coincidencia estaban, de paso para el Putumayo, unos comerciantes de Pasto, quienes bajaban provistos de guitarras, y al comenzar el acto literario rompió la orquesta improvisada con el himno nacional. Ocultamos nuestra tierna emoción patriótica y presenciamos todo el examen minucioso de un cúmulo de indiecillos de *cusmitas* blancas y capisayos, largos hasta los pies, que hubieran servido de moquero á cualquier hombre serio: tal era su tamaño absoluto. El acento extranjero de los niños, con su tendencia á convertir la *e* en *i* y la *o* en *u*, daba á sus definiciones un sabor delicioso. Las materias de enseñanza en una escuela elemental merecieron en el examen la más alta calificación del Cuerpo constituido al efecto. Figuraba en este Concejo un joven indio hijo del Gobernador, que posee conocimientos suficientes para ejercer atinadamente el cargo.

Hubo recitaciones de fábulas, cantos en coro y música de cuerda en los intermedios. El mejor alumno, llamado Manuel Tisoy, cerró el acto con el siguiente discurso:

« Muy Reverendo Padre Prefecto apostólico:

» Señor alcalde y los demás de la respetable asistencia:

» Señores:

» Después de mis respetuosos saludos y agradecimientos en nombre de los que formamos la corporación escolar, os dignaréis oir mis humildes palabras.

» Nosotros los escueleros santiagueños, gracias á nuestros preceptores, somos la violeta de vuestro jardín que prefiere ocultarse entre las hierbas que en él nacen; pero Vos habéis querido que seamos lirios, cuya fragancia de la educación la haréis llegar por todas partes. De Bogotá ya dicen: *¡Qué de agradable se percibe de entre esas malezas indígenas!*

» Nucanchi taitacuna, ña nucanchi nombre chayarca Bogotama, porque yachay eona conchime Escuelape; chimanda nucanchi pueblo cuyanacumi tucuí particharpe mandanacome Misioneracona. Cachamuichí tucuy guambraconota Escuelama. Guiyay sujconata. Lusinchimi ña aucacoman pagmanda (1).

» Con nuestra cabeza en tierra, os suplicamos por Dios, no nos dejéis ahogar entre estas malezas de la barbarie.

» He dicho, señores. »

— Lo que es tu nombre, *Manuel Tisoy*, pensábamos nosotros, llegará con mi libro más allá de Bogotá, hasta donde alcance el vuelo de mis escritos.

Distribución de premios: Un lápiz para Mateo Chasoy; una hoja de papel para Miguel Jansasoy; una pluma de 303 para Lázaro Tisoy; un libretín con dedicatoria para el admirable Manuel Tisoy; un real, en plata, para Facundo Tandioy; dos varas de liencillo, para una *cusma*, dedicado á Tomás Jansasoy; otra *cusma*, en proyecto, para Lázaro Quinchoa...

— Padre, dijo al fin un chicuelo de *cusmita* sucia y ruana hasta los pies, con los grandes ojos llenos de lágrimas, *¿á yo no dar cusma?*

— ¡Pero... si tú no respondiste nada!

— Sí, padrecito, yo me persigné...

— Toma entonces: tienes derecho á *iscay* reales. Dentro de un año te daré unos calzones...

Por la tarde salimos de Santiago para dormir al pie de la cordillera, á fin de que, madrugando, pudiéramos pasar el soberbio Bordoncillo y caer al soñado valle de Atris, donde duerme Pasto rodeado de pueblecillos indígenas que ayer no más hablaban inga como los santiagueños.

Hay necesidad de subir una cuesta fragosa de 1.400 metros de altura sobre el valle, para llegar á aquella temida cumbre,

---

(1) Traducción del quichua:

Padres nuestros, ya nuestros nombres han llegado á Bogotá, porque estamos aprendiendo en la Escuela; por esto nuestro pueblo será particularmente apreciado de todos, dirigiéndolo los misioneros. Enviad, pues, á todos los niños á la Escuela. Avisad á otros. Ya salimos de la condición de salvajes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

donde el frío emparama á los indios y suele el viento arrastrarlos fuera del camino.

Llovizнó aquel día; pero los hados nos fueron propicios, porque, después de nueve horas de camino, coronamos la cumbre de 3.800 metros sobre el mar.

Entre las piedras sagradas que los espiritualistas quichuas consagraban á sus divinidades bienhechoras á orillas del sendero, tienen aún los santiagueños actuales en esta vía una denominada *Rumi-casaranga*, « piedra del matrimonio », donde consultan la ventura sobre la elección de esposa; otra tienen llamada de « La Sochita », en que se convirtió la mujer que ha de destruir á Santiago: allí hubiéramos puesto ofrenda propiciatoria, si el tiempo, lluvioso, frío y triste, nos hubiera dado lugar para hacerlo. Otra es el *Rumi-sol*, donde el viajero, hijo del Rey del Día, le demandaba antaño mercedes á su munificente padre; todavía los descendientes de aquellos afortunados hijos del Sol detienen allí su paso, cuando van de viaje, para pedirle su luz hasta el fin de la jornada.

Por considerar fatigado al paciente lector, al llegar nosotros á este punto del libro y del camino, deseamos que no se oculte este sol sin haber dado fin á esta penosa jornada.

Desde las alturas de El Bordoncillo columbramos, al morir de la tarde, los pliegues de verdura eterna del valle de Pasto.

. . . . . .

Hemos llegado !

APÉNDICE

INFORME OFICIAL

sobre el camino de « Nariño » al puerto de La Sofía, en el río Putumayo.

Historia. — La región oriental en el Caquetá, cubierta de bosque, ha ofrecido y promete ricos productos de la flora tropical. No puede atribuirse al anhelo colonizador, sino al aprovechamiento transitorio de aquellos productos, lo que ha provocado siempre la construcción de caminos de herradura á través de la rama oriental de los Andes. Esquivas la raza blanca, por instinto, y la indígena cordillerana, á los climas ardientes, esperan una condensación pobladora en la altiplanicie y los valles interandinos, que será muy remota, para enderezar su expansión hacia las llanuras inmensas del corazón de la América.

El aliciente comercial hizo frecuentar, y en mínima parte mejorar, durante la época de las quinas, los senderos establecidos desde tiempo inmemorial por los naturales en sus jiras, comerciales asimismo, y conquistadoras.

En aquellos tiempos prehistóricos el incremento de las tribus guerreras, de vida enteramente animal, prolíficas en el medio propicio de la selva, originó el éxodo de los caribes hacia la serranía en diferentes direcciones, por los grandes ríos del Napo, Putumayo y Caquetá, por sus afluentes cordilleranos principales, en busca de valles accesibles, como el Aguarico, el Guamués y el Orteguasa, y por los numerosos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

raudales de terciaria importancia, como el Ríosucio y el Mocoa, para quedar fijadas hasta el presente las vías hacia Ipíales, Pasto y Bolívar, en lo que al Departamento de Nariño se refiere.

DESCRIPCIÓN DE LAS ACTUALES TROCHAS

Topografía. — El nudo cordillerano del sur de Colombia, especie de génesis de los tres ramales andinos, dispersa contrafuertes en varios rumbos.

Tomando el páramo de Bordoncillo como céntrico, se desprenden hacia el mediodía tres ramales, á saber : 1.° la cordillera madre, que separa aguas hasta el cerro de San Francisco entre el Guamués, que corre hacia el Sur, y el Guáitara, que corre hacia el Norte; 2.° la cordillera del Patascoy, que separa las dos corrientes gemelas originarias del caudaloso Putumayo, y 3.° la del Portachuelo, que separa los raudales caqueteños de los del anterior.

El río *Guamués* nace en *La Cocha*, á inmediaciones de Pasto, transmontada la cordillera madre, de cuya vertiente oriental recoge las aguas hasta el Ríosucio, que baja del cerro de San Francisco. Sirvió el valle de este río al éxodo quichua hasta fundar el pueblo inga de la orilla de aquel lago, que trasladado luego al valle de Pasto se designa en la actualidad con el nombre de San Pedro de La Laguna. Por donde trasmontó esta última jornada del éxodo, en el boquerón de *El Diviso*, está la depresión más propicia (3.360 metros) para vencer la cordillera. El mismo valle del Guamués ha servido para trazar la trocha de Santa Lucía, que por su banda derecha conduce á Santa Rosa y por la izquierda al puertecillo del Alpichaque. Esta trocha arranca del pueblo de Catambuco y va al sitio de Los Potreros, sobre el páramo donde nace el río Bobo, afluente del Guáitara; transmonta la cordillera á 3.380 metros sobre el mar y cae al cuenco de *La Cocha*, en el sitio de Santa Lucía. Después sigue el curso del río en su parte cenagosa y plana, á 2.800 metros sobre el mar, y luego, atravesando en línea recta la serie de cuchillas ásperas, inclinadas fuertemente y de roca primitiva, que forman las estribaciones de la inmediata cordillera, sube y baja esta variada senda, con 45 por 100 de inclinación, y atraviesa infinidad de corrientes, entre las cuales son de algún caudal el río

Gloriano, el Saraconcho, el Ríoverde, el Juntas y, últimamente, el Ríosucio. Si se persiste en el rumbo meridional hacia Santa Rosa, hay que pasar además el Churayaco, afluente del río San Miguel, á cuya margen se agrupan cinco casas bajo la denominación de aquel pueblo. Pero si el propósito es buscar pronto la aorta del territorio, es preciso seguir con el río rumbo al Este, después del Ríosucio, ó cruzarlo en la confluencia de Juntas para encontrar el Apichaque, por una meseta suavemente inclinada que se extiende hasta este puertecillo por las faldas lejanas del volcán de Patascoy.

En la época activa de la explotación del caucho hubo en el Apichaque un embarcadero para bajar á La Sofía y para pasar al antiguo Santa Rosa. Hoy no hay servicio de canoas en este puerto, donde el río se subdivide en brazuelos y corre en raudales intransitables casi en verano y muy peligrosos en invierno, hasta la boca del Luxayaco, á tres leguas más abajo, para ofrecer ya aguas suficientes y lecho regular.

Llegado el Guamués á la llanura uniforme, se desarrolla en curvas fuertes hasta su desembocadura en el Putumayo. En esta parte hay todavía indicios del camino consolidado con chontas, seguido por el éxodo caribe, en busca de la altiplanicie, en remota época.

Ríosucio. — Impaciente este éxodo por ganar las alturas en busca de la sal del Pacífico, tomó los raudales de este río y transmontó rápidamente la cordillera en lucha sangrienta con los anteriores ocupantes, de la cual subsisten vestigios de fortalezas militares en el sitio de Chitarrán, sobre el Guáitara. El mismo sendero han tomado los comerciantes de Ipiales, recientemente, para comunicarse rápidamente con la región del Aguarico. Este es el paso más corto de la cordillera, pues en doce leguas próximamente se la vence, desde Puerres hasta el plan de la llanura, pasando por el boquerón de Ríoverde, con ascenso y descenso de cuchillas continuas de escalamiento.

Ninguno de los dos senderos anteriores se constituyó en camino corriente á la región andina, aunque durante las Misiones jesuíticas sirvió de ruta este último, según hay de ello tradición.

El Río Mocoa. — La colonia quichua de Mocoa, á la que concurrían los indios del Putumayo y Caquetá al mercado de sal, sostenido en ella por los andaquíes, abrió el actual sendero

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de Pasto al Territorio, con sus ramificaciones hacia Popayán y Neiva, por donde se mueve todavía una poco perceptible inmigración, por los valles del río Mocoa y sus afluentes. La expedición de estudio no pudo recorrer estas dos últimas ramificaciones, ni hacer directamente la transversal anterior del Ríosucio, por causa del invierno riguroso en que le tocó hacer la exploración y por la falta absoluta de auxilios en que la dejó el contratista de su organización en el sitio desierto del Alpichaque.

En cambio había aprovechado breves momentos de buen tiempo para explorar el río Guamués, y pudo adelantar provechosamente el conocimiento de la vía transitada de Pasto á Mocoa por el valle de Sibundoy, para relacionar los datos técnicos recogidos durante la exploración anterior del Guáitara, y formar con ellos el adjunto mapa de conjunto, en que queda consignado en síntesis el problema del camino.

Arranca la trocha de Mocoa del pueblo de La Laguna, en ascenso continuo al Páramo del Bordoncillo, atraviesa la planada inclemente y desciende al mencionado valle de Sibundoy.

Cruza este valle, poco consolidado todavía, y transmonta la sierra del Portachuelo, de la que desciende inmediatamente por todo el cauce estrecho del río Minchoy, dejando á la derecha inoficiosa la trocha de *La Tortuga*, que conduce directamente y sin paso de ríos á Mocoa. Parece que por seguir la costumbre de sus antepasados, y de intento, menospreciara esta variante trazada por los contemporáneos el carguero indígena en busca de los peligrosos pasos de afluentes del Mocoa que le tributan abundantes aguas por su banda izquierda. Para esto necesita transmontar con grande esfuerzo la serie de cuchillones que forman sus cañadas rocosas, hasta donde el río vuelve hacia el Sur, punto en el cual se busca la banda derecha para seguir atravesando las corrientes que le tributan los contrafuertes de la sierra del Portachuelo, que mueren en la llanura. Así se llega ya por sendero fangoso á Mocoa y se sigue á uno de los puertos de Limón ó Guineo, equidistantes, el primero sobre el río Caquetá, el segundo sobre un afluente del Putumayo. Son notables por su caudal ó por las dificultades de paso que ofrecen, entre aquellas corrientes transversales, las siguientes : el Espinoyaco, el Sampedroyaco, el San Francisco y el Putumayo, en el valle

de Sibundoy; el Minchoy, que se pasa treinta y seis veces; el Patoyaco, que no soporta puentes y ha hecho perecer á infinidad de transeuntes; el Titango, que requiere un puente monumental — así como más adelante el mismo Mocoa y el Pepino, — además de multitud de riachuelos y quebradas de menor importancia que en invierno se hacen de difícil vado. En cambio, por la trocha de *La Tortuga*, que arranca en el sitio del Portachuelo y sigue esta serranía, sólo se pasa la quebrada que le ha prestado su nombre. Por esta trocha se han llevado á Mocoa ganados y bestias, no sin muchas dificultades. El ensanche y mejora de esta variante sería un inmenso beneficio para la colonia blanca que languidece en aquel pueblo decadente.

PERFIL BAROMÉTRICO DE LA TROCHA DE SANTA LUCÍA

LUGARES	ALTURAS.	SUBIDAS.	BAJADAS.	DISTANCIAS parciales.	DISTANCIAS á Pasto.	NOTAS
	ms.	ms.	ms.	ks.	lgs.	
Ciudad de Pasto	2,540	»	»	»	»	Camino corriente.
Catambuco	2,900	360	»	7	1 2/5	» »
Páramo Guerreros	3,200	300	»	7	2 4/5	» »
Los Potreros	2,800	»	400	16	6	Termina camino.
Paso de la cordillera	3,380	580	»	5	7	Roca granítica.
Ciénaga Santa Lucía	2,840	»	540	5	8	Páramo estéril.
Fin de la Ciénaga	2,830	»	10	13	10 3/5	Principia bosque.
Alto del Tábano	2,995	165	»	13	13 1/5	Roca granítica.
Río Saraconcho	2,320	»	675	4	14	
Cuchilla	2,530	210	»	1	14 1/5	Roca cristalina.
Quebrada de la Sublevación	2,380	»	150	8	14 3/5	
La Horqueta	2,600	220	»	2	15 1/5	Roca cuarzosa.
Ríoverde	1,770	»	830	6	16 2/5	Al boquerón Rioverde R=270°; D=7ks.
Alto de Buenavista	1,970	200	»	3	17	
Quebrada	1,630	»	340	2	17 2/5	
Quebrada La Chorrera	1,700	70	»	2	17 4/5	Sigue roca primitiva
Cuchilla del Aletón	2,100	400	»	1	18	Baja del Boquerón Rioverde.
Fin del Aletón	1,300	»	800	10	20	
Cumbre del Boliche	1,430	130	»	1	20 1/5	
Paso del Guamués	1,080	»	350	4	21	Río estrecho y aguado.
La Meseta	1,160	80	»	»1/2	21	
Pie de Loma redonda	1,080	»	80	»1/2	21/5	Meseta Rocosa.
Alpichaque	320	»	760	56	32 2/5	Puerto del Guamués.
Boca del Guamués	250	»	70	64	45 1/5	Putumayo abajo.
Le Sofía ó San José	240	»	10	10	47 1/5	Para vapores.
		2,715	5,015	236		
			2,300			

NOTA. — En esta senda sólo quedan justificados los 660 metros de subida de Pasto al paso de la cordillera, sobre Santa Lucía; de resto,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más de 2,000 metros representan un trabajo gratuito en el transporte que aventaja al mayor desarrollo requerido para evitar el ascenso de las cuchillas.

PERFIL BAROMÉTRICO DE LA TROCHA DE MOCOA

LUGARES	AUTURAS.	SUBIDAS.	BAJADAS.	DISTANCIAS parciales.	DISTANCIAS á Pasto.	NOTAS
	ms.	ms.	ms.	ks.	lgs.	
Ciudad de Pasto	2,540	»	»	»	»	Camino corriente
Pueblo de La Laguna	2,770	230	»	7	1 2/5	Termina camino.
Borde del Páramo	3,680	910	»	12	3 4/5	Trocha de á pie.
Termina el Páramo	3 200	»	480	13	6 1/5	» »
Espinoyaco	2,260	»	940	7	7 4/5	Suelo fangoso.
Pueblo de Santiago	2,060	»	200	3	8 2/5	Camino útil.
Pueblo de Sibundoy	2,070	10	»	15	11 2/5	» »
Pueblo de San Francisco	2,110	40	»	5	12 2/5	Termina camino.
Paso del Putumayo	2,150	40	»	2	12 4/5	Termina el valle.
Alto del Portachuelo	2,420	270	»	3	13 2/5	
Boca del Minchoy	1,540	»	880	10	15 2/5	
Alto Chontasique	1,700	160	»	2	15 4/5	
Rio Titango,	1,400	»	300	2	16 1/5	
Alto de la Lombriz	1,850	450	»	7	17 3/5	
Sarayaco	1,280	»	570	4	18 2/5	
Alto de Papagayo	1,740	460	»	3	19	
Ninayaco	1,220	»	520	4	19 4/5	Lecho de mármol.
Alto del Tabaquero	1,590	370	»	2	20 1/5	
Vega del río Mocoa	890	»	700	4	21	
» »	820	»	70	2	21 2/5	
Alto Campucanita	980	160	»	2	21 4/5	
Paso del río Mocoa	790	»	190	2 1/2	22 1/5	
Alto Campucana	800	10	»	1/2	22 1/5	
Pueblo de Mocoa	530	»	270	11	24 3/5	Camino útil hasta el Guineo.
Puerto Guineo	290	»	240	37	32	
Boca del Guineo	270	»	20	25	37	
Puerto Sofia	240	»	30	45	46	
		3,110	5,410	230		
			2,300			

Como se ve, en esta trocha hay más contrapendientes que en la trocha de Santa Lucía.

PERFIL DEDUCIDO PARA LA LÍNEA POR FUNES, EN REEMPLAZO DE LA TROCHA DE SANTA LUCÍA

LUGARES DEL PROYECTO	ALTURAS.	SUBIDAS.	BAJADAS.	DISTANCIAS parciales.	DISTANCIAS á Pasto.
	ms.	ms.	ms.	ks.	lgs.
Pasto, lugar de partida	2,540				
Boquerón de Piquisique, por camino	3,210	670	»	13	2 3/5
Tangua, por camino	2,440	»	770	9	4 2/5
Puente de Guapuscal, por camino	1,850	»	590	8	6
Puente sobre el Tellez, por camino	1,870	20	»	7	7 2/5
Boquerón del Angasmayo, por camino	2,540	670	»	11	9 3/5
Paso de la cordillera (proyecto)	3,400	860	»	20	13 3/5
Puente de las Juntas (proyecto)	1,060	»	2,340	15	17 3/5
Alpichaque (proyecto)	320	»	740	57	29
Puerto Sofía, por navegación	240	»	80	75	44
		2,220	4,920		

PERFIL DEDUCIDO PARA EL PROYECTO POR SAN ANDRÉS DE PUTUMAYO, EN REEMPLAZO DE LA TROCHA DE MOCOA

LUGARES DEL PROYECTO	ALTURAS.	SUBIDAS.	BAJADAS.	DISTANCIAS parciales.	DISTANCIAS á Pasto.
	ms.	ms.	ms.	ks.	lgs.
Pasto	2,540				
La Laguna, por camino útil	2,770	230	»	7	1 2/5
El Diviso, camino construído ya	3,260	490	»	7	2 4/5
La Cocha, camino por construir	2,840	»	420	6	4
Boquerón de Campanero, camino por construir.	3,300	460	»	20	8
San Andrés, camino por construir	2,050	»	1,250	8	9 3/5
Paso del río Putumayo camino por construir	2,000	»	50	2	10
Puertecillo de San Vicente, camino por construir.	280	»	1,720	80	27
Puerto de Sofía (por navegación)	240	»	40	55	38
		1,180	3,480		

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CUADRO COMPARATIVO DE LAS CUATRO VÍAS

CONSIDERACIONES DE LONGITUDES, PUENTES Y COSTO.	VÍA DEL SUR		VÍA DE ORIENTE	
	Trocha de Santa Lucía reformada.	Proyecto por Funes en reemplazo.	Trocha de Mocoa por La Tortuga.	Proyecto por San Andrés en reemplazo.
LONGITUDES	leguas.	leguas.	leguas.	leguas.
Camino público utilizable....	6	10	14	3
Partes por navegación.....	15	15	14	11
Suma lo utilizable.....	21	25	28	14
Proyecto construir en roca....	15	7	15	18
» » en plano.....	11	12	3	6
Longitud total.....	47	44	46	38
PUENTES				
Grandes puentes.....	9	3	14	4
Medianos puentes.....	20	10	10	12
GASTO APROXIMADO				
Para banqueo en roca.....$	80,000	40,000	80,000	90,000
» » fácil.....	20,000	25,000	10,000	20,000
» puentes.....	50,000	20,000	70,000	25,000
» tambos y potreros.....	10,000	10,000	10,000	10,000
Gastos totales.....$	160,000	95,000	170,000	145,000
Precio por legua de construcción.....$	6,000	5,000	9,000	6,000

De la inspección del cuadro anterior se deduce la significativa economía, en distancia y en costo, que resulta de la elección de una línea racional. Los anteriores números, en lo que respecta á la reforma de las trochas actuales, sirven para desechar la tentadora idea de emplear recursos en mejorarlas; los que destinados con economía en las vías de reemplazo por Funes ó por San Andrés de Putumayo, darían un resultado más provechoso. Falta considerar la elección de estas dos últimas, desde un punto de vista más elevado que el simple número de un presupuesto.

OBJETO É IMPORTANCIA DE LAS VÍAS

Si el anhelo colonizador, radicado en un pequeño grupo de paisanos necesitados ó emprendedores, no prepondera ni es

llegado el momento de que prepondere, en el sentimiento popular de los vecinos, por abrirse camino á oriente en solicitud de tierras de cultivo, seguramente más por indolencia que por carencia de estímulo, es probable que un camino expedito y breve hará entrar en el movimiento de la riqueza agraria un circuito muy extenso de terrenos inoficiosos hoy. Los predios rurales en Nariño ya alcanzan en las transacciones un precio que revela malestar en las clases pobres.

Transmontada la cordillera por su mayor depresión, en el Boquerón de *La Cocha*, se encuentran fértiles terrenos colonizables.

En primer lugar está el amplio cuenco del lago, á cuatro leguas de la ciudad, de donde se podrá proveer ésta de combustible y maderas de construcción, por lo pronto, y luego de productos agrícolas, ya encarecidos; porque los resguardos indígenas de los contornos son insuficientes.

En segundo lugar está á ocho leguas distante el valle de Sibundoy, más amplio que el de Pasto, fértil, plano y de dulce clima, á 2.000 metros sobre el nivel del mar, donde podrá reduplicarse el fomento agrícola de esta capital, ocupado por unos pocos centenares de indígenas, rebeldes al sentido moral del cristianismo.

En tercer lugar, abandonando los riscos del sendero de Mocoa y siguiendo el curso del río Putumayo, que tiene su origen en los aguajes de aquel valle, se encuentran la amplia meseta que demora á las faldas del Patascoy, circundada por el río Guamués, y los valles abiertos de los ríos Orito y San Juan, de clima benigno y fresco, á una altura entre 1.000 y 500 metros sobre el nivel del mar, capaces para una gran colonia blanca de más de cuarenta mil familias.

En último término está la pampa casi ilimitada, sobre la que el país no ejercerá posesión mientras no esté en capacidad de llevar á ella millones de colonos que la nacionalicen.

Si bajo esta consideración adquiere el camino grande importancia, decae el ánimo al pesar las razones de carácter comercial en que se funda el vulgo para creerlo redentor. El caucho y el oro del Territorio, con que sueña el público, son hoy ilusorios. La fama de unos pocos afortunados ha forjado leyendas tentadoras, que se desvanecen al transmontar la cordillera y ver el estado de penuria de las colonias del *Dorado* aquel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los comerciantes que llevan víveres en la esperanza de que allí los pagan en cañutillos de pluma llenos de oro, y los que llevan lienzo fundados en la promesa popular de que pueden traer tantas arrobas de caucho cuantas yardas lleven, regresan arruinados, con una lista de deudores á largo plazo, en cambio de sus artículos.

Agotado el caucho dentro del radio aprovechable y abandonados los yacimientos de oro que los españoles explotaron á fuerza de esclavos, hace más de un siglo, subsiste de todo aquello una fama engañosa, origen de mil desastres del sinnúmero de pequeñas fortunas que sucumben en silencio, con el halagüeño espejismo. Sólo la diligencia de una comisión de naturalistas, permanente en el Territorio, podría descubrir alguna nueva fuente de riqueza que hiciera válida la reputación fabulosa.

Tan desusada opinión se sustenta con la siguiente estadística de población.

CENSO DE 1904

Territorio del Putumayo.

(Dato recogido en el archivo de la Intendencia.)

CIRCONSCRIPCIONES.	INDIOS.	BLANCOS.	TOTALES.
San Andrés	700	»	700
Santiago	1,200	30	1,230
Sibundoy	800	40	840
San Francisco	»	200	200
Mocoa	158	211	369
Condagua	83	»	83
Yunguillo	110	»	110
Santa Rosa	»	428	428
Descanse	»	202	202
Quimoró	»	145	145
Guineo	40	»	40
San Vicente	50	»	50
Sotaró (San Diego)	70	»	70
Guejo bohó (San José)	50	»	50
Montepa	70	»	70
Tribu de Ocano	38	»	38
Yusotaró	69	»	69
Guisa (La Bermeja)	55	»	55
Aguarico	77	97	174
San Miguel	36	20	56
Santa Rosa	30	33	63
Caraparaná	2,000	245	2,245
Número de habitantes	5,636	1,651	7,287

No había más datos.

La pobreza de estos números, acaso incompletos, de todos modos habla de la insignificancia de la vida de asociación, siquiera rudimentaria, de la selva putumáyica.

El número de indios ha quedado reducido casi á la nada con el transcurso del tiempo; esto debido al contacto blanco, que produce en las razas inferiores, en vez de benéfica influencia, la esclavitud y la degeneración. La trata de indios subsistente aún, es la principal causa de despoblación : se puede mencionar en apoyo de este al parecer atrevido aserto, la venta que hizo recientemente un señor Larrañaga á la Casa peruana de Arana y C.ª, de una numerosa tribu que aquél esclavizó en el sitio de *La Chorrera*. Dependiente de la misma causa degeneradora es el ejercicio de los envenenadores indígenas, quienes acaban en tiempo breve con tribus enteras. Estos envenenadores son médicos, adivinos ó sacerdotes, defensores de la fe gentílica, que castigan con mortales conjuros y hechizos á sus hermanos evangelizados ó amigos de los blancos. De estos hechos se habla mucho en la tribu de Sotaró (San Diego), donde los indios viven amedrentados con la expectativa de una muerte misteriosa. En el pueblo de Yunguillo, por ejemplo, han venido á refugiarse los tres últimos individuos de la numerosa nación de los andaquíes. De modo análogo es explicable la rápida extinción de los sibundoyes por medio del suicidio. Esta parcialidad fué muy numerosa, como se deduce de la auténtica tradición de que la antigua iglesia de fábrica, que destruyó el terremoto de 1834, fué construída con ladrillo quemado en Guairasacha y traído de mano en mano por estos indios, á más de 5.000 metros de distancia; los hornos del tejar subsisten aún, y los indios han quedado reducidos á 800.

La casi totalidad de los blancos que aparecen en la estadística anterior son labriegos pobres, como los de San Francisco, Santa Rosa y Descanse, resultado de la migración cordillerana de que se trató en otro capítulo de este informe; los cuales apenas buscan el modo de vivir con más holgura que en su tierra. Los de Mocoa, rezago de los que atrajo allí el aliciente de las quinas, fundadores de trapiches y dehesas, languidecen en un clima hostil, en medio del bosque. Y, por último, los del Aguarico y Caraparaná, que no alcanzan á 400, son empleados de un reducido número de empresas mineras

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y caucheras, respectivamente, en mediocre auge, según se deduce .

La estadística industrial del Territorio es, pues, insignificante, á causa de que éste no corresponde con los decantados halagos de su fama.

Construído el camino, podría protegerse el establecimiento de colonias agrícolas para el cultivo del cacao, el caucho y otros productos exportables, y para la siembra de pastos y la cría de ganado vacuno, que alcanza precio seductor en los mercados amazónicos.

RESUMEN

Para elegir la línea del camino, corre en el presente informe un mapa de conjunto construído con los datos técnicos tomados durante las exploraciones del Guáitara, Guamués, Putumayo y Mocoa. Allí se observarán los accidentes topográficos de las tres vías en uso actual para ir á pie al territorio : por el valle de Sibundoy y Mocoa; por la trocha de Santa Lucía, y por el *talweg* del Ríosucio. Con las acotaciones en números rojos y las distancias gráficas, puede estudiarse en ese mapa cualquier proyecto distinto de los dos que aparecerán en él, en líneas punteadas, por Puerres y por San Andrés de Putumayo. La extensión de las tierras colonizables de los cuencos de *La Cocha*, Sibundoy y valles de Orito y San Juan, que beneficia una de las líneas, y las mesetas del Guamués, en las faldas del Patascoy, que en parte beneficia la otra, pueden medirse en el mismo mapa, con la escala de un centímetro por legua (1), que sirvió para dibujarlo. Con el cuadro de presupuestos comparados pueden además discutirse las ventajas económicas de los proyectos. Y, por último, con el capítulo estadístico se deduce la vía estratégica, de mayor utilidad y fomento, y aquella que por estas ventajas podría construirse gratuitamente mediante la concesión de tierras baldías á los constructores.

En los asuntos indígenas, tratados en compendio en el anterior Informe, se ocupa detenidamente el autor en su libro de viaje, que escribió con el intento de contribuir al estudio de la sociología colombiana. La concisión y austeridad del estilo oficial no permiten incorporar en el presente documento sino las breves conclusiones ya expuestas.

(1) Esta escala ha quedado reducida á la mitad, en el plano litografiado que aparece en este libro.

(*Nota del Editor.*)

MIGUEL TRIANA,

Ingeniero civil.

Pasto, Agosto 21 de 1906.

(Tomado de la *Revista del Ministerio de Obras Públicas y Fomento*. — Año I, tomo I. — N.° 8. — Bogotá.)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ÍNDICE

DEDICATORIA V
PRÓLOGO VII

PRIMERA PARTE

El camino de Barbacoas

I. — El porvenir de la costa 3
II. — La isla de Tumaco 9
III. — Sociología costeña 15
IV. — La navegación fluvial 21
V. — Barbacoas 29
VI. — Los automóviles 39
VII. — Cuadros del camino 47
VIII. — El criadero indígena 57
IX. — Pasto 69

SEGUNDA PARTE

A través de la gran cordillera

I. — Renacimiento 81
II. — El mar superandino 87
III. — Media legua de marcha 93
IV. — La hermana Agua 101
V. — El Viernes Santo 109
VI. — Un conflicto en la Selva 113
VII. — El corazón de la América 120

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VIII. — Los chinos 125
IX. — El sueño del camino 129
X. — El puente sobre el Guamués 135

TERCERA PARTE

En la Selva

I. — La génesis mitológica 145
II. — Las entrañas del Patascoy 149
III. — Donde aparece el eterno Sancho 157
IV. — Aventuras de viaje. 161
V. — Sobre la interesante cuestión de la comida 167
VI. — Continúan las aventuras 173
VII. — La inmortalidad y su secreto 179
VIII. — Principio de un delirio. 185
IX. — El puerto encantado 191
X. — El encanto del puerto. 197

CUARTA PARTE

Los indios putumayos

I. — El indio de cuerpo entero. 205
II — Tres Robinsones 213
I. — El idilio de la vida salvaje. 219
V. — El maíz de la Chagra 223
V. — Análisis sobre el salvajismo 229
VI. — La familia del Putumayo 235
VII. — La conquista. 241
VIII. — Un episodio de las Misiones (*Primera parte*). 249
IX. — Un episodio de las Misiones (*Segunda parte*). 257
X. — Navegación del Guamués. 265
XI. — Los indios Sionas 271
XII. — El bajo Putumayo 275
XIII. — El alto Putumayo 285

QUINTA PARTE

Las tribus del valle alto

I. — Las migraciones. 293
II. — Á lomo de indio 299

III. — La tribu de los Mocoas 307
VI. — El camino de Mocoa 317
V. — Los Sibundoyes 323
VI. — Los actuales Quichuas. — Regreso á Pasto. 331

APÉNDICE

Informe oficial sobre el camino de « Nariño » al puerto de la Sofía, en el río Putumayo. 330

MAPA DEL SUR DE COLOMBIA.

Paris. — Typ. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères. 237.2.08.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

L
918.6163
T821
1908

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
62000001508772

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT